

Seré frágil

Beatriz Esteban

de



Lectulandia

«Hace cinco años perdí mucho más que unos cuantos kilos: perdí toda la esperanza. Parte de mi vida está en esta historia, que es el fruto de todo lo que aprendí en ese tiempo. Espero que sirva para comprender lo que es un trastorno alimenticio, cómo afecta y desgasta a una persona, cómo mata. Quiero dar un soplo de esperanza a todos los que, como yo, se han sentido insuficientes, solos e incomprensidos. Quiero recordarles que su historia también es importante».

Sara Soler se odia. A pesar del amor de su pareja, sus amigos y su familia, nunca se ha sentido suficiente. Todo empieza a cambiar tras la muerte de su compañera de clase, Sofía, después de luchar durante años contra la anorexia. En su funeral, los padres de Sofía le entregan a Sara el diario de su hija, asegurándole que lo han encontrado bajo una nota con su nombre. A través de sus palabras, Sara empieza a conocer los misterios de su pasado, mientras su presente se va contagiando de la mentalidad enferma de Sofía. La guerra no ha hecho más que comenzar. Una guerra en la que, para sobrevivir, Sara tendrá que luchar contra sí misma.

Beatriz Esteban

Seré frágil

ePub r1.0

Titivillus 29.04.2020

Título original: *Seré frágil*
Beatriz Esteban, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*A todos aquellos que cada día batallan contra sus propios
demonios.
Y a Sevi. No puedo imaginar esta historia (ni mi historia) sin ti.*

Beatriz Esteban

«Nunca podré contar lo que me ocurrió si no hablo antes de ella. Todo ese sufrimiento, todas las guerras que he tenido que librar en mi cabeza, todo el odio; todo es por su culpa.

Me llamo Sara y esta es la historia de cómo Sofía me hizo creer que sería feliz. Su voz no intentaba embellecerme, intentaba matarme».

Prólogo

No recuerdo la primera vez que sentí que no era suficiente, ni el primer día que quise arrancarme la piel y dejar de ser quien era. No recuerdo cuándo empecé a odiarme. Pero sé perfectamente cómo todo aquello ha dado forma a mi historia.

A veces tengo la sensación de que empecé a vivir con diecisiete años. Hasta entonces, la culpa y el odio habían sido los grandes protagonistas de mi vida. Trabajaba para ser lo más perfecta posible, en todos los aspectos; porque pensaba que eso era lo que se esperaba de mí, porque no quería decepcionar a nadie. Porque quería encontrar desesperadamente una razón para empezar a quererme.

Y buscando cómo quererme, acabé enfermando. No me gusta ponerle nombre, pero puedes llamarlo «anorexia», «trastorno alimentario», «enfermedad mental». Seguro que te vienen a la cabeza todas esas historias dramáticas que has oído en los medios, a veces tan alejadas de la realidad. No supe lo que era de verdad un trastorno alimentario hasta que lo viví.

La anorexia me parecía algo totalmente ajeno, como si en lugar de una enfermedad fuera una persona que me odiaba más de lo que yo ya lo hacía. Era astuta, manipuladora, poderosa y persuasiva. Era una gran mentira, un demonio que se metía en mi cabeza y me prometía un poco más de autoestima por cada kilo que perdiera. Me prometía respuestas, control, seguridad, atención. Me prometía un cambio que me volvería la chica más querida del mundo. Pero, cuanto más me ahogaba en aquella enfermedad, más odio sentía.

Y cuando me di cuenta de hasta qué punto había trastocado mi vida, ya estaba demasiado amarrada a mí como para marcharse. A veces morir parecía mejor opción que seguir viviendo en aquella prisión.

Tuve que tomar una decisión: ¿quería vivir o quería *morir*?

La vida con un trastorno alimentario es mitad vida.

Me di cuenta de que nada de lo que hiciera sería suficiente si no cambiaba la forma en que me veía a mí misma. Así que saqué toda la fuerza que

desconocía que tenía para hacer frente a aquella enfermedad. Decidí darle una nueva oportunidad a mi historia.

Hoy sigo tratando de hacer las paces con la chica que me mira desde el otro lado del espejo. Hemos vivido mucho y, de alguna manera, nos hemos vuelto más fuertes de lo que nunca creímos. Hemos luchado y vencido batallas que nadie más ha visto, y ahora es el momento de entregar las armas y aprender a vivir otra vez.

Por el camino he cambiado tanto, he crecido tanto, he visto tanto... He conocido a personas maravillosas, muchas de ellas lidiando también con enfermedades mentales. Sus historias me importaban tanto como la mía, porque todos estábamos luchando en silencio contra los mismos demonios.

Cuando los conocí vi que nuestras historias compartían la misma desesperanza, el mismo miedo y dolor; pero que nuestros finales podían ser muy distintos. Y de ahí nació la creencia de que, quizás, con el tiempo, mi historia podría ayudar a los demás de la misma forma que conocer a estas personas me había ayudado a mí. Podría hacerles ver que sus vidas importaban, que estaban en este mundo por una razón. Que de verdad, *de verdad*, podían recuperarse.

Las historias reales tienen poder porque son la prueba de que las cosas pueden cambiar.

Así que decidí escribir la mía, hilarla y mezclarla con las vivencias de otras personas hasta formar una única verdad. Quizás por eso Sara tiene un trocito de mí. Y me atrevería a decir que también tiene un trozo de todos aquellos que leerán su historia.

Sí, el dolor es diferente para cada uno; pero es lo que compartimos lo que puede salvarnos. Son las historias como esta las que nos dejan ser sinceros y abrirnos a los demás, las que nos demuestran que no estamos solos. Fue escribiendo esta novela cuando me di cuenta de que las historias importan.

De hecho, tu historia importa.

Sea cual sea, hayas pasado por lo que hayas pasado. Tu historia puede inspirar valor, puede dar esperanza a otra persona, puede arrojar luz a este mundo lleno de estigmas. Puede darle a alguien una frase o un recuerdo al que aferrarse en sus peores momentos.

Habla de esperanza a quienes la han perdido, habla de posibilidades a quienes lo ven todo oscuro, sé valiente y sé fuerte.

Porque tu historia también importa.



Capítulo 0

Caminaba hacia el hospital como un condenado camina hacia la horca.

La mirada perdida en el suelo, los puños cerrados a ambos costados del cuerpo, los labios secos y los ojos cansados de tanto llorar. Cada paso le asustaba. Cada persona con la que se cruzaba le parecía una sombra, una amenaza más. Los gritos en su cabeza le pedían escapar, pero no podía.

Sus padres la acompañaban, uno a cada lado de ella, como los guardias guían al condenado hasta el patíbulo. En silencio, porque sabían que cualquier conversación en aquellos momentos podía resultar incómoda. Era más fácil callar como si no hubiera pasado nada. Tampoco sabían qué decirle. Ellos también tenían miedo.

Había tenido unas semanas para mentalizarse, pero aún guardaba la esperanza de que jamás llegara aquel día, que nada hubiera pasado, que todo siguiera como antes, que dejaran que se desvaneciese en silencio. Que se destruyera, como Sofía quería. Ya no le importaba nada más.

Una parte de ella se había rendido. La otra se odiaba por pensar aquello.

Se sentía en otro mundo, como si viviera aquel momento en tercera persona. Como si ella fuese el espectador que observa con total apatía lo que sucede en el escenario.

El recuerdo de Sofía volvió a atravesar su mente. Apretó más las manos. Se cruzó de brazos, con furia. Notaba las costillas bajo su piel. Sentía que en cualquier momento podía romperse, pero a pesar de ello sabía que para su «amiga» ese hecho no bastaba.

El ascensor los dejó en la séptima planta. Las puertas metálicas se abrieron ante ellos mostrando un amplio pasillo de suelos pulcros y paredes de mármol blanco. Solamente había un banco para sentarse, una puerta cerrada y un cartel sobre ella, que decía: HOSPITAL DE DÍA. TRASTORNOS DE LA CONDUCTA ALIMENTARIA.

No le sirvió de nada ver por escrito las palabras que sus padres habían estado evitando durante semanas. Ella seguía sin creérselo y esperaba que todo hubiera sido un error.

Se sentó junto a sus padres, cruzándose de piernas. Bajó la mirada hacia sus muslos, cubiertos por unos pantalones oscuros, reprimiendo el impulso de rodearlos con los dedos y agarrar la piel. Miró a ambos lados del pasillo con

nerviosismo y empezó a acariciarse el pelo para distraerse. Un par de tirones bastaron para que se le cayeran unos mechones, débiles. Como ella se sentía.

En ese momento apareció por la puerta una enfermera vestida de blanco de pies a cabeza. Llevaba unas gafas de montura rosa y el pelo a la altura de los hombros, como ella, aunque el de la enfermera era rubio cenizo. Dirigió la mirada a las únicas personas que se encontraban en aquella planta.

—¿Sara Soler? —preguntó, y la chica asintió—. Pasad. La doctora Torres os espera en su consulta.

La joven se puso en pie sin desviar la mirada del suelo. No quería tener que verse cara a cara con la realidad, aunque en el fondo sabía que ya no había nada que hacer.

Dejó que sus padres la condujeran al pequeño y frío despacho de la psiquiatra. Tanto los muebles como las paredes eran de un color tan blanco que dañaba la vista. No lo decoraban cuadros, ni plantas, ni siquiera cortinas; solamente un corcho con papeles desordenados pinchados en él. Sentada frente a la mesa, mirando la pantalla del ordenador, estaba una mujer menuda con el ceño y los labios fruncidos. Se quitó las gafas cuando la familia entró, y forzó una ligera sonrisa.

—Señores Soler, Sara —saludó—. Sentaos, por favor. —Señaló con la palma de la mano los tres asientos que tenía ante ella.

Sara se dirigió al del centro, sintiéndose prisionera. Al sentarse se dio cuenta de que las piernas le temblaban, y de que, debido a la fuerza con la que había apretado los puños, ahora tenía la marca de las uñas sobre la piel. Le recordó a lo que Sofía había escrito. En realidad, todo le recordaba a Sofía; desde el odio que sentía hasta el tamaño de su muñeca. Desde la dura mirada de la doctora al frío mármol del hospital. Imaginó a Sofía observándola tras la tormenta que se veía a través de la ventana, riéndose. Todo aquello era por su culpa.

—Soy Marisa Torres, encantada. —Les tendió la mano a los tres para después entrelazarlas sobre la mesa—. Empezaremos con unas sencillas preguntas para la paciente, ¿os parece? —Se volvió hacia Sara, pero ella no la miraba. La doctora levantó una ceja y dirigió su atención a los papeles que tenía sobre el escritorio—. ¿Edad?

—Diecisiete —respondió Sara, hablando por primera vez. Notó que su voz sonaba más ronca, vacía, distante.

—Bien. ¿Tienes hermanos? —Negó con la cabeza—. ¿Alguna alergia, algo que deba saber? —Volvió a negar.

Después, la doctora le preguntó acerca de su historial médico, su instituto, su rutina diaria, la relación con sus padres. Su relación con la comida. Sara se limitó a responder con brevedad, notando cómo el nudo que sentía en la garganta se agrandaba a medida que pasaba el tiempo. Cuando Marisa terminó el cuestionario se recostó en su sillón, entrelazó ambas manos sobre el estómago y miró a la joven con una sonrisa pensativa. Les pidió a sus padres que se retiraran unos minutos a la sala de espera.

—Bueno, Sara, cuéntame tu historia. —Sorprendida, la chica levantó la mirada hasta fijar sus oscuros ojos sobre los de la psiquiatra. Sintió que el labio inferior empezaba a temblarle—. ¿Qué haces aquí?

La doctora había pronunciado en voz alta las palabras que Sara llevaba escuchando en su cabeza desde que había entrado en el hospital. ¿Cómo había empezado todo? ¿Cómo había terminado allí? Creía conocer la respuesta, pero sus lágrimas llegaron antes que sus palabras.

Sara pareció romperse en mil pedazos. Toda la tensión que había estado reteniendo desde que había llegado se desvaneció en un segundo; la chica se curvó hacia delante, el pelo le cayó sobre la cara, se tapó los ojos con las manos y soltó un gemido. Las manos le temblaban. Tenía frío, se sentía fría.

Sin cambiar de expresión, la doctora Torres deslizó un paquete de pañuelos hacia la muchacha. Sara levantó la cabeza sintiendo el peso del cansancio en sus hombros, y abrió ligeramente los labios para decir, con toda la rabia del mundo:

—Todo fue culpa de Sofía.



Capítulo 1

Meses antes...

Vivía encerrada en una constante y abrumadora rutina, ciega y confiada en que jamás saldría de ella. Vivía el presente sin ser consciente de los giros que toma la vida, sin avisar.

La persona que conoces, por casualidad, un miércoles cualquiera, puede ser la que transforme tu forma de ver el mundo o la que te condene. Una última discusión puede convertirse en la gota que colma el vaso. Una llamada inocente al móvil puede acabar en un accidente de coche. Un malentendido puede no resolverse nunca. Una amistad puede romperse en menos de una hora. Una vida puede apagarse y otras miles pueden estar empezando. A veces es mejor esconderse en la rutina, porque al menos sabes que con ella estás más segura. No hay subidas ni bajadas, idas ni venidas. No hay nada que pueda sorprenderte, pero tampoco hay nada que pueda hacerte daño.

—Pues qué quieres que te diga, Sara... Quien no arriesga no gana. —Esa era la respuesta de Clara siempre que sacaba el tema.

—¿Y para qué ganar más si ya estás contenta con lo que tienes?

—Eres una sosa.

—Y tú una cabezota —contesté con una sonrisa.

Había conocido a Clara mucho tiempo atrás, mientras nos llenábamos las manos de pintura en el parvulario. Por aquel entonces éramos mucho más parecidas, pero el paso de los años se había encargado de perfilar nuestro carácter, y la gente había empezado a preguntarse cómo dos personas tan distintas podían llevarse tan bien. Quizás lo hacían porque no nos veían cuando estábamos juntas, cuando adivinábamos lo que la otra pensaba y nos reíamos hasta llorar. Ellos se quedaban con lo externo, con el hecho de que Clara irradiaba luz allá donde fuera, la barbilla siempre alta y el cabello rubio cayéndole como una cascada por la espalda; mientras que yo era la chica que iba detrás, aquella a la que tenías que mirar dos veces para darte cuenta de que estaba ahí. La que pasaba desapercibida. La que era invisible hasta que su amiga le hablaba.

—Voy a añadirlo a mi lista de «diecisiete cosas que aprendí antes de los diecisiete» —dijo Clara aquella noche, recostándose sobre la almohada.

Era uno de tantos sábados en mi casa con una caja de *pizza* vacía sobre la mesa, la televisión encendida después de haber visto una película que nos había hecho llorar y mi cama —llena de peluches, cojines y mantas— preparada para una noche en la que dormir no era nuestra prioridad.

Aquellos días eran una tradición desde que habíamos empezado secundaria.

—¿El qué? ¿Que eres una cabezota?

—Muy graciosa.

Me incliné sobre la cama para echar un vistazo a su libreta y suspiré.

1. La única manera de cambiar las cosas es arriesgándote. No tengas miedo.

—La última vez que te arriesgaste le rompiste el corazón a David —dije con los labios fruncidos.

—Eres una exagerada. —Me quitó la libreta de las manos y siguió escribiendo—. Además, eso fue hace ya más de un año. Las cosas han cambiado mucho. Y al final lo que cuenta es que ahora estamos bien, ¿no?

—Él lo pasó muy mal, Clara.

Ella puso los ojos en blanco y bajó los hombros.

—David es un tío fuerte e independiente, ya lo sabes. —Se apartó un mechón de pelo de la cara con la mirada fija en la libreta—. Me cuesta creer que una chica sea capaz de hacerle daño. Y más que esa chica fuera precisamente yo. Nos conocemos desde hace mucho, él ya sabía dónde se metía.

Tuve que recordar que Clara no había estado ahí en la época en que David había empezado a sentir algo por ella. No había estado cuando él me lo había contado a mí, y me había pedido consejo y ayuda. No había estado cuando se pasaba horas hablándome de ella, de lo fantásticos que eran sus días, y de cómo se acostaba con una sonrisa cada vez que era Clara quien le daba las buenas noches. No había estado cuando, con el tiempo, había empezado a preocuparse por su lejanía y a cansarse de discutir y de no tener claro qué era lo que ella pretendía. No había estado todas las noches que se había quedado hablando por teléfono conmigo, con una impotencia que le quebraba la voz. No había estado cuando lo habían dejado, cuando él se había culpado semana tras semana, cuando ante los demás sonreía y conmigo se quitaba el disfraz.

Cuando me confesaba cuánto la había querido, cuánto había soñado estar con ella, cuánto le dolía que todo hubiera acabado y no haber sido más que un entretenimiento para ella. No había visto cicatrizar las heridas de David ni cómo alrededor de él se había forjado un muro que no permitiría que nadie volviera a cruzar, solo había dejado una pequeña ventana para mí.

Clara solo había estado cuando David se volvió ese «tío fuerte e independiente» que ella veía. Cuando todo volvió a la normalidad casi por arte de magia, sin ninguna secuela.

—¿Mejor? —preguntó, y me tendió la libreta de nuevo.

1. La única manera de cambiar las cosas es arriesgándote. No tengas miedo.

2. Nada de volver a salir con un chico si dudas de si es solo un amigo o algo más. ¡Especialmente David!

—Tranquila, te lo dejo todo para ti —remató alzando las cejas e inclinando la cabeza hacia el nombre de David. Conocía bien esa mirada.

—No, Clara, por favor, no empieces tú también...

Sabía que estaba pensando lo mismo que el resto del mundo. Chico conoce a chica. Chico y chica se hacen amigos, muy amigos. Chico y chica crecen juntos e, irremediablemente, solo por ser chico y chica y solo por quererse, chico y chica acaban siendo novio y novia.

Pero no. David y yo no éramos así.

David y yo a veces éramos como el agua y el fuego, como el blanco y el negro; y otras veces nos sorprendíamos siendo gris. Nos conocíamos mejor que a nosotros mismos. Tanto que yo era capaz de ver que sus ojos decían que ya había sufrido bastante, que ya le habían hecho mucho daño en el pasado y que yo era una de las pocas personas que en quien confiaba para que no se lo hicieran de nuevo. No podía defraudarlo y tampoco quería. Iba a conocer a muchos chicos a lo largo de mi vida, vendrían y se irían, dejándome con dolor en el corazón o con recuerdos efímeros. Pero David seguiría ahí para escucharme, reírse de mi romanticismo o amenazar a quien jugara conmigo. Lo sabía. No quería perder aquello.

Así que sí, chico conoce a chica. Chico y chica se importan, chico y chica se quieren. Y la historia acaba ahí.

Le cogí el lápiz a Clara, y escribí:

3. *El mundo no gira alrededor de los chicos, ni alrededor de los novios que tengas, las notas que saques o lo bien que caigas a los demás. Recuérdalo. La vida es mucho más que eso.*

Dos días antes de su cumpleaños, la lista de Clara seguía incompleta, y las frases que la formaban iban desde ideas profundas tras noches de mucho pensar hasta trucos para aprobar matemáticas. Aquel último consejo surgió en uno de los descansos del instituto, cuando David se deslizó hacia nuestra mesa en mitad de la conversación.

—Buenos días. —Sonrió. Se inclinó sobre la mesa e hincó los codos. Al verle al lado de Clara no costaba entender por qué alguna vez los habían tomado por hermanos: ambos compartían el mismo cabello dorado y destilaban una seguridad en sí mismos que no abundaba en el instituto—. ¿He interrumpido una charla de chicas?

—Has interrumpido una charla de matemáticas —contesté. Clara resopló, echó la espalda hacia atrás y se cruzó de brazos—. ¿Quieres unirte?

Su rostro habló por sí solo.

—En realidad solo vengo de mensajero. Silvia te estaba llamando antes, Clara.

La susodicha enarcó una ceja.

—¿Silvia?

—Sí, algo sobre Javi o sobre el trabajo de historia o yo qué sé. —David le quitó importancia con un gesto de la mano—. No me he enterado mucho, la verdad. Son cosas vuestras. Pero parecía importante.

Tras unos segundos de dudas y suspiros, Clara acabó por levantarse de la mesa.

—Acuérdate del punto tres de la lista, ¿eh? —le dije dándole un codazo.

—Y tú del dos. —Me dedicó una media sonrisa y luego se despidió con la mano.

Me dirigí a David en cuanto la chica desapareció tras la puerta.

—Adivino: ¿te has inventado lo de Silvia?

—Solo la mitad. La tengo en la otra clase haciendo de anzuelo.

—No sé cómo Clara no se da cuenta de que mientes. Te delatas tú solo. —Era incapaz de mirar a los ojos cuando mentía. A veces, también se frotaba el cuello.

Y cuando sabía que yo tenía razón, como entonces, simplemente sacudía la cabeza y alzaba las cejas. Al sonreír se le marcaba un hoyuelo.

—Bueno, escucha —dijo cambiando de tema, y se inclinó un poco más hacia mí—. Tenemos tres minutos antes de que suene el timbre y empiece la clase.

Incliné la cabeza, y entonces fue David quien leyó mi rostro.

—Sara, la fiesta. Clara. Diecisiete años. ¿Recuerdas?

—Ah, sí.

—Ayer hablé otra vez con sus padres y está todo confirmado. Ellos dejarán a Clara en casa a las ocho y el resto correrá de nuestra cuenta.

—Genial. —Su sonrisa contagió la mía—. Oye, David, gracias por montar todo esto. A Clara le hará mucha ilusión y sabes que a mí estas cosas...

—Lo sé, lo sé —me interrumpió cogiéndome de la muñeca—. No me tienes que agradecer nada.

A veces creía que Clara no se daba cuenta del regalo que era tener a David en nuestras vidas. Que, a pesar del dolor y de todo lo que le había hecho pasar, era capaz de olvidar el pasado y preocuparse por ella de la misma forma en que lo había hecho antes.

Me sorprendí al encontrarme con la vista clavada en nuestras manos. Sacudí la cabeza, tratando de centrarme. El tiempo antes de que Clara volviera volaba.

—¿Habrá mucha gente? —pregunté.

—Todos sus amigos.

—Es decir, medio instituto.

Él se encogió de hombros y yo volví la cabeza para contemplar el aula. Irían Javi y su panda de amigos, de los cuales solo sabía que se pasaban las clases hablando y mandándose notas por debajo del pupitre como si aún siguieran en primaria. Irían también Natalia y Ana, las chicas con las que Clara iba siempre de compras, solo se hablaban para eso. Irían también aquellas con las que salía a las discotecas los sábados que no pasaba en mi casa, las mismas que ahora formaban un círculo al final de la clase.

A su lado estaba Sofía, sola, leyendo. Ella seguramente no iría.

—Podríamos invitar a Sofía. —David arqueó una ceja, confuso—. Sofía Valls. Es la chica de ahí atrás, la pelirroja. —La señalé con un movimiento de cabeza—. Llegó al instituto en septiembre y siempre está muy sola. Si la invitamos podría hacer amigos.

David se quedó mirándola justo cuando el timbre que marcaba el final del descanso comenzó a tocar. Vi a Clara aparecer por la puerta en un pestañeo, y lo mismo hizo David, que soltó mi mano y se separó del pupitre.

—De acuerdo, pero si Clara pregunta es tu invitada.

Se volvió a su clase despidiéndose de las dos con la mano. Yo eché un último vistazo a la pelirroja que se sentaba en la última fila, antes de que el profesor comenzara su clase.

Ojalá alguien me hubiera avisado de que conocerla solo iba a traerme problemas.

Ojalá alguien me hubiera parado.

Me acerqué a la mesa de Sofía dos horas después. Ella seguía leyendo. Me dio tiempo a ver que la mano le temblaba ligeramente antes de que la escondiera en la manga de su jersey. Debía de tener frío. La mitad de su rostro quedaba oculto por sus cabellos, que caían lacios y finos como si fueran un velo. Llevaba una bufanda que le llegaba hasta el labio inferior y un suéter de lana, a pesar de que la mitad de la clase seguía llevando camisetas de manga corta.

—Hola, Sofía —saludé sonriéndole.

Ella alzó la mirada. Tenía los ojos azules, helados, vacíos. Mi primer impulso fue alejarme de ella, pero no lo hice. La chica era guapa y, sin embargo, había algo en ella que no encajaba. Algo que parecía que no funcionaba bien. Quizás eran sus ojeras, el frío de su mirada o la extrema palidez de su cara. Tenía los labios cortados y parecía que estuviese cansada. Cansada de vivir.

—Hola. —Su expresión no cambió—. Sara, ¿verdad?

—Sí. —Intenté no perder la sonrisa. Giré la silla que tenía enfrente Sofía para poder sentarme de cara a ella—. Se te ve muy atenta para ser nueva. Qué memoria. —Reí con suavidad. Volví a callarme al ver que no acompañaba mi risa y apreté los labios—. Bueno... Entonces, ¿sabes también quién es Clara? —Ella asintió—. Vamos a celebrar su cumpleaños este sábado. Es una fiesta sorpresa. ¿Te gustaría venir?

Bajó la vista de nuevo a su libro.

—Pero si no conozco a nadie —murmuró.

—La mitad de los que se hacen llamar sus amigos tampoco. —Me pareció ver una pequeña sonrisa surcando su rostro. O quizás fuera una mueca—. Además, es una buena forma de conocer gente. ¡Y de pasarlo bien! Yo no soy muy fiestera, pero estoy segura de que va a ser una noche genial. Puedes venir conmigo. Las dos estaremos igual, créeme —dije con una sonrisa.

Sofía parecía algo incómoda, pero noté cómo se relajaba a medida que yo hablaba. Dejó de mostrarse a la defensiva, lo que traduje como una señal de

que empezaba a plantearse la idea de ir.

—Vamos, vente.

—No creo que nadie pueda llevarme —murmuró.

—Excusas —dije agitando la mano para quitarle importancia—. Estoy segura de que mi madre se ofrece a llevarte, y a recogerte también. No serías la primera con quien lo hace. ¿Qué te parece?

Ella se encogió de hombros.

—¿Eso es un sí?

—Supongo —suspiró.

—Perfecto. —Dejé que mi sonrisa naciera. Cogí la libreta más cercana que encontré y arranqué una hoja, para después pasársela a la chica—. ¿Me apuntas tu dirección?

Sofía agarró un bolígrafo y lo hizo. Y como si se tratara de un contrato, aquella conversación fue el primer grillete de la cadena que me ató a ella.



Capítulo 2

Me miraba desde el otro lado del espejo con los labios demasiado pálidos, el pelo demasiado corto y los ojos demasiado pequeños.

Se había hecho tirabuzones, pero ni así llamaba la atención. Su cabello era castaño sin más. Sin reflejos, sin mechas, sin colores. Sin metáforas bonitas que lo compararan con el oro o con el fuego. A veces parecía tan oscuro que se confundía con el negro.

Se había maquillado, o por lo menos lo había intentado; pero aun así sus ojos seguían sin destacar. Eran de color chocolate, nada especial, y los clavaba en los míos con dureza.

Se había puesto un vestido. En realidad, antes se había probado dos o tres más. Ninguno le gustaba, y no recordaba haber comprado la mitad. Se los ponía como mucho una vez al año, en Navidad. No estaba cómoda llevando vestidos, y menos si estos dejaban sus piernas al descubierto. Además, todos le venían demasiado largos: estaban hechos para gente alta y esbelta, no para chicas que no llegaban al metro sesenta.

No se sentía bonita.

Esa era la chica que me miraba desde el espejo.

Dejé escapar un suspiro.

—Estás muy guapa, cariño. —Vi en el reflejo cómo mi madre asomaba la cabeza por la puerta y se quedaba mirándome, con los labios torcidos en una sonrisa y las manos todavía sobre el marco.

Me encogí de hombros.

—Me siento un poco patética —murmuré casi hablando para mí. Pero ella llegó a oírlo.

Se acercó a mí, se sentó sobre la cama y alargó los brazos para agarrarme una mano.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, mamá. Mírame. Parezco una muñeca de esas que solo sirven para destrozarles el pelo y llenarles la cara de potingues. —Ella dejó escapar una suave risa—. De verdad. Es como si fuera disfrazada.

Di media vuelta sin apartar los ojos del espejo. El vestido me llegaba por encima de la rodilla. Era sencillo y bonito, de color azul oscuro, pero en mi cuerpo se veía horrible. Me apretaba alrededor de la cintura y hacía que mis

brazos y piernas se vieran el doble de grandes y mi piel el doble de pálida. O quizás es que era así.

—No le des tantas vueltas. Seguro que dejas a más de uno con la boca abierta.

Se levantó y puso las manos sobre mis hombros.

—Ya está Clara para eso, mamá, y ni siquiera irá arreglada. No le hace falta.

Igual que a ella.

La cara de mi madre, a pesar de los años, seguía recordando la belleza de su juventud. Seguía teniendo esos ojos brillantes que hablaban por sí solos, la piel tersa y suave, esa risa que te hacía creer que todo iría bien.

Aunque creo que el secreto de la belleza de mi madre radica en lo buena que es con todo el mundo. Como si toda esa dulzura y esas buenas intenciones se hubieran volcado hacia el exterior, y fueran visibles para la gente. Es lo que pasa con las personas seguras de sí mismas, como David y Clara, y con las humildes y modestas, como mi madre. No la oirás jamás decir nada malo a nadie, ni a ella misma. Siempre mira por los demás.

Quizás por eso me era imposible encontrarla fea.

También era difícil creermela fea si me veía a través de sus ojos.

—¿Quieres cambiarte? —dijo dejando caer los hombros. Se había acostumbrado a mi cabezonería—. ¿O probarte algo nuevo?

Miré el reloj que colgaba de la pared y negué con la cabeza. No tenía tiempo, ni tampoco ganas. Quizás mi madre tenía razón: cuantas más vueltas le diera, peor me vería. Iba a la fiesta para celebrar que mi mejor amiga cumplía años, para celebrar que ese día nació y alegrarnos porque seguía aquí. La ropa que llevara no era importante, cómo me vieran los demás no era importante.

Sobre todo, porque normalmente ni siquiera me veían.

Seguía siendo «la amiga de Clara» y, como mucho, «la amiga de David». «Esa chica que se pasaba los recreos de primaria leyendo», porque los juegos de Clara me aburrían. «La que siempre lleva esos suéteres tan grandes» porque odiaba que la ropa me apretara, odiaba que se me viera el cuerpo porque no era como otras chicas, altas y delgadas. «La empollona que siempre saca buenas notas», porque era una de las pocas cosas que sentía que hacía bien. Ellos no sabían que no me permitía fallar, y que detrás de cada notable había horas y horas de trabajo.

«Sara», para otros. Para los pocos que me conocían.

«La chica disfrazada que me mira desde el espejo», para mí.

Una hora después caía la noche.

Ojalá no hubiera ido a esa fiesta. Ojalá no hubiera hablado con Sofía. Ojalá hubiese perdido su dirección y no la hubiera recogido.

Pero todo aquello pasó. El coche de mi madre se paró en casa de los Valls unos minutos antes de que la fiesta diera comienzo. Sofía y su familia vivían a las afueras de Ordana, casi rozando el pueblo de al lado, en una zona llena de descampados y coches con polvo amontonado sobre los cristales. Las calles estaban vacías y los edificios habían dejado paso a filas y filas de casas adosadas.

Dos pitidos del claxon bastaron para que Sofía saliera por la puerta. Al verla cruzar el jardín me dio un escalofrío; parecía todavía más delgada que la última vez que habíamos hablado. Quizás se debiera al vestido negro que llevaba, que se le ajustaba a la cadera y le marcaba los huesos. Sus piernas pálidas y finas contrastaban con la oscuridad de la noche, y llevaba el cuello al descubierto, largo y blanco como el de un cisne. Nada más salir de casa se cubrió con un abrigo y entró en el coche forzando una sonrisa.

Teníamos que cruzar casi todo el pueblo para llegar hasta la casa de Clara, en una calle llena de chalets al linde de la arboleda de Ordana. Apenas intercambiamos un par de frases durante el trayecto, a pesar de los intentos de mi madre por iniciar una conversación. Sofía movía la pierna, inquieta, y tenía todo el cuerpo tenso.

—¿Estás nerviosa? —le pregunté. Ella se volvió hacia mí abriendo mucho los ojos.

—No. Solo es una fiesta, ¿por qué tendría que estarlo?

Yo me encogí de hombros.

—Quizás vas con la intención de impresionar a alguien. Puede que vaya algún chico mono de clase... —Alcé las cejas sonriendo. La expresión de Sofía se endureció—. O alguna chica, no sé —titubeé.

—No, no tengo tiempo para esas tonterías —respondió cortante. El tono de su voz acabó con mi sonrisa, y me hundí más en mi asiento, cohibida.

No volvimos a hablar hasta que llegamos a la fiesta. El porche de la casa de Clara recibía a sus invitados con una tira de luces azules y globos de las tonalidades del mar a cada lado de la puerta. No costaba adivinar su color favorito. La música del interior se oía desde fuera, rompiendo el silencio de la calle. Quedaba claro que la discreción y el factor sorpresa no eran las principales preocupaciones de aquella fiesta, que parecía haber empezado mucho antes de que llegara la cumpleaños. Sus padres la habían llevado al

cine y habían quedado en traerla nada más salir, así que, si no era muy impuntual, estaría en la vivienda en menos de media hora.

David nos abrió la puerta. Me saludó con un abrazo y nos condujo entre la multitud hasta el salón, donde un enorme cartel azul felicitaba los diecisiete años de vida de Clara.

—¿Qué te parece? —dijo extendiendo el brazo. Una pareja chocó conmigo al pasar, haciendo que me tambaleara—. No hay mal ambiente, ¿no?

Me encogí de hombros, algo incómoda. Sentía que había demasiada gente, que hablaban demasiado alto, que se reían de cosas que yo no entendía, gritaban sin razón y se descontrolaban con demasiada facilidad. Sentía que la fiesta de mi mejor amiga se había vuelto un zoológico. O un mundo en el que yo sobraba.

—Esto a Clara le encantará —comenté no con demasiado entusiasmo. David pareció notarlo.

—Al resto también le encanta. —Ladeó la cabeza y, al ver que mi expresión no cambiaba, agarró mi muñeca—. Venga, Sara, vamos a pasarlo bien.

Me arrastró hacia el centro del salón, donde, gracias a Dios, habían dejado un espacio libre de muebles para que la gente pudiera agruparse. Todos parecían estar bullendo. Saltaban a mi alrededor, chocaban unos con otros sin darse cuenta, gritaban en un vano intento de hacerse oír por encima de la música. Tanto bullicio me asfixiaba.

Habían bajado la intensidad de las luces, envolviendo toda la estancia en una semioscuridad que permitía evadirse y olvidar dónde estabas. David me condujo hasta un rincón un poco apartado de la multitud. Cogió mis manos y empezó a moverlas, al compás de sus hombros. No pude evitar dejar escapar una sonrisa.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Intento que mi amiga baile.

—Ya sabes que no sé bailar.

—No he dicho que aprenda a bailar, solo que lo haga. —Sonrió y comenzó a moverse al ritmo de la música. Al principio solo los hombros, luego empezó a dar unos pasos, adelante y atrás. Él era de esas personas que parecían haber nacido bailando.

Yo, de esas que se mantienen tías como columnas mientras todo el mundo a su alrededor bulle.

—¡Vamos! —me animó él, volviendo a agarrarme la muñeca. Puse los ojos en blanco y empecé a moverme, no con muchas ganas. David me

atravesó con la mirada—. Si no empiezas a bailar ya, te tocará volverte sola en bus toda la semana.

—No lo dices en serio. ¿Me estás chantajeando? —Intenté contener la sonrisa, sin resultado. Él se encogió de hombros.

—Te estoy dando el empujón que necesitas. ¡Venga, Sara! —Alzó mis manos por encima de nuestras cabezas. No tardó en contagiarme parte de su entusiasmo—. Solo es un baile, nadie te está mirando, nadie te juzga. Deja la vergüenza en casa y suéltate un poco.

Cerró los ojos, dejándose mecer por la música. Envidié su seguridad, su manera de evadirse, de actuar sin miedo a los demás. Quise imitarle, pero el baile no duró más de diez segundos.

—Oye, ¿no venía la pelirroja contigo? —me preguntó.

La sonrisa que David había conseguido trazar en mis labios se borró en un instante. Volví la cabeza esperando encontrar su cabellera rojiza cerca de la multitud. Pero no.

—Mierda, creía que nos seguía. —Chasqueé la lengua—. Debe de haberse ido a algún lado. Voy a buscarla, no quiero que esté sola.

Le devolví una sonrisa y me alejé, abriéndome paso entre la gente. Aún llegué a oírle gritar:

—¡Eres demasiado buena!

Sacudí la cabeza. Era una frase muy propia de él.

Sofía no estaba en la entrada, donde David nos había recibido. No parecía estar en el salón, donde era casi imposible moverse sin chocar con nadie. Tampoco en la cocina, donde un grupo pequeño se estaba encargando de servir *pizzas*. Agarré un trozo, aprovechando el viaje.

Seguí buscando a Sofía con la mirada. Algo me decía que no se había ido a bailar. No sé por qué me preocupé por ella, no sé por qué quise saber dónde estaba, no sé por qué no seguí bailando de la mano de David y me alejé de todo el caos que iba a inundar mi vida.

Aunque entonces no lo sospechaba, llegaría un momento en el que aquella chica de mirada fría y tez pálida me acompañaría todos los días.

Todos los malditos días.

Fui hasta la parte trasera de la casa y crucé el garaje. Una puerta pequeña conducía a la calle; una calle estrecha y oscura donde las bolsas de basura salían de los contenedores, se oían grillos y aves nocturnas en la lejanía, y una única farola parpadeaba en un vago intento de iluminar la acera. No había ni un alma. Solo Sofía, de pie en medio del pavimento. Estaba de espaldas a mí, con el pelo azotándole la cara y los codos entrelazados.

—Sofía —la llamé. La chica se dio la vuelta, clavando sus ojos en los míos. Se le marcaban los pómulos y el labio inferior le temblaba—. ¿Qué haces aquí, no tienes frío?

—Siempre tengo frío —contestó alzando la voz para hacerse oír.

Esperé a que dijera algo más, pero siguió en silencio.

—¿No vas a entrar?

Negó con la cabeza. Di tres largas zancadas y la miré de frente, a un metro de distancia, pero ella rehuyó mi mirada. Parecía que fuera a desplomarse.

—¿Estás bien? —le pregunté. En mi cabeza no sonaba tan estúpido.

De pronto el mundo pareció detenerse y ella volvió a mirarme. Tenía los ojos empañados por las lágrimas, como si fuera a romper a llorar, pero una pequeña sonrisa asomaba a sus labios. Aunque era falsa, estaba rota, y su mirada parecía estar pidiendo ayuda a gritos.

—Debería estarlo —contestó conteniendo las lágrimas. Lo siguiente que dijo parecía obra del delirio—. ¡Joder, debería estar bien! —Sus manos sufrieron una sacudida y ella apretó los puños. Cerró los ojos un segundo antes de volver a hablar—. Lo he conseguido, Sara, lo he conseguido, ¡y no ha servido de nada! Todo sigue igual, necesito más, pero no sé cuánto más podré aguantar. —Me cogió los brazos, clavándome las uñas en la piel—. No lo entiendes, nadie lo entiende. Y estoy harta. Vivo un infierno. Pero... Te lo juro, Sara, la próxima vez que me veas pareceré de cristal. Pálida, translúcida, fría, rota. —Su pecho se alzó en un último suspiro—. Puro hueso.

Su tristeza se había convertido en rabia. No supe qué contestarle, qué decirle, cómo reaccionar. Me sentía paralizada. Ella se alejó de mí dando un par de pasos hacia atrás, temblando.

Fue entonces cuando su grito desgarró el silencio de la calle. Vi cómo se doblaba por la mitad, agarrándose el estómago. Cayó de rodillas al suelo. El pelo le tapaba la cara, que se había deformado en una mueca de dolor.

—¡Sofía!

Me senté junto a ella en el momento en el que se desplomó del todo. Tendida en el suelo, sus pálidas piernas y el color de su pelo contrastaban con el oscuro de la carretera. Pero su pecho aún se alzaba, aún respiraba.

—Sofía, Sofía, ¿qué te pasa? ¡Sofía!

De pronto dejé de temblar. Dejé de oírla jadear del dolor.

—¡Ayuda! ¡Por favor, que alguien me ayude!

Pero en la calle no había nadie. Me separé de ella para coger el móvil y marcar el número de urgencias con las manos temblando y un remolino de

emociones naciendo en mi pecho. Sofía y yo nos quedamos solas, ambas inmóviles, hasta que los médicos se la llevaron.



Capítulo 3

Alguna persona podría reprocharme que cuente con demasiada frialdad y rapidez los acontecimientos que tuvieron lugar tras aquella fiesta. La realidad es que esa noche me impactó tanto que mi mente creó una especie de escudo alrededor de ella, lo que me impide recordarla con claridad.

Como mucho, recuerdo quedarme sin voz gritando ayuda hasta que llegó la ambulancia, y la cara de horror de Clara al llegar a su fiesta y encontrarse a todo el mundo formando un círculo alrededor de un cuerpo inerte que pocas personas reconocían. Recuerdo la última mirada que dediqué a Sofía, el contraste de su cabellera roja con la blancura de la camilla que se la llevó, la desesperación en sus ojos segundos antes de que sus párpados se cerraran. Recuerdo oír el sonido de las sirenas atenuarse a medida que la ambulancia se alejaba y quedarme de rodillas sobre el suelo, temblando, no sé todavía si de frío o de miedo.

Aquella noche pasó lenta, como si los minutos fueran horas y las horas, días. Miraba el reloj constantemente. Me preguntaba qué sería de Sofía. No podía llamarla, no tenía su número. No conocía a sus padres y ni siquiera sabía si alguien más de clase se preguntaba por ella. Nunca la había visto acompañada de nadie.

Tenía la corazonada de que no iba a volver a verla.

Quizás fuera por el hecho de que cuando la conocí apenas había vida en sus ojos. Apagar la llama que aún ardía en su interior debía de ser más sencillo que romper una pompa de jabón.

La llegada del día no me ayudó a dejar de pensar. Como si el tiempo quisiera avisarme, las nubes se volvieron oscuras y ocuparon todo el azul del cielo, tornando gris el paisaje de la ciudad. Ordana parecía estar dormida. Me pasé el domingo encerrada en casa, ignorando las llamadas de David y de Clara. Él no dejó de mandarme mensajes.

Ey, Sara, ¿cómo estás?

10:03

Supongo que estarás dormida

10:57

Esta tarde podemos quedar y dar una vuelta, ¿te parece?

11:04

Sara, espero que no sigas dándole vueltas a lo de ayer

16:18

A Sofía le habrá dado un chungo de algo, yo qué sé.
Esas cosas pasan

16:18

No te preocupes más

16:18

¿Qué? ¿Tanto miedo te dio la ambulancia? ¿No vas a contestarme?

18:17

Perdona si estoy borde. Es que estoy preocupado

18:25

Sara, va, contéstame. Llámame gilipollas si quieres, pero contéstame

19:31

Olvídate de Sofía. No la conocías. Seguro que está bien

20:43

¿Quieres que mañana te recoja para ir a clase?

20:44

Da igual, paso. No te amargues mucho esta noche.

21:21

Joder, no quería sonar así. Lo siento. Espero que estés bien

21:48

Buenas noches, Sara

23:37

No fueron buenas. Me retiré a la cama cuando la luz de fuera desapareció por completo. Oí a mis padres hablar de mí. «Es normal que esté así. Se le

pasará», decía mi padre. Vino a darme un beso de buenas noches un rato después. Yo fingí estar dormida, pero aquella noche me volvió a costar conciliar el sueño.

Y cuando lo hice Sofía seguía ahí. Sus palabras se repetían en mi cabeza una y otra vez; volvía a notar cómo me clavaba la mirada, cómo me pedía una ayuda que yo no sabía darle. Sentí de nuevo esa corazonada. Mi sueño se fue alejando cada vez más y más de la realidad: la calle se volvió un acantilado, el suelo se cubrió de nieve, los vientos empezaron a soplar y a hacerme tambalear. Caí de rodillas al suelo. Seguía teniendo a Sofía ante mí, pidiéndome ayuda; el color de su piel fundiéndose con el blanco de la nieve. Su cabello era lo único que brillaba en aquel paisaje. Alzó una mano hacia mí. Quise cogerla, pero entonces todo se volvió negro y Sofía cayó. Cayó.

Oí de nuevo su grito. La vi plegándose por la mitad, otra vez. La vi morir.

Al final fui yo la que se despertó con un grito, el corazón desbocado y una lágrima resbalando por mi mejilla. Mi madre estaba sentada en la cama, a mi lado, a pesar de que el reloj indicaba que aún faltaban cinco horas hasta que sonara el despertador. Me puso las manos sobre los hombros al notar que mi respiración seguía acelerada.

—Sara, era una pesadilla, cariño. Ya ha pasado —murmuró. Mis ojos seguían empañados.

Solo cuando la miré supe que ella pensaba lo mismo que yo. Que quizás Sofía no sobreviviera a aquella noche.

Volvieron a mi mente los recuerdos de la fiesta del sábado y me estremecí. Mi madre me rodeó con los brazos, dejando que me recostara sobre su pecho.

—Llora todo lo que necesites —murmuró, meciéndome como hacía cuando yo era niña—. Y, cuando vuelva a verte a la cabeza, recuerda que esto es real. Yo soy real, igual que este momento. Por muy real que fuera lo que viste anoche... —Tragó saliva un segundo—, ahora no son más que recuerdos. Esas pesadillas no son reales. No pueden hacerte nada.

Y yo le hice caso y dejé que Sofía se marchara, al menos unos segundos. Quise pensar en los brazos de mi madre, en la firmeza con la que me sujetaba. Pensé en cómo las sábanas acariciaban mi piel y cómo el pelo de mi madre olía a vainilla. Minutos después, cuando estuve más calmada, me trajo un vaso de leche con cacao a la cama.

—Te ayudará a dormir mejor —me dijo tendiéndomelo. Todavía estaba caliente—. Y, si te despiertas, estaré aquí otra vez.

Creo que mi madre entendió con una sola mirada cuánto agradecía aquellos pequeños gestos. Aquel tazón de leche y aquellas palabras me salvaron la noche.

Nadie me dijo nada sobre el estado de Sofía hasta el lunes.

El silencio que inundó la clase aquel día habló por sí solo. Algunas personas ahogaron una exclamación al oír la noticia, unos pocos murmuraron, pero no se derramó ni una lágrima por ella.

Nuestro tutor anunció que Sofía Valls había fallecido el sábado, poco antes de llegar al hospital, debido a una insuficiencia cardíaca. La misa por ella sería aquella tarde.

Todavía no sé qué fue lo que me empujó a rechazar los planes que Clara y David me ofrecieron para esa tarde, y en su lugar ir a darle el último adiós a Sofía. Meses después desearía por encima de todo borrar aquella tarde de mi vida y, ojalá, borrar también todos los recuerdos que tenía de la chica pelirroja. Olvidarme de ella. Hacer como si jamás hubiera existido.

Por extraño que pareciera, sentía que le debía una despedida en condiciones a la joven. Después de todo, yo era la última persona a la que había mirado a los ojos, la última con la que había hablado, aunque nuestra conversación hubiera sido tan oscura que todavía me diera escalofríos.

Lo peor fue la serenidad con la que lo afronté todo. Parecía que el hecho de haber dado a Sofía por muerta mucho antes de que me lo confirmaran había ablandado el impacto de la noticia. Las peores horas ya las había pasado, y ahora me enfrentaba a su despedida con una tranquilidad y una apatía que asustaban.

Pasé una hora rebuscando en mi armario hasta encontrar un vestido y unas medias oscuras. El vestido era de hacía años y tuve que aguantar la respiración para poder abrochármelo, igual que la noche de la fiesta. No volvería a ponerme vestidos en mucho tiempo.

Llegué a la iglesia con el mismo semblante serio que tenía desde la muerte de la chica.

En realidad, a una parte de mí aún le costaba creerlo.

Estaba muerta. Muerta.

No volvería a sentarse en su pupitre, no volvería a oírse su voz. Sus cabellos rojos como el fuego se apagarían bajo tierra, y nadie volvería a ver el color de sus ojos. Su última mirada había sido para mí, y había estado cargada de desesperación, súplica y temor. De pronto había un alma menos en la

Tierra y el mundo no había dejado de girar. La gente seguía con sus vidas, las horas seguían pasando, aunque una familia lloraba la pérdida de su hija y a otros las noches se les hacían eternas.

Me sorprendió encontrar la iglesia tan vacía. Solamente estaban ocupadas las primeras filas de bancos; el grupo de personas reunidas parecía todavía más pequeño bajo la enorme cúpula del edificio. Me quedé al final de la iglesia, lejos de la gente, cruzada de brazos y esperando no encontrarme a ningún conocido. No quería tener que hablar de Sofía. No quería decir «lo siento» y ver cómo el rostro de los que la conocían se desfiguraba por el dolor. No quería tener que explicar que estaba ahí, en parte, porque fui yo la chica que llamó a la ambulancia. Una de las últimas personas que la vio respirar.

Gracias a Dios aquella solo era una misa en su memoria y no el funeral en sí, porque no creo que hubiese soportado ver el ataúd frente al altar. Tenía la suerte de no haber vivido nunca la muerte de un ser querido, y esos temas eran algo que siempre había tratado de evitar. Sabía que la muerte era un elemento más de la vida, algo que tarde o temprano todos acabamos viviendo. Pero siempre había albergado la esperanza de que se mantendría lejos de mí. Quizás esa era la razón por la que el fallecimiento de Sofía me había impactado tanto. Puede que por eso aquellos días me sintiera tan vacía, tan asustada. Había conocido a alguien a quien no volvería a ver. Había visto su última fiesta. Su última mirada. Sus últimas palabras.

Apenas atendí a la misa, aunque tampoco había mucho a lo que prestar atención. Ni siquiera se molestaron en dedicarle unas palabras. Lo único que hizo el sacerdote fue hablar de la vida después de la muerte, de la esperanza de que algún día todos nos reuniríamos con ella en los brazos de Dios. Se oían algunos sollozos, probablemente de sus padres, aunque no alcanzaba a verlos desde atrás. Me sorprendió no encontrar a nadie de mi edad.

Cuando la ceremonia terminó, hice una inclinación con la cabeza hacia el altar, susurré un «adiós, Sofía» y salí de la iglesia. La luz del sol me impactó de frente; entrecerré los ojos e hice sombra con la mano. Oí a los demás salir detrás de mí y, antes de que pudiera irme, alguien me dio unos golpecitos en la espalda.

Al volverme me encontré con una mujer con el rostro pálido y delgado, los pómulos marcados y grandes ojeras bajo los ojos. Tenía el cabello corto y fino, a la altura de los hombros, del mismo color que el de Sofía. No me costó ver que se trataba de su madre.

—Buenos días. Soy Julia Enero, la madre de Sofía —me dijo forzando una sonrisa. Tenía la voz ronca y cansada de tanto llorar—. Quería agradecerte personalmente que hayas venido. Significa mucho para nosotros. —Tragó saliva antes de continuar—. ¿Eres..., eras amiga de Sofía? —Su nombre sonó como un jadeo.

Entreabrí los labios, dudando qué contestar. No me consideraba su amiga, pero tampoco podía decirle eso a su madre. Perder una hija ya había sido bastante para ella; lo último que necesitaba era constatar que Sofía había estado sola.

—Sí, de su nuevo instituto. No sabe cuánto lo siento, Julia.

Ella intentó sonreír, pero sus lágrimas amenazaron con volver a desbordarse.

—Más lo siento yo. —Se frotó la nariz y miró a otro lado, para después arquear una ceja—. Perdona si me equivoco, pero... No serás Sara, por casualidad, ¿no?

—Sí, soy yo —dije tratando de ocultar mi sorpresa—. ¿Sofía le habló de mí?

Julia abrió mucho los ojos y sacudió la cabeza, ignorando mi pregunta. Me dio la espalda un momento y gritó el nombre de su marido:

—¡Pedro, ven, corre! ¡Es Sara!

A los pocos segundos, un hombre moreno con americana apareció entre la gente, buscándonos con los ojos. Igual que su mujer, su rostro estaba plagado de las huellas de los últimos días: ojeras oscuras y ojos rojos, porte cansado y hombros caídos. Miró a su mujer como si hablaran un idioma que solo ellos dos entendieran, para después volverse hacia mí. Me quedé con los brazos cruzados, observando alternativamente a los dos adultos.

—¿Sara Soler? —preguntó él, y yo asentí. Volvió a mirar a su mujer, que ladeó la cabeza y empezó a rebuscar en su bolso, con las manos temblorosas.

—¿Ocurre algo...? —Empecé a preguntar, pero la madre de Sofía me cortó.

—Verás, ayer... —comenzó, pero se vio obligada a parar un momento para carraspear—. Ayer mi marido y yo entramos en la habitación de Sofía por primera vez desde que... —Asentí con la cabeza ahorrándole las palabras—. No estuvimos demasiado rato. Es curioso cómo un lugar que antes te parecía tan bonito acaba volviéndose un tormento cuando la persona que lo llenaba de vida ya no está...

Noté que sus ojos se empañaban y sus manos se detenían.

—Julia... —la llamó su marido.

—Sí, perdona. —La mujer sacudió la cabeza—. No debería decir estas cosas. Bueno, encontramos esto sobre su escritorio, tal y como lo ves. No sé cuándo pretendía dártelo, pero...

Me tendió un cuaderno, todavía temblando. Su portada imitaba los diarios antiguos, aquellos encuadernados de piel oscura, aunque estaba algo descuidada y con descosidos en los bordes. De su interior sobresalían folios y papeles sueltos. Sobre él había una nota en la que se leía «Sara Soler».

—Yo... —tartamudeé sin saber bien qué decir—. No puedo aceptarlo.

—Por favor, Sara, es lo que Sofía hubiera querido. ¿Se acerca tu cumpleaños? Porque, por lo que se ve, ella tenía la intención de regalártelo. Lo he supuesto por la nota que había sobre él. Créeme, Sofía es... —Cerró los ojos un momento, dándose cuenta de su error. Inspiró profundamente y se corrigió—: Sofía era una chica muy organizada. Hacía ese tipo de cosas. Todo con etiquetas y recordatorios y millones de avisos. —Intentó aguantar la sonrisa—. Está intacto, tal cual lo encontramos. No sé lo que contiene, pero sé que ahora es tuyo. —Acercó más el cuaderno a mi pecho—. Por favor.

Observé los ojos de la mujer: castaños, húmedos y tristes. Parecía que estuviera suplicándome que me lo quedara. Como si sintiera que, al menos así, conseguiría hacer feliz a su hija una última vez.

Suspiré y agarré la libreta.

—De acuerdo —dije sin devolver la mirada a sus padres.

La próxima vez que los mirara ya no sería la misma Sara de entonces.

Lo primero que hice al llegar a casa fue abrir el cuaderno de Sofía. Aparté las hojas que sobresalían arrancadas; estaban llenas de tachones, palabras y gráficos que no quise mirar. Pasé el dedo por la portada y deslicé la mano hasta la primera hoja.

Arriba, una fecha: 23 de octubre de 2011. Hacía poco más de un año. Luego la letra de Sofía a lápiz sobre el papel: «Odiado diario».

¿Era un diario? ¿Por qué iba a querer Sofía que leyera su diario? ¿De qué me servía ahora leer su vida, la que no conocí? Y no era solo el relato de su vida, no; parecía algo más... íntimo. Más oscuro, más profundo. Una ventana a su corazón, un vistazo a su mente. Algo dentro de mí me decía que en aquel cuaderno no iba a encontrar frases como «hoy el chico que me gusta me ha mirado en clase» o «he suspendido matemáticas otra vez». Y qué cierto era.

Comencé a leer, sintiendo que me perdía entre las letras. Lo que no sabía en ese momento era cuánta verdad había en esa frase: cada palabra que leía

era una parte de mí que dejaba de pertenecerme. Cada página que pasara sería un pedacito de vida resbalando entre mis dedos. Me transformaría en alguien que aún no conocía.

No supe darme cuenta de ello hasta que fue demasiado tarde.

Odiado diario:

Sí, odiado, porque no tengo razones para quererte. Eres mi arma, mi esclavo, y parece que estés aquí solo para recordarme lo que me ocurre. No voy a ser feliz escribiéndote. Tampoco voy a serlo sin escribirte, así que no pierdo nada. Necesito que lo que vivo quede grabado de algún modo, y tú me servirás para eso. Pero no te esperes historias bonitas y momentos brillantes.

Por eso te odio. Porque no sirves de nada. Porque no vas a hacer que me sienta mejor ni vas a cambiar lo que me ocurre. Pero ¿ves? Aun así, sigo escribiéndote, como una niña pequeña, como si hubiera perdido mi cordura.

Quién sabe, quizás lo haya hecho.

¿O acaso no es de locos que ya no vea más que números?

Después de una noche de insomnio, doy gracias por haber dormido al menos tres horas. Tres horas y cuarenta y ocho minutos. Me despierto cuando suena el despertador, a las siete y treinta y uno. Soy consciente de que mi madre se ha ido a trabajar hace dieciséis minutos. Bajo de la cama y el suelo está frío; yo también lo estoy aunque haya dormido bajo dos edredones. Mi temperatura debe de rondar los treinta y cinco grados, pero me siento más fría. Mi presión está baja, noventa y cincuenta. Me siento cansada pero no puedo hacer nada.

Voy a la cocina, cojo un tazón y le pongo un poco de leche, lo humedezco y esparzo migas de galleta alrededor del plato, para que cuando mis padres vuelvan crean que he desayunado. Me rugen las tripas, pero ya no me importa. Ya me he ahorrado unas 274 calorías.

Luego vuelvo a subir; han pasado catorce minutos desde que me he levantado. Entro en el baño, me miro en el espejo y sigo viendo números: dos granos en la frente, ocho heridas en los nudillos. Un suspiro más. Tengo ganas de golpear mi reflejo, de decirle cuánto lo odio, de no volverlo a ver. Me quito el pijama sin apartar la mirada, no vaya a ser que pese 500 gramos más con él puesto. Me acerco a la báscula que hay junto al lavabo, la miro esperando que

hoy me dé buenas noticias. Me subo a ella y es entonces cuando veo el peor número de todos: cuarenta y ocho con tres. Cuarenta y ocho putos kilos.

Doy asco, lo daba antes de pesarme y lo daré después. Doy tanto asco que ni siquiera adelgazar se me da bien. Las tripas me rugen de nuevo y eso me enfada más. ¿Para qué os quejáis si no servís de nada?

Asquerosa barriga, llena de grasa. Ojalá no existieras.

Me golpeo el estómago cuarenta y ocho veces para castigarme. Maldigo en cuatro idiomas y salgo del baño como si no hubiera pasado nada. Son las ocho y cinco de la mañana. Me pongo el uniforme del colegio. La falda es la talla doce y me viene grande, la camisa igual. Pero no lo suficiente.

Cojo la mochila, que me pesa más de lo normal, y salgo de casa. Voy andando al colegio; tardo quince minutos, pero quemo al menos 80 calorías. Solo ochenta. Ochenta no es nada, ochenta no me hará llegar a los cuarenta y cinco.

Y sigo viendo números al llegar al aula. El número de personas que me ignoran, el número de minutos que quedan para acabar la clase, el número de horas que paso calculando cómo escaquearme de la próxima comida. El número de lecciones que no entiendo, que no escucho. Los centímetros de mi muñeca. Las veces que agito el pie de puro nerviosismo. Las veces que me mareo y aun así no sirve de nada.

Porque no sirve de nada, odiado diario, toda esta locura no me ayuda; me esclaviza. Todo son números, y no se van a ir.

¡Putos cuarenta y ocho!

Terminé la lectura con un nudo en la garganta. Ahí acababa el 23 de octubre, pero por alguna extraña razón no me atrevía a seguir pasando las hojas. Sentía que había entrado en la intimidad de Sofía, que había descubierto un secreto que debería haberse llevado a la tumba. Pero entonces sus palabras resonaron en mi cabeza: «Te lo juro, Sara, la próxima vez que me veas pareceré de cristal. Pálida, translúcida, fría, rota. Puro hueso».

Puro hueso. Y lo había conseguido. Después de tanto maldecir a su odiado diario por no ayudarla, había servido para algo. ¿O no era eso lo que quería desde el principio? ¿Morir, volverse polvo y huesos? ¿De verdad eso era a lo que aspiraba?

Oí la voz de mi madre desde abajo llamándome a comer. Dejé un momento el cuaderno sobre la cama y me levanté, aunque algo me detuvo un segundo. Una voz, la de Sofía, diciendo: «No».

Pero no quería escucharla. En ese momento no quería saber nada de ella. No quería saber por qué pensaba así, por qué se empeñaba en ver números en vez de vida.

Bajé los quince escalones en menos de tres segundos, intentando alejar la mentalidad de Sofía de la mía.



Capítulo 4

Me despertó la voz de mi madre desde detrás de la puerta, como cada mañana. Y, como todos los días, me hundí aún más en la almohada, con la esperanza de que ignorar su llamada me librara de otro día de clases. Pero, obviamente, no fue así.

Algunos mechones rebeldes cayeron sobre mis ojos al incorporarme en la cama. Un bostezo se escapó de mis labios y me froté los ojos mientras me destapaba con pesadez y ponía los pies descalzos sobre el suelo. La madera estaba fría.

Fría, como Sofía. Los recuerdos de lo que había leído la noche anterior en su diario, que ahora descansaba inocente sobre mi mesita de noche, sacudieron mi mente con la fuerza de un tornado. Cansancio, mentiras, odio, números.

Una parte de mí se alegraba de que ella ya no tuviera que vivir ese infierno. Agité la cabeza y me incorporé. Me recogí el pelo mientras bajaba los escalones trotando, camino de la cocina. Mi padre ya se había ido a trabajar, como de costumbre, y mi madre estaba preparándose el desayuno.

—Buenos días, Sara. —Estaba de espaldas, pero me había oído llegar. Miraba el telediario mañanero con una taza de café entre las manos.

Me dirigí hacia ella y le di un beso en la mejilla.

—Buenos días, mamá. —Me erguí echando un vistazo a la cocina. La luz de la mañana entraba por las ventanas bañándolo todo de color dorado. Era uno de mis momentos favoritos del día; cuando todo parecía estar en calma, tranquilo, antes de que el ajetreo del instituto lo rompiera—. ¿Has hecho tostadas?

Ella asintió, alzándose para tenderme el plato que descansaba sobre la encimera.

—Llevan la mermelada de melocotón de la abuela. Ayer me trajo unos botes.

—¿Vino la abuela? —dije arqueando una ceja, mientras le daba un sorbo a la leche. El cacao en polvo me dejó un gracioso bigote con sabor a chocolate sobre el labio.

—Fue por la tarde, estabas en la iglesia y...

—Ah —la corté apretando con más fuerza el asa de la taza—. Ya. La próxima vez que venga, si no estoy, le das un beso enorme de mi parte.

Se hizo un silencio incómodo, solo interrumpido por el murmullo de la televisión. Mi madre removió su café deshaciendo la espuma y alzó la vista para acabar con aquel silencio. Tenía mis ojos. Bueno, en realidad, yo tengo los suyos.

—Ayer, cuando no estabas, también llamó David. Dijo que pasaría esta mañana a recogerte.

Apreté los labios y puse los ojos en blanco. Conociéndolo, llamaría a la puerta en menos de diez minutos y me encontraría todavía en pijama.

—¿Por qué no me avisó a mí?

—¿Cuánto hace que no miras el móvil? —preguntó mi madre poniendo los ojos en blanco.

—Ya, vale. —Suspiré. Había acabado harta de los mensajes preguntándome si estaba bien, como si fuera yo la chica que se habían llevado en la ambulancia. No quería que supieran lo mucho que me había afectado. A veces el silencio es la mejor respuesta.

Pegué un último mordisco a la tostada, masticando con prisa.

—Bueno, sabiendo lo puntual que es David, creo que debería subir ya a cambiarme.

—Ponte guapa.

Esta vez fui yo quien puso los ojos en blanco. Agarré lo que quedaba de tostada y me la terminé por el camino.

«Si supiera cómo...», murmuré para mí, intentando no mirar mi reflejo en el espejo. Me desvestí evitando también mirar mis muslos, mi estómago, mis pechos, mi cabello, las pecas que decoraban mis brazos, el lunar que tenía sobre la ceja. Prefería ignorar cómo era mi cuerpo y quedarme con la imagen que guardaba de él en mi cabeza que, aunque algo distorsionada, siempre era un poco mejor que la realidad.

Acabé vistiéndome con unos vaqueros y una camisa de años atrás, cerré el armario con la misma fiereza con la que lo había abierto y fui al baño para peinarme. Soplé para apartarme el pelo de la cara y me enfrenté por primera vez aquella mañana a la chica que me observaba desde el otro lado. Ensayé mi sonrisa, pero ni siquiera así logré ocultar la fatiga que arrastraba desde la fiesta de Clara.

Oí el timbre al poco de salir del baño. Mi madre abrió la puerta mientras yo bajaba por las escaleras, y David se quedó en el umbral de la entrada,

saludándola. Les sonreí y agarré mi mochila, que estaba tirada en el vestíbulo. Le di un beso en la mejilla a mi madre y me acerqué a mi amigo.

—Bueno, ¿nos vamos?

Una vez fuera, el otoño nos saludó con una fría ráfaga de aire que hizo que me abrazara entrelazando los codos. Mientras caminábamos, fijé mi mirada en el suelo, buscando una manera de que el silencio que nos envolvía no fuera tan pesado.

No recordaba la última vez que estar con David me había causado un nudo en la garganta. No recordaba que hubiera habido una primera vez.

—Te noto callada, ¿estás bien? —preguntó entonces.

—Creía que si no contestaba a tus mensajes lo deducirías.

No me atreví a apartar la mirada del suelo, pero le imaginé resoplando y entornando los ojos. Guardó las manos en los bolsillos.

—¿Sigues dándole vueltas a lo de Sofía?

No contesté.

—La verdad es que es un palo, pero... ¿Qué se le va a hacer? No sirve de nada lamentarse ahora.

Seguí sin contestarle.

David se detuvo en medio de la acera.

Volví la vista hacia él; se había quedado plantado con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Ahora no es tan fácil ignorarme, Sara. ¿Por qué no me cuentas qué te pasa?

—Pero ¿qué demonios crees que me pasa? —respondí dejando caer los brazos—. Fui yo quien invitó a Sofía a la fiesta en la que murió. ¡Vi cómo se desplomaba, David! Nadie la conocía y ahora, de pronto, ya no está. Nadie podrá conocerla nunca más. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Solo tenía diecisiete años. Podría haber vivido tanto, haber viajado, haber envejecido, haber tenido hijos, haberse convertido en la mujer de alguien, la madre de alguien, la... amiga de alguien. —Tragué saliva—. Y ahora está muerta.

Solo le estaba contando la mitad.

No le hablé de las pesadillas, ni de sus últimas palabras, ni de sus padres, ni del diario. Por primera vez, le escondí un secreto a David.

Él se limitó a buscar mis ojos con los suyos.

—Es solo que me parece... —continué bajando el tono de voz—, me parece todo muy irreal. Aún me cuesta creerlo. Me ha tocado muy de cerca y...

—¿Y qué? —David alzó los ojos al cielo y abrió los brazos, exasperado—. ¿Y qué, Sara? Sofía está muerta, punto. Cada día mueren millones de personas y nacen millones más. Y tú no pintas nada en ello. No hagas un drama de todo esto.

Apreté los labios dolida. Me contuve para no llorar de pura impotencia. Él no entendía nada. La única persona que durante años me había apoyado iba a reírse de mí si me veía llorar.

David dejó salir el aire que contenía y trató de relajar la expresión de su rostro.

—Escucha, Sara, lo que quiero decir es que... —Aparté la mirada y seguí caminando en dirección al instituto. David no tardó en alcanzarme—. Solo quiero recordarte que no puedes dejar que esto te paralice, ¿vale? No puedes vivir con miedo a la muerte.

Alargó la mano para acariciar mi hombro, pero le aparté con un movimiento brusco. Seguí caminando sin mirarle, sin pensar, tratando de contener las lágrimas. Quería dejar marchar de una vez el recuerdo de Sofía. Y, a la vez, quería dar respuesta a todas las preguntas que la chica había dejado tras su muerte.

David guardó silencio todo el camino, cabizbajo. Noté una punzada en el corazón al mirarle.

Solía hacerme sentir a salvo. Ahora solo sentía frío.

Llegamos al instituto envueltos en el mismo silencio que nos había perseguido toda la mañana. Ni siquiera me despedí de él. Se fue directo a su clase y yo a la mía, sabiendo que nos veríamos en el descanso. Él haría como si nada hubiera pasado, me sonreiría, y yo acabaría devolviéndole la sonrisa, aunque ahora mismo trazar una me costara horrores. Solo necesitaba tiempo. Siempre ocurría igual.

Las cosas no mejoraron una vez en clase. La incomodidad y el miedo parecían cernirse sobre el aula; estaban todos cabizbajos, algunos hablaban en susurros y unos pocos valientes se atrevían a mirar al pupitre vacío de la última fila.

Me deslicé entre mis compañeros hasta ocupar mi sitio. Clara ya estaba sentada a mi lado, jugando con un lápiz entre los dedos y con la mirada perdida. Tenía el pelo más desarreglado de lo normal. Sus ojos se veían

cansados, sus labios agrietados, sus brazos sin fuerza. Un día cualquiera, Clara hubiera venido a darme los buenos días al verme entrar, me hubiese dado un abrazo lleno de energía y se habría quejado de que llevara el mismo vaquero que el día anterior. Pero, aquella mañana, Clara no parecía Clara. Mi clase no parecía mi clase. Y todo era por Sofía.

David era el único incapaz de verlo. Y para él yo era la única estúpida que no pasaba página.

—Hola, Clara —susurré para hacerle notar que estaba ahí. Ella levantó un poco la cabeza, haciendo un esfuerzo para no cerrar los ojos—. ¿Has dormido bien?

—La verdad es que no mucho. —Tosió y su voz sonó aún más ronca y apagada—. He pasado toda la noche pensando... Pensando en ella.

Supe enseguida a quién se refería. Solo había pasado un día desde que lo habían anunciado y la noticia seguía impactando a la gente.

Supe también que David jamás se atrevería a decirle a Clara lo que me había dicho a mí, pese a que las dos nos sentíamos igual. Porque tendría miedo de hacer daño al que fue «el amor de su vida». Para ella solo tendría palabras de consuelo, palmaditas en la espalda y promesas de que todo iría bien.

—Sara, ni siquiera la conocía —murmuró Clara mirándome a los ojos—. Pero era mi fiesta. Mi cumpleaños. Llegué con toda la ilusión del mundo, y cuando entré en la casa ya no había nadie. Todos rodeaban a una chica tirada en el suelo a la que me costó reconocer. Y esa chica ya no está, ya no volverá a estar. —Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda; sus palabras me recordaban demasiado a las mías—. ¿Te das cuenta de lo que es eso, Sara?

«¿Te das cuenta tú?», quise decirle, pero en su lugar me mordí el labio. Era incapaz de aguantarle la mirada. Si ella supiera...

Al menos Clara no tenía el cargo de conciencia de haber escuchado sus últimas palabras. De haber recibido su diario y haber descubierto sus secretos. Veía en su forma de jugar con los dedos, en la tristeza de su mirada, a la chica que llevaba dos días saludándome desde el espejo. Supongo que, igual que yo, Clara se acababa de dar cuenta de lo frágiles que somos, de lo rápido que puede terminar una vida.

—Podría haber pasado en cualquier otro sitio, Clara —contesté al final—. Ha sido mala suerte. Pero ya no podemos hacer nada. —Si David había acertado en algo, era en eso.

Ella pegó un bufido y ocultó el rostro entre las manos.

—Mala suerte... —repitió aguantándose las lágrimas.

La rodeé con un brazo, intentando estar ahí para ella. Intentando hacerle ver que al menos no iba a tener la mala fortuna de perderme.

No todavía.

David era de los pocos que parecían haber sido capaces de evadirse y dejar de pensar en el tema. Pero, a pesar de lo que él dijera, yo no estaba segura de que lo hubiera conseguido del todo.

Cuando alguien muere todo el mundo se culpa, en mayor o menor medida. David por no sentir pena, por no haber evitado que yo la invitara a la fiesta; yo por haberlo hecho y por haberme quedado paralizada al verla caer; Clara por haber celebrado su cumpleaños; los padres de Sofía por no haber estado ahí; el médico por no haber llegado antes. Sin embargo, ninguno era culpable. El corazón de Sofía había fallado, sin avisar, sin que nosotros pudiéramos hacer nada.

Aún me preguntaba por qué me había dejado su diario. Por qué a mí, si solo me conocía de un par de meses y apenas habíamos hablado. Estuve tentada de empezar a leer las últimas páginas para comprobar si hablaba de mí, pero me detuve a medio camino. Un folio resbaló y cayó al suelo mientras pasaba las hojas, tan ligero como una pluma.

Manzana 75

½ plato macarrones ¿324?

~~Yogur 105~~

Sopa 46 120

Miré su caligrafía trémula, los tachones y los números. ¿Era eso lo que había comido en un día? ¿Por qué había cosas tachadas?

No entendía nada.

Solo sabía que si yo tuviera que hacer aquello ni siquiera sería capaz de recordar el almuerzo de hoy. Cuando lo metí de nuevo entre las hojas descubrí un número, en la esquina, que antes me había pasado desapercibido: 48,200.

Me pareció notar la rabia de Sofía al escribirlo.

No sé qué fue lo que me empujó a dejar el diario de nuevo en la estantería, descalzarme y encaminarme al baño de mis padres. Supongo que la curiosidad. Una curiosidad que acabaría destruyéndome, igual que la destruyó a ella.

Ni siquiera me miré al espejo al entrar; no era algo a lo que estuviera acostumbrada. Busqué con la mirada la báscula que mi madre tenía guardada bajo el armario del baño. La saqué y la puse delante de mí, sin ser demasiado consciente de mis actos. Me quedé mirándola unos segundos, mordiéndome el labio, como si esperara que me dijera algo.

Me puse sobre ella.

El número me provocó un nudo en la garganta. No me lo esperaba, simplemente, porque no me pesaba desde hacía muchísimo tiempo. No sabía qué cifra debía aparecer, pero intuía que para Sofía hubiera sido demasiado.

Me pareció oír su voz otra vez: «Cincuenta y tres malditos kilos».



Capítulo 5

Al día siguiente, la clase seguía cargada del recuerdo de Sofía. Al parecer, sus padres habían dado permiso al instituto para que se hablara de la enfermedad que sufría su hija —y que los médicos le habían diagnosticado por primera vez la noche que murió—, para concienciar a los alumnos. Así que a primera hora vino nuestro tutor a prevenirnos. O a intentarlo.

Parecía nervioso; le sudaban las manos. Tuvo que carraspear un par de veces hasta que el ajeteo disminuyó y su voz consiguió alzarse por encima del murmullo.

—Bueno, chicos —dijo entrelazando las manos sobre el estómago—, como ya sabéis, vuestra compañera Sofía falleció el sábado pasado. Los médicos declararon una insuficiencia cardiaca como causa de la muerte. Sin embargo, esa etiqueta esconde una enfermedad que Sofía padecía desde hacía mucho tiempo... —Inspiró hondo buscando las palabras con las que dirigirse a sus alumnos—: La verdadera causa de su fallecimiento fue anorexia nerviosa.

Como predecía, en el aula se desató un intenso murmullo. La gente empezó a susurrar cosas, se oyó alguna exclamación contenida y un par de personas se limitaron a poner los ojos en blanco. Yo me encogí un poco más en la silla, y vi de reojo cómo Clara se llevaba las manos a la boca. El profesor siseó en un intento de hacernos callar, pero solo lo consiguió al cabo de unos cuantos segundos.

—Como sabéis y habéis podido comprobar, los trastornos de la conducta alimentaria conllevan un alto riesgo de muerte. —Apretó la mandíbula para reforzar la seriedad de sus palabras.

Pero, a pesar de su afirmación, nunca nos habían dado una charla como aquella en el instituto. Nunca habían considerado esa clase de trastornos algo importante hasta que habían visto sus devastadores efectos. Y, a pesar de todo, seguramente en un mes todo el asunto de la muerte de Sofía estaría olvidado. En aquel momento el profesor se disfrazaba de adulto preocupado, pero luego seguiría fingiendo no oír a las chicas vomitar en el baño después del descanso, o ignoraría a ese alumno, cuyas notas habían bajado «sin causa aparente», que venía de casa con moratones. Porque, claro, para él son solo

cosas de la edad. Solo cuando van acompañadas de un final trágico merece la pena advertir sobre ellas.

—Esta enfermedad no es ningún juego, es algo muy grave, así que, chicas —primer error: creer que solo las mujeres pueden padecer un trastorno alimentario—, no hagáis tonterías y comed. —Segundo error: pensar que tener un trastorno alimentario es solo cuestión de comer o no comer—. Espero que todas os hayáis traído almuerzo hoy. Sé que la sociedad os exige mucho, pero no tenéis que poner en peligro vuestra salud solo por gustar a un chico o pareceros a las modelos de las revistas. —Tercer error: suponer que todo ese sufrimiento es solo por el deseo de que los demás te aprecien—. Ya sabéis lo que se dice, ¡las mujeres de verdad tienen curvas! —Si las miradas mataran, mi profesor hubiera quedado aniquilado tras ese comentario. Suspiré y dejé caer mi mano sobre los ojos.

Gracias a Dios la gente volvió a revolverse y a murmurar, y el profesor acabó por bajar los brazos con un suspiro y dar por finalizada su «charla de concienciación». Menos mal que Sofía ya no podía escucharle, porque sin duda habría saltado de la última fila para dejarle las cosas claras al tutor.

—Qué fuerte, tía... —murmuró Clara a mi lado, todavía incapaz de atender a los números que adornaban la pizarra—. Aunque debería haberlo imaginado, ¿no? La verdad es que estaba muy delgada...

—No tendrías que haberlo sabido por lo delgada que estaba, sino por lo demacrada que se la veía —le contesté tajante. Ni siquiera pensé las palabras antes de decirlas; parecía que Sofía hubiera hablado por mí.

Solo después me di cuenta de que la chica no murió de camino al hospital, sino mucho antes. Una parte de ella ya debía de estar muerta cuando empezó a registrar su vida el 23 de octubre, como si supiera que la iba a perder.

Aquella noche, tumbada en la cama, sentí la tentación de volver a coger el diario. De todas formas, si Sofía había querido dármelo era precisamente para que lo leyera. Solo era papel, no podía hacerme daño.

Acaricié la solapa del cuaderno y deslicé mis dedos con cuidado hasta la tercera página, donde empezaba la segunda entrada. Habían pasado dos días: 25 de octubre.

Empezar a leer me provocó un nudo en la garganta.

Odiado diario:

Vengo con más quejas y ganas de abandonar este mundo. Esta vez no es solo la báscula, que sigue con sus malditos cuarenta y ocho. En dos días apenas

he perdido trescientos gramos. ¿Dónde queda todo mi esfuerzo?

Sin embargo, eso no es lo que me tiene enfadada ahora. Laura ha expuesto hoy en clase. Hablaba sobre las enfermedades mentales y, cómo no, ha tratado de refilón a mi amiga («amiga») la anorexia.

Y así es como la gente de mi clase aprende acerca de personas como yo.

Aunque supongo que eso es lo gracioso, que yo misma aprendí años atrás acerca de personas como yo pensando que nunca sería una de ellas.

Lo que no aprendes en clase es el dolor mental. Quiero decir, claro, te cuentan cómo consiguen estar delgadas (y delgados, aunque de ellos no te dicen nada). Te hablan de los huesos débiles. Del lanugo. De los montones de moratones. De la pérdida de cabello. Bla, bla, bla.

Pero no te dicen que pierdes todas tus amistades. No te cuentan que acabas con toda la autoestima que podía quedarte. No te explican que te conviertes en la persona más mentirosa de este mundo. No te hablan de los dolores de cabeza. No mencionan lo duro que es recuperarse y lo difícil que es creer que tienes razones para luchar. No te hablan de la ansiedad, de cómo sientes que has dejado de ser la dueña de tu cuerpo, de las pastillas que te obligan a tragar cada mañana. No te hablan de los temblores, ni de esos flashbacks que llegan sin avisar y te paralizan. Te dejan mirando el mismo plato durante horas, rezando a un Dios en el que no crees para que te aleje de ese infierno. No te cuentan que tendrás una batalla en tu mente las veinticuatro horas del día. No te dicen nada de la adicción que le coges a los huesos. Tampoco de las obsesiones. Ni del miedo. No te hablan de cómo mentirás a la gente que más quieres, ni te dicen que llorarás y esconderás el pan en los bolsillos de los pantalones, tirándolo luego al váter para que todo el mundo piense que estás mejor.

Realmente no te cuentan nada.

Ni siquiera me extrañó que el tema de clase fuera el mismo que el del diario. Quería creer que todo era pura coincidencia; después de todo, Sofía ya no estaba aquí. No podía verme.

Una vez leí que la Tierra es el lugar más cercano al infierno que llegaremos a conocer. Leyendo a Sofía, no me costaba creerlo.

Las cosas empezaron a cambiar aquella misma semana, durante una comida cualquiera, pocos días después de haber leído las palabras de Sofía. Ni siquiera recuerdo qué comí, porque no me importaba lo más mínimo. Solo sé que, al acabar, me levanté como de costumbre a por el postre y me quedé parada nada más abrir la nevera. De eso sí que me acuerdo. No quedaban más que yogures y un bol con fruta: un plátano, dos peras y una manzana. Instintivamente, levanté la mano y cogí el yogur, pero algo me detuvo. El recuerdo del lápiz de Sofía me vino a la mente y entonces ya no vi una manzana, vi un 75. Vi un 105 entre mis manos.

No sé qué fue lo que me llevó a pensar que no me hacía falta ni una cosa ni la otra, que ya era suficiente.

Y aquello no fue más que el principio.

—¿Estás mejor?

Había perdido la cuenta de los días desde la muerte de Sofía.

Bueno, en realidad no.

No me costaba recordarlo. Habían pasado algo menos de dos semanas. El revuelo de los primeros días había desaparecido y la gente ya empezaba a obviar la mesa vacía de la última fila. No hubo más minutos de silencio. Nadie se atrevía a pronunciar el nombre de Sofía, que, en cambio, resonaba en mi cabeza más de lo que yo habría querido.

De hecho, era la primera vez que David sacaba el tema desde aquel «no hagas un drama de todo esto» que tanto me había dolido. Los amigos están ahí para apoyarte, no para mandarte callar cuando más los necesitas. Pero mi silencio aquel día ya había sido suficiente castigo. David se había mantenido cauto y había dejado que el tiempo borrara sus palabras, y yo acabé siendo otra vez «demasiado buena». Como él siempre decía. Nuestra relación volvió a su cauce sin apenas darme cuenta. Quizás porque, aunque odiara admitirlo, le necesitaba para sobrevivir a los días difíciles. Necesitaba su despreocupación, su optimismo. Necesitaba todo aquello que no encontraba en mí. Necesitaba a esa persona que me empujara a hacer lo que me daba miedo —ya fuera bailar cuando sentía que todos me miraban, o dejar el pasado atrás—, que me recordara que no podía quedarme paralizada. Y él lo conseguía sin ni siquiera proponérselo.

—¿Te refieres a Sofía? —pregunté aun sabiendo la respuesta.

David asintió acomodándose a mi lado. Habíamos ocupado uno de los pocos bancos que quedaban a la sombra. El resto de los estudiantes

empezaban a agruparse alrededor del patio. Iban donde el sol les permitiera entrar en calor, ahora que llegaban los primeros días de frío.

—Supongo que sí —murmuré.

Mentí.

—Te dije que pasaría. —Me mordí la lengua para contener un suspiro. Las cosas empezaban a pasar *ahora*—. Eh, ¿no has traído el almuerzo hoy?

Él se volvió hacia su mochila y sacó su ya tradicional bocadillo de jamón y queso. Cuando éramos más pequeños su madre siempre nos hacía un par para merendar (y un par más, por si nos apetecía repetir). Y cuando no, nos traía rollitos de canela de la panadería. Ver el almuerzo de David me traía recuerdos de tiempos mejores en los que mi mayor preocupación era no mancharme la camisa.

—Me he levantado tarde; apenas me ha dado tiempo de desayunar —suspiré—. Y se me ha olvidado coger algo.

—Entonces debes de estar hambrienta.

Me sorprendí al darme cuenta de que se equivocaba.

—Qué va.

—¿No quieres un trozo? —Me tendió el bocata con una sonrisa, igual que su madre cuando yo era una niña.

Dos semanas antes, quizás hubiera dicho que sí. Por un segundo estuve tentada de decirlo. «Pero ¿para qué? —pensé—. Si ni siquiera tienes hambre. Eso que te ahorras».

—No, gracias. —Le devolví la sonrisa—. De verdad que no tengo hambre.

David se encogió de hombros y le pegó un mordisco a su almuerzo. Sin pensarlo, sin analizarse como había hecho yo. No se paró a pensar en el peso que le haría ganar, o en el peso que podría perder. No se paró a analizar si para Sofía eso habría sido demasiado... Si Sofía se habría torturado por comerlo, si se habría felicitado por no hacerlo. No sería la primera vez. «Me rugen las tripas, pero ya no me importa —escribió en el diario aquel primer día—. Ya me he ahorrado unas 274 calorías».

¿Cuántas me había ahorrado yo?

A pesar de que dos segundos antes había negado tener hambre, noté que nacía un rugido en mi estómago. Quizás era consecuencia de haberlo llenado solo con un vaso de leche. Pero ahora era demasiado tarde: ya había dicho que no y, como decía Sofía, «ya no me importa».

Sacudí la cabeza intentando ahuyentar a la joven de mi cabeza.

—David —dije volviéndome hacia él—, ¿alguna vez te has encontrado con alguien que te haya hecho querer conocerlo más? —Él arqueó una ceja confuso. Tenía un poco de mantequilla sobre el labio, como cuando era niño. Había cosas que no cambiaban—. Es como que... Sientes que hay algo en tu cabeza que te dice «a esta persona merece la pena conocerla». —Ladeé la cabeza buscando cómo explicarme—. Como una corazonada.

—¿Eso no es simplemente querer ser amigo de alguien?

—Algo así. —Arrugué la nariz—. Un poco más complejo, quizás.

Él se encogió de hombros, pegando un nuevo mordisco a su almuerzo.

—Supongo que sí. Me pasó contigo, pero teníamos ocho años. A esa edad pasa con todos. —No pude evitar reír al recordar a aquel David de pelo largo y aparato en los dientes.

—No creo que estemos hablando de lo mismo, entonces.

—Puede que me pasara con Clara también —continuó David como si yo no hubiera dicho nada. Había perdido la mirada en algún punto del horizonte, aunque su mente estaba más lejos—. Solo que acabé enamorado. —Chasqueó la lengua—. Y jodido.

Hacía mucho que no hablaba de Clara así. Hablaba con ella, reía con ella, quedaba con nosotras. Pero siempre evitaba hablar de lo que sintió, como si temiera volver a sentirlo. Su mecanismo de defensa para olvidarlo todo, para no guardarle rencor, era callar y fingir que no recordaba nada. Con el tiempo había acabado siendo eficaz. Clara había vuelto a ser una amiga, aunque el recuerdo de todo lo ocurrido aún le doliera.

—¿Cómo vas de chicas? —pregunté entonces dándole un codazo.

—¿Lo preguntas en serio? —Dejó escapar una carcajada.

Volvió la mirada al frente, donde Clara y unas cuantas chicas más, todas despampanantes, todas delgadas, sonreían entre murmullos, seguramente poniéndose al día de los cotilleos del instituto. A veces me preguntaba cómo Clara podía sentirse cómoda entre ellas. Quizás era su manera de supervisar que no acababa siendo el objeto de esos rumores.

—Estoy harta de las chicas —siguió David. Alcé las cejas, poniendo una mueca que oscilaba entre la burla y el enfado.

—Vaya, gracias. ¿Tengo que recordarte que yo también soy una?

—Sara, por favor. —Se inclinó más hacia mí, a un palmo de distancia. Me obligué a aguantarle la mirada y no bajar los ojos hacia su sonrisa o hacia la

peca que tenía sobre el labio. A esas alturas conocía su rostro como si fuera un mapa estelar. Cada peca, cada marca—. Ya sabes que tú eres la excepción.

Lo dijo con un deje burlón, aunque no apartó su mirada de mí. Esperé que siguiera con alguna broma, un «necesito una infiltrada en el mundo femenino», algún chiste que aflojara la seriedad y la verdad de sus palabras. Pero solo siguió mirándome.

Al final fui yo quien apartó primero la mirada. Recé para que no se notara el súbito rubor de mis mejillas.

Volví a recordar con nostalgia aquellos tiempos en los que mi mayor preocupación era no mancharme la camisa, en lugar de evitar que mi corazón se acelerara por quien no debía.

Al día siguiente volví a olvidarme el almuerzo en casa y no me importó. Otra mañana me levanté tarde y no me molestó desayunar solo un vaso de leche. Pero, para compensar, merendé un gofre de chocolate pensando «que me lo había ganado». Una noche no cené, porque tenía examen al día siguiente y quería estudiar más. O quizás quería comer menos.

Pero una mañana me desperté con la mente más clara, me di cuenta de lo que había hecho y me obligué a parar. ¿Qué estaba haciendo? Tonterías, eso eran. No cenar no me servía de nada, no me iba a ayudar.

O quizás sí. Mi cabeza era un torbellino de contradicciones.

«Podrías perder esos kilos de más», me decía.

«No tengo kilos de más», me contestaba.

«¿Y esos michelines? ¿Y esos muslos? ¿Y esa talla?».

«Bueno, podría adelgazar un poquito. Solo un poquito».

«Tengo que dejar de darle tantas vueltas, ¿por qué debería adelgazar?».

«Bueno, ¿y por qué no? Ir en bañador sin miedo, verme bien en el espejo... Quizás algún chico se interesaría por mí. Quizás David».

«¡No seas idiota! David es tu amigo, no fastidies eso también. Adelgaza y olvídate de él. Adelgaza y todos te verán bonita».

«Todo lo que dices y todo lo que estás haciendo son tonterías. Ya viste cómo acabó Sofía: muerta».

«Pero yo no llegaría a ese punto, por Dios. Tengo cabeza».

A pesar de todo aquel debate interno, cometí un error más: volver al baño de mis padres y subirme a la báscula por segunda vez. Y otro más cuando sonreí al ver el número. No entendía cómo, pero había bajado. Solo quinientos gramos, pero me parecieron más que suficientes. Había adelgazado

sin ni siquiera darme cuenta, sin esfuerzo, sin proponérmelo. Había momentos en los que no me veía como alguien que necesitara bajar de peso, pero, ya que lo había hecho, ¿qué más daba?

Aquello fue como firmar un pacto con el diablo: a partir de aquel momento, seríamos la báscula y yo. Yo prometía estar pendiente de ella todos los días, ella prometía que el número bajaría.

Me detuve un momento a mirarme en el espejo. Nunca había estado a gusto conmigo misma. No solo por mi cuerpo, sino por mi forma de ser: mi timidez, mi desgana, mi soledad. No era una de esas chicas que destacan allí donde van, y sabía que tampoco lo iba a ser. No tenía, y no aprendería nunca a tener, su carisma y su seguridad. Había cosas que no podía cambiar.

Pero acababa de descubrir que mi cuerpo no era una de ellas. Podría dejar que me creciera un poco más el pelo, podría maquillarme más a menudo, podría dejar de parecer una niña. Podría empezar a cuidarme más. Podría... Podría quitarme algunos kilos. Quizás así mi tripa se vería más bonita.

No iba a pasarme, estaba segura; no quería hacer tonterías. Solo gustarme un poco más.

Solo eso.

El sábado me levanté con ganas de no hacer nada, absolutamente nada. Me desperté con sueño y pocas fuerzas para enfrentarme al mundo. Lo único que consiguió arrancarme una sonrisa fue el mensaje de «buenos días, pequeña» que me había dejado David en el móvil.

La noche anterior el insomnio me había invadido y había acabado durmiéndome pasadas las cuatro de la madrugada. Mi cabeza no se había callado desde entonces, dando vueltas a millones de temas: David, el trabajo de lengua de la semana siguiente, quedar con Clara otra vez, David, retomar las noches de peli y *pizza* (bueno, quizás *pizza* no), los planes que tenía para Navidad, el regalo que le iba a hacer a mamá, David otra vez, la bufanda que me acababa de comprar, la sonrisa de David, el diario de Sofía, no pensar tanto en ella, pensar menos en David, no poder hacerlo.

Así que no era de extrañar que acabara despertándome casi a la una del mediodía. Me desperecé con un bostezo y me paré unos segundos a mirar la luz que se colaba a través de las cortinas. Me encantaban las mañanas en mi casa; el sol entraba por las ventanas iluminando todas las habitaciones y

haciendo el ambiente aún más acogedor. Daban ganas de no despegarse de la cama, pero el deber, concretamente los ejercicios que tenía que entregar el lunes, me lo impedía.

En apenas una hora mi madre estaría llamándome para comer, así que ni siquiera me molesté en desayunar; no tenía hambre. Me lavé la cara y me senté en el escritorio frente a los apuntes de historia, con ganas de caer dormida sobre ellos. Acababa de coger el bolígrafo cuando el teléfono empezó a sonar.

Lo cogí con un suspiro.

—¿Diga?

—¿Sara? —Reconocí la voz de Clara al otro lado. Por suerte sonaba más animada que la semana anterior—. Soy Clara. Te he estado llamando toda la mañana y parecía que no había nadie en casa.

—Lo siento, estaba durmiendo...

—¿Tan tarde?

—¿De verdad te sorprende?

Escuché la risa de la chica al otro lado del teléfono, seguida de un suspiro.

—Bueno... Quería preguntarte si vas a hacer algo esta tarde. Me apetece ir de compras.

Esta vez fui yo la que resoplé. Odiaba ir de compras. No me gustaba pasar horas de tienda en tienda, probándome cosas que solo conseguían acomplexarme más y comprando cosas que quedarían abandonadas en el armario durante meses. Además, me había despertado desgana, y lo último que me apetecía era salir a dar una vuelta. Me levanté de la silla, teléfono en mano, y empecé a moverme en círculos por la habitación.

—¿Tiene que ser hoy? Ya sabes que eso de comprar no es algo que me apasione... —contesté. Ella se quedó callada unos segundos.

—¿Y si vamos al cine? ¿Eso te apetece?

—No hacen ninguna película buena ahora.

—¿Vas a poner excusas a todo lo que diga? —preguntó Clara. Casi podía verla fulminándome con la mirada desde su casa.

—Es que hoy me he levantado cansada, Clara —suspiré.

Bajé los hombros y me paré a mirar el paisaje a través de mi ventana. Solo se veía la carretera desierta, con árboles decorando las aceras a ambos lados y los edificios de enfrente alzándose como gigantes. En general, mi barrio era un lugar tranquilo.

—Vale, vale. —Esta vez fue ella la que soltó un suspiro—. Pero resérvame algún hueco en tu apretada agenda, si no es mucha molestia.

Parecía un poco disgustada, pero no podía mentirle. Habría sido peor si hubiera accedido, la pobre habría tenido que cargar conmigo toda la tarde.

En ese momento vi a una pareja corriendo a lo largo de la calle, con los auriculares puestos y mallas de deporte. Se pararon un segundo para coger aire, apoyando las manos sobre las rodillas. La chica le devolvió la sonrisa a su acompañante cuando él la animó a seguir corriendo, ladeando la cabeza. Levanté una ceja.

—¿Qué te parece si vamos mañana a correr?

—¿A correr? ¿Estás loca?

—Va, Clara, siempre te estás quejando de que no tienes tiempo para ir al gimnasio, y no creo que nos haga ningún mal...

Ella resopló por segunda vez.

—De verdad que no te entiendo. ¿Dices que estás cansada y al minuto quieres ir a correr?

—Hoy descansaré para ir mañana con fuerzas. Es lógico —contesté—. ¡Vamos, seguro que nos lo pasamos bien!

—Vale, si tanta ilusión te hace... ¿En mi casa a las seis?

—Perfecto.

—Bueno, pues nada. Hasta mañana, Sara.

—Hasta mañana. Gracias. —Y sin dejar de sonreír, colgué.

Aquella decisión fue uno de esos pequeños errores que acabarían conmigo.



Capítulo 6

Desde que era pequeña, mi pasatiempo favorito siempre había sido leer. Devorar todos los libros que me encontrara por casa, meterme en sus mundos con la esperanza de abandonar la realidad y poder convertirme en alguien mejor. Alguien valiente, fuerte; una heroína.

Pero desde que el curso había comenzado, los estudios apenas me habían dejado tiempo para respirar y no había encontrado todavía un libro por el que mereciera la pena quedarse noches enteras en vela. Aunque tenía el diario de Sofía, que en aquellos momentos cumplía con una función parecida. Solo que leerlo no me convertía en ninguna heroína, sino en una espectadora más.

La tercera entrada del diario estaba fechada en noviembre.

Odiado diario:

Estoy harta, hartísima, de que pasen los días y nada mejore. «Después de la tormenta siempre sale el sol», dicen, pero para mí está diluviando y el sol también tiene miedo. Estoy cansada. Mentalmente cansada, y ese es el mayor cansancio de todos.

Mis esfuerzos cada vez dan peores resultados. Nunca es suficiente. Ahora son cuarenta y seis y ochocientos gramos. ¿Para cuándo cuarenta y cinco? ¿Cuarenta? ¿Treinta y cinco? ¿Ahí seré feliz de una maldita vez?

Para colmo, eso no es lo único que me va mal.

He vuelto a discutir con Rebeca. Tenemos un carácter que no nos hace bien a ninguna de las dos. Ella es demasiado orgullosa, tiene mucho genio, igual que yo. Se pone de los nervios por todo y en esos momentos mi ansiedad no ayuda. Ya fue bastante con lo de Lidia. Eso no hizo más que separarnos, como si no hubiéramos pasado suficiente infierno ya...

Bueno, todo ha empezado por la tarde, al salir de clase. Ya había tenido un mal día por culpa de un bonito suspenso en química. ¡Un cuatro en química! Me lo hubiera esperado en historia o literatura, pero se suponía que los números se me daban bien. Nunca en mi vida había suspendido química y nunca habría

imaginado que lo haría. Pero es que en el momento del examen me quedé en blanco, así, sin más. No tengo excusa. Por eso ni siquiera me he molestado en llorar, sé de sobra que soy un fracaso. En todo.

Pero, obviamente, Rebeca no esperaba que yo no estuviera de humor para irnos «a merendar». Eso es lo que propuso. A merendar... Lo primero que hice fue negarme, claro, y decirle que yo no merendaba. Ella insistió en que al menos me tomara un zumo, que me veía muy paliducha. Como si un zumo fuera a devolverme el color. Obviamente, dije que no.

«¡Sofía, deja de hacer tonterías! ¿A qué crees que juegas? ¡Es solo un zumo! ¿Quieres acabar como Lidia? BLA, BLA, BLA».

Me sé de memoria sus charlas; se cree que van a impactarme, que van a hacerme cambiar de opinión, como si de verdad pudieran conseguirlo. Pero no se da cuenta de que solo yo controlo mi mente (¿o ella me controla a mí?).

Entonces estallé, solté un «¡Rebeca, déjame en paz de una puta vez!» para no seguir oyendo sus pobres argumentos, y me di media vuelta. Fingí que nada me dolía hasta que oí su voz a mi espalda.

«Vas a acabar sola y podrida, Sofía. ¿Me has oído? ¡Jodidamente sola!».

Y a ti no te puedo engañar, maldito diario, esas palabras me han hundido.

No es para tanto, en realidad. Yo misma me he dicho cosas peores. Pero Rebeca es una de las pocas personas que no he perdido aún, y que me lo diga ella es distinto. Despierta todos mis miedos. Ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Porque ¿qué va bien en tu vida, Sofía Valls?

Nada, absolutamente nada. Sigo gorda. Doy asco. Mi madre sigue mirándome mal cuando le digo que no tengo hambre, a veces me obliga a comer (¡pero luego finge no oírme vomitar!). Aún tengo que esconderme para hacer ejercicio, levantarme a las seis de la mañana si hace falta. Y ni siquiera me gusta. Me cansa, lo odio. Pero lo necesito, igual que necesito que el número baje de una puñetera vez. Pero no lo hace, porque no sirvo, porque sigo siendo una bola de grasa; solo que ahora, además, soy una bola pálida de grasa a la que se le cae el pelo.

La gente no se acerca a mí desde lo de Lidia. Y las pocas personas que me quedaban se están yendo, entre ellas, Rebeca.

¿Amigos? ¿Qué es eso? Aún recuerdo cuando era pequeña y me pasaba todas las tardes en casa de Rebeca, de Valeria o de Cristina... Decíamos que seríamos amigas para siempre, y míranos ahora.

Mis padres tampoco me entienden. En nada. Solo quieren que coma. Así, sin más, porque sí, y ni siquiera se dan cuenta de lo que estoy pasando. En realidad, apenas les importo. Papá solo me saluda algunas tardes, cuando vuelve del trabajo, y luego se vuelve a encerrar en su despacho. Y mamá, como le diga lo que pienso de verdad, se pone a llorar. Es demasiado débil y manejable, siempre hace caso a lo que mi padre dice y tampoco está casi en casa; creo que es porque no lo soporta. Yo tampoco lo haría. Normal que se pase la mayor parte del tiempo fuera, de tiendas o con sus amigas; aunque luego papá no hace más que gritarle porque, sin querer, se ha gastado más de la cuenta yendo de compras. Y así cada semana. Creo que tiene un problema. Pero, de todas formas, no es la única. Todo el mundo tiene algún problema, lo que ocurre es que yo tengo mil más.

Por si el ambiente familiar no fuera bastante, las notas tampoco me van bien. Este año he bajado mucho. He pasado de ser una chica de siete a ser una de suspensos. Me esfuerzo, estudio para no pensar (para no comer), pero no sirve de nada, porque al llegar al examen se me ha borrado todo. Y me enfado, y no lo soporto, y no sirvo para nada.

¿Algo más? Ni siquiera quiero hablar de chicos. Esos ni se me acercan, pero mejor para ellos.

Luego estoy yo, que no tengo nada bueno. Absolutamente nada. Soy la ruina de mis padres, el disgusto de mis profesores, la carga de mis amigas.

Rebeca tiene razón, voy a quedarme sola. Pero quizás sea lo mejor. Nadie tiene por qué soportar conocerme. No lo merecen.

Ni siquiera yo me soporto. No debería estar aquí, no sirvo para nada, ¡soy un puto fracaso!

Intentaba distraerme para no volver a la caja. Pero no tengo más remedio. Ahora mismo lo necesito. Solo tengo que abrir el armario, tercer cajón, escondida entre bufandas. Mi madre nunca entra en mi habitación, nunca la encontrará y, si lo hiciera, no sería capaz de hacer nada. Abriré la caja y se pasarán mis males. O se multiplicarán. No lo sé, solo sé que me lo merezco, que debo hacerme daño, que estoy cansada de todo esto y que no sirvo para nada.

Ojalá llorar adelgazara. Ojalá sangrar adelgazara. Ojalá esta sea la última vez. Ojalá desapareciera.
Ojalá.

Llegué a casa de Clara después de un buen paseo, vestida ya con el chándal y con el pelo recogido en una coleta. Durante el trayecto me había estado planteando si debía compartir el diario de Sofía con alguien más, pero descarté la idea enseguida. Ella no me lo había dado para que lo difundiera.

En cierto modo, cuando lo leía me sentía una intrusa. Era como meterse en su cabeza, en su más profunda intimidad. Significaba saber todo aquello que no había sido capaz de contarle a nadie. Sin embargo, había escrito «Sara Soler» sobre la cubierta. Simple y claro. Aunque todavía desconocía la razón.

Quizás era un aviso. Quizás había notado que yo necesitaba adelgazar, pero para evitar que acabara como ella me había dado sus memorias. Tiene sentido, ¿no? Y yo lo estaba haciendo bien. Hoy había desayunado poco, había comido poco y ahora iba a ir a correr. Pero no había dejado de comer ni nada por el estilo. Solo estaba siendo más sana. Y me sentía bien, sentía que me iría viendo mejor con el tiempo. Sin duda, eso no se parecía nada a la versión de cómo Sofía se veía y se sentía.

Llamé a Clara desde la puerta de su jardín, y la chica no tardó en asomarse por la ventana. Al verme me gritó que ya bajaba, y a los pocos segundos salió de su casa con las manos en la cabeza, haciéndose un moño.

—No sé cómo has conseguido convencerme —dijo cuando empezamos a caminar—. ¿Con diez minutos te sirve?

—Diez minutos, descanso, y luego otros veinte. Va, Clara, no seas vaga. —Le di un suave codazo y empecé a trotar. Ella no tuvo más remedio que seguirme, ya cansada.

El barrio en el que vivía Clara era un lugar muy tranquilo para pasear. El sol empezaba a ponerse y el cielo se había tornado de color anaranjado; solo se oía el murmullo de la brisa y el piar de los pájaros. Apenas vimos pasar un par de coches por la carretera, y en la acera, junto a nosotras, una fila de naranjos nos daba sombra.

Con los auriculares puestos apenas era consciente del paso del tiempo. Al poco rato empecé a sentirme cansada, pero algo dentro de mí me impedía parar. Lo mismo que me decía que aunque doliera merecía la pena, que siguiera así, que al final me acostumbraría al dolor. Que el número bajaría.

No sentía las piernas. Notaba cómo el corazón me latía tan fuerte que parecía que fuera a atravesar mi pecho. Tenía la respiración entrecortada, pero aun así me obligué a seguir. Era como si yo ya no controlara mis piernas; ellas iban solas.

A los pocos minutos me di cuenta de que Clara ya no estaba a mi lado. Me detuve, por fin, con la sensación de tener los músculos entumecidos.

Ella estaba unos metros más atrás, encorvada, con las manos apoyadas en las rodillas y la respiración acelerada. Se apartó el pelo de la frente, jadeando a causa del esfuerzo.

—Oye, Sara, creo que llevamos más de quince minutos ya... —dijo con un suspiro—. ¿No podemos parar?

—¿Ya te has cansado? —Ella asintió y yo puse los ojos en blanco—. Puedes volverte a casa si es lo que quieres, pero yo voy a seguir.

—Está bien. —Suspiró y se enderezó—. Yo me voy a por un helado o algo, que me lo he ganado. Hasta mañana, Sara. —Hizo un amago de sonrisa y se dio media vuelta, camino a su casa.

Yo no podía rendirme todavía. No iba a echar a perder todo lo que había conseguido tomándome un helado. Además, apenas había corrido, y los dos minutos que me había parado a hablar con Clara solo habían servido para maldecirme por detenerme y aumentar mis ganas de continuar. Aún me dolían los pies, pero al final me acostumbraría a la molestia. Me puse los auriculares y seguí corriendo, dejando cada vez más lejos mi casa, intentando ignorar el dolor de músculos, el cansancio, las ganas de abandonar. No podía.

Sofía había dicho que andando quince minutos solo había quemado ochenta calorías. Según ella era poco. Quince minutos corriendo, ¿qué serían? ¿Ciento sesenta? Seguro que era poco también. Tenía que correr más, cansarme más, adelgazar más.

Además, iba por el buen camino. Todo el mundo recomendaba hacer ejercicio, contaban maravillas sobre los beneficios de salir a correr, así que no había nada malo en lo que hacía.

Y seguiría pensando aquello aunque sudara sangre.

Sin embargo, a los pocos minutos hubo algo que hizo que aminorara la marcha. Reconocí una casa entre las demás. A simple vista no tenía nada diferente; estaba adosada a ambos lados, era idéntica a sus vecinas, con un pequeño jardín en la entrada. Pero aquella tenía un abeto plantado y las cortinas echadas, como si estuvieran de luto.

Porque lo estaban.

Era la casa de Sofía, la misma hasta la que mi madre había conducido la noche de su muerte. Me acerqué a la verja para asegurarme de que no me equivocaba. Aún me costaba respirar y me dolían los gemelos, pero lo último que quería en aquel momento era descansar. Sobre el buzón, algo torcido, aparecía el nombre de los padres de la chica: «Pedro Valls y Julia Enero».

—¿Sara? —oí mientras lo leía.

Levanté la cabeza a tiempo de ver cómo la madre de Sofía salía de la casa cargando con una caja de cartón. Cerró la puerta con un movimiento de cadera y se acercó a la entrada, intentando sonreír.

—Buenas tardes, ¿necesita ayuda?

—¿Lo dices por esto? —La madre de Sofía señaló la caja con un movimiento de cabeza—. No hace falta, apenas pesa.

Una vez delante de mí, dejó el objeto en el suelo con un suspiro y se apartó los cabellos de la cara. Al mirarme noté las ojeras bajo sus ojos, el cansancio en sus pupilas y la mirada de alguien que se ha pasado noches enteras llorándole a la almohada.

—Estamos haciendo limpieza en casa, pero aún no hemos empezado con la habitación de Sofía... —murmuró entonces con una indiferencia en la voz que me sorprendió—. Te he visto acercarte y he pensado que, ya que estás aquí, podrías echarme una mano. Solo si quieres, claro. Así podrías quedarte con todo lo que necesitaras: ropa, libros, dibujos... Sofía no tenía mucho más. Pero estoy segura de que le gustaría que acabara en manos de sus amigas. —Trató de forzar una sonrisa—. Pero entenderé que digas que es muy duro para ti, o quizás ahora te pillo en mal momento...

—No, no, para nada —la interrumpí—. Solo he salido a correr un rato, pero ya me he cansado. No se preocupe, estoy segura de que para ustedes es más duro que para mí. —Julia tragó saliva, pero mantuvo la sonrisa—. Puedo ayudarles, no tengo nada mejor que hacer.

—Eres muy amable.

Alargó los brazos para abrir la valla que separaba el jardín de la acera y me invitó a entrar. Cuando le pregunté qué haría con la caja de cartón hizo un gesto de indiferencia y dijo que no eran más que trastos que ya tiraría en otro momento. Al parecer, ni siquiera le importaba que lo robaran ya.

Una parte de mí pensaba que en realidad la familia Valls estaba haciendo limpieza de recuerdos.

Seguí a Julia a través del jardín y entré en la casa de Sofía. Oír la puerta cerrarse a mi espalda me provocó un escalofrío. Me sentía una intrusa, una mentirosa. Después de todo, no había aceptado ayudarlos por puro altruismo.

Quería ver lo que Sofía veía cada mañana al despertar. Entender por qué quiso darme su diario. Encontrar alguna pista, alguna nota, cualquier cosa.

La puerta del final del pasillo era la de Sofía. Frente a ella descansaban un par de cajas de cartón como la que su madre había dejado abandonada junto a la valla.

—Por ahora lo único que me interesa es empezar a guardar toda la ropa que tiene en su armario —comentó Julia con la mirada clavada en el suelo—. No es mucha, la verdad. Sofía nunca fue una chica muy coqueta. Pero aún no me veo capaz de volver a entrar... Ya fue demasiado difícil el primer día.

Me quedé en silencio, sin saber muy bien qué decirle. Un «lo siento» más no iba a servir de nada. Seguro que estaba cansada de que la gente se compadeciera por algo que no podía arreglarse.

—Entonces, ¿lo guardo todo en las cajas?

—Me harías un gran favor. —Se agachó un segundo para agarrar la caja y pasármela a mí—. Y Sara, de verdad, si ves cualquier cosa que quieras quedarte como recuerdo, eres totalmente libre de llevártelo.

Asentí con la cabeza, intentando animar a la mujer con la mirada. Pero algo me decía que el enorme vacío que se siente al perder a un hijo no puede llenarse por muchos ánimos que te den. Era una cicatriz que se quedaría marcada para siempre, y en ese momento, bastaba con mirar a Julia a los ojos para poder verla.



Capítulo 7

La habitación de Sofía no era nada del otro mundo.

Me recordó a ella, porque a pesar de su sencillez parecía guardar muchos secretos. Todos mis compañeros solían dar rienda suelta a su creatividad al decorar su cuarto, pero las paredes del de Sofía estaban desnudas. No tenía cuadros, pósteres ni ningún detalle sobre el cabecero de la cama, y en el escritorio solo había dos botes con rotuladores y una montaña de apuntes ordenados que ya no le servirían a nadie. Aquella mesa era lo único que sus padres se habían atrevido a ordenar, y ahí es donde habían encontrado el diario. Rebusqué entre los papeles con la esperanza de encontrar alguna carta, algún mensaje, algo que me indicara qué camino seguir.

Pero no había nada.

Con un suspiro, di media vuelta para ver la otra parte de la habitación. El escritorio estaba nada más entrar, a la izquierda, y enfrente de la puerta había una pequeña ventana con las cortinas corridas. Las abrí para que el sol, o lo que quedaba de él, iluminara un poco más la estancia. Junto a la ventana estaba la cama, con un puñado de peluches encima de la colcha azul. Perfectamente hecha. Me pregunté cómo sería hacer una cama sabiendo que no se volvería a usar. Cómo sería pasar la última noche viva, y ni siquiera ser consciente de ello.

Sobre la mesita de noche solo había una foto enmarcada. Me agaché para verla mejor. Eran cinco chicas sonriendo a la cámara, sentadas en un sofá. Solo reconocí a Sofía, aunque no fue fácil. Tenía el pelo brillante y con más volumen, las mejillas sonrojadas y una sonrisa sincera. No se parecía en nada a la chica que yo conocí. Estaba cogiendo de la mano a la joven que tenía al lado. ¿Eran esas las amigas de las que había hablado? ¿Lidia, Rebeca, quizás Cristina...?

Con la esperanza de encontrar más información, comencé a abrir los cajones de la mesa. En el primero y el segundo solo encontré ropa interior y calcetines. Pero el último cajón ya era más interesante; en él, Sofía guardaba algunos bolígrafos sueltos, pulseras y una pequeña agenda telefónica. Ver los primeros nombres me bastó para quedármela. Rebeca Cortés, Valeria Torrent, Lidia Guerrero, Cristina Díaz.

«Eres totalmente libre de llevártelo», había dicho Julia, refiriéndose a todo aquello que me recordara a Sofía. O, en su defecto, todo aquello que me ayudara a conocerla más. No sé exactamente qué debió de contarle Sofía a sus padres para que creyeran que yo era tan amiga suya y confiaran tanto en mí. No sé qué vio ella en mí para darme su diario, ni qué pretendía, cuando en realidad solo habíamos hablado un par de veces. Y la mitad de esas veces deseaba que jamás hubiesen ocurrido.

Pero, ya que me había dado la oportunidad, quería conocerla. Quería conocer a alguien que no podía conocerme a mí.

Hablar con la gente con la que ella había compartido su vida quizás me ayudara. Guardé la agenda en el bolsillo de mi pantalón y saqué la fotografía del marco para quedármela también. Me prometí devolverlo todo en cuanto dejara de necesitarlo, aunque, de todos modos, no creo que los padres de Sofía lo echaran de menos. Ni siquiera se darían cuenta.

Me crucé de brazos, pasando la mirada de nuevo por la habitación. Ahora debía ayudar a Julia, como me había pedido, así que abrí el armario y empecé a descolgar los pantalones, las faldas y los vestidos. No me paré a mirar la talla, porque sabía que la compararía con la mía, y eso solamente me haría más daño. De todas formas, por el tamaño de la ropa intuí que no debía de superar la de una niña de doce años.

Guardé todo con cuidado en las cajas, bien doblado, como mi madre me había enseñado. No sabía qué iban a hacer con la ropa, pero dudaba que la fueran a tirar. Empecé a vaciar los cajones, aunque no había mucho por hacer: su madre ya me había dicho que Sofía no tenía mucha ropa. Toda era como ella, sencilla. De colores oscuros la mayoría, y solamente un par de pantalones cortos y camisetas. Todo lo demás era ropa de invierno.

Me detuve al acabar de vaciar el tercer cajón. Al fondo, antes oculta por unas cuantas bufandas, había una pequeña caja de madera del tamaño de la palma de mi mano. La cogí con cuidado y la saqué para verla a la luz. Era ligera, pequeña, con algunas líneas trazadas con témperas por los laterales, como si alguien la hubiera pintado para distraerse. Recordé la caja que había mencionado Sofía en su diario, la que escondía en el cajón y a la que acudía cada vez que se sentía perdida.

Pero ¿por qué?

Oí la puerta abrirse justo en el momento en el que pretendía mirar su interior. Me volví de golpe, escondiendo torpemente la caja en otro de mis bolsillos.

La madre de Sofía no se atrevió a entrar; solo dejó la puerta entreabierta y se asomó un poco, lo justo para que se le viera la mitad de la cara y el cabello lacio que le caía.

—¿Sara? —preguntó. Parecía que le dolía tanto recordar a su hija que ni se atrevía a pisar su cuarto—. ¿Te queda mucho?

—No, solo un cajón más —contesté mientras lo abría.

—De acuerdo. Era por si querías comer algo.

Ni de broma.

—No se preocupe, estoy bien.

—De acuerdo. —Su voz sonaba cansada—. Gracias por todo, Sara.

—No hay de qué.

Y era cierto, no había nada que agradecer. Yo conocía más a su hija, ella huía del dolor. De algún modo, nos estábamos ayudando las dos.

O eso era lo que yo creía.

No recordé que me había llevado la caja hasta el lunes por la tarde. La misma tarde en la que David me pidió que le ayudara con las matemáticas, aprovechando que vivía a solo un par de manzanas de distancia.

Le invité a entrar en mi habitación después de pasar por la cocina. David decía que las clases y el estudio lo dejaban hambriento, pero que las galletas caseras de mi madre eran el remedio perfecto. Aquella fue la primera tarde que me negué a probarlas. Por suerte, ese hecho no llamó la atención del chico. Lo que sí lo hizo fue la agenda telefónica que había dejado tirada sobre el escritorio. Al menos no fue la caja.

—Vaya, esto es nuevo, ¿no?

La cogió y empezó a ojearla con toda la libertad del mundo. En otra situación no le hubiera dicho nada, porque después de tanto tiempo mi habitación había dejado de ser territorio prohibido. Se suponía que no tenía secretos para él; no iba a enfadarme porque me cogiera una simple libreta.

Lo que sucedía es que no era una libreta cualquiera.

—¿Quién es Rebeca Cor...? —empezó, pero yo le quité la agenda de las manos. Gracias a Dios no había encontrado el diario.

—Una amiga a la que no veo desde que era muy pequeña. Mi madre me dio su número hace poco. —No recordaba haberle mentado antes de aquella manera. Pero tampoco recordaba no haber sentido ni el más ligero remordimiento por ello. Y él, obviamente, no dudó de mis palabras. Nunca le había dado motivos.

Me di la vuelta para evitar que él viera la mentira en mis ojos y guardé la libreta en el primer cajón que encontré.

—¿Y si la llamamos ahora?

—¿Estás loco?

—Puedo fingir ser tu amante o algo así —bromeó pasándose la mano por el pelo. Parecía que lo tenía más rubio que de costumbre. Sus ojos, de color ámbar, chispeaban como si buscaran tentarme. Era la misma mirada que ponía cuando me animaba a bailar, a hablar en clase, a perder el miedo.

Siempre había adorado los ojos de David. No era solo el color, que cambiaba dependiendo de la luz, y a veces me recordaba a la tonalidad del cielo al amanecer y otras al zumo de naranja. Era la forma en la que él parecía comunicarse a través de ellos. La frase «los ojos son el espejo del alma» tenía sentido cuando le veías a él.

Me preguntaba qué veía él en mis ojos. No eran como los suyos, para nada, sino mucho más oscuros. No brillaban. A veces, mi pupila y mi iris no se distinguían. No eran nada del otro mundo, igual que yo.

¿Y David pensaba que alguien iba a creerse que él era mi «amante»?

—Nadie se tragaría eso —le contesté al final con más tristeza de la que pretendía.

—Pues tu novio.

—Tampoco.

—¿Y esa falta de amor propio, Sara? —Arqueó una ceja. Parecía que supiera todo lo que me pasaba por la cabeza. O casi todo.

Me volví para mirarle a los ojos.

—¿Alguna vez he tenido yo de eso?

Él suspiró, se acomodó sobre la silla y echó el cuerpo hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—De verdad que no te entiendo. Te conozco desde que éramos crios, pero hay una parte de ti que no me entra en la cabeza. —Hablaba con un tono de voz cansado, algo afligido.

Me encogí de hombros, sentada en el borde de la cama. Para ser sincera, conocerme era un asunto complicado; me daba la sensación de que ni siquiera yo misma sabía cómo era. Pero tenía claros mis defectos, cuántas veces había fallado, todo lo que no me gustaba de mí. Eso sí que lo tenía clarísimo.

David se levantó de la silla para sentarse a mi lado y puso una mano sobre mi hombro.

—¿Por qué piensas eso, Sara? —Hizo una pequeña pausa, aunque no esperó a que contestara—. ¿Por qué te quieres tan poco queriéndote yo tanto?

Sabía que su manera de quererme no era la que todo el mundo pensaba. Me sorprendí al notar una punzada en el corazón, y mi cabeza no tardó en convertirse en un monólogo interno que analizaba sus palabras. Tampoco ayudó el hecho de saber que seguramente mis mejillas se habían sonrojado.

—Eh, no me pongas esa cara —dijo él ladeando la suya. Su rostro se iluminó al sonreír—. Ya sabes a qué me refiero. Sé que lo que acabo de decir suena cursi a más no poder pero, joder, aunque no lo diga, sabes que te quiero. Sabes lo mucho que me importas. Has estado ahí cuando todos los demás me han fallado y...

Lo sabía, sabía lo que iba a decirme.

El descarado y despreocupado David tenía corazón, por más que la gente del instituto no quisiera verlo. Tampoco les importaba hacerlo. David solo era lo que se veía desde fuera. Un colega, alguien con quien reírte un rato, un compañero en el equipo de fútbol o el primero en arremangarse si alguien se metía con un amigo suyo.

Pero para mí era más. Para mí era mucho más, porque yo también lo era para él. Porque yo era una de esas pocas, poquísimas personas a las que él había abierto las puertas de su corazón. Le había visto siendo vulnerable; sintiendo rabia, dolor, tristeza. Y había estado ahí para él, recordándole que no estaba solo.

—No me vendría mal que me enseñaras cómo has conseguido quererme, la verdad —murmuré. Bajé la cabeza, pero él me cogió de la barbilla para que la volviera a alzar.

—No te tengo que enseñar nada. No servirá que te haga una lista o te diga mil razones. Es algo que tienes que hacer tú.

—¿Y por dónde empiezo? —contesté cada vez más desanimada. No soportaba mirarle a los ojos. Sentía que le estaba decepcionando—. No sé lo que es quererse, David. No me veo nada bueno. Sabes que no quiero darte pena, pero llevo mucho tiempo odiando lo que veo en el espejo. Odiando todo lo que sale de mi boca. Todo lo que hago, todo lo que soy. —Hice una pequeña pausa—. Creo que en mi vida lo único bueno que he conseguido sois Clara y tú.

Él deslizó su mano hasta apretar la mía; bajó la mirada y se mordió el labio.

Noté cómo una lágrima resbalaba por mi mejilla. «No, Sara, no, lo último que tienes que hacer ahora es llorar», pensé.

David suspiró.

—Primero de todo, no puedo creer que te veas fea. No te lo permito, no tienes derecho. —Estaba serio, pero en sus ojos vi cariño—. Deja de buscar esa estúpida «belleza» en los espejos. Deja de pensar que solo te querrás, o que solo valdrás, cuando te guste lo que ves. Porque es que nunca te verás como realmente eres, Sara. —Dejó escapar un segundo suspiro—. Te verás en el espejo o lo que tú digas, pero... No te viste en aquel campamento, hace un verano, cuando te quedaste dormida sobre la hierba. Recuerdo que parecías estar en paz, como una niña pequeña, con el pecho subiendo y bajando mientras respirabas. Habíamos pasado todo el día de caminata por las montañas y aquella tarde, aunque estabas agotada, te ofreciste a cargar con la mochila de Clara también para que ella descansara. Eso es ser preciosa. —Tragué saliva, sin ser capaz de aguantarle la mirada.

»Tampoco te ves cuando te veo leer un libro, por ejemplo. Tus ojos se mueven rápidos y a veces se te escapa una pequeña sonrisa, sin que te des cuenta. Es bonito, ¿sabes? Verte disfrutar con nada más que tinta sobre el papel. Con palabras. No todo el mundo puede, Sara. Pero tú consigues evadirte, consigues recordarme que siempre hay un momento para parar. Que en esta vida no todo son buenas notas o ser el mejor del equipo... A veces un buen libro basta. A veces es suficiente con saber descansar. Y, joder, verte sentada en un rincón, con nada más que un libro entre las manos y una sonrisa en la cara... Para mí, eso es ser preciosa.

»No te ves cuando no llegas a la estantería más alta y empiezas a ponerte de puntillas, estirando los dedos como si fueras a tocar el cielo. O cuando algo te molesta y arrugas la nariz. No te ves cuando le hablas a los gatitos de la calle, y luego te ríes de ti misma, o cuando te agachas para darle dinero a algún pobre y no te olvidas de dedicarle unas palabras de cariño. No te viste cuando llevaste mi tarta de cumpleaños y las velas te iluminaban la cara. Estuviste toda la tarde preparando ese bizcocho, porque sabías que era mi favorito. Y, aun así, cuando lo trajiste no pude apartar la mirada de ti, porque tu ilusión era mucho más grande que cualquiera de las pancartas que me regalaron. No hay forma de que te veas cuando estás riendo de verdad, cuando disfrutas y haces el tonto, cuando me ves después de mucho tiempo. Eso, para mí, es ser preciosa.

»Ni maquillaje, ni facciones perfectas, ni vestidos caros. Eso lo puede tener cualquiera. Una persona es guapa cuando te hace sentir a gusto, cuando te hace sentir feliz de estar vivo. Eso es belleza, Sara. Deja de buscarla en el espejo.

Me quedé en silencio, sin saber qué decir. Me temblaba el labio y sentía que, si no fuera porque lo tenía a veinte centímetros de mi cara, estaría llorando. Esta vez le aguanté la mirada; el corazón me latía tan rápido que creía que él también podía oírlo. ¿Qué se suponía que iba a hacer ahora? No podía darle las gracias, así, sin más. Después de todo lo que había hecho por mí, un «gracias» se quedaba demasiado corto.

Y él estaba demasiado cerca. Mirándome. Con una mano en mi hombro y la otra sobre las mías. Por un momento cualquier problema que pudiera tener me pareció insignificante. Ya no sentía frío, como unas semanas atrás. David volvía a desprender esa aura de calidez que me hacía sentir a salvo, pasara lo que pasara.

Pero era hora de volver al mundo real.

—Yo... —titubeé. Sacudí la cabeza—. Como no empecemos con las matemáticas se nos va a echar el tiempo encima.

Otra de las muchas razones por las que me odiaba: sabía cómo terminar con los momentos bonitos de la manera más estúpida posible.

David soltó una leve risa, se echó para atrás y se apartó un poco de mí. La tensión se rompió en un segundo. Ladeó la cabeza, riendo.

—Tienes razón. ¿Cómo me has dejado ponerme tan cursi? —sonrió. El pelo le caía por la frente, los ojos le volvían a brillar.

Me encogí de hombros, uniéndome a su sonrisa, a pesar de tener todavía una lágrima seca en la mejilla.

Con pereza, los dos nos levantamos de la cama para volver a sentarnos junto al escritorio. Abrimos el libro de matemáticas y, como si no hubiera pasado nada, empecé a explicarle el último tema.

Me sorprendió mi capacidad para pensar en tres cosas a la vez: las funciones derivadas, la caja de Sofía y los ojos de David.

Mientras él intentaba resolver unos ejercicios, agarré la caja de madera. Era pequeña, ligera, y al agitarla sonaba algo en su interior. Despreocupada, la abrí frente a David sin sospechar lo que contenía.

Al verlo no pude evitar ahogar un grito.

David levantó la cabeza al mismo tiempo que yo cerraba la tapa para que él no pudiera ver el interior.

—¿Sara? ¿Pasa algo?

—No, nada. Me he mordido la lengua —mentí.

En cuanto él se centró de nuevo en las actividades me permití volver a respirar, con el corazón todavía latiéndome desbocado.

El daño que se hacía Sofía no era solamente mental.

Guardaba cuchillas. Afiladas, de todo tipo y tamaño. Unas relucientes, otras pocas manchadas de sangre seca. También había un par de agujas.

Pequeñas armas destinadas a atenuar el dolor que sentía, que no hacían más que aumentarlo.



Capítulo 8

Después de aquel día no volví a tocar la caja. La escondí también en mi armario, en el tercer cajón, al fondo, con la esperanza de que a mi madre no le diera por curiosear. Por suerte, David había estado tan concentrado estudiando matemáticas que ni siquiera había preguntado qué era aquella caja. Mejor, menos explicaciones.

La conversación que había tenido con él antes de empezar a estudiar me había calado, pero no en el sentido que él hubiera querido. Recordaba más mi metedura de pata para cambiar de tema que su «eso es ser preciosa». Pero si algo me había quedado claro es que yo quería quererme.

Y, como ahora no podía, quizás pudiera hacerlo con un par de kilos menos. No iba a obsesionarme como Sofía, no iba a hacer nada malo. Solo hasta los cincuenta kilos o por ahí. Estaría bien, me sentiría mejor y, con suerte, me querría un poco más.

Así que, para ver cómo iba en mi camino, decidí volver a la báscula. Fui a la mañana siguiente, sin haber desayunado y con el pijama en la mano. No quería ningún susto.

Evité mirarme en el espejo. Fui directamente frente a la báscula, cerré los ojos, puse los pies descalzos sobre ella y apreté mucho los puños. Cuando miré abajo no me podía creer lo que veía.

Cincuenta y uno. Cincuenta y un kilos y unos cuantos gramos.

Había perdido dos kilos ya, ¿de verdad eso era posible?

Solo saliendo a correr y cortando un poco lo que comía. Todo parecía más fácil de lo que creía en un principio y no pude evitar que una sonrisa asomara por mis comisuras.

—¡Sara, vas a llegar tarde! —oí decir a mi madre desde el piso de abajo.

Asomé la cabeza por la puerta para que pudiera oírme:

—¡Tranquila, mamá, me ducho y bajo!

Así me podría bañar con tranquilidad, haría tiempo para que mi madre se fuera a trabajar (mi padre lo había hecho hacía ya una hora) y nadie me miraría raro por desayunar solo un vaso de leche.

Sofía estaría orgullosa de mí, ¿no?

Por la tarde, al volver de clase, recordé que todavía tenía una tarea pendiente y me despedí de David y Clara en la parada del autobús. Ella no había hecho ningún comentario acerca de la salida del domingo, cosa que agradecí. Eso sí, cuando sugerí volver a salir a correr el domingo siguiente, se negó en rotundo. «Como si yo lo necesitara», había dicho, con una sonrisa. Pero ahí estaba la diferencia: que quizás a ella no le hacía falta, pero a mí sí.

Llegué a casa, saludé a mi madre y me subí directamente a la habitación. Abrí el cajón que había en mi escritorio, donde había dejado la agenda telefónica el día anterior. Primera página, primera línea, primer nombre: Rebeca Cortés.

Sujeté la agenda con una mano y el móvil con la otra, y me detuve antes de empezar a teclear el número. En realidad, no sabía qué era lo que pretendía conseguir llamándola. ¿Saber por qué se fue Sofía de su anterior colegio? ¿Saber por qué cambió tanto? Era un modo de atar cabos, de descubrir quién era Sofía realmente, y algo me decía que ella quería que lo hiciera. Si no, no me habría dejado su diario.

Ordana era un pueblo grande —o, como decían otros, una ciudad pequeña—, pero no entendía por qué había tenido que irse de su antiguo colegio si estaba más cerca de su casa, en el pueblo de al lado; si ahí parecía tener gente que la quería, una vida, notas decentes; si era feliz. Al menos hasta que empezó a enfermar. ¿Y qué pasó con sus amigas? ¿Por qué no fueron al funeral ni a la misa en su memoria?

Tenía la esperanza de que Rebeca pudiera responderme, así que llamé a su móvil antes de arrepentirme.

El pitido que se oía al otro lado del teléfono parecía ir al compás de mis latidos.

Al final, descolgó.

—¿Sí?

Por un momento sentí que me quedaba en blanco.

—Hola, ¿eres Rebeca Cortés? —A mi pregunta le siguió un silencio que me pareció eterno.

—Sí —dijo finalmente—. ¿Y tú eres...?

—Sara Soler. Yo... —Sacudí la cabeza buscando cómo empezar—. Iba a clase con Sofía. Sofía Valls. Creo que la conocías, ¿verdad? —No contestó—. Necesito preguntarte algo sobre ella.

Rebeca rio.

—¿A mí? Como si ahora la conociera...

Respiré hondo y dejé salir todas las palabras que se revolvían desordenadas en mi cabeza:

—Escucha, seguramente esto te va a parecer un poco raro, pero es muy importante para mí. He conseguido tu número gracias a ella y sé que puedes ayudarme a entenderlo todo. Solo quiero saber qué pasó hace ya más de un año, por qué Sofía vino a mi instituto, por qué ella... —Tragué saliva. Había hablado demasiado deprisa con miedo a que me colgara. Aun así, Rebeca esperó a que acabara, sin decir nada.

—¿Y por qué no se lo preguntas a ella?

Suspiré. Al parecer ahí estaba la razón por la que no habían ido a despedirse de Sofía. Noté una rápida punzada en el corazón y me humedecí los labios. No podía decirle, así sin más, que aquella que había sido su amiga durante tanto tiempo ahora descansaba bajo tierra... Pero era mejor que lo supiera. Cuanto antes comenzara el dolor, antes pasaría.

—Porque hace ya más de un mes que murió.

Me pregunté qué cara debía de estar poniendo Rebeca en aquel momento. Solo oí cómo se le cortaba la respiración, y luego silencio. Ni un llanto, ni un sollozo, ni la voz rota. Nada.

—Me gustaría aclarar algunas cosas —le dije al ver que ella no iba a contestar—. Creo que Sofía quería que yo lo supiera.

De nuevo, tardó en responderme.

—Te espero el jueves a las seis de la tarde, entonces. En la librería Soria. Está justo enfrente del ayuntamiento.

—¿Cómo sabré quién eres tú? —pregunté aún un poco sorprendida por la reacción que había tenido. Ella rio.

—En esa librería nunca hay nadie, y menos un jueves. La gente prefiere ir a otro tipo de tiendas, ya sabes.

Me sorprendió que hablara con tanta tranquilidad después de haberle contado la noticia, pero no comenté nada.

—De acuerdo. —Estaba a punto de despedirme cuando dije—: Oye, Rebeca... Siento lo de Sofía.

—Yo no —contestó ella.

Y colgó.

A medida que se acercaba el jueves, mis nervios crecían cada vez más. Por un lado tenía ganas de saber qué había pasado, por otro, Rebeca no me inspiraba

mucha confianza. No derramar ni una lágrima por la muerte de una amiga no me parecía normal.

A ese nerviosismo se le unió un enorme dolor de cabeza que me impidió concentrarme en clase, aunque en ese momento no lo relacioné con el hecho de que había dejado de desayunar.

David fue el único que pareció darse cuenta de todo aquel remolino de emociones. Se acercó a mí al salir de clase, esquivando la marea de estudiantes que empezaba a formarse en los pasillos.

—¿Cómo estás, Sara? —Se puso a mi lado y empezamos a andar antes de que la marea nos arrollara—. Hace días que te noto rara.

—Estoy rara.

—¿Por qué? —Seguía sin acostumbrarme a mentirle, y tener que volver a hacerlo no me apetecía en absoluto. Me encogí de hombros, intentando no mirarle a los ojos.

—No lo sé, serán las hormonas. Siempre es culpa de las hormonas. —Él rio y su rostro se aflojó como si le hubieran quitado un peso de encima. Solo entonces recordé nuestra última conversación en mi casa, y me pregunté si David creería que mi humor se debía a ella. Quizás le asustaba que yo hubiera malinterpretado sus palabras. Quizás le asustaba que yo pudiera sentir algo por él.

Quizás tenía razones para asustarse.

—Las hormonas, ¿eh? He oído excusas mejores —dijo—. Pero ¿sabes? Tengo un remedio para acabar con la semana rara que llevas.

—Sorpréndeme. —Arqueé una ceja.

Como no fuera la historia de Sofía o unas pastillas mágicas para hacerme feliz (o para hacerme adelgazar), lo veía un poco difícil.

—Vente esta tarde a mi casa. Hacemos el tonto, vemos una peli, lo que sea. Y así vuelves a ser tú.

En sus ojos veía una súplica; tenía las cejas alzadas y, por su culpa, una sonrisa empezaba a asomarse a mis labios.

—¿Entre semana? No sé si es buena idea —contesté. En realidad me moría de ganas de estar con David, pero temía que acabara pagando el cansancio y el nerviosismo de estos días con él.

—Vamos, Sara. Solo es una tarde, mañana no tienes ningún examen y antes de las nueve estarás en casa otra vez.

Suspiré.

—Vale... Pero ve pensando una buena película.

Su sonrisa se ensanchó. Se detuvo de golpe y me abrazó, obligándome a apoyar la cabeza sobre su pecho. Aquel gesto me pilló por sorpresa. Me maldije al notar que, lo que antes habría sido solo un abrazo más, ahora encendía mis mejillas. Mi cabeza se resistía a admitirlo, pero no había nada que pudiera hacer para parar el hormigueo que nacía en mi estómago.

David se separó de mí tras unos segundos que pasaron más fugaces de lo que habría querido. Del calor de sus brazos volví al frío del pasillo.

—A sus órdenes —dijo. No pude evitar acompañar su sonrisa.

Al salir de clase mandé un mensaje a mi madre diciéndole que iba a pasar la tarde en casa de David, que no me hiciera la cena porque volvería tarde. Tampoco había mentido nunca a mis padres, porque no había sentido la necesidad de hacerlo hasta entonces. No quería cenar, no iba a hacerlo. Todavía no sabía si el plan de aquella tarde lo había aceptado por distraerme, por David, o por librarme de la cena.

Y no lo supe ni siquiera cuando llegué a su casa. Su madre me saludó, tan amable como siempre, y nos dejó el salón solo para nosotros. David me enseñó la película que había elegido: un drama sobre la Segunda Guerra Mundial que, asombrosamente, yo todavía no había visto. Se sentó en el sofá y me hizo señas para que me pusiera a su lado, pero por un momento me detuve.

No quería. No quería estar dos horas quieta, sin moverme, sin hacer nada, cuando podría haber ido a correr o cualquier otra cosa. No quería sentarme a su lado y que él viera cómo mis muslos se ensanchaban.

Pero las películas se veían sentada, y tampoco quería que él dijera nada. Ya me estaba costando mucho ocultarle todo lo de Sofía, como para tener que hablarle de mis planes y que él empezara con la charla de «no necesitas adelgazar, estás perfecta». Que le dijera eso al espejo.

Así que me senté a su lado con un resoplido y crucé las piernas.

Apenas lograba concentrarme en lo que estaba viendo. Movía el pie con nerviosismo; no podía estarme quieta. Cruzaba los dedos para que David no oyera cómo rugía mi barriga. Había preparado un bol de palomitas y me las había ofrecido un par de veces, pero yo me había negado, a pesar de tener hambre, así que ahora él las estaba disfrutando por su cuenta. Me fijé en que no paraba de mirarme de reojo, preocupado.

Debíamos de llevar por lo menos media hora de película cuando David la paró y se volvió hacia mí.

—Sara, ¿estás bien? Se suponía que hacíamos esto para que estuvieras más tranquila.

Odiaba no saber qué decirle. Odiaba no poder decirle nada, no tener excusas, no saber cómo actuar.

—Estoy bien, es solo que me meto mucho en la película. Ya sabes lo sensible que soy —contesté forzando una sonrisa. Sinceramente, apenas me había enterado de la trama, pero David pareció creerme.

—¿Quieres que veamos otra cosa?

—No, no te preocupes. Estoy bien —repetí.

Ojalá no tuviera que mentirle. Ojalá pudiera explotar y contárselo todo, pero sentía que había algo que me lo impedía.

Él suspiró, alargó el brazo para volver a coger el mando y apagó la televisión.

—¿Qué haces? —pregunté enderezándome.

—No voy a ponerla hasta que dejes de fingir estar bien y empieces a estarlo de verdad.

Clavó sus ojos en los míos y me costó aguantarle la mirada. Solo oírle, solo ver cómo me miraba, hacía que me sintiera mejor. Pero no bastaba.

—Y si no ha funcionado lo de ver una película, ¿qué idea tienes ahora?

—Que descanses de una vez, para empezar. —Arrugó la nariz. Después se acomodó en el sofá, se alejó de mí y dio un par de palmadas en sus muslos—. Túmbate; te noto muy tensa. Apóyate en mí.

Puse los ojos en blanco para luego recostarme, con la cabeza sobre sus piernas. Le miré desde abajo y él me apartó el pelo de la cara, con cariño.

—Ahora cierra los ojos.

Le hice caso. Me contuve para no empezar a moverme; no aguantaba estar tanto tiempo quieta, sin hacer nada, tumbada. Seguro que eso no hacía más que aumentar la grasa que tenía.

«No pienses en eso ahora, Sara».

Empezó a sonar música. Una canción lenta, el solo de un piano, que hacía que me entraran ganas de dormirme ahí mismo. Si no fuera porque tenía el cuerpo más despierto y alerta de lo que había estado nunca. Me costaba mantener los párpados cerrados y sentía la tensión de todos mis músculos. En mi cabeza solo podía pensar en aparentar estar serena, pero sentirme incapaz me ponía aún más nerviosa.

—¿Qué canción es? —murmuré abriendo un ojo. David me mandó callar con un siseo y pasó la mano por mi cara, pidiéndome que volviera a cerrarlos. El contacto con su piel me produjo un cosquilleo.

—Escúchala y no pienses. Duérmete si quieres.

Sacudí la cabeza, pero acabé obedeciéndole. O al menos lo intenté. Me centré en la música y dejé que él me acariciara el pelo, con la intención de que me relajara. Fijé mi atención en el leve movimiento de mi abdomen, alzándose cada vez que cogía aire y descendiendo cuando lo expulsaba. Pero seguía teniendo esa voz en la cabeza que me decía que dejara de hacer tonterías, que para dormir tenía toda la noche.

Me puse erguida de pronto, y apoyé las manos por detrás de mi espalda. David paró la música y me miró, extrañado.

—¿Qué te pasa?

—Lo siento, es que hoy no puedo estarme quieta, de verdad. Estoy nerviosa.

—¿Por?

«Por Rebeca, por Sofía, por el miedo, por si me obligaba a cenar, por si engordaba, por lo que sentía, por no ser una vaga, por lo que había comido aquel día, por cosas que no tenían sentido. Por todo».

—El examen del martes —mentí—. Es difícil y no paro de darle vueltas.

—Ya te preocuparás del examen cuando llegue, Sara. Además, seguro que te sale genial, como siempre.

Le dediqué una sonrisa, pero la sentí demasiado falsa.

—Oye, ve poniendo la película otra vez. No estaba mal. Voy a ir al baño un segundo, ¿vale?

David asintió y se recostó más en su sofá.

Cerré la puerta del servicio, pasé el cerrojo, me apoyé de espaldas sobre ella y dejé caer la cabeza hacia atrás. Bajé los párpados. Pero, de nuevo, era incapaz de mantenerlos así.

Mi mente empezó a llenarse de pensamientos y voces, cada vez más y más altos, más y más repetitivos. Sentía que me arrollaban, como el mar durante la tormenta, que me sacudían a su antojo y acababan rompiéndome, igual que las olas rompen en las rocas. Di dos pasos hasta plantarme frente al espejo. Y, otra vez, ahí estaba la odiosa chica que me devolvía la mirada.

¿De verdad ese era el rostro que David había visto hacía dos segundos? ¿Esa mueca era la sonrisa que le había dedicado? ¿Era esa la estúpida chica que siempre lo estropeaba todo?

El día ya había empezado mal: mi madre se había quedado más tiempo de lo normal en casa y había tenido que desayunar con ella. Hacía un par de días

que no lo hacía. Me había saltado el almuerzo, sí, pero me quedé a comer con Clara en el instituto y de ese enorme plato de macarrones con queso no pude salvarme. Y ahora estaba ahí, en mi estómago, en mis piernas. Estaba ahí, porque era una vaga que se había pasado toda la tarde sentada, dejando que la comida moldeara su cuerpo y lo volviera todavía más gordo. ¿Cómo iba a llegar así a los cincuenta kilos? ¿Cómo iba a perder peso así? ¿Cómo iba a quererme si ni siquiera tenía la fuerza de voluntad necesaria para esto? ¿Cómo iba a quererme cualquiera, si cuando me miraban solo veían... eso?

Di un puñetazo a la pared del baño, junto al espejo. Las lágrimas llevaban surcando mis mejillas un rato, pero no había sido consciente de la delicadeza con la que me acariciaban hasta ahora. Consolaban más que mi reflejo. Tan demacrado, tan patético.

¿Cómo iba a querer David a algo así?

Como amigo, como lo que fuera.

Porque no podíamos ser nada más, ¿verdad? Chico y chica se importan, chico y chica se quieren. La historia terminaba ahí. Excepto cuando la chica es idiota, y empieza a querer que él la quiera más. Pero ¿para qué? ¿Por qué romper todo lo que habíamos construido? No quería perderle, no quería fastidiarlo. Y, conociéndome, acabaría haciéndolo.

Además, David no sabía ser nada más que mi amigo. No le salía verme como algo más. Y, viendo lo que él veía, no me costaba entender por qué.

Las lágrimas siguieron cayendo, y solo entonces me di cuenta de que había roto el silencio de aquel cuarto minutos atrás. Mis gemidos hacían eco en mi cabeza, retumbando con mis pensamientos.

«Sofía pudo adelgazar, ¿por qué vas a ser tú menos?».

Luego estaba Rebeca, que fue demasiado arisca al hablar de ella al teléfono. ¿Por qué? ¿Por qué no le apenó su muerte? Sofía era buena. Sofía era inteligente. Sofía estaba sola, pero, ahora que yo tenía su diario, había dejado de estarlo. No estábamos solas. Yo la entendía.

¿De verdad lo hacía? ¿Ella también se había sentido así?

No, Sofía era mucho más bella que yo. Mucho más frágil, como si fuera una escultura de cristal. Cabellos rojos, ojos azules, piel clara... Ella no sería tan estúpida de encerrarse en el baño de una casa ajena a llorar por razones que ni yo entendía.

¿Lloraba por ese plato de macarrones? ¿Lloraba por el reflejo del espejo? ¿Lloraba por la grasa de mi cuerpo? ¿Lloraba por la muerte de Sofía? ¿Lloraba por mis sentimientos por David? ¿Lloraba por la rabia de no poder controlar el llanto?

Quizás, simplemente, tanto odio acumulado tenía que salir de alguna manera.

—¿Sara? —escuché al otro lado de la puerta.

Solo entonces me di cuenta de que había acabado sentada en el suelo, con las piernas abrazadas y el rostro surcado de lágrimas.

—Sara, ¿estás bien?

Suspiré. Me froté los ojos con la manga de la camisa y me puse en pie. Esconderme ahora no serviría de nada; era más que obvio que David me había oído llorar. Por suerte, no oía todo lo que pasaba por mi cabeza.

Abrí la puerta despacio, cabizbaja. David me miraba desde el otro lado con el ceño fruncido y los labios entreabiertos. Por un momento parecía que fuera él el que estuviera llorando; se volvió pequeño y la preocupación se le hizo demasiado grande.

Di un paso hacia delante y salí del baño. Él me detuvo a medio camino, cogiéndome el brazo.

—Sara —murmuró buscando una explicación.

—Estoy bien. —Me volví hacia él. La voz se me quebró.

Mi cabeza no decía lo mismo. Le miré a los ojos, hundiéndome en ellos y dejando que fueran los míos quienes hablaran.

«Por favor, no digas nada —decían—. No me preguntes qué me pasa, porque ni siquiera yo lo sé. No busques la causa de esto, no intentes encontrar una solución. No me consueles, no trates de animarme. Cállate conmigo. Déjame sentir todo esto. Abrázame, y no me sueltes hasta que esté bien. O, mejor, no me sueltes nunca. No me dejes caer. Hazme sentir que no estoy sola. Quizás, si me abrazas muy fuerte, puedas llegar a sentir el peso de todo lo que llevo conmigo. Quizás así puedas recomponerme. Es lo único que necesito».

David lo entendió.

Me rodeó entre sus brazos, dejando que me hundiera en la calidez de su sudadera negra. Se quedó con la mejilla apoyada sobre mi cabeza y los ojos cerrados, sin decir una palabra, mientras mi llanto inundaba la habitación. Me encogí en su pecho, dejando que ese calor tan propio de David me envolviera. Su abrazo se convirtió en una especie de hogar, un lugar donde regresar cuando todo lo demás me agotaba.

Y él me siguió sosteniendo durante quince minutos. Me abrazó, sin mirarme, sin echarse atrás, sin reprocharme nada. No me abrazaba para intentar besarme, no me abrazaba por cortesía. Lo hacía para protegerme de lo

que fuera que me atormentaba. Sin preguntas, sin explicaciones. Me sostuvo entre sus brazos sin un ápice de egoísmo.

Al final, aquella tormenta en mi cabeza volvió a ser un mar tranquilo.



Capítulo 9

Después de aquello, todo siguió según lo previsto; acabamos de ver la película, nos despedimos como siempre, sonreímos como siempre. Aunque mi sonrisa tenía un toque agrio. Odiaba que los demás vieran lo débil que era, y sin embargo aguantar las lágrimas me costaba aún más. Gracias a Dios, David sabía cuándo debía callar y seguir como si nada hubiera ocurrido. Fingió que yo no había llorado, fingió que no había notado cómo le miraba, o que era incapaz de aguantarle la mirada mucho tiempo, o el rubor de mis mejillas. Una parte de mí quería creer que se había dado cuenta, pero callaba porque, quizás, después de todo, él estaba en el mismo barco que yo.

Pero si eso era cierto, ninguno de los dos dejamos que se notara. Continuamos siendo los mismos, con nuestras tonterías, nuestros paseos de vuelta a casa y nuestros juegos de palabras. Como si aquel momento, protegidos en brazos del otro, hubiera sido un pequeño secreto que solo nosotros dos compartíamos. Una promesa muda que parecía decir: «Te he visto en tu peor momento, pero sigo y seguiré aquí».

Aunque tengo que admitir que las veces que nuestras miradas se encontraban se habían multiplicado.

Llegó la tarde del jueves. A las seis menos diez yo ya estaba en el ayuntamiento, con las manos escondidas en los bolsillos de una sudadera gris que me venía algo grande. No recordaba que antes fuera así.

Encontrar la librería no fue una tarea difícil: estaba en la planta baja del único edificio ubicado frente al ayuntamiento. Había un gran letrero sobre su puerta, de color gris, en el que se leía: «LIBRERÍA SORIA». Las luces en el interior brillaban tan tenues que parecía que la tienda estuviese cerrada.

Abrí la puerta y el tintineo de una campanilla me dio la bienvenida. La recepción estaba vacía y a mi alrededor no había más que estantes repletos de libros. Saqué del bolsillo de mis vaqueros la foto que había cogido en casa de Sofía y la desdoblé, pasando el dedo por los rostros de las chicas. Una de esas cuatro debía de estar allí.

Alcé la cabeza al ver una luz más potente al final de la tienda. Allí había una mesa rectangular muy ancha rodeada por tres paredes llenas de

estanterías, iluminada por una única lámpara y con una chica sentada de cara a la puerta. Tenía la vista clavada en un libro y su pelo, negro como la noche, caía en cascada a ambos lados de su cara. Una punzada en el corazón me hizo pensar que se trataba de Rebeca.

A medio camino entre la puerta y la chica, esta levantó la cabeza. Seguramente me había oído entrar, pero no se había molestado en moverse. Al menos podría haberse levantado, o haber dicho algo.

Me miró con una media sonrisa. Tenía los labios finos y la piel pálida, pero no era un blanco enfermizo como el de Sofía. Lo que más destacaba en su rostro eran sus ojos, grandes y azules, que hacían que me recordase a un pequeño búho. Sin duda era la misma que aparecía en la foto junto a Sofía, cogidas de la mano.

—Hola. —Me acerqué a la mesa—. ¿Eres Rebeca, verdad? Soy Sara.

Rebeca apartó la mirada y cerró el libro que estaba leyendo haciendo resonar por toda la habitación el ruido de las solapas al juntarse.

—Qué puntual —comentó—. Siento que esté todo tan oscuro. Mi tío me ha dejado al cuidado de la librería y se ha largado a tomarse unas cervezas con sus amigos. —Soltó un suspiro y luego señaló algo detrás de mí—. ¿Te importaría encender la luz? Tienes el interruptor justo detrás, al lado de ese estante.

Levanté una ceja, pero acabé por volverme y buscar el interruptor, tanteando la pared con las manos. Oí un sonido raro mientras lo hacía, pero no supe lo que era hasta que me volví a mirar a Rebeca.

La chica se había acercado a mí y tenía que alzar la cabeza para mirarme. Estaba sentada en una silla de ruedas.

No recordaba que en la foto la joven fuera discapacitada, así que la volví a mirar para comprobarlo, pero esta vez ella se percató.

—¿Qué es eso? —Alargó las manos hacia la fotografía. Llevaba unos guantes largos que dejaban al descubierto sus dedos, seguramente para no hacerse daño al mover las ruedas. Le enseñé la imagen y no tardó en arrancármela de las manos como si fuera veneno—. Vaya. ¿De dónde la has sacado?

Su voz sonaba distinta, como si se le hubiera secado de golpe. Por muy dura que pareciera por teléfono, la muerte de su amiga debía de haberle afectado.

—Estaba en casa de Sofía. Eres esta, ¿verdad? —Señalé a la chica de pelo oscuro que estaba a su derecha—. Aunque ahí no... No...

—¿No estaba en silla de ruedas, quieres decir? —Soltó una pequeña carcajada devolviéndome la fotografía—. Qué observadora. No nací con ella pegada al culo, para tu información.

Me sorprendió la franqueza con la que hablaba. No pude evitar sonrojarme; no estaba acostumbrada a ese tipo de trato.

—Vamos, siéntate —me animó, señalando una silla cerca de ella—. Quiero tenerte a mi altura.

Le hice caso y me quedé mirando al suelo, sin saber muy bien qué hacer. Pero no hizo falta que dijera nada, porque Rebeca tomó la palabra al instante:

—¿Sabes? No me extraña que Sofía esté muerta —dijo con la misma frialdad con la que uno hablaría del tiempo. Empezó a jugar con un mechón de pelo, enrollándolo alrededor de su dedo—. Después de todo lo que nos hizo, ya iba siendo hora. —Tragué saliva—. ¿Cómo fue? ¿Un accidente? Habría sido gracioso.

Me froté las manos contra los vaqueros, nerviosa. ¿Estaba fingiendo, o de verdad era tan cruel?

—Lo siento, Rebeca, pero... —Sacudí la cabeza—. Es que no puedo entenderte. ¿«Ya iba siendo hora»? ¿Por qué...? —No sabía qué preguntarle. Su comportamiento me parecía fuera de lugar—. ¿Sofía no era tu amiga?

—Oh, sí, lo era. Por eso te estoy preguntando cómo murió. —Ensanchó su sonrisa, estiró el cuello y se irguió. Sentía que se estaba burlando de mí, que había algo que me estaba ocultando.

—Una insuficiencia cardiaca. Fue por culpa de su desnutrición.

Ella asintió y bajó la mirada. Por un momento pensé que no iba a decir nada.

—Es irónico, ¿no? Al final ella fue su propia asesina. —Esta vez su voz parecía más apagada—. Supongo que «tu amiga» Sofía no te contó nada de esto, ¿verdad?

Señaló su silla, con rabia, y luego le pegó un fuerte golpe con el puño cerrado a una de las ruedas. Negué con la cabeza, con temor a seguir escuchándola. Parecía que el odio la controlaba, y todavía no entendía por qué.

—No...

—Me pediste explicaciones, y voy a dártelas. Tengo que contarlo de una vez porque... Porque ya no queda nadie.

Bajó la mirada hacia la fotografía, que todavía guardaba en mis manos.

—¿Sofía? —Rio entre dientes con la mirada perdida—. Sofía era una asesina. Destruía todo lo que tocaba. No encuentro una palabra mejor para definirla.

Se hizo el silencio en la librería, solo interrumpido por el tictac de un lejano reloj. Tragué saliva, un poco incómoda. Rebeca parecía sincera. Parecía tener miedo, miedo de verdad. Cualquiera que la oyera la llevaría a un psiquiatra por decir cosas así de su difunta amiga, sin embargo, algo me decía que de verdad lo pensaba. Que la temía, y aún no sabía la razón.

Se aclaró la garganta y empezó a hablar, contándome todo lo que yo necesitaba saber.

—Sofía, Cris, Lidia, Valeria y yo nos conocimos todas en el colegio, cuando éramos solo unas crías. Enseguida nos hicimos amigas. Recuerdo que éramos inseparables; íbamos las cinco de la mano a todos lados y no necesitábamos a nadie más. Y así fuimos creciendo, siempre juntas. Parecíamos sacadas de una telenovela. Compartíamos pulseras, nos inventábamos clubs secretos, nos hacíamos promesas de por vida... Por suerte, también fuimos madurando, pero el tiempo no nos separó. Solo tienes que ver la foto esa que has encontrado. Nos la hicimos justo antes de que todo empeorara. —Hizo una pequeña pausa—. Un mes después o así, el padre de Lidia murió tras haber luchado contra el cáncer desde que ella tenía diez años. Lidia es esta. —Señaló a la chica que estaba al otro lado de Sofía; una rubia con cara de niña pequeña y pecas en la nariz—. Lo peor de todo fue que, después de cinco años, su padre había empezado a mejorar. Las cosas comenzaban a ir bien, su familia recobró la esperanza, y de pronto... se marchó. Ese fue el primer golpe duro.

»Desde aquel momento, Lidia se ensombreció. No paraba de llorar, no quería salir, no quería hacer nada; aunque pensábamos que era lo normal. Hasta que su pobre madre nos dijo que le habían diagnosticado una depresión severa.

Rebeca suspiró, sin dejar de jugar con sus manos. Noté que en el fondo le costaba hablarme de ella. Recordar le dolía.

—Al mismo tiempo, Sofía empezó a comportarse raro —continuó—. No sé todavía qué fue lo que se lo provocó, pero enfermó también. Yo en su momento no lo vi, creía que eran tonterías suyas; que, como todas estábamos pendientes de Lidia, ella también quería que le hiciéramos caso.

»Lidia siempre había estado muy unida a Valeria, pero desde la muerte de su padre había empezado a verse más con Sofía. Aunque no quedaban precisamente para divertirse y olvidarse de sus problemas. Normalmente

intentaban apoyarse, de algún modo, pero ambas estaban hundidas y juntas lo único que hacían era ahogarse entre ellas... Sofía nunca me quiso contar de qué hablaban, aunque solo hacía falta ver lo que ocultaban las dos debajo de sus pulseras para averiguarlo. —Hizo una pausa para frotarse las manos en el pantalón, y se apartó el pelo de la cara con un gesto—. Lo recuerdo perfectamente —dijo entonces. Tenía la mirada perdida, vacía; los ojos llorosos—. Era 11 de abril, las dos y media de la madrugada, y ninguna llamada a esas horas significa nada bueno. Cogí el móvil y oí a Valeria llorar al otro lado del teléfono. Me dijo que habían ingresado a Lidia después de tragarse cincuenta y ocho pastillas. Fui corriendo al Hospital Clínico, pero... —El labio inferior le temblaba—. Era muy tarde. Murió a las tres y veintiséis de la madrugada. Menuda memoria tengo, ¿eh? No me aprenderé nunca el cumpleaños de mi padre, pero recuerdo la hora en la que mi primera amiga murió. Es una mierda.

Se frotó un ojo con la mano para apartar una lágrima. Habían pasado años y el recuerdo de Lidia todavía le dolía. Sin embargo, por Sofía no había derramado ni una sola gota.

—Así que, bueno, Lidia se suicidó. Se suicidó —repitió—. Sin decirnos nada, sin..., sin una sola oportunidad de volver atrás. —Cerró los ojos un segundo; parecía buscar fuerza para seguir hablando—. No entendíamos qué podía haber pasado. Nunca creímos que ella pudiera llegar tan lejos. Era una niña muy alegre; tan dulce, tan inocente, tan pequeña, tan... frágil.

»Valeria lo pasó fatal, porque siempre había sido su mejor amiga. Cris y yo también las pasamos canutas. Y si Sofía estaba mal, no lo mostró. No la vi llorar ni una sola vez; no decía nada, era como si lo esperara.

»Desde ese momento, la tensión creció entre las cuatro. Sobre todo alrededor de Sofía. Cris, Valeria y yo sospechábamos que ella había tenido algo que ver. Más aún cuando descubrieron las pastillas que Lidia había tomado, y su madre, desolada, dijo que nunca antes las había visto. No eran parte de la medicación de Lidia. Debió de conseguirlas por otra vía, y la única persona con la que hablaba era Sofía. Valeria era la única que no quería hablar del tema; no quería culpar a nadie, estaba demasiado rota. Ella había sido su mejor amiga, y la había visto morir sin poder hacer nada para evitarlo. Sin darse cuenta de hasta qué punto Lidia estaba destrozada. Una parte de ella nunca llegó a perdonárselo... Creo que todas nos quedamos con esa espina clavada en el pecho.

»El tiempo pasó y, poco a poco, intentamos volver a la normalidad. Pero seguíamos desconfiando de Sofía. A medida que ella empeoraba veía cómo se

oscurecía su mirada, aunque su piel palidecía. Era como verla morir poco a poco y... —Sacudió la cabeza—. En aquel momento me preocupé. Mucho. Pero las cosas volvieron a nublarse. Dios, ni siquiera ha pasado un año... —Respiró profundamente y cerró los ojos un momento, como si se esforzara por recordar—. Era una tarde de febrero, y Cristina y yo estábamos volviendo de la ciudad en su coche. Cris era la mayor, la que sale en la esquina de la foto, con el pelo corto y oscuro. Se había sacado el carné de conducir hacía poco. Estábamos hablando de Lidia, aprovechando que Valeria no estaba y no se pondría a llorar al recordarla. Decidimos que teníamos que hablar con Sofía, porque sospechábamos que las pastillas se las había dado ella. Así que la llamamos desde el coche, con el manos libres activado.

Rebeca alargó la mano, pidiéndome la fotografía, y yo se la di. Continuó hablando mientras acariciaba el rostro de Cristina.

—Empezamos a discutir, mucho. Le dijimos que sabíamos que las pastillas eran tuyas y ella se quedó callada. Cris apenas habló, pero yo exploté y empecé a gritarle de todo. Sin pensar. «¡Joder, Sofía, es todo por tu culpa! Lidia tenía que vivir, podía salir de esta, y ya no está, ¡ya no volverá a estar nunca más!».

»Ella insistía en que un suicidio no tenía culpable. Y seguimos discutiendo, cada vez más y cada vez más alto. Yo le decía que ojalá nunca hubiera hablado con Lidia, ella gritaba que bastante tenía con tener que seguir viva como para que ahora le hablara yo así. Decía que le daba igual todo. Le daban igual las acusaciones y los insultos, le daba igual lo que pensáramos... Le daba igual el destino de Lidia.

»Cris se estaba poniendo cada vez más nerviosa al escucharnos; le temblaban las manos y le costaba agarrar el volante. Además, estábamos pasando por una carretera estrecha, y nevaba. Había hielo y escarcha amontonada a los lados.

»Entonces Sofía dijo algo que se me quedará grabado para siempre en la memoria: “¡Idos al infierno! Vosotras dos deberíais marcharos con Lidia, así me dejaríais en paz de una puta vez y volveríais a verla, que en verdad es lo único que queréis. Nadie os necesita aquí. Yo menos”. Fui a contestarle, llena de rabia, pero colgó.

Rebeca volvió a coger aire.

—Estaba nevando, cada vez más fuerte. Cris había empezado a llorar pero yo apenas llegaba a oír sus sollozos. Empezó a sonar una canción por la radio, yo seguí gritando, como si Sofía todavía me oyera. Y entonces...

Tragó saliva y vi cómo las lágrimas empañaban sus ojos. Ahí estaba Rebeca, la chica que parecía estar hecha de piedra, sufriendo por culpa de un recuerdo.

—No recuerdo mucho más. El llanto de Cris, el sonido de las ruedas sobre el asfalto, un grito, la nieve... —Fijó la mirada en el suelo, mordiéndose el labio—. Desperté en el hospital. Al segundo día me dieron dos malas noticias: la primera era que no iba a poder volver a caminar. La segunda, que Cristina había muerto en el accidente.

Sentí cómo se me hacía un nudo en la garganta. Primero Lidia, luego Cristina, y ella había estado tan cerca...

—Quizás solo fue una coincidencia —siguió con la voz rota—, pero Sofía quiso que nos muriéramos y consiguió que Cris lo hiciera. Nos quería matar a todas, Sara, estoy segura. No sé qué le pasó, no sé por qué dejó de ser la Sofía que conocíamos y se llenó de tanto odio. Pero aquello ya fue demasiado. Valeria lo pasó aún peor, tenía miedo, y se marchó a algún otro pueblo de por aquí cerca. O lejos. La verdad es que no lo sé... No quiso decirme a cuál, temía que Sofía también lo descubriera. —Miré la fotografía y supuse que Valeria era la única chica que quedaba, una de pelo rubio y rizado, que le llegaba hasta la cintura—. Yo no me volví a acercar a ella. La odiaba. La sigo odiando. Después de todo lo que habíamos hecho por ella, ahora no era más que un monstruo.

»Tampoco me daba pena; ella era la que se hacía daño, la que quería vernos muertas, y ni siquiera se arrepentía. En ningún momento vino a preguntarme qué me había pasado, tampoco cuando vio la silla de ruedas. Luego llegó el verano, las notas no le fueron bien y se marchó del colegio. Para entonces ella ya estaba sola. Y yo ya estaba rota.

Suspiró de nuevo. Solo entonces me di cuenta de lo mucho que llevaba yo aguantando la respiración. Rebeca echó atrás su silla y se desplazó hasta apagar la lámpara que había sobre la mesa.

—Y eso es todo lo que puedo contarte. Querías saber por qué Sofía era como era y, aunque yo todavía no lo sé, quizás todo esto pueda ayudarte. —Volvió a resoplar, con pesadez—. No me duele la muerte de Sofía, la verdad, porque yo ya la perdí hace mucho tiempo.

Vi de reojo una lágrima surcar su mejilla, pero la apartó en cuanto se dio cuenta. Abrí la boca para hablar. Tenía la garganta seca.

—Siento mucho lo que has vivido, debió de ser muy duro. —Ella asintió—. Gracias por contármelo.

—No, gracias a ti por escucharme. Nunca había hablado de esto, ¿sabes? Ni con mis padres. Obviamente, ellos sabían los malos rollos que había con Sofía, pero no tenían ni idea de la razón, y tampoco les hablé de la discusión y de la persona en la que Sofía se había convertido. No me hubieran creído. Habrían pensado que eran cosas de adolescentes, o yo qué sé. Nunca me han hecho caso, ni siquiera después del accidente.

—No creo que un asunto que acarrea dos muertes sea cosa de adolescentes.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno. Al menos ahora ya ha terminado todo. Sofía no puede hacernos ni hacerse más daño.

Puso las manos en las ruedas y se acercó a mí, para después tenderme una mano con una sonrisa. Por su cara aún se veía el camino que había recorrido una lágrima.

—Ha sido un placer conocerte, Sara. Espero que todo te vaya muy bien.



Capítulo 10

La historia que Rebeca me contó no me dejó indiferente. Me costó creer que una persona que en principio parecía tan normal pudiera llegar a convertirse en una «asesina», como la había llamado su amiga. La muerte de Lidia quizás tenía algo que ver con Sofía, pero el accidente de coche no había sido culpa suya. Aunque, si Cristina no hubiese llorado, si no se hubiese puesto nerviosa, si hubiera estado atenta a la carretera en vez de a las palabras de Sofía...

Intenté convencerme de que solo había sido mala suerte. Que Rebeca había visto cosas muy duras y eso la había trastornado. Sofía no era capaz de matar a nadie.

¿O sí?

Desde el momento en que me despedí de Rebeca, había empezado a darle vueltas a todas las preguntas que no había formulado: acerca de la Sofía que ella conoció (¿cómo era?, ¿qué le gustaba?, ¿qué comía?) o acerca de sus padres (¿no se dieron cuenta de que algo iba mal?, ¿no intentaron hacer nada?). Y luego estaba Valeria, que había desaparecido totalmente del mapa. No estaba del todo segura de que Rebeca no supiera qué había sido de ella. Eran amigas; por mucho miedo que ella tuviera, no te mudas sin decirle a nadie adonde. No tiene sentido. Si al menos encontrara a Valeria, podría hablar con ella para intentar rellenar los huecos del puzle con las piezas que me faltaban.

Cuanto más lo pensaba, más imposible me parecía.

Una semana después de mi cita con Rebeca en la librería, pensé que mi cabeza ya había tenido suficiente tiempo para reposar y aclarar las ideas. Una parte de mí temía abrir el diario de Sofía y que la chica encontrara una forma de matarme a mí también. Pero otra necesitaba seguir leyendo, conocerla más, entenderla, comprenderla. Y no sabía por qué. Cogí el diario y lo abrí por la siguiente página. Había un salto enorme de varios meses. En la cabecera aparecía escrito «enero»: un mes antes de la muerte de Cristina.

Odiado diario:

Tengo muchísimo frío. Pero en el fondo es normal, ¿no? Ya empieza a nevar. La gente se abriga; yo también lo hago, pero no me sirve de nada. Bueno, sí. Agradezco tener bolsillos donde poder esconder la comida, creo que es lo único útil que tienen los abrigos. Ayer, para comer, en el comedor del colegio dieron a elegir entre 560 y 495 calorías. ¿Y qué comí? Cero. Y una manzana de postre, porque si no el estómago seguiría rugiéndome y la gente empezaría a sospechar.

Pero lo peor no fue entonces; fue por la tarde. Mi madre me obligó a ir al cine con ella, como si fuéramos amigas de toda la vida. Creo que se ha dado cuenta de que Rebeca, Val y Cris están más distantes conmigo. Al menos parece que han dejado apartado el tema de Lidia. Ella también era mi amiga, ¿se creen que no me dolió su muerte?

Pero, a diferencia de mí, ella ya está bien. Ya es feliz. Yo no.

Bueno, odio ir al cine. Ni siquiera estuve pendiente de la película; solo intentaba mover las piernas todo lo rápido que pudiera sin que mi madre lo notase, porque no soportaba estar sentada sin hacer nada durante dos horas. Para colmo, mi madre compró palomitas dulces. Siempre habían sido mis preferidas. Antes, cuando íbamos toda la familia al cine, me pedía unas palomitas pequeñas todas para mí. Creo que era lo que más me gustaba de salir con ellos. Luego nos íbamos a cenar a mi restaurante favorito. No lo piso desde hace años, y todavía no entiendo cómo antes era capaz de comer tanto.

Mi madre me ofreció las palomitas una, dos, tres, siete veces. Y yo me negué. A pesar de que en todo el día solo había tomado esa manzana y, obviamente, tenía hambre. Me gustaba tenerla, porque sentía que al menos estaba haciendo algo bien. Sufría, pero a la vez era agradable. Es difícil de explicar.

Pero al final el cuerpo me pudo. Pensé en tomarme solo una, para apaciguar mi mente y hacerle creer a mi cerebro que ya había comido suficiente. Solo una, para que mi madre estuviera contenta. Una.

Pero esa una fueron un puñado. Y ese puñado, otro. Y al final, con mi madre, nos acabamos todas las palomitas. No sé ni cómo pasó; solo sé que en cuanto empecé me fue imposible parar. Tragaba sin pensarlo, masticaba con rabia, dejaba entrar la comida en mi boca aun teniéndola llena. Y todo a pesar de los gritos en mi cabeza, que no hacían más que aumentar. Mi cuerpo me

pedía comida, yo no quería dársela, pero él parecía actuar por sí solo. Ya no me controlaba.

La culpabilidad fue demasiado grande. Bastó ver el vaso de palomitas vacío para empezar a sentirme mal. Joder, soy una maldita gorda. Una cerda que no sabe controlarse. Había conseguido no comer nada más que una manzana en todo el día y luego lo había echado todo a perder por culpa de unas putas palomitas dulces.

Mi madre llegó a casa y se encerró a planchar. Mi padre no estaba. Yo fui corriendo al piso de arriba, al baño de mi cuarto. Miré el reloj; habían pasado cuarenta y cinco minutos. Suficiente.

No suelo hacer eso. No me gusta. Me parece sucio, pero a veces es necesario. Es duro, pero lo era más tener que acostarme sabiendo que al día siguiente esas palomitas se convertirían en medio kilo más.

Abrí el grifo para que nadie oyera nada, aunque no creo que mi madre estuviera pendiente de mí. Me agaché frente al váter, noté que empezaba a llorar. Tenía la barriga hinchada de todo lo que había comido. Gorda. Gorda. GORDA.

Me costaba mucho sacarlo. Solo lo había logrado dos veces, pero había pasado unas treinta noches llorando frente al váter por no lograrlo. Me hacía marcas en los nudillos, me mordía, me daban arcadas. Notaba la acidez en la garganta. Fue muy desagradable, pero al final salió. Sabor a olvido.

Sabor a pureza, a fragilidad.

Pero no había sido suficiente, lo sabía. Mis lágrimas también caían. Estaba segura de que todas esas palomitas no habían desaparecido del todo y eso no podía soportarlo. Empecé a patear, a gritar. A pegarme golpes en el estómago, con la esperanza de que eso lograra adelgazarlo. Pero la grasa seguía ahí.

Me arañé; todavía lo tengo enrojecido. Aunque con eso no bastaba. Seguía sintiéndome culpable. Por más que me hiciera daño, por más que me pasara toda la noche haciendo ejercicio, esas malditas palomitas seguirían ahí.

Así que... Volví a la caja.

Cuando acabé me miré al espejo. Vi mi cuerpo destrozado. Casi se veían más los cortes y las cicatrices que la grasa. En mi muslo había escrito con sangre lo más reciente: «Gorda».

Como si necesitara que me lo recordaran.

Hoy todavía tengo la herida. Creo que se me ha infectado, pero no me importa. Me gusta que duela. Es una forma de recordarme qué narices hago aquí si debería estar muerta. Si esta vida es un infierno y no merezco nada más. Si Lidia consiguió irse y yo no.

Luego leo todo lo que escribo y me dan escalofríos. Recuerdo a la Sofía de hace unos años, la que se hinchaba a palomitas sin importarle nada y era feliz. ¿Dónde se ha ido? ¿Qué ha pasado con ella? ¿Por qué ahora solo soy una sombra de lo que era?

¿Por qué tanto odio? ¿Por qué tanta desgracia? ¿Por qué a mí?

Solo sé lamentarme, pero me da la sensación de que no puedo hacer otra cosa. Ya no me queda nada, nadie; solo ser delgada. Y ni siquiera entiendo para qué, pero sé que es lo que necesito. Es lo único que me hace feliz.

No. Feliz no es la palabra.

Nadie es feliz.

Eso no existe.

Cerré el cuaderno con un suspiro. Tenía razones para pensar que Sofía se equivocaba. Encontrar a David me había hecho feliz. Reír con Clara también, la compañía de mis padres, esos gramos menos que marcaba la báscula. Yo sí que podía ser feliz, solo debía quererme un poquito más.

Hasta los cincuenta kilos, por ejemplo.

Fui a mirarme al espejo, algo que había tratado de evitar durante mucho tiempo. Me quité la camisa y los pantalones que llevaba, los calcetines y las zapatillas. Cerré los ojos y me costó no poner una mueca de disgusto al abrirlos de nuevo.

Ahí estaba mi cuerpo. Pálido desde siempre, desproporcionado a mi parecer. Con más caderas de las que me gustarían, algo de tripa, muslos juntos que temblaban al andar, estrías y pecas. Sano, dirían.

No lo parecía. No era bonito, no para mí.

Pero prometí que aquello iba a cambiar. Que con un kilo menos, uno o quizás dos, esa tripa se volvería plana, esas piernas serían delgadas y firmes, ese cuerpo sería perfecto.

Nadie me avisó de que la perfección es imposible de conseguir, y que buscarla solo lleva a destruirse.

Fui a pesarme. No recordaba bien cuánto hacía desde la última vez, ni tampoco el número exacto. Cincuenta y uno con algo. Insuficiente. Debía

apuntármelo para mantener un control, para saber si lo que hacía funcionaba. Por ahora, lo único que había hecho era reducir el desayuno y la merienda, a veces incluso saltármelos, y salir a correr los domingos. Ya ni siquiera se lo proponía a Clara, porque sabía que no iba a querer acompañarme.

Me sorprendió demasiado ver un cincuenta en la báscula. Cincuenta kilos exactos y doscientos gramos. Llevaba ya más de un mes buscando llegar a esa cifra y, ahora que lo había conseguido, veía que no había servido de nada. La misma tripa, los mismos muslos, el mismo cuerpo.

Quizás tenía que arriesgar más, hasta cuarenta y ocho.

Quizás tenía que esforzarme más, comer más sano, hacer más ejercicio. Olvidarme de los postres y los caprichos. Cien abdominales diarios. Ensalada en lugar de pasta.

Números en vez de vida.

Se acercaba la Navidad. Era una época que siempre me había gustado. Quizás era por la nieve que bañaba las calles, por las luces que adornaban los árboles, por las sonrisas que regalaba la gente, por el olor a galletas de canela y a mazapán, por las chimeneas encendidas y el calor del hogar.

La gente del instituto estaba impaciente por la llegada de las vacaciones. Yo, en cambio, tenía miedo. Un miedo que no había tenido nunca antes. Era la época de los dulces, el chocolate, el turrón y las comidas familiares. Placeres que yo no podía permitirme ya, ahora que veía que debía —y necesitaba— adelgazar.

Clara estaba sentada a mi lado, como siempre, ajustándose el gorro para calentarse las orejas. En invierno siempre se le ponían rojas. Me dedicó una sonrisa en el momento en el que el profesor entró.

—Silencio, por favor —pidió este tratando de acallar el murmullo de los alumnos. Se situó en medio de la tarima con las manos entrelazadas—. Tengo una noticia que daros. —La clase enmudeció al momento, a excepción de un par de chicos que susurraban en la última fila. La última noticia que nos habían dado no había sido muy agradable—. Como sabéis, todos los años en este curso se organiza un viaje al norte después de las vacaciones de Navidad. Y este año, en concreto, el destino será la estación de esquí de Valdenares.

Clara bufó.

—Fijo que ya he estado en esa. Me da la sensación de que he esquiado por toda España con mi padre —susurró mientras el profesor seguía hablando.

—¿Eso significa que no irás?

—Solo si tú no vas.

Fruncí los labios. La verdad era que no había esquiado nunca, pero se trataba de una oportunidad que no iba a repetirse.

—Serán cinco días, seguramente la última semana de enero. Reservaremos habitaciones en un hotel cerca de la estación de esquí. A muy buen precio, además; comida y transporte incluidos. Los profesores nos encargaremos de que resulte lo más económico posible. Os animo a que os apuntéis, chicos, es una gran oportunidad.

—Al menos esta vez nos sacan de la ciudad —comenté. La última excursión que habíamos hecho había sido a la arboleda de Ordana. Ella se encogió de hombros, con una sonrisa.

El profesor comenzó a repartir folios con la información sobre el viaje, horarios y precios. Abajo habían dejado un hueco para apuntarnos y adjuntar la firma de nuestros padres.

—Va, Sara, apuntémonos, yo te enseñaré a esquiar si hace falta —insistió Clara. Puse los ojos en blanco.

—Vale... —contesté alargando el sonido de la «a»—. Cinco días para desconectar nunca vienen mal.

Busqué a David a la salida del instituto, nada más acabar las clases. Solía ser el último en salir, siempre retenido por sus colegas y sus planes de fin de semana. Cuando no tenía que correr para llegar a otra clase, las prisas se le esfumaban y empezaba a tomárselo todo con demasiada calma.

Esperé en la puerta de su clase a que todos sus compañeros se marcharan, imaginando que él sería el último en cruzar el umbral. Pero no apareció. Me asomé al aula. Supuse que estaría aún ahí, haciendo Dios sabe qué, pero estaba totalmente vacía.

—Sara. —Unos toques en mi espalda me hicieron volverme—. ¿Buscas a David? —Era uno de sus compañeros del equipo de fútbol, tan ancho y fornido que me hacía sentir diminuta—. Se ha ido hace ya bastante rato al aula de refuerzo.

—¿Adónde? —Era la primera vez que oía aquel nombre.

—Está en el primer piso, en el edificio de primaria. Seguro que David sigue por ahí.

Asentí con la cabeza, le di las gracias y me dirigí a aquella clase, cruzando los dedos para que mi memoria no me fallara y supiera orientarme. Hacía años que no entraba en aquel edificio, pero no había cambiado nada. Las

paredes de los pasillos seguían recubiertas de las cartulinas y los dibujos de los niños. A esas horas de la tarde, cuando las clases habían terminado, todo se hundía en un cálido silencio. Aquella ausencia de ruido me permitió imaginar aún con más nitidez los fantasmas del pasado. Me vi con Clara haciendo carreras por los pasillos, vi a una Sara en miniatura ponerse de puntillas para colgar su primer dibujo. Me vi también, unos años más tarde, asomándome a la ventana para animar a David mientras jugaba un partido de fútbol. Vi a las chicas de mi clase inventar canciones absurdas diciendo que él era mi novio. Recordé cómo Clara y yo nos habíamos perdido por los pasillos, que entonces me parecían todavía más anchos y largos, en busca de la biblioteca. Recordé llevar rollitos de canela para almorzar y compartirlos con quien no tuviera.

De aquel silencio comenzó a emerger una voz que reconocería en cualquier parte. No me costó encontrar el aula de refuerzo; la única ocupada, la única con la puerta abierta.

Las mesas de la clase estaban agrupadas en islas. Había una docena de niños de no más de diez años distribuidos en ellas, y tres chicas de mi edad sentadas a su lado, con la vista clavada en los deberes de ellos. El único que levantó la cabeza cuando entré fue David, sentado junto a un niño en el fondo del aula, con una mano puesta en su hombro. El rostro se le iluminó al verme y me hizo señas para que me acercara.

—David, ¿qué haces aquí? —dije cuando llegué a la mesa con una media sonrisa.

Él se volvió hacia su compañero:

—Carlos, acaba ese ejercicio, ¿quieres? Hablo con esta chica tan guapa y vuelvo en un segundo.

Se puso de pie y se acercó a mí, arremangándose. Me esforcé inútilmente por ocultar mi sonrisa.

—Esta mañana ha pasado la señora Narváez clase por clase, ¿no ha llegado a la tuya? —Negué con la cabeza—. Buscaban voluntarios para pasar la tarde ayudando a unos chicos con sus deberes. Sus padres no pueden recogerlos hasta tarde y tienen que quedarse más tiempo, pero les he prometido jugar a fútbol un rato si lo terminan todo bien. —Su sonrisa se ensanchó—. Y, qué narices, si no también.

—Espera, a ver si lo he entendido bien. ¿Estás aquí haciendo de profesor?

—¿Ese cartel que dice «aula de refuerzo» no te ha dado ninguna pista? —bromeó—. Estos niños necesitan más ayuda que los demás. Sus padres no

tienen tiempo para estar con ellos y pensé, bueno... No tenía nada más que hacer.

—Es un detalle muy bonito. —Dejé nacer una sonrisa, alzando la mirada por encima del hombro de David. El niño al que cuidaba, Carlos, se esforzaba en escribir palabras sin salirse de las líneas, con el ceño fruncido—. Aunque adivino que no le estás enseñando matemáticas.

—Sara, va a segundo de primaria. —Ladeó la cabeza—. A ese nivel llego. Dejé escapar una carcajada.

—¿Puedo quedarme con vosotros? —Carlos levantó la cabeza al escucharme y sus mejillas se ruborizaron. Enseguida volvió la vista a sus deberes, con el rostro cada vez más colorado.

—Claro. Además —susurró llevándose una mano a la boca—, parece que le has gustado.

La cercanía de David bastó para que olvidara todo lo demás.

Aquella tarde me regaló las sonrisas más sinceras que había lucido en semanas.

David y yo fuimos andando a casa en lugar de coger el autobús. Cuando salimos del instituto, la noche de invierno dejó caer su velo. El cielo empezó a oscurecerse sobre nuestras cabezas y las calles de Ordana comenzaron a vaciarse.

David caminaba a mi lado, echándose vaho en las manos. El rubor en sus mejillas y en su nariz, a causa del frío, anunciaba cada año que pronto llegarían las primeras nevadas.

—En clase han repartido la autorización para el viaje de enero, ¿irás? —le pregunté tras un par de minutos de silencio.

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué no? El de Valdenares, ¿verdad? —Asentí con la cabeza—. Entonces sí, seguramente vaya. Me irá bien retomar el *snow*.

—¿Desde cuándo haces *snowboard*? —pregunté deteniéndome en mitad del camino.

Él dejó escapar un suspiro.

—Pues desde la última vez que fui a la nieve. ¿Qué tendría? ¿Trece años? Que no te extrañe que no te lo contara, era muy patoso como para admitirlo.

Solté una leve carcajada que murió a medio camino. El paseo me estaba dejando sin fuerzas. Solo llevábamos veinte minutos andando y seguramente me quedara un cuarto de hora más hasta llegar a casa. No entendía qué me

pasaba: las manos me temblaban al detenerme, a causa del esfuerzo, y el tremendo frío no hacía más que empeorarlo.

—¿Podemos sentarnos un rato? —le pregunté. David asintió, sin preguntar la razón.

Nos sentamos en un banco, mirando hacia la carretera. Él estiró las piernas y se llevó las manos detrás de la cabeza, mientras yo no hacía más que encogerme de frío.

—¿Preferías haberte vuelto tú antes en bus? —Se incorporó para volverse hacia mí. No sé qué cara debía de estar poniendo, pero él parecía preocupado.

—Qué va. Además, así he podido echar una mano con los niños yo también. —Intenté sonreír, pero me sentí un tanto hipócrita. Los niños habían sido la última razón por la que había decidido quedarme. La primera había sido para saltarme la merienda, la segunda para poder irme andando y hacer algo de ejercicio; la tercera, mucho más lejos, para estar más tiempo con David. Y luego, en todo caso, para ayudar a los niños—. Aunque, bueno, podrías haberme avisado antes de que te ibas a quedar. —Traté de que no sonara como un reproche—. Me he quedado un buen rato esperando en la puerta al acabar las clases, ¿sabes? Y nadie me ha dicho nada de dónde estabas hasta el final.

Él arrugó la nariz.

—Ha sido Álex, ¿verdad? Es el único al que se lo he contado.

—¿Y eso? —Alcé una ceja—. Ni que fuera un secreto de Estado.

—No, pero solo me ha bastado ver su reacción. «Tío, ¿tú de profesor con esos enanos? ¿Y sin que te paguen ni un céntimo? ¡Si ni siquiera eres capaz de aprobar matemáticas!». —Puso los ojos en blanco—. Supongo que les sorprende que sea capaz de hacer algo mínimamente altruista.

—Menuda estupidez.

David parecía indiferente.

—Están acostumbrados a ver al David que les pateaba el culo en los partidos de fútbol y que solo piensa en sí mismo. Y, joder, hasta Clara cree que soy así, ¿verdad? —Fruncí los labios, sin saber qué contestar. De una forma u otra nuestra amiga siempre acababa apareciendo en la conversación—. Pero qué te voy a contar. Quizás sí que sea así. A veces creo que ni yo mismo me conozco.

Bajó la mirada al suelo y empezó a frotarse las manos, en un intento de mantener el calor. Esperé a que continuara y, como suponía, no tardó más de un minuto en soltar todo lo que pensaba:

—Para mí soy un inmaduro, un egoísta y un fracasado, sobre todo con las putas matemáticas. Hablo y actúo como si me bastara con cuidarme a mí y no tuviera tiempo que perder mirando por los demás. Pero soy así porque creo que es lo que *debo* ser. —Sacudió la cabeza. Parecía buscar una forma de explicarse—. La gente me ha visto así durante tanto tiempo que yo mismo he llegado a creer que esa era la verdad. Lo volví la verdad. Actuaba solo como pensaba que *ese* «David» debía actuar. Era un actor, lo he sido todo este tiempo. ¿Lo entiendes, Sara?

Asentí con la cabeza. Quería recordarle que él era mucho más que eso, mucho más que las habladurías y las murmuraciones de los demás. Pero no me salieron las palabras.

—Desde que pasó lo de Clara... —Dejó escapar un suspiro—. Joder, el mundo se me desmoronó. Pero no podía dejar que la gente lo viera. La gente me tenía respeto, no se atrevía a decirme nada, y, después de lo canutas que me lo hicieron pasar en primaria, lo último que quería era volver a esa situación. No quería que me vieran como el estúpido que había querido darlo todo por una chica que solo buscaba su amistad. Así que me disfracé de la persona que he sido todo este tiempo: el deportista, el David fuerte y grande, el chaval independiente que no necesita que le cubran las espaldas, que salta a la mínima y jamás mirará por el bien de nadie, salvo por el suyo.

De pronto su expresión cambió, y se volvió hacia mí con una ligera sonrisa.

—Pero, claro, ya sabes que tú eres la excepción.

No era la primera vez que me dedicaba esas palabras. De hecho, en la última ocasión habían tenido el mismo efecto en mí: me habían acelerado el corazón y encendido las mejillas. Recé para que la oscuridad que empezaba a caer lograra encubrirme.

—Supuse que la gente cotillearía sobre ello, sobre nosotros, pero me daba igual. También estaba Clara. Y si podía volver a ser amigo de Clara, si podía enseñarles a todos que eso no iba a hundirme, lo mínimo sería que me dejaran conservarte a ti. —Cerró los ojos un segundo y frunció los labios—. Dios, qué tonterías estoy diciendo.

Esta vez fui yo la que negué con la cabeza. Alargué la mano hasta rozarle el brazo, y me acerqué más a él.

—No es ninguna tontería.

—Durante mucho tiempo has sido la única persona con la que me he permitido ser como realmente soy —soltó, como si las palabras hubieran estado prisioneras en sus labios durante demasiado tiempo—. Eres la única a

la que le he contado mis miedos, mis preocupaciones, todo lo que sentí con Clara... —Suspiró profundamente y bajó la mirada—. Me di cuenta hace poco. De la diferencia entre el David que ve todo el mundo, el David que llega cada tarde a casa, y el David que soy cuando estoy contigo. Solo estoy bien cuando estoy contigo, y de verdad que no encontraré palabras para agradecértelo. —Dejó escapar una sonrisa—. De hecho, hoy ha sido el primer día que he decidido hacer algo que haría el David que tú y yo conocemos. Algo totalmente contrario a lo que haría el que conocen los demás.

—¿Hacerte voluntario? —dije acompañándolo con otra sonrisa. Él asintió.

—Además, me parecía algo que hubieras hecho tú. Es una de esas cosas que me gustan de ti.

Esta vez tuve que esforzarme por aguantarle la mirada y no dejar que mi sonrisa se torciera. Sí, es algo que habría hecho. Al menos antes de que en mi cabeza mi único propósito fuera adelgazar. Ahora era yo la que había empezado a actuar, mientras David daba un paso adelante para quitarse la máscara.

También lo dio en el sentido literal. Volvió a acomodarse en el banco, cada vez más cerca de mí. Se quedó en silencio, dejando que sus ojos hablaran por él.

Me pregunté si lo estaba entendiendo todo bien. Si no lo estaba imaginando. Si de verdad la mano de David había rodeado la mía, y su cuerpo entero se había inclinado hacia mí. Si sus labios se habían entreabierto y él había posado la mirada en los míos. Si estaba ladeando la cabeza, si de verdad pretendía hacer lo que yo pensaba o eran todo imaginaciones mías.

Sus palabras lo confirmaron.

—Sara. —Volvió los ojos a los míos; sus pupilas titilaban—. ¿Puedo hacer una locura?

Su rostro estaba tranquilo, como una balsa en calma. Dejó salir las palabras con delicadeza, despacio, dejando que el aire las meciera. Esperando que mi respuesta le diera vía libre para besarme.

Porque quería besarme, casi tanto como yo lo ansiaba. Mi mejor amigo quería besarme. Por un instante me imaginé rozando sus labios, dejando que su abrazo me hiciera evadirme de todo. Pero me obligué a recordar el resto de la historia.

No quería que chico y chica fueran novio y novia. Porque, por mucho que le quisiera, el riesgo era demasiado grande. David acabaría descubriendo cómo era yo realmente: vería mi torpeza, mi vagancia, mi estupidez. Y, si no lo descubría, estaba segura de que yo acabaría metiendo la pata y acabando

con todo. Discutiríamos. Dios, no podría soportar discutir con él, no podría soportar sentir que nuestra amistad pendía de un hilo. Y después me volvería una segunda Clara. Lo dejaríamos y no volveríamos a ser los de antes. Quizás intentáramos retomar la amistad, pero lo que habíamos sentido dejaría huella en nuestros corazones.

Además, estaba Clara. Él no paraba de hablar de ella, y seguramente pensara en ella todavía con la misma intensidad. Solo quería quitársela de la cabeza. Sus palabras bonitas eran un intento de convencerse, en voz alta, de que ya podía pasar página. Yo era el conejillo de indias que le tendría que enseñar si todavía era capaz de amar.

No quería esa historia. Quería que siguiéramos siendo nosotros: dos amigos que se apoyaban y se querían, sin besos, sentimientos o discusiones de por medio. Sin un final. Las relaciones tenían un comienzo y la mayoría veían un final. Las amistades perduraban. La nuestra lo haría.

—¿Qué? No. —Negué con la cabeza, apartándome de él con más brusquedad de la que pretendía—. Las locuras no me inspiran confianza, precisamente. Ya me conoces.

Intenté sonreír, pero su rostro no me acompañó. David se separó de mí despacio y volvió la mirada al suelo.

—Cierto —dijo apenas en un susurro.

Creía que me sentiría aliviada por haber hecho caso a la razón en lugar de al corazón. Por haber evitado el miedo. Por ser más fuerte que una corazonada y pensar por los dos cuando él no podía.

Pero solo me sentía decepcionada.



Capítulo 11

Estuve dándole más vueltas de las que quisiera a lo que pudo haber ocurrido aquella tarde. No me cabía en la cabeza que David pensara así en mí. Que de verdad quisiera besarme. Debían de habérsele cruzado los cables.

Solo había que verlo a él: alto, rubio, atractivo, orgulloso. Robaba suspiros a las estudiantes más jóvenes, no tanto por su físico como por su actitud. Y, sin embargo, aun pudiendo estar rodeado de la gente más guapa, más rica o más popular, había estado siempre con Clara y conmigo, ahora más que nunca. Eso era lo que me extrañaba. ¿Cómo era posible quererme? Yo era la persona más torpe que conocía. Siempre hacía daño a los demás, incluso a mí misma.

Si yo no me gustaba, tampoco iba a hacerlo él.

Por eso quería seguir luchando por quererme. Por esos cuarenta y ocho. Por esa sonrisa en el reflejo que todavía no había visto.

Pero pasaron las semanas y, aunque con David y Clara me evadía de todo, no se me olvidaba que la báscula todavía marcaba cuarenta y nueve con novecientos gramos. Rozando los cincuenta, pero al menos había bajado. Me sentía bien. Solo por estar en los «cuarenta y» lo veía todo distinto. Me animaba todavía más. Quería más.

Clara no se daba cuenta de que ya no había sábados de *pizza* y que evitaba salir a merendar o a cenar con ellos. Pasaba por alto que ya no llevaba almuerzo al colegio, aunque al principio sí que me miraba extrañada. Se había acostumbrado a todo.

Me di cuenta de que junto a David todo se hacía más fácil. A pesar de la guerra entre mi corazón y mi razón, él había decidido actuar como si no pasara nada, su táctica estrella, y estaba dando fantásticos resultados, aunque todavía me provocara punzadas en el pecho. Al menos, las cosas así eran algo más sencillas. Sin locuras, sin riesgos. Volvíamos a ser solo nosotros dos, y con él todo se veía distinto. Podía pasar horas sentada si hacía falta. Podía olvidarme de mis complejos. Pero luego, al llegar a casa, volvía a estar sola, a encerrarme en mi cuarto, a pesarme —cada día, ahora que tenía una libreta donde apuntarlo—, a llorar esperando que eso me quitara gramos de encima.

Empezaron las vacaciones de Navidad. Clara y yo prometimos vernos todos los días que pudiéramos, ahora que íbamos a pasar unas semanas

separadas. Pero, a pesar de eso, le pedí que no viniera ni por las mañanas ni los domingos. A ella le dije que tenía que cuidar de mi prima pequeña, pero la verdad es que las mañanas las reservaba para hacer abdominales y unos cuantos ejercicios más en mi habitación, esperando ver mejorar mi tripa. Los domingos salía a correr. Lo odiaba, pero lo necesitaba. Hacía que me doliera todo el cuerpo, que se me entumecieran las piernas, que me marease, pero tenía que hacerlo.

Dejé de merendar. Ignoraba el hambre por la tarde y me distraía pensando en otras cosas. Obviamente, mi madre no sospechaba nada. Ella jamás habría pensado aquello de mí. Por eso no debió extrañarme que preparara sus tradicionales magdalenas de chocolate y nueces, una receta que hacía desde que yo era pequeña y que siempre hacía en Navidad. A mí me encantaban; no había año que no las probara.

Excepto aquel.

Era un sábado cualquiera por la tarde y fuera caía la nieve. Había quedado con David dentro de cinco minutos en la puerta de mi casa. Mi madre me preguntó si quería llevarme una magdalena para merendar, y ya sabía que no podía negarme. Sería demasiado sospechoso. Así que la acepté, la guardé y salí de casa, con la tentación en el bolsillo.

No podía comérmela. Por mucho que quisiera, era una magdalena y eso no me haría ningún bien.

O eso pensaba.

David llegó, me saludó con la mano y empezamos a pasear. A medio camino saqué la magdalena del bolsillo y se la ofrecí.

—¿Te apetece? Es de chocolate y nueces, recién salida del horno. — Como supuse, el chico no tardó en cogerla.

—¿Tú no quieres? —preguntó. Negué con la cabeza.

—He merendado en casa.

Mentir se me hacía ya tan fácil como decir la verdad.

Él se encogió de hombros. Se comió la magdalena con total tranquilidad, sin pensárselo dos veces, disfrutando de cada bocado. Como cualquier persona normal que pudiera permitírselo.

No era mi caso.

—Sara... —me dijo al pegar el último mordisco, obligándome a alzar la mirada del suelo—. Llevas muchos días con mala cara. ¿Estás bien?

Yo intenté sonreír, aunque no sé si me creyó.

—Claro. No te preocupes, hoy no he dormido mucho. —Ni hoy, ni ayer, ni antes de ayer—. Pero estoy bien.

Saqué el móvil para ver qué hora era, mientras David, conforme con mi respuesta, miraba hacia otro lado. Mi sonrisa se apagó cuando vi el fondo de pantalla del teléfono, cambiado horas antes a modo de recordatorio.

Una pantalla en negro, letras en blanco: «NO COMAS».

No estaba bien.

Algunas noches leía entradas sueltas del diario. Ni siquiera miraba la fecha. Encontraba entradas muy cortas, de solo un par de líneas. A veces a Sofía no le apetecía escribir, o quizás no le apeteciera pensar. Quería alejarse de todo, incluso de sus propios demonios, pero había alcanzado un punto en el que se le antojaba imposible.

El diario también tenía páginas rotas o arrancadas por completo, otras rayadas con furia, hojas enteras con la palabra «gorda» grabada en ellas. Había momentos en los que pensaba que entendía a Sofía. Y eso era lo que más me asustaba.

Pero me equivocaba. Ella y yo éramos muy distintas.

Odiado diario:

No sabes lo que agradezco que en este colegio no haya ni un solo hombre. Solo serían una distracción más. Además, estoy segura de que todos dirían que doy asco. La mitad por estar muy gorda, la otra mitad por estar muy delgada. Pero no necesito que nadie me lo recuerde, ya vivo conmigo las veinticuatro horas del día.

Es curioso que todo empezara porque quise verme más guapa.

Luego quise quererme más.

Luego solo supe odiarme.

Odiarme como nunca lo había hecho, odiarme por existir. Odiarme hasta el punto de robarle cien somníferos a mi madre. De pensar en acabar con mi vida.

Pero yo no fui capaz. Lidia sí. Y aquello me bastó para darme cuenta de que morir no servía de nada. Me duele que ella tuviera que irse para que yo aprendiera.

Lidia, ¿me leerás ahora? ¿Me verás? Sé que teníamos que irnos las dos. Sé que te dije que aquella noche nos veríamos en el cielo. Pero no fui capaz. Lo siento, Li, no fui valiente. Lloré mientras tú morías sin saber que lo hacías. Pero ahora lo estoy pagando. Sé que poco a poco me estoy matando, pero me dejo

morir. Es más duro, más lento, sufro más. Pero lo merezco. Esto es solo un suicidio a largo plazo. Y algún día nos encontraremos.

Te lo prometo.

Quizás para entonces ya estaré delgada. Por fin seré frágil. Delicada. Preciosa. Me verás. Creo que serás la única que llegará a verme.

Te echo de menos, Li.

Siento haberte dejado sola a las puertas de la muerte. Lo siento de verdad.

Cada vez que hablaba de Lidia me provocaba un nudo en la garganta. Al menos ahora estaban las dos juntas, en el cielo o en el infierno. En ninguna parte, o en todas. Porque Sofía seguía aquí, de una manera u otra, y el recuerdo de su amiga perduraba con ella.

Decidí aprovechar la energía con la que me había levantado para pasar la tarde haciendo ejercicio, con el fin de liberar unas cuantas endorfinas. Me vestí para la ocasión y, dado que fuera hacía cada vez más frío y la nieve comenzaba a acumularse en las calles, me decanté por hacer algo de aeróbic en casa. Me salté los estiramientos —era algo demasiado pasivo que no me haría perder nada de peso—, puse la música bien alta, busqué vídeos en internet y me preparé para sudar, con una sonrisa en la cara.

Pero la sonrisa se fue deshaciendo a medida que pasaron los minutos. Cuando volví a mirar el reloj solo había transcurrido un cuarto de hora, quizás algo más, pero yo ya tenía el rostro colorado y las piernas cansadas de tanto saltar. Me maldije por no ser capaz de aguantar aquello y, aunque todo mi cuerpo me pedía descansar, saqué todas las fuerzas que encontré para hacer un abdominal más, una flexión más, una sentadilla más. Quizás eso marcará la diferencia. Estaría un poco más cerca de los cuarenta y ocho kilos.

Al final, fue mi madre quien me hizo parar. Golpeó la puerta dos veces antes de entrar en mi habitación con un par de camisas debajo del brazo. Me encontró tendida en el suelo, con las manos tras la cabeza y haciendo un último esfuerzo por levantar el abdomen.

—Sara, ¿qué haces? —Tuvo que alzar la voz para hacerse oír.

Me puse en pie y bajé el volumen de la música, que parecía retumbar por toda la habitación. Me pasé la mano por la frente.

—Estaba haciendo un poco de aeróbic, ahora que tengo un rato libre.

—Tienes toda la cara roja —comentó con el ceño fruncido. Me obligué a reír.

—Bueno, mamá, eso es lo que pasa cuando haces ejercicio.

Ella no cambió su expresión; apretó más los labios y me dio la espalda para colocar la ropa en el cajón que le correspondía. Gracias a Dios no era el tercero, donde había escondido la endemoniada caja de Sofía.

—No sabía que ahora te había dado por hacer aeróbic.

—¿No dice papá que nunca me muevo? —Me encogí de hombros—. Pues ya está, solucionado. Moverse es sano, mamá, no tiene nada de malo.

Ella volvió a evaluarme con la mirada, como si me estuviera escaneando.

—Vale, vale. —Sacudió la cabeza dando el tema por zanjado—. Pero mejor que te duches antes de bajar a cenar.

La simple mención de la cena me borró la sonrisa de la cara. ¿Para qué me esforzaba tanto si luego mi madre decidía tirarlo todo por la borda? Y lo peor era no poder decirle nada, no tener ninguna excusa. Me las tendría que apañar para evitar comer de más. O para evitar comer, a secas.

Me dejé caer sobre la cama. Solo entonces me di cuenta de lo cansada que estaba en realidad: las manos me temblaban ligeramente, el pecho me dolía, me costaba respirar con calma. Cerré los ojos y me descubrí disfrutando de la sensación de estar a punto de desmayarme. Me gustaba sentirme tan débil, tan trémula; me hacía creer que todo ese esfuerzo daría resultados.

—¿Ya tienes planes para estas vacaciones? —preguntó mi madre.

—Dormir, leer, ver a Clara y no mucho más.

—¿Y David? —Entonces sí que dejó escapar una sonrisa. Se sentó a mi lado, con las manos sobre sus muslos.

—¿Qué pasa con él?

—¿Vendrá a casa? Si me avisas puedo preparar esas magdalenas que tanto le gustan. Podrías invitarle un día de estos. ¿Tiene algún plan para Nochevieja...?

—¡Yo qué sé! ¿A qué viene tanta pregunta?

Ella respondió alzando las comisuras.

—Solo era curiosidad. —Se encogió de hombros—. Ya sabes que nos gusta tenerle por aquí. Casi tanto como a ti.

Di gracias al calor del ejercicio por camuflar el rubor de mis mejillas.

—¿Qué insinúas?

Ladeó la cabeza, sin dejar de sonreír. En aquel momento pareció rejuvenecer tres décadas, como si en lugar de mi madre fuera una compañera más de clase, con los ojos chispeantes en busca de cotilleos.

—Cariño, llevo muchos años viéndoos crecer a David y a ti... Y yo también he tenido tu edad. Sé cuando estás enfadada sin que me lo digas, o cuando has pasado un mal día en el instituto, o cuando necesitas que ponga

una excusa porque no te apetece quedar con nadie y no quieres decirle que «no» a Clara. Así que no debería extrañarte que reconociera cuando mi hija está enamorada.

«Enamorada» era una palabra que me quedaba muy grande.

—No estoy enamorada —murmuré entre dientes. Mi madre contuvo una sonrisa burlona.

—¿Lo está él?

Me encogí de hombros.

—Supongo que no.

Pero había intentado besarme; de verdad quería besarme. Me había visto llorar y se había contentado con estar ahí para mí, abrazándome. Decía que yo había sido su único apoyo, la única con la que podía ser él.

Decía que yo era la excepción.

Mi madre me colocó una mano sobre el brazo y se inclinó hacia mí.

—¿Quieres contarme qué pasa?

Al final, me rendí. A mi madre pareció envolverla un halo de bondad y vi en ella mi oportunidad para soltarlo todo de una vez. Todo lo que no le había contado a Clara, lo que no sabía nadie. Lo que durante mucho tiempo yo no había querido admitir. Que, por una vez, quería que todos esos rumores que corrían sobre nosotros dos fueran ciertos. Mi mejor amigo había dejado de parecerme solo un amigo. Se había vuelto protagonista de mis sueños, había empezado a provocarme un cosquilleo en el estómago cada vez que lo veía, había comenzado a ser la causa de mis sonrisas y del rubor de mis mejillas. Había sido la razón por la que quería verme bonita, por la que quería ser perfecta. Para él y, después, quizás, para mí.

Me di cuenta de que David solo suponía el treinta por ciento de mis problemas, si no menos; porque el drama de Sofía y mis ansias de verme delgada empezaban a ocupar más y más espacio. A lo largo del día, solo tenía pensamientos para ella y reprimendas para mí. Me pasaba los días evitando espejos y pensando en lo que iba a comer, en lo que estaba comiendo y en lo que había comido. Pensando en cómo evitar lo primero, soportar lo segundo y perdonar lo tercero. Sin encontrar respuestas.

Obviamente, mi madre se quedó con el hecho de que el chico que me gustaba había empezado a comportarse de forma diferente, y que yo tenía miedo de que las cosas fueran mal. Cuando todo parecía ir a mi favor, me daba miedo que algo pudiera cambiar.

Sonreí al recordar la primera norma de la libreta de Clara: «No tengas miedo —había escrito—. La única manera de cambiar las cosas es

arriesgándote».

Mi madre tenía una opinión parecida:

—Quizás deberías confiar un poco más en él, Sara. Sabes que siempre ha buscado lo mejor para ti y no intentaría nada que te hiciera daño.

—Eso pensamos que haría Clara con él, y mira cómo acabaron las cosas.

—Clara no eres tú, cariño. Deja de comparar todo lo que él haga con todo lo que hizo con ella.

Sabía que mi madre tenía razón, pero no podía evitar seguir pensando que nuestra amistad pendía de un hilo si yo me equivocaba. Que todo podía arruinarse, como lo hizo en el pasado.

—Pero, si me quiere, ¿por qué sigue hablando de Clara? ¿Por qué siento que solo está probando suerte conmigo? Y, además, ¿por qué va a quererme así, mamá? He sido la misma durante años, y si no se enamoró de mí entonces ¿por qué iba a hacerlo ahora?

Ella me rodeó con un brazo, acercándose más a su pecho.

—Sara, cariño, deja de darle tantas vueltas a preguntas sin sentido. Al final, la vida se basa en aprender a no buscarle el porqué a todo. Simplemente sé positiva, no pienses tanto y... —dejó escapar una suave sonrisa—, a la próxima adelántate y róble un beso.

Puse los ojos en blanco.

—Mamá, ¿no se supone que la adulta eres tú? ¿No tendrías que decirme que fuera precavida y pensara más las cosas antes de actuar?

—Es David, es tu mejor amigo, no un desconocido que has encontrado en un bar. Y tú eres una chica maravillosa que se está comiendo demasiado la cabeza. Por una vez, no veo tan alocado arriesgarse. —Tracé la primera sonrisa de aquella tarde—. ¿No te he contado yo lo que me pasó con mi mejor amigo cuando iba a la universidad?

—Oh, ¿otra vez, mamá?

Puse los ojos en blanco. En mi familia, mi madre sustituía al abuelo que contaba batallitas siendo una gran narradora de historias de amor. Las había oído mil veces, pero dejé que me hablara una vez más de aquellas lecciones que en su día hicieron de ella la mujer que era hoy. Me dejé mecer por sus palabras, como en tantas otras ocasiones.

Olvidé el cansancio, olvidé a Sofía, olvidé a David, olvidé esos kilos de más, olvidé el odio, lo olvidé todo. Casi todo.

Porque, por suerte, ella también olvidó hacer la cena.



Capítulo 12

Llegó el día que tanto temía y que tanto había ansiado tiempo atrás. Nochebuena, 24 de diciembre. Día de regalos, familia, sonrisas... Comida.

Como todos los años, tocaba ir a cenar a casa de mis abuelos, en la ciudad. Iban a estar mis tíos, mis primos pequeños y el resto de la familia. Hasta el perro del tío Antonio.

Mi madre me había obligado a ponerme un vestido de colores oscuros, a arreglarme el pelo y maquillarme —como si se tratara de una boda—. Aunque odiaba tener que llevar falda, vestido o cualquier prenda que dejara ver mis piernas, no me quejé al darme cuenta de que, al menos, el color de la ropa me hacía parecer más delgada. Solo parecerlo. Aún no lo era.

Había estado todo el día temiendo que llegara la noche, temiendo descontrolarme en la cena. No había comido más que un plato de pasta a la hora de comer, y me había pasado la mañana buscando ejercicios que hacer en internet, encerrada en mi cuarto. Pero seguía teniendo miedo. No quería que el hambre me venciera, quería ser yo más fuerte.

No lo fui.

Llegamos a casa de mis abuelos a las siete y media. La velada empezó bien, con un «¡Sara, cuánto tiempo! Te veo más delgada. ¿Has crecido?» por parte de mi tía, que me sacó una sonrisa mientras yo lo negaba. El árbol de Navidad estaba colocado en medio del salón, con la reluciente estrella en su punta. Victoria y Pablo, mis primos pequeños, estiraban las manos para colocar los últimos adornos. Sin embargo, mi mirada estaba fija en la mesa, ya preparada, con bandejas llenas de bombones y tentaciones. Intenté distraerme y me puse a jugar con mis primos. Pero el mismo pensamiento se repetía en mi cabeza, una y otra vez: «Contrólate, gorda; no comas de más, contrólate, contrólate, contrólate, ¡contrólate!».

Llegó la hora de la cena. Como era costumbre, mi sitio estaba en la esquina junto a mis primos. Años atrás habría tenido la compañía de mi primo mayor, pero ahora que había empezado la universidad apenas tenía tiempo para nada, y menos para una cena en la que cada año aumentaban los asientos vacíos. Deseé poder ser él. Poder poner cualquier excusa y no venir.

El primer plato fue sopa. Recordé la caligrafía de Sofía: 120. Estuve dándoles vueltas a los fideos con la cuchara, dudando, hasta que las tripas me

rugieron y terminé por tomarla. Cerré los ojos con fuerza y traté de concienciarme, masticando despacio.

No pasaba nada. Solo eran ciento veinte. Solo, ya está, esa sería mi cena.

Sirvieron el segundo plato: las croquetas de jamón que mi abuela hacía cada Navidad. Me encantaban, pero aquel año no podía permitírmelas. Mis primos fueron los primeros en servirse unas cuantas croquetas en el plato. Yo cogí el móvil para intentar distraerme.

—Sara —oí que me llamaban. Era Victoria. Estaba sentada a mi lado, mirándome preocupada. Todo lo preocupada que una niña de siete años puede estar—. ¿Quieres croquetas?

—No, gracias, ahora no tengo hambre. —Me creyó.

Y así, veinte minutos después, acabó la cena.

Misión cumplida.

O eso creía.

Me escabullí de la mesa antes de que a alguien le diera tiempo de soltar un comentario. Aunque, en realidad, todos habían estado demasiado absortos en sus conversaciones como para fijarse en mí. Tenían que ponerse al día, y yo me hubiera unido a ellos si no fuera por el caos que reinaba en mi cabeza.

Todo empeoró al acercarse las doce de la noche. La familia al completo estaba en el salón, así que decidí irme a otro lado. Y, muy a mi pesar, acabé en la cocina, porque seguía teniendo hambre. Por mucho que intentara engañar a mi cabeza, a mi cuerpo no le podía mentir.

Había una bandeja llena de galletas hechas por mi abuela. Con pepitas de chocolate, recién sacadas del horno. Me humedecí los labios, recordando la suave textura de la masa, el sabor del chocolate aún caliente derritiéndose en mi lengua, mordisco a mordisco.

Pensé que me merecía al menos una galleta. Solo una.

La devoré en apenas un minuto, dejando que el hambre me controlara. Atrás quedaron esos «contrólate, gorda», ahogados bajo los gritos de mi cabeza. No llegué a saborearla y apenas la mastiqué. Solo tragaba. Solo quería comerla.

Después, inconscientemente, alargué la mano para coger otra. Y luego otra. Y otra.

Sin pensar. Sin pararme.

No era dueña de mi cuerpo ni de mi hambre; me volví una autómatas que se llenaba las manos de galletas, una detrás de otra. Mis brazos realizaban el mismo camino una y otra vez, de la bandeja a la boca, y yo no podía hacer

más que observarlo. Parecía que vivía aquel momento en tercera persona y, sin embargo, era mi estómago el que estaba lleno.

Poco a poco, fui testigo de cómo todas las galletas desaparecían. Cada vez quedaban menos, pero no podía parar. Por más que quisiera, no podía.

Ya ni siquiera sentía apetito, solo rabia, pero no sabía cuándo iba a poder volver a comer algo así. No sabía cuándo tendría la oportunidad de volver a sentir mi estómago lleno, o cuánto tiempo pasaría hasta que tomara un dulce otra vez. De todas formas, si había comido ya diez, ¿qué más daba una más? Ya estaba gorda, ya era una foca, ya no podía hacer nada para remediarlo. Estaría gorda comiendo cinco, diez o veinte galletas.

Media hora más tarde, Victoria me encontró llorando sobre la repisa de la cocina, con una bandeja vacía al lado y migas esparcidas alrededor de la mesa.

Eché a correr sin decir nada. Supongo que la sonrisa que forcé después sirvió para que ella mantuviera la boca cerrada delante de los adultos.

Llena de impotencia, me froté los ojos con un brazo y salí de la cocina con los puños cerrados. Me sentía pesada, gorda, asquerosa. A cada paso que daba aumentaban las náuseas. Era una estúpida sin un ápice de control. Hasta mi prima pequeña había comido menos que yo; todos lo habían hecho. Yo era la gorda en aquella casa.

Aguanté las lágrimas y, aprovechando que todos estaban ocupados, me encerré en el cuarto de baño.

Abrí el grifo y dejé que el agua corriera e inundara de ruido aquel silencio. Permití que las lágrimas bañaran mis mejillas. Me agaché frente al retrete, odiándome, queriendo castigarme. Metí los dedos en mi garganta, esperando que fuera tan fácil como me había parecido en el diario de Sofía.

Pero no lo era. Ni una arcada. Mucha angustia, mucho odio, pero nada más.

Volví a romperme y me dejé caer al suelo, sintiendo mi estómago cada vez más pesado y aquellos horribles pensamientos cada vez más fuertes. Estaba gorda. Estaba y siempre estaría gorda. No servía ni para vomitar; ni siquiera era capaz de hacer eso bien.

Me apoyé sobre mi brazo para seguir llorando, intentando que el agua enmudeciera mis llantos.

Un año antes jamás habría pensado que mi Nochebuena acabaría así.

A la mañana siguiente hice lo último que debería haber hecho: pesarme. Agarré mi pequeña libreta, donde cada día apuntaba el número que aquella máquina me mostraba. Me acercaba a ella con la misma aprensión con la que Blancanieves se acercaría al espejo de su madrastra. El mío también parecía estar maldito.

Me quité el pijama, me descalcé, subí a la báscula, y por poco no me rompí los nudillos al golpear con el puño la pared.

Cincuenta kilos y quinientos gramos. Otra vez.

Me sentía un fracaso. Todo el esfuerzo de aquellas semanas no había servido para nada, y todo por culpa de una noche de descontrol.

Me vestí con ropa de deporte, sin dedicarle ni una sola mirada a mi cuerpo, y salí de casa. Empecé a correr, decidida a no parar hasta que mis piernas no pudieran resistir más. Lo que hacía no era suficiente, no servía de nada.

Tenía que hacer más. Ir cada vez más rápido. Hacer más ejercicio, comer todavía menos. Esos cuarenta y ocho tenían que ser míos.

A partir de aquel momento, no hubo un día en el que no bajara a comer con la chaqueta puesta. Me colocaba un papel sobre los muslos, fingía masticar y dejaba la comida caer mientras mis padres hablaban. Luego pasaba a los bolsillos, y de ahí, a la basura.

Mejor ahí que en mi cuerpo.

Era necesario. Apenas podía soportar mirarme al espejo. Las tardes de ejercicio no servían de nada. Daba igual que acabara sudando, porque, si luego caía en la tentación de comer una sola galleta, todo el esfuerzo se iba a la mierda. Tenía que hacer más, más, cada vez más.

Por desgracia, descubrí lo que eran las calorías. Decidí limitarme las que ingería cada día, empecé a mirar los envases de todo, a aprenderme de memoria el valor nutricional de cada alimento que rozara mis labios, sin ni siquiera proponérmelo.

Entré en el nuevo año viendo números en vez de comida. Y leyendo a Sofía, porque ella siempre estaba ahí.

Odiado diario:

Un día más. Me he levantado y pesaba 45,800 kilos. Ya he llegado a 45. Eso era lo que quería, ¿verdad? Pero me siento decepcionada, porque todavía no es suficiente. Sigo estando gorda. Me da igual lo que diga mi madre, lo que digan los demás, ellos no me ven, ellos no ven toda esa maldita grasa. ¡Se suponía que

con 45 kilos ya no existiría! ¿No estoy en un supuesto peso bajo? ¿Por qué entonces estoy tan sumamente gorda?

Ah, espera. Es la voz de la enfermedad, ¿verdad? Otra vez haciéndome ver y creer cosas que no son. La misma voz que me dice que he comido demasiado. Que nadie me quiere. Que no valgo nada. Que ni me esfuerce en recuperarme, porque merezco estar muerta.

Esa voz que no me atrevo a nombrar. Hasta me cuesta escribirlo.

Anorexia.

Maldito el día en que llegaste, maldito el día en que te me llevaste. Ahora ya no soy Sofía, ya no sé quién soy, no me reconozco. Mintiendo, engañando, destruyendo, escondiendo, pensando siempre en lo mismo. Tienes mi razón secuestrada.

Me has vuelto una enferma.

La noche que leí aquella entrada del diario no pude evitar romper a llorar. Me di cuenta de que, al fin y al cabo, Sofía no era la única enferma. Ella lo decía: mentía, escondía, pensaba siempre en comida. Y yo estaba haciendo lo mismo.

Me estaba volviendo un monstruo, estaba dejando de ser Sara.

Todo por su culpa, por culpa de ese maldito diario.

Intenté apartar esas ideas de mi cabeza. No, yo no necesitaba la ayuda de nadie. No estaba enferma: no vomitaba, no estaba delgada, no había pasado ni un solo día sin comer. Nadie me creería.

Ni siquiera yo me creía.

La vuelta de vacaciones siempre era extraña. La gente se alegraba de volver a ver a sus compañeros, pero se quejaban solo de pensar en lo mucho que tenían todavía por delante. Estudios, exámenes, clases que se hacían eternas, notas y deberes.

Clara me abrazó al verme, consiguiendo sacarme una sonrisa. Juntas fuimos hasta la clase, de nuevo, como si la Navidad hubiera empezado ayer. Por el pasillo me encontré con David. Había quedado con él un par de veces aquellas vacaciones, así que apenas habíamos tenido tiempo de echarnos de menos. Pero agradecía poder verlo todos los días a partir de entonces. Le necesitaba, igual que a Clara. Si no fuera por ellos, sentiría que ya no me quedaba nada.

Se puso al lado de Clara, la saludó y le pasó una mano por el brazo. A mí me dirigió una mirada que decía más que cualquier palabra. Hablaba de nervios, de miedo, de amor y de esperanza. Hablaba de todo lo que escondía a los ojos de los demás. Nos pusimos los tres al día antes de que sonara el timbre yuviésemos que separarnos; él a su clase y Clara y yo a la nuestra.

Nos sentamos en la penúltima fila, en la esquina izquierda, como siempre. Clara me narró sus vacaciones, cómo se había ido otra vez con su padre a esquiar y lo agotada que estaba, aunque guardaba fuerzas para rematar el esquí en Valdenares. Yo preferí no contarle las mías.

El profesor, con la misma cara de cansancio que un mes antes, entró en el aula acompañado de una chica a la que guio hasta la tarima. Tenía los hombros anchos, las piernas firmes y las manos toscas, con los puños cerrados. El pelo, castaño claro, debía de llegarle por los hombros, aunque lo llevaba recogido en una coleta. Las líneas rectas de su nariz y mandíbula hacían que su rostro recordara a aquellos bustos antiguos tallados en madera. Su expresión no ayudaba a suavizar sus rasgos: miraba a sus nuevos compañeros semicerrando los ojos y con los labios fruncidos. Parecía que estuviera defendiéndose de un ataque que no iba a llegar. A su lado, el profesor empequeñecía, a pesar de la poca diferencia de altura.

—Qué pintas de bruta tiene, ¿no? —susurró Clara antes de que nuestro tutor empezara a hablar.

—Chicos, os presento a Debra Valero. —La joven dio un paso hacia delante—. Acaba de llegar al instituto, y espero que todos hagamos que su estancia aquí sea agradable y productiva. Ya me ha comunicado que no le apetece presentarse delante de todos, así que... —echó una tímida mirada a la susodicha— podréis conocerla más a fondo en el descanso. Qué suerte has tenido, Debra —añadió con una sonrisa—, ¡llegas justo a tiempo para el viaje a Valdenares!

Todo el entusiasmo del profesor conseguía compensar la falta de ganas de los estudiantes. Al ver que Debra no contestaba, le sugirió que buscara un sitio libre al final de la clase y se puso a ordenar sus apuntes para empezar con la lección.

Debra acabó sentada detrás de nosotras. Clara, sin poder contener su curiosidad, se volvió para conocerla, pasando por alto su primera impresión. Como ella decía, «a las personas así, mejor tenerlas de amigas que de enemigas».

—¡Hola! —dijo intentando que el profesor no la oyera. Debra mantuvo los ojos fijos en la mesa—. Soy Clara. ¿De dónde eres?

Me volví a tiempo de ver cómo la chica fulminaba con la mirada a mi amiga. Cualquiera hubiera retrocedido al encontrarse con unos ojos así, llenos de ira.

—No creo que te importe.

—Vale, vale. —Clara levantó las cejas—. Solo quería ser amable.

—No necesito que nadie sea amable conmigo. —La voz de Debra estaba tintada de odio. No pude evitar fijarme en las ojeras bajo sus ojos. Al parecer ella tampoco lograba dormir bien—. No estaba en mis planes acabar en este instituto de mierda, y no pienso perder más el tiempo. Que no os extrañe si dentro de una semana este asiento se queda vacío.

—Pero quédate al menos hasta el viaje —sugerí yo. Debra pasó la mirada de Clara a mí—. Digo, ya que estás aquí. Puede ser divertido.

—¿Acaso hablaba contigo?

—No, pero...

—Pues no te metas donde no te llaman. Huesuda —soltó con desprecio.

Reacia a contestar y empezar una discusión, puse los ojos en blanco y me volví de nuevo hacia la pizarra. Decir que Debra estaba de mal humor era quedarse corta. Y no me extrañaba que hubiera llegado a clase a la defensiva, viendo que se tomaba como un ataque hasta el más mínimo comentario.

Lo que sí me impactó fue que me llamara «huesuda». Y además como un insulto. ¿Dónde me veía ella los huesos? Yo solo veía grasa y una chica demasiado gorda. No como ella, que, en cambio, era fibrosa. Era muy alta y muy grande, pero no gorda. No como yo.

Al salir de clase, David se despidió de Álex y sus amigos y se deslizó entre la multitud hasta encontrarme. Últimamente lo hacía más a menudo; ya no recordaba el último recreo que habíamos pasado separados. Cuando nos veía juntos, Clara acababa por desaparecer. Quizás notara algo entre nosotros y eso le incomodara, o quizás, simplemente, acababa cansada de nuestros juegos de palabras y nuestras miradas cómplices. Tenía que hablar con ella y contarle todo lo que le había confesado a mi madre, pero aún me daba miedo. Aún no estaba segura de que aquellos sentimientos fueran a llevarme a buen puerto.

Aquella tarde se despidió de mí con un beso en la mejilla cuando vio que David se acercaba. «Además, no quiero encontrarme a Debra a la salida», añadió, acompañándolo de una sonrisa. Cuando el chico llegó nos quedamos solos, casi engullidos por aquel torrente de estudiantes que corrían hacia la salida como si su vida dependiera de ello. Hablamos del viaje que tendría lugar la semana siguiente, de botas de nieve, trayectos en bus que se hacían

eternos y ganas de desconectar de la rutina. Le hablé de Debra y le advertí que midiera sus palabras si alguna vez se la encontraba.

—No digo que sea mala chica, no me malinterpretes —aclaré—. Solo que parece empeñada en enfadarse con todo lo que se mueva.

—¿Y eso no la convierte un poco en mala chica? —David ladeó una sonrisa, acercando su pulgar y su dedo índice—. ¿Un poquitín?

Traté de contener la sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—Eres demasiado buena —resopló él.

—Ya empezamos...

Le pegué un suave codazo, al que respondió con una carcajada. Luego se quedó mirándome, sin aflojar las comisuras, y no pude evitar apartar la mirada para esconder el rubor.

—¿Haces algo esta tarde, Sara?

—No, ¿por?

—Me gustaría enseñarte algo. ¿Vienes a mi casa?

Una merienda menos. Con suerte, una cena menos.

—Claro —contesté.

Llegamos a su casa media hora más tarde. David vivía en el centro de Ordana, cerca del ayuntamiento. Su casa estaba en el segundo piso, pero aquella vez subimos hasta el séptimo. No me quiso decir nada hasta que llegamos. Me mandó guardar silencio y me hizo subir las escaleras que llevaban a su terrado.

Una vez salimos fuera, el invierno nos saludó con una brisa de aire frío que hizo que me estremeciera. Desde aquella azotea se veían todas las casas de Ordana, cada vez más diminutas, con los tejados y los jardines cubiertos de nieve. El blanco reinaba donde antes lo hacía el rojo de las tejas y el verde de los árboles. Nos detuvimos a mirar cómo el sol iba escondiéndose tras las montañas, volviendo el cielo de color ámbar. Como los ojos de David. Las nubes parecían pinceladas rosas que una mano experta hubiera trazado en el firmamento. Los últimos pájaros volaban en busca de un nuevo hogar, el pueblo enmudecía. Todo parecía estar en paz en aquel rincón, alejados del mundo.

—Siempre vengo aquí cuando necesito estar solo —dijo David—. Desde que era niño. Nunca había subido a nadie conmigo.

Me volví hacia él.

—¿Y por qué a mí sí?

—Porque eres la excepción, Sara. Siempre. —Dio dos pasos para acercarse un poco más a mí—. No creo que se necesiten más razones.

Me pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja, con esa sonrisa de tonta que tanto odiaba.

—Es precioso —susurré.

David descolgó la mochila que llevaba al hombro y la abrió. Sacó de dentro dos mantas de lana que extendió sobre el suelo, en un vago intento de imitar un pícnic en el parque. Dejé escapar una risa.

—Veo que lo tenías todo planeado, ¿eh? —dije. Él se sentó sobre una de las mantas y me hizo señas para que me tumbara a su lado.

—Ven, tumbate. —Le hice caso y él hizo lo mismo.

A pesar del frío, del miedo y de mis problemas, en aquel terrado parecía que todo se volviera insignificante. En ese momento solo estábamos él y yo. Solo importábamos él y yo.

David puso música. Otra balada tranquila, con el sonido del piano y la voz dulce de la cantante sonando como un susurro. Cerré los ojos y me dejé llevar por la canción. Él alargó su brazo y me rozó la punta de los dedos con los suyos. No dudé en cogerle de la mano. Aún me sorprende que lo hiciera, pero no tenía nada que perder. Ya no. Por una vez, olvidé todos los «¿y si...?» y todos los «¿por qué?», y dejé que mi mente descansara. Mi madre tenía razón: con él, arriesgarse no parecía una idea de locos.

Noté un toque frío en la punta de mi nariz y estornudé. Abrí los ojos a tiempo de ver cómo comenzaban a caer copos de nieve desde el cielo, deslizándose de un lado a otro como si bailaran con el viento.

—David, está empezando a nevar —le dije con una sonrisa, poniéndome erguida. Él también se sentó y volvió la vista al cielo con los ojos chispeantes.

Bajó la mirada y se frotó las manos. Me pareció atisbar un ligero rubor en sus mejillas, pero deseché la idea enseguida. Quise pensar que era el frío otra vez, que él no se sonrojaba. Pero estaba equivocada.

—Sara... —empezó—. Te he traído aquí porque me gustaría decirte algo. Esto se me hace más difícil de lo que piensas, pero no puedo dejar las cosas así.

Volví mis ojos hacia los suyos y él continuó hablando:

—Creo que ya lo sabes pero... Te quiero, Sara. Te quiero muchísimo. —Se me cortó la respiración—. Te quiero desde el primer día que te vi, y ese amor ha ido creciendo, cada vez más y más, hasta que... Me di cuenta de que, si hay alguien que puede hacerme feliz, esa persona eres tú. —Abrió y cerró la boca un par de veces, buscando cómo continuar. Yo intenté aferrarme a aquel momento, recordar cada palabra, cada detalle, cada gesto, y hacerlo eterno en mi memoria—. Dios. —Se colocó una mano en el pecho—. Es tan

extraño, Sara, saber que tengo todo esto dentro de mí, desde hace tanto tiempo, y que ahora para ti no sean más que palabras. Pero tenía que soltarlo. No podía seguir fingiendo más, no contigo. Te quiero, ¿lo entiendes, Sara? Esta vez no tengo miedo de decirlo. —Se detuvo un instante, como si tratara de encontrar algo en mis ojos. Y esperé que hablaran por mí, porque yo no tenía palabras—. Te quiero. Te quiero más de lo que crees.



Capítulo 13

Tras sus palabras vino el silencio.

Un silencio que no había sentido en mucho tiempo. Por una vez, mi cabeza se vació de voces. Solo quedaba la mía, y había enmudecido cuando más la necesitaba. Podría decirle tantas cosas, tantísimas... Podría decirle que yo sentía lo mismo, que sus palabras eran las mías, que mi corazón se llenaba cada vez que estaba con él, que me hacía sentir en casa. O podría decirle que aún tenía miedo, que no quería estropearlo, que había demasiado que perder.

Además, ¿él pensaba todo aquello de verdad? ¿Se refería a esa forma de querer? ¿Y por qué ahora? Mejor dicho, ¿por qué yo?

No tenía nada que pudiera gustarle, nada. No era esa clase de amor. Debía de haberse confundido. Yo estaba gorda y descuidada; no era nada delicada, nada bonita. Pálida, pelo castaño, lacio, corto, ojos oscuros. Mirada cansada. Pecas, espinillas. Una personalidad de pena, demasiado pesimista, demasiado estúpida.

Sara.

Pero recordaba cómo había huido de los ojos de Clara aquel viernes, víspera de su cumpleaños, y cómo se dirigía a sus amigos cada vez que quería esconder algo que le hacía daño. Era incapaz de mirarlos a los ojos, y solía frotarse el cuello con nerviosismo. «Te delatas tú solo», le decía cada vez que le veía mentir.

Aquella no era una de esas veces.

—Y yo a ti —respondí finalmente siguiendo una corazonada. Porque, a pesar de dudar de sus palabras, mis sentimientos sí que los tenía claros—. Aunque aún me cueste creerte.

Aparté la mirada.

David suspiró, se puso en pie y me tendió una mano para que lo imitara. La acepté y me levanté, con una ceja arqueada.

—Deja que te lo demuestre —dijo.

Me guio hasta el borde del terrado, donde este acababa y parecía que empezara el paisaje. Un vistazo abajo bastaba para darse cuenta de la fragilidad del ser humano. Un paso más, un muro menos, un segundo más, una persona menos.

Pero David me hacía mirar más alto. En todos los sentidos. Hacia las montañas, hacia los colores del cielo, hacia las casas diseminadas que parecían parte de un cuadro, hacia los niños que corrían por la calle y el hombre que levantaba la vista del periódico para observarlos.

—Cierra los ojos. —Le miré confundida—. Va, Sara, no me pongas esa cara. Tendrás toda la vida para mirar Ordana.

—Y toda la noche para cerrar los ojos —sonreí.

Él puso los ojos en blanco.

—Por favor. —Frunció el ceño.

Suspiré y le obedecí. Casi pude ver su sonrisa de satisfacción a través de los párpados. La nieve caía y los copos se quedaban enredados en mi pelo.

Oí la voz de David junto a mi oído:

—Cuenta hasta tres.

—¿En voz alta?

—Como quieras.

No entendía qué pretendía, pero me dejé llevar. Por una vez olvidé el lugar y la hora, olvidé el miedo y la inseguridad, olvidé mis planes, olvidé que aquel momento acabaría. Confié en él. Suspiré, relajé los hombros, dejé que la brisa me acariciara el rostro y empecé a contar.

—Uno... —oía el latido de mi corazón demasiado alto—, dos... —las campanas de la iglesia comenzaron a sonar a lo lejos. David se acercó—, tres.

No me dio tiempo ni de alargar la «s». Los labios de David se posaron sobre los míos, callándome. Una parte de mí no se sorprendía.

Y el resto fue tan tierno que todavía no encuentro palabras suficientes para describirlo. David sabía a una tarde de domingo entre mantas y café caliente, al crepitar de una chimenea, a volver a casa después de mucho tiempo, a una caricia antes de dormirte.

Sonreí en medio del beso, él lo notó, me volvió a besar, le rodeé el cuello con los brazos. Me cogió de la cintura, me obligó a ponerme otra vez de puntillas. Me trataba con cariño, con cuidado, como si temiera estar fallándome. Yo también tenía miedo. Era mi mejor amigo. Pero los mejores amigos no se besan. ¿Qué éramos entonces?

En ese momento no me importó. Menos cuando se separó un poco de mí y se mordió el labio, intentando ocultar su sonrisa. Yo, sin dejar de rodearle con los brazos, reí. Feliz. Feliz como no lo había sido en mucho tiempo.

Ya no tenía dudas: éramos David y Sara. Fuesen lo que fuesen David y Sara, seguiríamos siendo nosotros. Y eso era lo único que importaba.

El lunes siguiente aparecimos todos puntuales, algunos con los nervios a flor de piel por el viaje, otros con más sueño que entusiasmo (como Clara). Si venía era para hacerme compañía, porque, como ya me había dicho, se había recorrido casi toda España esquiando, y Valdenares lo tenía más que visto. Además, desde que le había confirmado que David y yo estábamos juntos (o algo así) no paraba de bombardearme a preguntas con una sonrisa en la cara, y esperaba que en aquel viaje quedaran todas contestadas. David iba para mejorar su técnica de *snowboard*, ya que hacía tiempo que no practicaba y temía haberla olvidado. Y yo, para ser sincera, iba más por la oportunidad de hacer ejercicio y saltarme comidas que por otra cosa.

Pero eso no debía saberlo nadie.

Hasta que llegásemos al hotel nos quedaban por lo menos dos horas en autobús, así que aproveché que Clara estaba distraída escuchando música para sacar el diario de Sofía de la mochila. No había podido evitar llevármelo, porque, de algún modo, sentía que solo ella me entendía. Y ni siquiera estaba ahí para escucharme.

Pasé la última página que había leído para descubrir que había una gran cantidad de hojas arrancadas. Luego, lo siguiente que Sofía había escrito era una gráfica llena de picos, que iba desde noviembre hasta junio. En el último mes marcaba un peso que me heló la sangre: 39 kilos. Y sus padres estaban demasiado ocupados como para preocuparse por ello.

Lo peor de todo era que, seguramente, cuando murió pesaba mucho menos.

Sofía bajaba medio kilo por semana. A veces un kilo entero, y yo estaba aquí, pasando hambre por solo unos gramos. ¿Qué hacía ella que no hiciera yo? Las anotaciones que escribía bajo la gráfica bastaron para contestarme. Doce de abril: leche desnatada, 70; arroz, 323; tortilla francesa, 120. Veinte de mayo: manzana, 52; lechuga, 10; yogur, 105; pollo, 116. Dos de junio: ciruela, 35; manzana, 52. Media hora de aeróbic. Una hora de bicicleta.

Números, números, números.

Pero cada vez menos.

Pasé la página. Sofía volvía a escribir, aunque ya habían pasado varios meses desde la última vez.

Odiado diario:

Te odio, te odio, te odio. Bueno, en realidad debería decir que me odio, me odio, me odio. ¿Por qué no desaparezco de una puñetera vez? ¿Por qué?, ¿por

qué?

Me siento culpable. Ya no es solo por ese mordisco de carne que mi madre me ha hecho tragar en la comida, a pesar de haber conseguido esconder el resto. No es solo porque hoy todavía no he hecho ejercicio. No es solo porque he subido 200 gramos y ni siquiera sé cómo.

Es por Cristina.

Cris, yo te quería, de verdad. Y ya no estás.

Lo último que te dije fue que te fueras, que desaparecieras. Lo que en realidad quería hacer yo. No quería que murieras, de verdad que no. Esa persona que te gritó no era Sofía. Ya no sé quién es Sofía, no sé quién soy, no sé quién es la que habla ni quién es la que escribe esto ahora. ¿La verdadera Sofía, la Sofía enferma, la Sofía llena de odio? Pero ¿queda algo de la verdadera Sofía o se marchó con ese último kilo?

Rebeca no me habla. Valeria tampoco; solo la veo llorar. Además, creo que se va a mudar. No lo sé, ya no sé nada.

¿Me tiene miedo?

Es normal. Hasta yo me asusto de mí misma. Cualquier día enseño mis muñecas y todo el mundo huye de mí. Cualquier día el odio será demasiado grande y me ahogaré en la bañera. Es normal que esté asustada.

Pero yo no le haría daño, nunca. Tampoco se lo quería hacer a Cristina. Ni a Li... Fui una estúpida. Pensaba que eso era lo que las dos necesitábamos: parar el dolor, irnos de una vez. Como si la vida no pudiera mejorar.

Pero eso era solo lo que yo quería y necesitaba. Ella no. Lidia era preciosa, delicada, sincera, buena. Tenía un corazón que no le cabía en el pecho. Uno que ya no late, por mi culpa.

Ella habría salido del bache. Se habría secado las lágrimas, habría vuelto a sonreír, sería feliz. Ahora incluso habría conseguido enamorar a ese chico que tanto le gustaba. En unos años celebraría la boda que siempre soñó, llena de rosas blancas, y tendría un bebé con pequeñas orejas en pico, como las suyas. Daría vida a quien la rodeara y sería tremendamente feliz. Lo hubiera sido, porque se lo merecía. Estoy segura. Era hermosa.

El problema es que yo no lo soy. Yo era la que estaba en un bache, la que sigue en él. La que quería desaparecer, la que no tiene esperanza. Sin embargo,

una parte de mí tenía miedo, y por eso le pedí que se fuera conmigo. Pero soy una cobarde y la dejé sola. Sola.

Al menos Cris ahora está con ella. Espero de corazón que sean más felices de lo que podrían haber sido aquí. Tengo miedo de morir, por verlas. ¿Me perdonarán? No soy Sofía, ya no. No soy la chica a la que conocieron. Ya estoy muerta.

Solo tengo que irme.

Pero sigo siendo una cobarde.

Le he pedido a mi madre que me cambie de colegio para empezar de cero. Alejarme de Rebeca y de Valeria y no hacerles más daño. Porque, al parecer, ahora mi naturaleza es dañar a la gente. Incluso a mí, y a mí precisamente de la forma más... cruenta. Mis muñecas tapadas con pulseras y mangas demasiado largas para el calor que hace. Mis muslos cubiertos por los pantalones. Cicatrices encima de cicatrices, heridas abiertas. Huesos que se notan demasiado, pero todavía queda grasa. Espejos rotos. Lágrimas secas. Recuerdos de una guerra contra mí misma.

Y no sé quién está ganando.

—¿Qué es eso, Sara? —me interrumpió Clara, justo cuando acababa de leer la última frase de aquella entrada. Cerré el cuaderno de golpe y lo metí en la mochila antes de que mi amiga empezara a curiosear más.

—Mi diario —mentí.

—¿Tienes un diario? No lo sabía.

Había demasiadas cosas que no sabía de mí. Nadie diría que seguía siendo mi mejor amiga, cuando prácticamente le escondía quién era yo ahora.

¿Y quién era yo?

—No hacía falta que lo guardaras así, tan brusca —continuó ella con una sonrisa—. He de admitir que me pica la curiosidad, pero no voy a mirarlo. No creo que haya nada que no sepa ya, y seguro que la mitad son ñoñerías sobre David. —Soltó una carcajada, y yo forcé otra.

—Exacto, y no creo que te apetezca verlo; no quiero que te entren náuseas. Oye, ¿falta mucho para llegar? —le pregunté tratando de cambiar de tema.

Lo único que faltaba era que Clara descubriera el diario de Sofía. Ya me había hecho mucho daño a mí. Era su naturaleza, como ella misma decía, y seguía siéndolo aunque estuviera muerta.

Poco a poco, Sofía me había arrastrado a un pozo sin salida.

Lo que hacía no era normal. Que mi propósito en ese viaje fuera escaquearme de la comida en lugar de disfrutar no era normal. Que me pusiera nerviosa solo de pensar que tenía que pasar una hora más sentada, tampoco. Que en mi cabeza cada vez hubiera más números, definitivamente, no era normal.

Pero, a diferencia de Sofía, yo estaba gorda.

Me prometí a mí misma que dejaría de estarlo. Fuera como fuera. Por Sofía, para demostrarle que podía; por mí, para quererme de una vez; por David, para que pudiera sentirse orgulloso de su novia.

Solo necesitaba tiempo, más ejercicio y menos comida.

Iba a ser perfecta.

O eso pensaba.

Llegamos al hotel cuando ya empezaba a anochecer. El edificio tenía las paredes cubiertas con láminas de madera y una docena de columnas recorría el primer piso, formando una especie de porche frente a la entrada. Parecía que flotara sobre el blanco de la nieve, que también adornaba su tejado.

Desde el exterior se veía el centelleo de las velas que decoraban el recibidor y casi se sentía el calor del fuego de la chimenea. Nada más bajar del autobús empecé a tiritar, así que cargué con las maletas y entré de las primeras. Tenía los labios cortados y las manos secas. Por más que me abrigara, e incluso con la calefacción del hotel, seguía teniendo frío.

Clara y yo dormiríamos en la habitación 103. David se había cogido una con otro amigo suyo en el mismo pasillo, para estar cerca de mí. Nos mandaron a dormir y nos avisaron de que al día siguiente temprano comenzarían las clases de esquí para quienes quisieran. Yo no quería, pero las necesitaba. Eso parecía haberse convertido en mi nuevo mantra.

No quería hacer ejercicio, pero lo necesitaba.

No quería pasar hambre, pero lo necesitaba.

No quería mentir a la gente que me importaba, pero era necesario.

Al día siguiente nos despertaron temprano, nos hicieron vestirnos y bajar a desayunar antes de que empezáramos con las clases de esquí en la pista. En las escaleras me encontré a Debra que, muy a su pesar, seguía en el instituto. Me dio un golpe en el costado y siguió andando, desprendiendo mal humor

allá por donde pasaba. Todavía no la había visto sonreír con sinceridad, solo con ironía o sarcasmo.

Meses antes, el desayuno me hubiera parecido el paraíso. Nos sentaron en mesas redondas, yo entre Clara y David. Cada uno tenía un tazón con leche y cacao en polvo, y nos servían bizcocho o tostadas a elegir. Sentía la presión de las miradas de los demás, aunque fueran de reojo, dirigiéndose a mí. Especialmente la de David, que por más que tratara de disimular no lograba aflojar el ceño fruncido.

Me quedé absorta frente a la comida y tragué saliva. No podía desayunar eso. Era una barbaridad y, sin embargo, todos mis compañeros estaban probando la torta sin ni siquiera pensárselo dos veces. Pero yo no era capaz; llevaba demasiado tiempo desayunando como máximo media taza de leche. Y, desde el atracón de Nochebuena, eso me parecía incluso demasiado.

No podía permitirme descansar ahora.

No estando tan lejos de los cuarenta y ocho.

Estuve removiendo la leche durante mucho tiempo hasta que me decidí a bebería, a cucharadas, para que me llenara más. A mi lado tenía un plato pequeño con un trozo de bizcocho que debía desaparecer. Aproveché un momento en el que toda la mesa estaba ocupada hablando para deslizarlo hasta la servilleta, envolverlo y metérmelo en el bolsillo de la chaqueta. Luego seguí pegando sorbos a la leche, como si nada hubiera pasado. Cada vez que notaba el calor del líquido por mi garganta, hasta llegar al estómago, sentía que me clavaban una aguja en el pecho. Cada trago era un latigazo. Y, sin embargo, tenía hambre.

El desayuno terminó tras la media hora más larga de mi vida. Todos se levantaron de la mesa con el estómago lleno y ganas de irse a esquiar. Yo, en cambio, solo quería encerrarme en mi habitación para poder llorar, dormir, olvidarme de todo, evadirme. Evitar el contacto con el resto del mundo. Ni siquiera quería que David me mirara.

—Sara, ¿te encuentras bien? —Clara colocó una mano sobre mi hombro. Quizás lo decía por las ojeras, que parecían haberse quedado grabadas en mi piel.

—Sí —mentí—. Acabo de recordar que me he dejado los guantes en la habitación. Ahora vuelvo.

Intenté sonreír. Luego me di media vuelta camino de nuestro cuarto, aprovechando que todos salían a buscar el equipo de esquí.

Llegué con el corazón acelerado e hice lo primero que se me ocurrió: esconder el bizcocho en mi mesita de noche, en el primer cajón, al fondo,

oculto tras el diario de Sofía.

Como ella diría: ya me había ahorrado 250 calorías. O 150. Quizás solo 100, «solo». No lo sé, tendría que haberlo pesado o saber los ingredientes. En casa era mucho más fácil, al menos cuando mis padres no estaban.

Me reuní con el resto de la clase en la pista, sonriendo como si nada hubiera pasado. Como si no estuviera destruyéndome a mí misma.



Capítulo 14

Descubrí que no me gustaba esquiar; me daba pánico. Sentía que en ese momento mi vida era exactamente como montar en los patines por primera vez: torpe, inestable, peligrosa. Sentía que había alguien que me empujaba cuando yo no sabía frenar. Me deslizaba por la nieve, con miedo, incapaz de reaccionar; el aire me azotaba, cada vez iba más rápido y no podía pararlo. Hasta que chocaba contra el suelo, hasta que me caía.

Luego tocaba volver a subir para volver a tirarme. Para pasar miedo otra vez, para descontrolarme y acabar en el suelo. Fría.

En eso se estaba convirtiendo mi día a día.

A pesar del miedo, seguía repitiéndolo, seguía cayendo por la montaña con la esperanza de adelgazar. A pesar de los mareos, seguía dejándome comida en el plato. A pesar de saber lo que estaba haciendo, algo dentro de mí me impedía dejar de hacerlo. Como si me hubiese vuelto adicta al daño.

Aunque, con el tiempo, se había normalizado todo tanto que ya ni siquiera lo veía como algo dañino.

Las clases acabaron antes de comer. Clara y David, como ya tenían experiencia, se habían ido a otras pistas, así que tendría que esperar a que ellos también terminaran para poder verlos. Cuando fui a guardar todo el equipo tuve la mala suerte de encontrarme con Debra. Seguía con el ceño fruncido, el pelo recogido en una coleta y la cara quemada por el sol.

Ahora sé que debería haberme quedado callada, pero la curiosidad me venció. Quería saber si realmente ansiaba tanto irse del instituto como para ganarse el odio de todos sus compañeros, o si solo necesitaba unas palabras amables.

—Hola —sonreí. Ella siguió guardando sus guantes y sus botas en la taquilla, como si yo no estuviera ahí. Carraspeé—. ¿Te han gustado las clases? ¿Habías esquiado antes?

Silencio.

—Vale, supongo que no quieres hablar.

—Has tardado en darte cuenta —gruñó sin volverse hacia mí.

Suspiré y puse los ojos en blanco, aprovechando que no me miraba. Decidí imitarla y comencé a quitarme los guantes para guardarlos también, a solo un par de taquillas de la suya.

Aun así, algo dentro de mí me impedía dar la conversación por zanjada. Quería derribar ese muro que Debra se empeñaba en construir a su alrededor. Al final, dejé que mis palabras afloraran sin pedirle permiso a la razón:

—¿Hay algún motivo por el que siempre estés de mal humor, Debra?

No había maldad en mi pregunta, solo curiosidad. Pero ella volvió a tomárselo como un ataque y respondió con la única intención de hacerme daño.

—Nada que a ti te importe —me espetó—. ¿Hay alguna razón por la que solo tengas dos amigos, marginada?

Lo consiguió. El corazón se me encogió un instante y me mordí la lengua para no soltar lo que realmente pensaba.

—No tienes ni idea —murmuré entre dientes.

¿Qué iba a decirme ella, que había llegado aquí sola, y así se mantenía? ¿Qué sabría ella de amistad? ¿Qué derecho tenía para llamarme marginada, como si contar con dos únicos amigos fuera un insulto? Sabía que no era la más popular de la clase, mucho menos del instituto, pero quería pensar que eso no me hacía valer menos. Aunque tratara de esconderlo, palabras como las de Debra me hacían ponerlo en duda.

Por un momento pensé en dejarlo estar. Es lo que solía hacer: huía del conflicto en lugar de enfrentarme a él. Dejaba que me hirieran y luego me marchaba y buscaba una manera de curarme. Siempre en silencio, siempre sola. Me guardaba todo lo que pensaba, y terminaba explotando conmigo misma. El rencor que guardaba hacia los demás lo acababa pagando yo.

Me pregunté qué hubiera dicho David si hubiera estado en mi lugar. Sin duda, no habría dejado que Debra le manejara así, que le machacara y menospreciara sus gestos amables. No se habría dejado herir. O al menos no habría permitido que Debra se marchara sin sentir lo mismo que le había hecho sentir a él.

Nos quedamos solas guardando los esquís en las taquillas que habíamos alquilado. Miré a Debra con los ojos entrecerrados. Ella seguía ausente, trasteando entre sus cosas. Respiré hondo y olvidé el miedo y la inseguridad, como si me lanzara a bailar a la pista de la mano de David. Me volví valiente y, por una vez, fui yo la que atacé:

—Oye, Debra, ¿tan baja tienes la autoestima para que lo único que te divierta sea meterte con los demás? Yo me lo haría mirar.

La sala estaba tan en silencio que me pareció oír la respiración acelerada de la chica. Apretó los puños y me dirigió una mirada cargada de odio.

—¿Baja autoestima? ¿Pero tú quién te has creído? —Alzó el tono de voz y se puso en pie—. Tengo más autoestima de la que tú tendrás jamás, anoréxica de mierda.

Sus palabras se me clavaron como puñales.

—Yo no soy... —empecé, pero ella me interrumpió.

—¿En serio piensas que no te he visto? —Soltó una carcajada horrible que dejó entrever sus desarreglados dientes—. Escondes la comida, pones excusas y crees que nadie te ve. Me das *tanta* pena. Solo quieres llamar la atención, porque como estás tan terriblemente sola te crees que haciéndote la enferma te harán un poco más de caso. Patético. —Pareció escupir la última palabra.

Notaba que mi odio crecía, aun sabiendo que no tenía razones para odiarla. Debra estaba mintiendo, en parte, pero también decía la verdad. Su comportamiento era molesto, su forma de ser y de mirar a los demás por encima del hombro me ponía de los nervios y, aunque intentaba calmarme pensando que no sabía nada de ella y, por tanto, no podía juzgarla, era inevitable que la Sara impulsiva que había tenido retenida tanto tiempo saliera a la luz.

—No sabes nada de mí, Debra. Deja de inventarte cuentos.

—¿Cuentos? ¿Como los de esa preciosísima libreta que tanto lees? —Su sonrisa se ensanchó con malicia—. ¿Qué? ¿Escribes ahí tus trucos para ser una princesa huesuda?

Ni siquiera me dio tiempo a pensar.

Fue como un acto reflejo. Debra pronunció la última palabra y mi mano se levantó automáticamente. Extendí los dedos, abrí la palma y le crucé la cara de una bofetada que hizo eco por toda la habitación.

Debra ahogó una exclamación y cogió aire. El silencio cayó sobre nosotras como una gran losa, envolviéndolo todo. La mejilla de la joven se tornó roja y oí cómo mi corazón se aceleraba. Quizás por miedo.

No era propio de mí. Yo no hacía daño —al menos no a propósito—, nunca me había metido en una sola pelea, ni siquiera había sido capaz de responder a los insultos, hasta hoy. Solía poner los ojos en blanco y quedarme al margen, no lo que acababa de suceder. Debra parecía tan sorprendida como yo.

Y furiosa, muy furiosa.

De pronto sentí que me faltaba el aire. Literalmente.

El fornido brazo de Debra me empujó contra la taquilla, hizo que mi cuerpo rebotara en ella y los candados se clavaran en mi espalda. Intenté

chillar, pero no podía. Mi voz había sido sustituida por jadeos. Me quedaba sin aire.

Me ahogaba.

Debra me estaba rodeando el cuello con las manos, con rabia y fuerza. Sentía un picor horrible en la garganta. Me costaba respirar, y la desesperación de no encontrar aire que llevar a mis pulmones no hacía más que aumentar mi ansiedad. El miedo crecía con la misma velocidad con la que Debra había conseguido golpearme contra las taquillas, alzándome como si fuera una muñeca de trapo. Me miraba con odio, sonriendo, mientras yo no hacía más que abrir la boca en un desesperado intento de que el aire entrara, retorciéndome y pataleando para tratar de soltarme. Le cogí los brazos, hice fuerza sobre ellos y le clavé las uñas, pero no se apartaba.

—¿Te crees fuerte, niñata? —me gritó—. ¡Podría partirme todos tus malditos huesos si quisiera! Mírate, eres débil. Y además estúpida. Una bofetada como esa no me duele, pero sí que me cabrea. ¿Era eso lo que querías? ¿Enfadarme más? ¡Gilipollas!

Me dio otra sacudida, levantándome del suelo. Tuve que ponerme de puntillas para no quedarme colgada. Volví a chocar contra el metal de la taquilla y los candados volvieron a clavarse en mi espalda.

Sentía que iba a desplomarme.

Arañé sus manos con desesperación, pero Debra no se movió. Al contrario, apretó mi cuello con más fuerza a cada intento que yo hice de librarme de ella. Parecía que quisiera matarme.

Intenté subirle las mangas para clavarle las uñas de nuevo, como si ella fuera la pizarra y yo la tiza que chirría. Pero me soltó nada más pasar mis dedos por sus muñecas.

Noté el tacto de las cicatrices. Noté también una herida reabierta a causa de mi arañazo. Tenía una gota de su sangre en mis dedos.

Debra me soltó y se sujetó la muñeca izquierda mirándome con los ojos desorbitados.

Caí al suelo y me quedé de rodillas, con una mano en el pecho, tratando de recordar cómo era respirar. Sentía que sus dedos seguían ahí, en mi cuello. Como un fantasma.

Alcé la mirada a tiempo de ver cómo Debra empezaba a temblar. Una lágrima resbaló por su mejilla, me miró con rabia y miedo, y acto seguido echó a correr fuera de la habitación.

Yo me quedé tendida en el suelo, jadeando, con los ojos húmedos. Me dolía la cabeza y notaba aún la marca de sus uñas en mi cuello. El corazón me

latía con fuerza contra el pecho y sentía que todo me daba vueltas.

Sin embargo, una imagen se me había quedado grabada en la mente: el destrozo en la muñeca de Debra, las líneas horizontales que la cruzaban, el color rojo de la sangre seca sobre antiguas cicatrices.

Debra no era la chica que fingía ser.

Porque, al fin y al cabo, todos tenemos secretos.

Pensé que el día no podía empeorar. ¡Pero lo hizo!

Llegué a la habitación más tarde de lo normal, después de la discusión con Debra. Durante el trayecto desde la sala de las taquillas hasta mi cuarto había tenido tiempo para pensar, para pensar en muchas cosas.

Yo misma me daba miedo. Ya no me reconocía. Había pegado una bofetada a la chica sin haberme podido contener. Le había arañado las manos, dejándole marca, y le había abierto una herida, haciéndola sangrar. Ella tampoco se había quedado corta, pero, aun así, jamás pensé que yo haría lo que había hecho: dañar a una persona de ese modo, con tanta rabia.

Luego estaban las cicatrices que Debra ocultaba bajo las mangas de su camisa. Ese pasado —o presente— que escondía tras la fachada de chica dura. Ese miedo que encubría insultando y menospreciando a los demás. Esa coraza que parecía envolverla.

¿Quién era Debra en realidad? ¿Quién había sido antes de llegar al instituto?

Intenté apartar esas dudas de mi cabeza, porque ya tenía bastante con haber descubierto el terrible pasado de Sofía. No quería meterme en más historias. Con la última ya había llegado demasiado lejos.

Abrí la puerta de la habitación con cuidado, con miedo de molestar a Clara, por si se había quedado dormida tras un agotador día en las pistas. Aunque no era propio de ella. Tantos años recorriéndose las montañas le habían dado mucha resistencia, toda la que no tenía a la hora de salir a correr.

Pero no estaba durmiendo, aunque sí sentada en la cama. En la mía. Con el pelo rubio cayéndole a ambos lados de la cara, ocultándola como si fuera un velo. Al ver lo que sostenía en sus manos noté que me volvía a faltar el aire.

En la izquierda sujetaba el trozo de bizcocho todavía envuelto que yo había escondido. En la derecha tenía el diario de Sofía abierto, como el cajón de mi mesilla.

Su mirada se alzó al oírme entrar y me fijé en sus preciosos ojos claros, ahora inundados de lágrimas. Tenía la boca abierta y la expresión de su rostro oscilaba entre la sorpresa y la decepción.

Me acerqué a ella cruzando la habitación a grandes pasos.

—Clara, eso no es... —empecé, pero ella se apartó con brusquedad. Dejó el bizcocho sobre la cama y apretó el diario contra su pecho. No se atrevía a mirarme a los ojos—. Clara —repetí—. Deja el cuaderno, por favor.

Notaba un sollozo contenido en mi interior, pidiéndome a gritos que lo dejara salir. Pero aun así lo reprimí.

—Me has mentido —dijo ella con la voz quebrada, mientras clavaba las uñas en la descuidada portada de la libreta—. No es tu diario, es el de Sofía. Pero como si fuera tuyo...

Di un paso más hacia ella, pero se levantó de la cama de un salto y se alejó de mí. Dejó que unas pocas lágrimas resbalaran por sus mejillas.

—¿Es que no te das cuenta? —sollozó—. ¡Sofía está muerta, Sara! ¡Muerta! ¡Y tú estás siguiendo sus malditos pasos! —Alzó la libreta, pero un llanto que no pudo contener le obligó a bajarla de nuevo—. ¿Cómo no lo he visto antes? —murmuró, casi para sí.

Aquello estaba siendo demasiado. Ver el diario en manos ajenas me producía miedo, inseguridad, temor. Sentía que ahora me pertenecía, que era ya una parte de mí. Una parte de mí que Clara no debía conocer nunca.

—Clara, no, no es así.

—¿Crees que soy idiota? —me espetó comenzando a llorar—. ¡Sara, he visto cómo adelgazabas! ¡Te he visto salir a correr, apuntar lo que comes entre clase y clase, dejar de almorzar! Dios, Sara, si me hubiera dado cuenta antes, yo...

—No exageres, por favor —dije intentando tranquilizarla—. Y no confundas cuidarse y tratar de adelgazar un poco con estar enferma. Estoy bien, Clara, no como Sofía. Me dio el diario poco antes de morir, pero no había comenzado a leerlo todavía —mentí.

—¿Y pretendes que me lo crea? —Soltó una carcajada que con el rostro enmarcado de lágrimas y legañas secas resultó dolorosa—. No puedo confiar en ti, Sara. Lo siento. Ya no sé qué ha sido de ti.

—No es verdad, ¿no me ves? —Quería creérmelo yo también—. Estoy bien. Sonrío. Como. No estoy en los huesos. No me pasa nada, Clara.

Ella suspiró, cansada.

—No puedes tener este diario —sentenció—. Por mucho que digas, estoy segura de que te está haciendo más daño del que crees.

Empezó a caminar hacia la puerta, con decisión, evitando mirarme. La cogí del brazo antes de que se marchara, pero ella seguía sin soltar la libreta.

—¿Adónde vas?

—A apartar esto de ti —dijo refiriéndose al cuaderno—. A evitar que te haga más daño. No me esperes despierta; esta noche dormiré con Silvia.

Y acto seguido se soltó de una sacudida y cerró la puerta tras de sí con un portazo. Antes de chillar su nombre oí un sollozo, pero, cuando conseguí que mis resbaladizas manos abrieran la puerta de nuevo, Clara ya se había desvanecido.

Pegué un puñetazo a la pared de pura impotencia.

No podía quitarme lo único que me comprendía. Clara no me podía entender, por eso actuaba así, sin darse cuenta que el daño me lo estaba provocando ella al alejar el diario, a Sofía, de mí.

La rabia que llevaba dentro pareció extenderse por todo mi cuerpo. Al rato me encontré llorando y descargando mi furia contra la madera de la pared, destrozándome los nudillos. Pasé así toda la noche, hasta que el sueño pudo conmigo y me deslicé de nuevo a la cama, sin ser capaz de dejar de llorar.

Nunca antes me había sentido tan sola.



Capítulo 15

Aquella noche no logré dormir.

Ya estaba acostumbrada, pero esa vez me pareció todo un infierno. Las heridas que me había hecho en los nudillos me dolían y mi estómago rugía de hambre. Lo golpeaba para acallarlo, sin resultado.

Lo peor de todo era que no estaba segura de qué me afectaba más: separarme del diario o de Clara. Porque leer a Sofía ahora me habría ido bien, me habría hecho ver que, a pesar de los kilos que nos separaban, ella también había sentido esta impotencia. Me habría aliviado. Igual que un abrazo de la que llamaba mejor amiga.

Pero a una mejor amiga ni se la miente ni se la engaña, ¿no? En realidad, la Sara que yo creía conocer ni mentía ni engañaba. Pero ya ni siquiera sabía quién era yo, y eso me destrozaba todavía más.

Desvelada, empecé a hacer ejercicio en la oscuridad a modo de castigo. Estaba cansada, pero me lo merecía. Hice abdominales, sentadillas, flexiones, saltos y todos los tipos de ejercicio aeróbico que recordaba. Solo paré cuando me empezaron a temblar las piernas y sentí que me faltaba el aire. Caí en la cama, rendida, y dormí.

Solo fueron tres horas de sueño, llenas de pesadillas, así que no puedo decir que descansara.

A las nueve de la mañana, unos golpes en la puerta me despertaron. Me quité las legañas y fui hacia ella arrastrando los pies. Sentía que todo me daba vueltas.

David me esperaba al otro lado, con el cabello todavía despeinado y frotándose las manos, nervioso.

—David —saludé.

—Hola —contestó con un suspiro. Parecía que hubiera soltado de pronto todo el aire que retenía dentro—. ¿Estás bien?

Los labios me empezaron a temblar y, antes de que pudiera contestar, todas las lágrimas que parecía que había agotado la noche anterior se acumularon de nuevo en mis ojos. Me encorvé hacia delante en un sollozo, como si la tristeza fuera tan grande que no pudiera mantenerla dentro de mí. Me cubrí la cara con las manos. David no tardó en rodearme con sus brazos, acercando mi mejilla a su pecho.

Por primera vez, su compañía no bastaba para aliviarme.

En aquel momento lo único que se me cruzó por la cabeza fue lo bien que me sentaría ser capaz de hablar abiertamente de mis miedos, de mi cabeza, de lo que me estaba sucediendo. Volcar todo aquel peso que tenía sobre mis hombros para que David lo recogiera. Pero no lo hice. No podía.

Él se quedó toda la mañana en mi habitación para que no me sintiera sola. A pesar de que adoraba el *snowboard* y sabía que no tendría muchas más oportunidades para practicarlo, prefirió quedarse a mi lado. Y no entendía por qué.

Solo había que verme: una chica que ya no era más que la sombra de lo que un día fue. Con oscuras ojeras, labios secos y piel pálida, manos temblorosas y ojos vacíos. El pelo se me había vuelto demasiado lacio; me daba miedo peinarme por si acababa arrancándomelo a mechones. Llevaba sobre mí capas y capas de abrigos y seguía tiritando.

Lo peor de todo es que una parte en mi interior pensaba que no me pasaba nada. Porque no había adelgazado apenas; tres o cuatro kilos como mucho. Después de estos días, quizás un poco menos. Siempre había relacionado la anorexia con gente en los huesos, gente que no es capaz de comer nada en semanas, como Sofía. Pero no era mi caso. Yo sí que comía, yo pasaba hambre, tenía carne donde agarrar. Demasiada.

Aquella mañana hablé con David. No de Sofía, eso era algo que me guardaba para mí. Tampoco de mi miedo, ni de todas esas palabras que bullían en mi interior a la espera de ser escuchadas. Le hablé de Debra y de la rabia que me provocaba. No le hablé de sus cortes, no le hablé de mi odio. Lloré solo de pensar en todo lo que quería decirle y nunca podría.

Si pudiera, si supiera que él no huiría, que no le dolería, trataría de explicarle lo que sentía cuando me ofrecían algo para comer. Intentaría que entendiera cómo era odiar cada gesto que haces, cada palabra que pronuncias. Le explicaría aquella sensación de impotencia al comer y saber que lo estabas echando todo a perder. Le hablaría del cansancio, tanto del físico como del mental, que era el peor que sufría. Era un constante dolor de cabeza, una carga pesada que te empequeñecía hasta el punto de querer desaparecer.

Sabiendo que David buscaría un motivo para mis lágrimas, acabé por contarle una versión distorsionada de mi discusión con Clara. Le dije que yo llevaba un tiempo queriendo adelgazar; solo un par de kilos, solo para verme bien. Pero a ella no le parecía que lo necesitara. Me había comparado con

Sofía y se había marchado dando un portazo al no entender la razón de mi enfado. Le conté a David que Sofía era un asunto que me ponía sensible y que, después de lo mal que lo había pasado por su muerte, lo último que necesitaba es que me amenazaran diciendo que acabaría como ella.

David apenas hablaba. No sabía qué pensaba ni si me entendía. Estaba escuchando; veía en sus ojos cómo mis palabras se traducían en una honda preocupación. Aunque ya no tenía nada de lo que preocuparse.

O eso pensaba yo.

—David —me froté un ojo con la manga del jersey—, siento habértelo soltado todo, es solo que... necesitaba explotar.

—Lo sé —contestó apretándome con fuerza contra él. Al cabo de unos segundos siguió hablando—: No te preocupes, Sara. Al menos ahora sé que estaba en lo cierto.

Levanté una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Hay cosas que se ven, y lo sabes. Igual que yo vi que sonreías menos, que te preocupabas más, que comías menos y adelgazabas más.

Abrí mucho los ojos. Me sorprendió lo que dijo porque, a mi parecer, los kilos que había perdido apenas se me notaban. Cada vez me veía más y más gorda, y cada vez quería bajar más y más de peso.

—No seas tan exagerado. —Apartó la mirada. Una horrible idea cruzó por mi cabeza y me hizo apretar los puños. Casi me daba miedo hacer la pregunta—. Tú... —comencé—, ¿tú también crees que estoy enferma?

Le miré a los ojos, ahogándome en ellos.

No me contestó.

Solo bajó la mirada y tragó saliva.

—No —murmuré. Mírame, David, estoy... Rota, llorando, vacía, desesperada, confusa—. Estoy bien.

—Si lo estuvieras no habrías explotado por esa tontería, Sara.

Me cogió de las manos y me dio un beso en la frente cargado de cariño. Un cariño que yo había estado ignorando durante mucho tiempo, que había dejado olvidado, atascado. En los últimos días apenas me había acordado de que David era mi novio. Pero es que ni siquiera había recordado quién era yo.

Un nuevo suspiro y las lágrimas volvieron a surcar mis mejillas, dibujando ríos sobre mi piel. Cayeron despacio, como si sus caricias trataran de consolarme.

—¿Y me quieres a pesar de todo esto? —pregunté con la voz quebrada. Si antes ya lo dudaba, ahora que había descubierto mi inestabilidad y esa débil

Sara que yo tanto odiaba me costaba todavía más creérmelo—. A pesar de que sea una llorica, de que siempre meta la pata, de que...

David me interrumpió antes de que pudiera seguir hablando.

—Mira que te he oído decir cosas estúpidas, pero esto... ¿Que si te quiero? —repitió confuso. Se puso cara a cara frente a mí, colocó una mano bajo mi barbilla y me obligó a alzar la mirada—. Escúchame, Sara —susurró—, te quiero el doble de lo que te quería ayer. Y así me ocurre todos los días, desde que te conocí. Deja de pensar todas esas cosas tan horribles de ti y recuerda que voy a seguir aquí pase lo que pase, punto. Queriéndote cada día más y ayudándote siempre que pueda.

Se inclinó hacia delante y me besó.

Despacio, suave, con cariño, con cuidado, con miedo. Como si temiera que me fuera a romper.

Yo, en cambio, lo que temía era que esto acabara rompiéndole a él.

Ni Clara ni Debra me dirigían la palabra, ambas por la misma razón: miedo. La primera tenía miedo de descubrir quién era yo, lo que podía llegar a hacerme y cuántas cosas más le había ocultado. La segunda temía que contara su secreto. Pero, aunque hubiera veces en las que me costara reconocerme, no iba a ser tan cruel. Por mucho que ella se hubiera pasado las semanas anteriores expandiendo el rumor de que «Sara es anoréxica», yo no jugaba con enfermedades tan graves. Porque, quisiera verlo o no, hacerse daño a uno mismo era algo tan distorsionado y dañino como cualquier otra enfermedad mental.

Precisamente por eso y por el carácter arisco que Debra se había esforzado en demostrar desde que llegó al instituto, me sorprendió encontrarlas hablando en la sala común al día siguiente.

La amplia espalda de Debra hacía que solamente pudiera atisbar algunos mechones del dorado cabello de mi amiga. Sus murmullos se apagaron en cuanto me oyeron bajar los escalones. Debra echó una rápida mirada por encima de su hombro y, al verme, agachó la cabeza y se fue con prisa, sin decir nada más.

En la sala nos quedamos solas Clara y yo. Sentí que el corazón se me paraba un segundo al ver que sujetaba entre sus manos el diario de Sofía, con la oscura portada ya hecha polvo.

Busqué sus ojos y ella desvió la mirada con brusquedad, andando apresuradamente hacia su izquierda. Hacia los sillones. Hacia la chimenea.

—Clara, ¿qué...? —murmuré. Tardé demasiado en darme cuenta de lo que pretendía hacer.

—Lo siento de verdad, Sara —dijo rompiendo el silencio de la habitación—. Recuerda que lo hago por ti.

Entonces todo se detuvo.

Todo.

Por un instante pareció que el tiempo se había congelado para luego ralentizarse. Cada segundo, cada gesto, todo quedó grabado en mi memoria.

Ella apartándose el pelo, el crepitar de las llamas en la chimenea, el cuaderno deslizándose de su mano. La voz de Sofía en mi cabeza: «Te lo juro, Sara, la próxima vez que me veas pareceré de cristal». Tenía la sensación de que la cabeza me iba a estallar.

Me pareció oír su último grito cuando el diario cayó sobre el fuego. Algunas hojas saltaron del interior y empezaron a volar, como si de un baile fatídico con las llamas se tratara, hasta caer sobre la madera ardiendo. Se arrugaron, la tinta se desvaneció. En unos segundos todo quedó reducido a cenizas.

La voz de Sofía. Sus recuerdos. Su dolor. Mi apoyo.

Todo.

Quise chillar, pero mi garganta estaba seca. Las lágrimas se acumularon de nuevo en mis ojos sin que pudiera impedirlo. Me dio tiempo a ver cómo Clara se apartaba del fuego, me miraba con miedo, como si fuera una desconocida, y echaba a andar para dejarme sola.

Totalmente sola.

Con los restos de lo único que me había entendido durante los últimos meses.

Era como volver a ver morir a Sofía, y no podía soportarlo.

Sabía que era ilógico sentirme así, pero se me habían acumulado demasiadas cosas. El odio hacia mí misma, la decepción en los ojos de Clara, la tristeza en los labios de David, la rabia en las muñecas de Debra. El trozo de bizcocho, el reflejo en el espejo, las horas de ejercicio que parecían inútiles, el miedo, la cama vacía y las ojeras permanentes.

Solo quería desaparecer.

Mis manos buscaban algo a lo que aferrarse ahora que no podían recorrer las páginas del cuaderno de Sofía. Aún no me creía que lo hubiera perdido. Se me encogía el corazón cada vez que recordaba cómo el fuego se había llevado la historia de Sofía. Nunca sabría qué sintió aquellos primeros meses de clase, o cómo consiguió superar la muerte de Cristina, si es que lo hizo. Nunca sabría cómo consiguió adelgazar con tanta facilidad, o cómo ignoró el hambre. Nunca sabría si consiguió pesar lo que soñaba. Lo que veía imposible para mí. Yo estaba demasiado gorda.

En aquel momento me sentí atrapada. No veía ningún lugar en el que pudiera descansar, no sabía cómo sacar toda la rabia que llevaba dentro. No quería seguir despierta y tampoco quería dormir. Dormir solo significaba despertar de nuevo; despertar y volver a encontrarme con el caos que había invadido mis días.

Lo peor era la gente, que no tenían ni idea de lo que ocurría y me encontraban sola, aguantando las lágrimas, sentada en la sala común con la vista clavada en las llamas. Oía cómo algunos murmuraban, cómo otros me miraban con desdén, cómo aguantaban la risa.

«Ya está Sara llorando otra vez, qué patético», debían de pensar.

«¿Qué, tus amigos te han dejado solita?», «¿Te has hecho pupa esquiando?», fueron algunas de las preguntas que decidí ignorar. Salían de la boca de Javi y todos sus colegas, que aprovechaban cualquier oportunidad para mirar a los demás por encima del hombro y recordarles que, a su lado, no valían nada. A veces David quedaba con ellos. Entre los chicos, las cosas eran distintas. Si no llorabas, jugabas al fútbol y te juntabas con la gente adecuada, quedabas libre de insultos y humillaciones. Quise pensar que David se había ganado su popularidad por otros medios, y no a costa de aquellas pequeñas e «inofensivas» humillaciones que se clavaban durante años en la memoria de las víctimas.

Pasaron más alumnos por el recibidor a medida se acercaba la tarde. La mayoría siguieron de largo. Ignoré las risas y a la gente que se sentó a hablar despreocupadamente en los sillones de al lado. Pensaban que no los veía mirarme de reojo y murmurar. Yo me mantuve inmóvil, dejando que el tiempo transcurriera, esperando así librarme de aquella sensación de vacío. Mis lágrimas se habían secado horas atrás.

Una chica se acercó con buenas intenciones, pero también la ignoré.

—¿Estás bien? —preguntó sin esperar respuesta—. ¿Lo habéis dejado David y tú?

Seguí en silencio, lo que debió de parecerle un «sí».

—Vaya, lo siento. Aunque de todas formas todo el mundo se preguntaba qué hacías con un tipo así. Ya sabes, él es un borde y tú eres más... —Buscó algún sinónimo de «niñita», «monja», «tonta», «ingenua» que no resultara tan ofensivo, pero acabó por desistir—. En fin. —Me puso una mano en el hombro—. Te merecías a alguien mejor. Ya verás cómo lo encuentras.

Mi expresión no cambió y ni siquiera me volví para mirarla. Ella se revolvió en su asiento, incómoda.

—Supongo que no quieres hablar. Pues, nada, nos vemos en la cena. —Error: no pensaba bajar a cenar.

La chica acabó por marcharse. Debió de extender el falso rumor de que David y yo no habíamos durado más de tres semanas, porque la gente dejó de preguntarme qué me pasaba y empezó a ignorarme, igual que lo hacía yo. Volví a ser invisible. Finalmente, viendo que empezaba a anochecer y que pronto irían todos a cenar, arrastré los pies de vuelta a mi habitación.

No quedaba nada de Clara, solo la cama deshecha. Me dejé caer sobre la mía, buscando consuelo en mi almohada, hasta que llamaron a la puerta.

Sabía quién era. Se quedaba hasta tarde en las pistas, y yo era siempre la primera persona a la que venía a ver cuando volvía. La única en las últimas semanas. Nuestra última conversación había terminado con un beso y la promesa de que me ayudaría siempre que pudiera. Más que una promesa, parecía una condena.

No podía cerrarle la puerta, por mucho que en aquel momento solo quisiera estar sola. Él no sabía nada del diario de Sofía, ¿cómo iba a entenderme? ¿Qué excusa tendría que ponerle hoy?

—Me han dicho que hemos roto —dijo a modo de saludo. Tenía el ceño fruncido. La sonrisa de su rostro se desdibujó en el momento en que se dio cuenta de mi apatía—. ¿Está todo bien?

—Creo que ha sido Luisa la que ha extendido el rumor. No sé de dónde lo habrá sacado. —Intenté quitarle importancia con un gesto de la mano.

—No has contestado a mi pregunta.

Me atreví a levantar la mirada para encontrarme con sus ojos.

—He discutido con Clara, eso es todo. —Dejé escapar un suspiro y me aparté de la puerta para que entrara—. Lo mismo de la última vez.

David siguió con el ceño fruncido, se quitó los guantes y se sentó sobre mi cama sin dejar de mirarme. Me hubiera encantado saber qué le pasaba por la cabeza en aquellos momentos.

—¿Ocurre algo? —pregunté al ver que seguía con la mirada fija en mí, en silencio. Él sacudió la cabeza.

—Es solo que creo que tienes demasiadas cosas en la cabeza, Sara, y todas te hacen daño.

—Oh, venga ya. —Me senté a su lado—. ¿Tú también te vas a poner como ella? ¿Vas a decirme que estoy loca por ponerme a dieta?

Él no cambió su expresión, dura como pocas veces la había visto.

—No estoy hablando de la dichosa dieta —murmuró—. No sé, es que últimamente te noto muy rara: más desanimada, más distante, más... —Suspiró—. Conoces a Clara desde hace años y habéis discutido millones de veces, y sin embargo nunca os he visto como ahora. Nunca te he visto tan... triste. Y me jode muchísimo no saber qué hacer para arreglarlo.

Me crucé de brazos. David intentaba completar un puzle teniendo la mitad de las piezas perdidas.

—Estoy bien —respondí intentando creérmelo—. Estoy bien, en serio, es solo que llevo unos días que se me cruzan los cables. Pero no es nada, no te preocupes.

Lo último que necesitaba ahora es que se preocuparan por mí. Desde que Clara se había enterado de lo que me pasaba las cosas solo iban a peor, y no podía arriesgarme con él también. Vivía mejor sin saberlo.

Él guardó silencio, asintió lentamente y me rodeó los hombros con un brazo. Apoyé la cabeza en su pecho. Tenía la conciencia intranquila. Lo conocía demasiado como para no darme cuenta de que, aunque quería creerme, no lo hacía. De que la preocupación no iba a desvanecerse, de que a partir de aquel momento iba a estar pendiente de mí y de mi bienestar todo lo que pudiera. No se creería mis «estoy bien» nunca más. No dormiría por las noches temiendo que sus teorías fueran ciertas, temiendo que mis demonios me vencieran.

Le había condenado. Notaba el cansancio en sus ojos, el agotamiento de tener que arrastrar mis cadenas consigo.

Y si le preguntaba acerca de ello lo negaría, diría que no le importaba porque me quería. Pero es que yo también le quería a él, más de lo que había querido a nadie, y sabía que no se merecía tener que preocuparse por aquellas cosas. Merecía una chica que le hiciera reír y olvidarse de sus problemas, que le llenara; no una a la que tuviera que obligar a comer y consolar todas las noches.

Más razones por las que me odiaba.

—¿Me prometes que estás bien? ¿Que solo son movidas? —preguntó, al cabo de un par de minutos. Se dejó caer sobre la cama y yo me acurruqué en el hueco que dejaba su brazo.

—Te lo prometo. —Le dediqué una sonrisa y le di un rápido beso en los labios.

En el fondo tenía razón: estaba más fría, más distante. Parecía olvidar que David era mi novio (llamarlo así todavía se me hacía raro). A ratos incluso olvidaba que era un amigo. Tenía tanto odio creciendo dentro de mí que a veces me costaba mostrar amor a aquellos a los que quería. ¿Por qué no contestaba los mensajes de mi madre? ¿Cuándo fue la última vez que le había dado un beso a mi padre? ¿Cuánto hacía que no veía a mis abuelos?

Quise apartar aquello de mi cabeza, por temor a las respuestas.

—¿Sabes qué? —dije volviendo la mirada al techo—. Hoy Luisa, cuando se ha creído que habíamos roto, me ha dicho algo que me ha molestado mucho. Muchísimo. Según ella no «pego» —hice el gesto de las comillas con los dedos— contigo. Ha deducido que porque tú eres muy...

—Déjame adivinar: ¿descarado? ¿Borde? ¿Chulo?

—¡Pero es que no lo eres! —Apreté los labios y David me atrajo más hacia él.

Los dos estábamos tendidos sobre la almohada, mirando el techo como si fuera el cielo de aquella tarde en el terrado. No sé en qué momento David había decidido amenizar la velada con la melodía de un piano que sonaba desde su móvil. Debió de pensar que eso me calmaría. Y de hecho lo hacía.

—No lo eres —repetí—, y me da muchísima rabia que la gente se quede con esa imagen de ti. No tienen ni idea de quién eres, no han tenido la suerte de poder conocerte como lo he hecho yo. —Volví la cabeza para mirarle—. No te ven realmente, David. Se quedan con lo que han oído de los demás. No ven el cariño con el que me cuidas, cómo me haces sentir a salvo, ni cuánto me has demostrado que me quieres. No saben la maravillosa persona que tengo a mi lado. —Alargué la mano hasta entrelazar mis dedos con los suyos.

—Pero eso pasa siempre. Lo ven todo como en las películas y les gusta pensar que el chico malo ha encontrado a la chica buena.

Tracé una sonrisa.

—Sí, ¿verdad? Para ellos yo soy blanco y tú eres negro, sin más. Y supongo que esperan que pase como en todas esas historias: o bien el chico malo se vuelve un hermano de la caridad, o bien la chica buena se pasa al lado oscuro.

David dejó escapar una carcajada y giró la cara hacia mí. Sus labios a dos centímetros de los míos me hicieron sentir de nuevo el cosquilleo de aquella primera vez.

—Pero a nosotros no nos pasa eso, ¿no? No todo es malo o bueno. No todo es claro u oscuro. Creo que yo he aprendido mucho de ti, Sara, y espero haber sabido devolverte el favor.

Recordé cómo me ayudaba a superar mis miedos, cómo me esperaba al otro lado del teléfono cada vez que le necesitaba, cómo los comentarios de los demás nunca le habían frenado a la hora de estar conmigo. Lo había devuelto con creces.

—Ni se te ocurra dudarlo —murmuré—. Todos los que se creen que viven en una película están equivocados, y ojalá se den cuenta de su error antes de que sea tarde. Antes de que se conviertan en personajes y se dejen llevar por un guion que ellos mismos han inventado. El mundo real no se divide en buenos y malos. Nosotros no somos blanco y negro; somos gris. Junto a ti soy gris. Y gracias a ti dejó de parecerme un color triste. —Ensanché la sonrisa mirando el centelleo de sus ojos.

—Somos gris —repitió él—. Me gusta.

Antes de que me diera cuenta sus labios se encontraron con los míos. Noté la caricia de sus dedos rozándome la cara y el calor de aquel beso me devolvió la vida que sentía que el diario me había quitado. Por un instante dejé de sentirme sola. David llenó aquel vacío en mi pecho con su compañía, aunque sabía que la sensación se marchitaría en cuanto me separara de él.

David se había vuelto una vía de escape. Con él, mi cabeza se centraba en la manera en la que se mordía el labio cuando pensaba o en la delicadeza con la que cogía mis manos, en el sabor de sus besos y la calma de su risa. Olvidaba las calorías, los kilos, la comida, el ejercicio, el miedo, mi estómago, la báscula, el espejo. Incluso a Sofía.

Cuando él se marchaba todo se desvanecía como si se hubiera tratado de un hechizo. Mi caos volvía a invadirme y mi mente seguía rumiando. Así que me aferré a aquel momento, a su abrazo, a la música del piano y a sus palabras. Por lo menos en sus brazos encontraba un tiempo para descansar.

No quería imaginar lo que me esperaba cuando se marchara.



Capítulo 16

Tenía la sensación de que no me quedaban más lágrimas que derramar y, sin embargo, aún sentía un nudo en la garganta. Clara tampoco vino a dormir aquella noche y, con el diario de Sofía reducido a cenizas y David de vuelta en su cuarto, me sentía más sola que nunca.

Pero también estaba demasiado cansada para pasear o hacer ejercicio. El insomnio me condujo hasta la pequeña mesa que había en la habitación; me hizo encender la luz, coger lápiz y papel, e intentar poner por escrito todo aquello que guardaba para mí. Aquello que solo sería capaz de contarle a una persona. Solo a una, y no iba a volver.

Las palabras fluyeron por el folio en blanco como si fueran las aguas de un río. Parecía que se escribieran solas.

Odiada Sofía:

Sí, odiada, porque no tengo razones para quererte. Digo ahora lo que tú le dijiste a tu diario: eres mi arma, mi esclava, y parece que estés aquí solo para recordarme lo que me ocurre.

Aunque si hay algo que no comparto con esa frase es el hecho de que tú seas mi esclava. En realidad, creo que la esclava aquí soy yo.

¿Sabes cómo era todo hace unos meses? ¿Antes de que comenzara el curso, antes de que te hablara? El verano había sido genial. Clara y yo nos pasábamos todos los fines de semana colándonos en fiestas al aire libre, quedándonos despiertas hasta que amanecía, ella bailando y tonteando y yo mirándola y cuidándola. Aunque no fuera mi ambiente, disfrutaba viéndola feliz. Disfrutaba con la música alegre, con algún comentario tonto y cualquier cosa que me hiciera soltar una carcajada. Era muy fácil hacerme reír, aún más las semanas en que David se nos unía. Me bañaba cada día en la piscina, jugaba a aguantar la respiración debajo del agua y competía con mi mejor amiga para ver quién estaba más morena. Él era un caso aparte. Comprábamos pizza para cenar cada viernes y la acompañábamos siempre de una buena película. Las noches despejadas nos tumbábamos los tres donde fuera para poder ver las estrellas.

En la terraza, en el campo de fútbol, en la acera, en cualquier sitio. Cuando estaba sola devoraba las estanterías; me quedaba leyendo hasta la madrugada, viviendo otras historias. Por las tardes solíamos comprar una tarrina de helado y nos la acabábamos entre Clara y yo en menos de una hora. La sonrisa no se borraba de mi rostro, y era sincera, real.

Entonces llegaste tú y... todo se apagó.

Me da miedo el verano solo por el hecho de pasar calor, tener que enseñar mi cuerpo y exponerme. ¿Crees que antes habría pensado en eso? No. Para nada. Vale, quizás entonces no me sentía una diva y no estaba del todo contenta con mi cuerpo, pero esos complejos no me impedían vivir, no ocupaban mi mente más de dos minutos, hasta que ponían mi plato favorito en la mesa. Ahora sé que esas meriendas de helado y esos viernes de pizza no existirían, que no bucearía ni saldría a bailar con otro propósito que no fuera quemar calorías. Que solo escucharía música triste y tendría ganas de ahogarme y acabar con todo de una vez. Las únicas sonrisas que la gente vería serían falsas.

Y todo fue porque me enseñaste quién eras. Qué pensabas, por qué lo hacías. ¿Y cómo no iba a empezar a sentirme como tú? Si al final parecía que tu mente se conectaba con la mía, que tus miedos eran los míos. Solo nos diferencian diez kilos.

Pero estoy en camino y, con suerte, llegaré a ser tan bella y frágil como tú.

Eso es lo único que busco ahora. Pienso que me dará felicidad. O quizás no. No lo sé. Ya no sé ni por qué lo hago, solo sé que no sé parar.

Ya no puedo ser la chica de antes, no puedo reír más de cinco minutos seguidos, no puedo comerme un trozo de bizcocho sin intentar vomitarlo después. ¿En qué clase de monstruo me he convertido? ¿En qué me has convertido, Sofía?

Tú, siempre eres tú, siempre estás ahí, siempre te escucho. Me haces sentir enferma. Luego me dices que no es suficiente, que no necesito ayuda. Después soy una mierda de persona, y eso sí que lo apoyas. Me dices que si no como seré perfecta. Te enfadas cuando lo hago. Me haces pensar que no merezco seguir en este mundo.

Y sin embargo... Te necesito. Porque ya formas parte de mí. Ahora no existo si no es contigo. No sé cómo volver a ser yo. Solo sé que a tu lado, a veces, todo

el sufrimiento se me hace más llevadero. Y ya que no consigo hacer que cese, al menos puedo escucharte y sentirme algo comprendida.

Aunque ahora solo puedo imaginar tu voz, porque todas tus palabras se las ha llevado el fuego.

No es difícil. Sé exactamente qué me dirías ahora mismo:

«¿Tienes hambre? Duerme. ¿Mañana tendrás hambre? Duerme más. ¿No puedes dormir? Haz ejercicio. No comas. No te hace ningún bien. Estarás más guapa con menos kilos. Más delgada. No le digas nada a nadie, o se preocuparán sin motivo y querrán llevarte al psicólogo por estar como una puta cabra. Mira a David, tan atado a ti. ¡Déjale vivir de una vez! ¿No te odias? ¡Deberías odiarte más! Y castigarte. Tu estómago no está quejándose, está aplaudiendo. Bebe agua. Ni siquiera bajes al comedor. No sirve de nada. Distráete. ¿Has comido? ¡Maldita cerda! Ni se te ocurra volver a probar bocado. Pásate la noche haciendo abdominales hasta sudar. Llorar, que te lo mereces. Castígate. Golpes, arañazos, me da igual, pero te mereces todo ese dolor. ¿Vas a llorar por eso también? Venga, no me seas patética. Mírate al espejo. Qué asco das, tan gorda. Aún te sobran cinco kilos. Quizás más. Ocho. Diez. Los que hagan falta. ¿Dónde están tus huesos? ¿Por qué no se ven? No sirves para nada, Sara Soler. Para nada».

Te demostraré que te equivocas, Sofía.

Seré perfecta. Seré frágil.

El sueño me venció y dejé que el lápiz resbalara entre mis dedos. Arrugué el papel con un suspiro, dispuesta a lanzarlo a las cenizas a la mañana siguiente con la esperanza de reunirlo con Sofía. Fui hasta la cama arrastrando los pies y caí sobre ella, vencida, dejando que Morfeo me meciera en sus brazos hasta quedarme dormida.

Cuando me desperté seguía con sueño. Se había hecho tarde, pero no me importaba perderme las clases de esquí sabiendo que nadie me echaría de menos. Además, a nuestro tutor tampoco parecía importarle. De todas formas el viaje no lo había pagado él.

Me vestí con lo primero que encontré, me peiné y cogí el papel arrugado donde había escrito la carta a Sofía.

Bajé al vestíbulo en silencio. No quedaba nadie en el hotel; solo los trabajadores que se deslizaban por los pasillos con parsimonia, de habitación en habitación. Todo el mundo estaba demasiado ocupado viviendo y disfrutando fuera, en la nieve, en el frío.

Llegué a la planta baja y me dirigí hacia la chimenea, rodeada por dos sillones y un sofá. Las llamas parecían ridículas a la luz del día. Me senté frente a ella y me dediqué a observar el silencioso baile del fuego. Dejé que la carta volara hasta él y se uniera a las llamas, meciéndose, destrozándose y consumiéndose hasta que todo se volvió cenizas.

Sofía era el fuego y yo el papel.

Me recosté sobre el sofá y cerré los ojos, deseando poder quedarme dormida. Sin embargo, el sonido de alguien sentándose en el sillón de mi derecha hizo que desviara la mirada.

Debra estaba encorvada en el asiento, con la cabeza gacha y el flequillo casi tapándole los ojos. No paraba de frotarse las manos y era la primera vez que la veía con los hombros relajados. A pesar de su figura fornida, en aquel momento parecía una niña pequeña pidiendo ayuda, indefensa.

—Hola —dijo sin mirarme. No le contesté. No tenía motivos, y no quería que volviera a intentar estrangularme. Al ver que no decía nada, siguió hablando, con la voz apagada—: Siento mucho lo del otro día. Se me fue de las manos.

Abrí mucho los ojos. ¿En serio estaba pidiéndome perdón? ¿Debra, la joven que hacía que todos se apartaran al verla pasar? ¿La chica dura que no permitía que nadie le hablara a menos que ella quisiera escucharle?

Dentro de mí todavía existía aquella niña demasiado buena, que se preocupaba por los demás y era incapaz de odiar a nadie. La misma que aceptó sus disculpas, con el corazón encogido, y dijo:

—No importa. Fue culpa mía, no tendría que haberte provocado.

Siempre es culpa mía.

Debra se quedó en silencio y la oí suspirar. Se secó las manos en los pantalones y me miró, preocupada.

—Necesito hablar contigo, Sara —susurró.

No parecía la Debra que había conocido. Aunque, la verdad, no creía que la Debra que conocía fuera la verdadera. Igual que ella tampoco había visto a la Sara real.

—Yo... —titubeó—, yo conocí a Sofía Valls, ¿sabes?

Al escuchar su nombre en los labios de otra persona sentí que el corazón me daba un vuelco.

—Sé que tú también la conociste. Ayer... —Hizo una pausa preparándose para hablar—. Ayer vi a Clara bajar las escaleras con prisa y se le cayó una hoja por el camino. Fui a cogerla para dársela y entonces reconocí su letra; la de Sofía. He estado con ella mucho tiempo como para no reconocerla.

Me quedé con la boca abierta, sin saber qué decir, así que Debra siguió hablando:

—Paré a Clara cuando llegué al vestíbulo. Se la veía muy perdida, o desesperada, no lo sé. Creo que por eso se puso a hablar conmigo y no salió huyendo. —Debra dejó escapar una sonrisa burlona—. Me habló de todo lo que estaba pasando, del diario de Sofía, y de ti. Así, casi sin venir a cuento. Supongo que querría desahogarse fuera como fuera. Fue entonces cuando llegaste.

Tragué saliva, incómoda. La seguridad propia de Debra se había esfumado y ahora se comportaba como si tuviera miedo, de mí o de alguien, o de abrirse a los demás.

Para animarla a continuar, me acerqué un poco más a ella e intenté encontrarme con sus ojos.

—Pero aún no me lo has dejado claro, ¿cómo es que conocías a Sofía? ¿Y cómo estabas tan segura de que era su letra? Tampoco es que sea muy diferente de la del resto del mundo. Además, Sofía no llamaba mucho la atención, así que...

Ella se obligó a forzar una sonrisa y alzó una ceja.

—Bueno, no es fácil olvidarla —dijo al ver que no parecía que fuera a terminar mi frase.

Tenía razón. Desde que la había conocido, desde esa mañana enfrente de su pupitre, su voz seguía en mi cabeza y parecía que me acompañara a todas partes. De algún modo, estaba conmigo. Y resultaba tanto un alivio como una angustia.

—Sofía y yo íbamos al mismo colegio, antes de que ella se marchara —continuó Debra—. Pero desde entonces han cambiado muchas cosas. Pensé que debía hablarte de ella, prevenirte...

—¿Prevenirme de qué? —Arqueé una ceja—. Sofía no está aquí, no puedo relacionarme con ella. Está muerta —recalqué. Noté cómo el corazón se me encogía al recordar su última noche.

—No del todo —contestó con la mirada sombría, al tiempo que se descolgaba la mochila y sacaba de ella un montón de papeles. Todos tenían los bordes rotos, como si hubieran sido arrancados con rabia.

Por un segundo sentí que el aire olvidaba cómo llegar a mis pulmones.

Ahí estaba. La razón por la que todo se había desencadenado, la gota que faltaba para colmar el vaso, las esposas que me retenían desde hacía meses, la fina caligrafía de una chica que murió mucho antes de que su corazón dejara de latir.

Algo que creía haber visto volverse ceniza.

El interior del diario de Sofía.

Debra me lo tendió, alejándolo de ella como si quemara.

—Le pedí a Clara que me lo diera después de contarme toda la historia. De todas formas ella no quería tener nada que ver con él, solo quería apartarlo de su vista; así que le hice un favor al quedármelo. Lo he guardado porque pensé que si Sofía quería que lo tuvieras tú sería por algo, ¿no? No soy quién para apartarte de ella ahora. Y de todas formas el daño ya está hecho.

Ignoré su última frase y cogí los papeles. Empecé a pasar las páginas, sonriendo al reconocer las fechas, los momentos, las gráficas, los números, los dibujos y el alma de Sofía encerrada entre líneas.

—Sofía significa mucho para mí... y Clara no lo entiende —dejé escapar un suspiro antes de continuar—. No sabes cuánto te lo agradezco, Debra.

Nunca pensé que le diría algo así precisamente a ella.

Pero es que había descubierto una Debra diferente. Quizás la real. Ya no parecía tan grande ni tan fuerte, no parecía tan fría. Solo una joven encogida de hombros con el miedo reflejado en sus pupilas.

—Pero sigo sin entender por qué me das todo esto, después de...

—Te he dicho que se me fue de las manos, ¿vale? —me interrumpió alzando el tono de voz. No me miró—. Mira, sé que no me he portado de maravilla estas semanas pero, al contrario de lo que piensa la gente, no soy ningún monstruo. Solo soy... —Debra trató de encontrar un adjetivo que justificara que aquella tarde en las taquillas hubiera estado a dos minutos de acabar conmigo— impulsiva. Muy impulsiva y muy activa. Y, joder, estoy cabreada, ¿vale? Ya he dicho que no quería estar aquí. Y no quería que nadie me molestara.

Levanté una ceja, sin atreverme a señalar que, al final, era ella la que se había acercado a mí.

—Solo hablo contigo por el asunto de Sofía —remarcó—. Dices que significó mucho para ti, ¿no? Pues yo puedo decir algo parecido. —Frunció el ceño, un gesto que no parecía acorde con sus palabras—. ¿Eras muy amiga suya?

—¿Y tú? —Intenté desviar la pregunta, ya que lo último que quería era contar mi relación con Sofía. Porque ni siquiera yo la entendía.

—No. —Se encogió de hombros—. No, para nada.
Suspiró y se recostó en el sofá, cerrando los ojos antes de añadir:
—Es difícil ser amiga de alguien que consiguió que me odiara.



Capítulo 17

Debra entrelazó las manos y frunció el ceño, como si recordar le hiciera daño. Se arremangó el suéter, presa del calor de la chimenea, y suspiró antes de volver a hablarme. Su voz había cambiado, más firme ahora. Toda ella parecía haberse desprendido de su disfraz.

—Quiero que sepas que nunca le he confesado esto a nadie, y no sé qué narices hago contándotelo a ti. —Ahí estaba la Debra que yo conocía—. Pero me fijé en lo que te pasaba, y ahora que veo que, en parte, es por culpa de Sofía, siento la necesidad de explicarte lo que me ocurrió a mí. Qué hago aquí, en este maldito instituto, y por qué... —Movié la muñeca izquierda, y por un segundo sus cicatrices quedaron al descubierto. Deslizó el dedo por ellas, rápido, antes de bajarse la manga.

Dejó la frase en el aire. Volví a ver a la chica con otros ojos y me encontré con esa parte de ella que había ocultado. La Debra abandonada, la que se sentía sola, la que decía odiarse y quería ser otra persona.

—Bueno, como ya te he dicho, antes de venir a este instituto iba con Sofía y sus amigas a una escuela privada en el pueblo de al lado, uno de esos colegios pijos que o son la envidia o son la burla de los demás. El típico que nos obligaba a vestir de uniforme y hablar como señoritas. En fin —puso los ojos en blanco—, yo llevaba toda la vida yendo ahí, desde que era una cría, aunque... —tragó saliva; se notaba que no estaba muy cómoda hablando del tema— no encajaba bien. Supongo que era diferente. Era solo una niña, ¿sabes? Y lo único que buscaba era sentirme como una más: querida, aceptada, rodeada de amigos. Todos los recreos miraba a Sofía, Rebeca, Valeria y las demás, y las envidiaba más de lo que puedas imaginar. En aquella época las chicas solían idolatrar a cantantes pop y cosas por el estilo, pero yo solo tenía ojos para ellas. Se las veía tan felices, tan unidas... Las cinco chicas eran preciosas, altas, delgadas, sonrientes, populares, ricas; tenían todo lo que una niña podría desear. Yo solo quería formar parte de todo eso. Era lo único que quería.

Por un momento vi la imagen de esa Debra pequeña, con dos coletas, los hombros anchos y moratones en las rodillas, esperando en un rincón del patio a que alguna de las cinco chicas se dignara a jugar con ella.

—Luego crecí. Todas crecimos, aunque ellas parecían seguir en su burbuja de color de rosa, mientras que yo... No voy a entrar en detalles porque, sinceramente, no te importan. Lo pasé mal, punto. No te cuento esto para que te compadezcas de mí, solo para que seas consciente de dónde te estás metiendo. —Levantó una ceja, con dureza, y siguió hablando tras soltar aire—: Si de niña no me hacían caso, de adolescente mucho menos. Porque yo no era como ellas: no destacaba. Iba a jugar a fútbol con los chicos de otra escuela y ellos me miraban mal por ser una tía. Y en clase un grupo de chicas se dedicó a hacerme la vida imposible. Me insultaron de todas las maneras que puedas imaginar, llegaron a pegarme e incluso intentaron tirarme por las escaleras.

»Huía de ellas todos los días. Sentía que tenían poder, uno del que yo carecía. Todos parecían temerlas o idolatrarlas, igual que yo antes admiraba a Sofía y a sus amigas. Quería sacar toda la fuerza que tuviera para ser como esa gente: una chica dura y temida a la que trataran con respeto. Pero la etiqueta de “débil”, “rara” y “marginada” ya la tenía puesta. Quizás esa es una de las razones por las que aquí aparento ser lo que no sé ser. —Su mirada se nubló y relajó los músculos del rostro—. Bueno, mientras todo el asunto del acoso pasaba, yo me mantuve con la boca cerrada. Siempre. Mis padres no sabían nada del infierno que yo vivía porque no lo consideraba como tal, creía que era lo que me merecía. Joder, qué idiota era. Además, seguía viendo a Sofía y a sus amigas en clase, tan delicadas, perfectas y felices. Pensaba que mi reputación no había llegado a sus oídos y que aún tenía una oportunidad de ser una de ellas. Pero las cosas se enturbiaron.

»Fue poco antes de que Lidia muriera... Obviamente, en clase nadie explicó por qué había muerto. Yo me enteré por mi propia cuenta mucho después. —Debra sacudió la cabeza—. Recuerdo una tarde en la que me acerqué a Sofía, sacando un valor que pensaba que ya no tenía. Ella tampoco parecía ser ella, estaba como enfadada, rabiosa... Y ¿sabes lo que me dijo cuando le pedí quedar alguna tarde? Nunca lo olvidaré. —Negué con la cabeza. Tenía los labios entreabiertos y me daba la sensación de ser yo esa chica insegura que solo quería ser una más. Sentía un nudo en el estómago—. Dijo exactamente: “Mira, deja de ser tan jodidamente pesada. Ve acostumbrándote a que la vida es una puta mierda. Si no tienes amigas ahora no las tendrás nunca, punto. Hay gente que se dedica a contar cómo conoció a sus amigos de toda la vida, gente que solo sabe contar cómo los perdió, y gente que ni se merece tenerlos. Adivina en qué grupo estás tú. Y eres tan estúpida que ni te das cuenta, ¿verdad?”.

Se quedó callada. Por un momento me pareció que su voz había dejado de ser suya y se había tornado la de Sofía. Una Sofía enferma, rabiosa, con ganas de acabar con todo. La misma que, semanas después de esa conversación, había planeado suicidarse junto a su amiga. Pero eso Debra no lo sabía, por lo que no comprendía la dureza de sus palabras.

—Ese fue el detonante —siguió ella—. Lo que me faltaba para acabar de odiarme. Joder, nunca he conocido a nadie tan cruel como ella. —Apretó los puños—. Recuerdo que pasé la noche llorando, creyéndome sus putas palabras. Solo quería soltar lo que llevaba dentro y las lágrimas no parecían suficientes, así que... —Se volvió un segundo para mirarme, midiendo sus palabras—. Lo único que tenía a mano eran las llaves de casa, así que empecé a rasgarme la piel con ellas de pura impotencia. Qué, ¿vas a decirme también que estoy como una puta cabra? —Negué con la cabeza y me encogí más en mi asiento. Antes de que me diera tiempo a defenderme, Debra siguió con su monólogo—: Supongo que no lo entenderás, pero hacerme daño era lo único que me calmaba. El dolor era algo secundario. Además, nada dolía tanto como las palabras de Sofía y las maldiciones que yo misma me dirigía. Me gustaba dejarme marcas, sentir aquel ardor... —Pareció titubear un instante, dudando de si estaba haciendo bien al compartir todo aquello conmigo. Pero ya era tarde—. Creía que eso era lo que me merecía.

Se escondió las manos en las mangas y se revolvió en el asiento. Toda la furia de entonces se volvió tristeza.

—Imaginarás que las llaves dejaron de ser suficiente, pero, bueno, el resto ya es historia. —Suspiró. Se quedó callada unos segundos y levantó la cabeza para mirarme. Sus ojos eran de un color extraño, oscilando entre el verde y el castaño. Parecía que en otra época habían brillado mucho más—. Lidia murió, después fue Cristina; Sofía y Valeria se marcharon del colegio y Rebeca hizo nuevas amistades. Yo ya estaba hundida. Mis notas bajaron mucho en el último trimestre y mi madre pensó que era porque el colegio me presionaba demasiado. Se decidió a matricularme en este instituto en diciembre, sin avisarme. Al principio me resistí, pero luego pensé que sería una buena oportunidad para ser quien yo quisiera. Nadie me conocía. Podría convertirme en esa chica con poder que tanto había ansiado ser.

Aparté mis ojos de los suyos y pasé a observar las chispeantes llamas del fuego.

—Pero tú no eres esa chica —comenté en voz baja. Mi voz sonaba quebrada después de haber estado tanto tiempo en silencio.

—No. No, y se me fue de las manos. —Se cubrió el rostro con ellas.

Supuse que se refería al incidente en las taquillas, pero en aquel momento lo veía demasiado lejano para molestarme. Yo seguía viva, ella solo había reaccionado impulsivamente a raíz de mis comentarios. Mis comentarios, mi culpa. Había sido yo la que había apretado el botón que había hecho estallar la bomba.

Me acerqué más a ella y la cubrí con un brazo, en un intento de animarla.

—No fue culpa tuya —continué—. Además, yo tampoco soy la Sara de aquella vez.

Alzó la cabeza.

—¿Por qué no? Por Sofía, ¿a que sí?

Entrecerré los ojos. Quería convencerme de que estaba equivocada.

—No. Está muerta.

—¿Por qué tienes su diario?

—Quería que yo lo tuviera.

—¿Y por qué?

—Haces muchas preguntas, ¿no? —Debra sonrió con sorna—. Supongo que quería que me quedara un recuerdo suyo. Que supiera lo que no me había contado. No lo sé.

—¿Habla de mí? —preguntó entre curiosa y temerosa.

—No. Bueno, si habla de ti aún no lo he leído. Pero sí que contaba cosas sobre sus amigas, sobre...

—Sobre su enfermedad —acabó ella.

—También.

Se recostó en el respaldo del sillón y se cruzó de brazos.

—¿Murió por su culpa, verdad? —Asentí—. Sabiendo eso, no entiendo por qué estás haciendo tú lo mismo.

—Debra, yo no hago eso. En serio, no me pasa nada.

—El primer síntoma es negarlo —insistió ella.

Bufé, cansada. Menos mal que ya tenía el diario a buen recaudo y no me lo podía quitar de nuevo.

—Vale, vale, te creo. A mí tampoco me pasa nada.

Se tocó la muñeca izquierda inconscientemente. El recuerdo de la sangre manando de su piel, manchando mis dedos, volvió a mi mente. Me estremecí.

No nos pasaba nada. Estábamos bien.

¿Cuánto tiempo más tendríamos que mentir?

—Debra —dije al poco rato—, ¿por casualidad sabes qué fue de Valeria cuando se marchó?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. No dijo nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad —contesté con una sonrisa.

Encontrar a Valeria habría sido la oportunidad idónea para saber más acerca del suicidio de Lidia.

Para meterme más en la historia, acercarme más a Sofía, y, sin yo saberlo, destruirme más a mí.

Al fin llegó el último día del viaje. El tutor nos informó de que era un día totalmente libre, que quien quisiera podría ir a las pistas de esquí o bajar al pueblo a dar una vuelta. Cuando lo oí no pude evitar reír; el profesor se había despreocupado de nosotros durante prácticamente todo el tiempo, al menos el suficiente para que yo me saltara las clases de esquí y algunas comidas, y hoy nos daba un día «libre», como si los demás no lo hubieran sido.

Clara seguía distante así que, para sorpresa de todos, fui a Valdenares con Debra. David iba a pasar el día haciendo *snowboard*. No desayuné y no cogí dinero para evitar que el hambre me venciera y decidiera comprarme algo para comer.

Me dejé hechizar por el paisaje del pueblo, que rebosaba belleza hasta en las esquinas más oscuras. Parecía sacado de un cuento; las calles eran pequeñas y estrechas, peatonales, con el suelo de piedra y la nieve acumulada en los bordes. Las casas se ordenaban en filas y no llegaban a alcanzar más de dos pisos de altura. Tenían las paredes revestidas de madera, con algún retocado de piedra asomando entre la escarcha. Se veían los témpanos de hielo colgar de los tejados junto a las luces que daban vida a Valdenares cuando el sol se escondía.

En las calles reinaban los puestecitos de tiendas con banderas y adornos de mil colores que contrastaban con el blanco de la nieve. Se habían esforzado por llenar las farolas con flores. Los árboles estaban decorados como si la Navidad se hubiera alargado, la gente subía y bajaba la gran avenida, y daba la sensación de que Valdenares formaba parte del escenario de alguna película.

Paseamos un rato, perdiéndonos entre tiendas y callejones estrechos, hasta que Debra se paró enfrente de un restaurante al reconocer a un par de compañeros en la puerta. Me invitó a pasar y comer con ellos, pero me negué con la excusa de que ya había quedado con David y sería muy feo por mi parte darle plantón.

No sé cómo, pero me creyó. Se encogió de hombros y entró en el restaurante sin echar la vista atrás.

Yo me quedé sola.

Suspiré y empecé a caminar a lo largo de la calle, observando a las personas con las que me cruzaba. Había un niño pequeño persiguiendo a su hermana mayor, con su madre detrás gritándoles desesperada que se estuvieran quietos; al otro lado, un mendigo pidiendo dinero y una señora inclinada sobre él para dedicarle unas palabras amables. Un joven que caminaba cogido de la mano de su novia, mirándola de reojo como si fuera la primera vez que la rozaba. Un hombre tocando el violín junto a la terraza de un bar, un camarero con el ceño fruncido intentando entender a unos extranjeros, y una fotógrafa mirando la calle a través de la lente de su cámara. Un sinfín de vidas, con sus recuerdos, sus milagros y desgracias, sus amores, sus errores. Debía de haber mil ráfagas de pensamientos cruzando sus mentes en aquel momento. Preocupaciones, canciones, alegrías o penas. Remordimientos del pasado o esperanzas puestas en el futuro. Todos estaban hechos de las historias que habían dejado atrás, las que se escribían en aquel momento y las que no tardarían en ver la luz. La curiosidad por descubrirlas podía conmigo. Quizás por ello disfrutaba tanto imaginándomelas.

Imaginé que la madre de aquellos niños estaba estresada porque su marido se ausentaba y no sabía qué hacer para lidiar con sus dos pequeños. El mendigo sentía que aquella mujer era su única amiga. El joven quería pedirle matrimonio a su novia aquella tarde, el violinista tocaba la misma canción que dedicó a su primer amor. El camarero se maldecía por no haber estudiado idiomas cuando pudo, y uno de los extranjeros no se decidía entre espaguetis o carne. La fotógrafa esperaba conseguir el trabajo de su vida por esas fotografías y viajar lejos, muy lejos de allí.

Y luego había una chica en medio de la calle, pálida como no lo había estado nunca, con un jersey que le venía demasiado grande y los ojos cansados. Andaba arrastrando los pies, con la mirada en el suelo. Su cabeza estaba llena de demonios y solo deseaba desaparecer.

Esa chica se llamaba Sara Soler, pero apenas la reconocía.

Me metí con parsimonia en la primera tienda que encontré. Vendía objetos artesanos: esculturas de arcilla, tazas, muñecas de porcelana vestidas de seda y peluches de algodón —si hubiera cogido dinero le habría regalado alguno a mi prima Victoria—, cuadros con la firma de desconocidos, libretas bordadas

a mano y figuritas de madera. Había marionetas y móviles de cuna colgados del techo. La tienda era pequeña y estaba pobremente iluminada por media docena de farolillos. Un gato negro dormía plácidamente sobre la mesa al lado de la dependienta.

Me quedé mirando los estantes, la delicadeza del moldeado de las figuras y los trazos de pintura sobre la arcilla. Cada una era diferente, como si mostrara una cara distinta de su creadora.

—¿Buscas algo, bonita? —me preguntó la dueña del local, una anciana de sonrisa cálida y rostro amable—. ¿Un atrapasueños, quizás? —Me enseñó un ejemplar pintado con los colores del atardecer, con plumas del tamaño de mi mano.

—No, gracias; solo miraba. —Le devolví la sonrisa y me di la vuelta para seguir viendo sus creaciones.

Al rato se oyó un tintineo y la puerta se abrió. Miré de reojo a tiempo de ver entrar a un grupo de tres o cuatro chicas que parecían tener mi edad. Por un momento las confundí con mis compañeras de clase. Se dirigieron al final de la tienda, donde se encontraban la anciana y su gato, y no dudaron en saludarla:

—¡Buenos días, Belén! ¿Qué tal ha ido la mañana? ¿Has hecho algo nuevo? —preguntó una.

—Un par de bufandas, no mucho más. Le he hecho una a Noche. —Soltó una pequeña carcajada. Curiosa, volví la cabeza y vi cómo la mujer acariciaba a su gato, que respondía con un ronroneo—. También he acabado tu collar, Val.

—¿En serio? —contestó la misma chica de antes con una sonrisa cargada de ilusión.

Me quedé mirándola. Me resultaba extrañamente familiar, como si la hubiera visto antes. ¿En un sueño, quizás?

Intenté hacer memoria. Pelo voluminoso, rizado, rubio y recogido en un moño improvisado. Ojos castaños, pestañas cortas y casi transparentes, alta y delgada, con las mejillas sonrosadas por el frío y una bufanda de lana cubriéndole el cuello.

La chica recogió el collar y dejó que una amiga suya se lo atara al cuello. Entonces rio y en su rostro aparecieron un par de hoyuelos.

Los mismos que había visto en una fotografía tomada mucho tiempo atrás. La misma chica que posaba junto a Lidia un mes antes de que todo empezara a ir mal. La pieza que me faltaba encontrar para que el puzle tuviera sentido.

Valeria Torrent.



Capítulo 18

Como si estuviera soñando, noté que mis piernas se movían hacia ella antes de que mi mente se lo ordenara. Interrumpí la conversación aprovechando que sus amigas estaban hablando con la anciana, y le di un par de toques en el hombro.

La joven se volvió. La expresión de su rostro se relajó al verme.

—Perdona, ¿eres Valeria, verdad? Valeria Torrent —pregunté.

La susodicha entrecerró los ojos y me repasó con la mirada buscando inútilmente mi imagen en sus recuerdos. Acabó por arquear una ceja y contestar, no sin antes echar un último vistazo a sus amigas:

—Sí. —El corazón se me detuvo un instante—. ¿Quién eres tú? ¿Cómo es que...?

—Soy Sara Soler. Sé que tú no me conoces —expliqué bajando la voz—, pero tengo que hablar contigo. Es... importante. Es sobre Sofía.

Sus labios se tornaron una fina línea cuando dije su nombre. Endureció el rostro y negó con la cabeza.

—Mira, no sé quién eres ni por qué me has seguido hasta aquí —abrí la boca para replicar, pero ella siguió hablando—, pero esto no me hace ninguna gracia, ¿entiendes? No quiero saber nada de ella y más te vale que no se entere de que estoy aquí porque si no... —Sacudió la cabeza y tragó saliva—. Vuélvete con ella y olvídate de que me has visto, ¿vale? De pequeña aprendí bien que no debía hablar con desconocidos. —Dio un paso adelante con la intención de marcharse.

Yo la detuve, cogiéndola del brazo.

—Valeria, escúchame. —La miré a los ojos; parecía que estuviera a punto de llorar—. Creo que hay cosas que tienes que saber. Dame una oportunidad para explicártelo todo, por favor.

—¿Cosas que tengo que saber? —repitió ahogando una risa—. Lo sé todo, al menos todo lo que necesito. La que no pinta nada en esta historia eres tú.

Bajé los hombros; no se me había ocurrido pensar que todo esto fuera a ser tan complicado. Pero ahora que la había encontrado no podía dejarla marchar.

—Sé que quieres dejar todo esto atrás, que esa fue la razón por la que te marchaste. Sé lo dura que fue para ti la muerte de Lidia y que lo último que

quieres ahora es recordarla otra vez, a ella y a Sofía. —Su rostro palideció un instante—. Pero, porque sé todo esto, porque sé lo que ocurrió, también sé que hay algo más que tengo que decirte.

Valeria se mordió el labio, dudosa. El enfado de su rostro se fue esfumando, y fue sustituido por lo que parecía curiosidad. O miedo. O nostalgia. Inspiró aire profundamente y dio media vuelta para dirigirse a sus acompañantes.

—Chicas, me voy fuera un momento. No me esperéis, ¿vale? —Sonrió y se volvió hacia mí—. Vámonos.

Empezó a nevar, así que Valeria y yo nos refugiamos bajo el toldo de una tienda cercana. Ella se frotó las manos y se cruzó de brazos. Parecía nerviosa.

—En fin —dijo finalmente—. ¿Conoces a Sofía? —Asentí con la cabeza. Ella apartó la mirada y sonrió con burla, de la misma manera que lo había hecho Rebeca en la librería—. ¿También te quiere matar? —murmuró la pregunta entre dientes, tan bajo que pensé que la había imaginado.

Lo había dicho con la misma entonación con la que habría preguntado qué hora era o se habría quejado del tiempo, aunque me pareció notar un pequeño temblor en su voz. En aquel momento, Valeria y Rebeca me parecieron la misma persona. Oí en mi cabeza la voz de la segunda diciéndome con el semblante serio: «¿Sofía? Sofía era una asesina».

—No puede —contesté con los dientes apretados—. Está muerta.

A Valeria no pareció sorprenderle la noticia. Igual que Rebeca, la única antigua amistad de la joven que seguía viva, se quedó callada con el semblante serio. Suspiró un par de veces antes de volver a hablarme, como si de pronto hubiera recordado que yo seguía ahí.

—No me extraña. ¿Anorexia?

—Sí, una insuficiencia cardíaca.

—Bueno. —Parecía que se esforzara por no recordarla—. Ya no se puede hacer nada. Pero... ¿es por eso por lo que has venido? ¿Estás...? —Titubeé un instante, sin romper la dureza de su rostro—. ¿Estás tú bien?

Aquella pregunta me pilló por sorpresa.

—Sí, ¿por? —Su mirada me hizo enmudecer.

Antes de que me diera cuenta, me arremangó el suéter y cogió mi muñeca con sus dedos pulgar e índice, como si hiciera una pulsera alrededor de ella. Una pulsera que me venía bastante grande.

—¿De verdad estás segura de que no puede matarte? —susurró dejando caer mi mano.

Sabía que lo decía por el hueso que sobresalía en mi muñeca, por la palidez, por el rugido de mis tripas.

Pero yo estaba bien.

Retiré el brazo, quizás con demasiada brusquedad.

—A mí no me pasa nada —murmuré con una decisión en la voz que no se correspondía con lo que de verdad pensaba. Ella puso los ojos en blanco.

—Vale, vale, lo que tú digas... ¿Has venido hasta aquí solo para decírmelo? ¿Cómo narices sabías que vivía en Valdenares? Creía...

—No tenía ni idea de que vivías aquí, y no te he estado siguiendo ni nada por el estilo —la interrumpí ahorrándole quebraderos de cabeza—. Estoy de viaje con el instituto. Hoy es el primer día que bajo al pueblo y, por increíble que suene, te he encontrado por pura casualidad. De hecho, te he reconocido gracias a una foto que encontré en la habitación de Sofía. Ha sido todo demasiada coincidencia como para desaprovecharlo. Sé que es raro, pero...

—Y tanto. —Valeria se rodeó la nariz y la boca con las manos para darse calor—. Todo lo que tenga relación con Sofía siempre ha sido muy raro.

—Lo sé. —Hice una pequeña pausa para luego seguir hablando—: Al morir, Sofía me dejó su diario, a pesar de que solo había hablado con ella un par de veces. Empecé a conocerla más a través de lo que escribía, y ahí también hablaba de todas vosotras... Conseguí contactar con Rebeca y...

—¿Rebeca? —me interrumpió ella. La preocupación se reflejaba en sus ojos—. ¿La has visto? ¿Está bien?

—Creo que sí —contesté intentando tranquilizarla—. Está bien. Ayuda a su tío en una librería de Ordana. Estuve hablando con ella y me contó toda vuestra historia; decía que necesitaba quitárselo de encima de una vez. Me habló de lo que le pasó a Cristina. Y a Lidia. —Vi cómo Valeria respiraba hondo, recordando a la que fue su mejor amiga—. Creo..., creo que sé la razón por la que Lidia hizo lo que hizo.

Ella bajó la mirada y se frotó el codo con la mano.

—Yo también lo sé.

—No, pero de verdad. Sofía...

—Lo sé —me cortó Valeria—, en serio; lo sé. Yo la conocía.

—Sofía escribió cosas en su diario que podrían ayudarte a entenderlo mejor —insistí.

Se mordió el labio y miró a todos lados, como si esperara encontrar una señal en las calles que la ayudara a decidirse. O quizás quería escapar de todo

esto. Quizás sabía algo que yo todavía no.

—Escucha —dijo—. No me vas a decir nada que no sepa ya, ¿entiendes? Hay algo que nunca le conté a Rebeca, ni a Cris, ni a Sofía, ni a nadie... —Suspiró—. Pero quizás Rebeca tenga razón: ya no merece la pena ocultarlo más. Tú conseguirías la historia que tantas ganas tienes de escuchar y yo podría soltar parte de su peso. —Me clavó la mirada—. Tú verás dónde te metes, Sara.

Bajé la cabeza, cohibida como una niña pequeña a la que han pillado hablando en clase. Valeria volvió a soltar el aire y me cogió del brazo. Miró hacia la tienda de la anciana antes de empezar a caminar a lo largo de la avenida, arrastrándome junto a ella.

—Ven conmigo, tengo algo que enseñarte.

Valeria me condujo hasta su casa. Vivía al final de la calle, en una modesta vivienda unifamiliar de paredes claras y tejas rojizas ocultas bajo una capa de nieve. No había nadie en casa y a través de las ventanas se veían las cortinas corridas.

—Mis padres me matarían si supieran que dejo entrar a extraños a casa, pero... —Me echó una mirada que parecía decir «eres lo más inofensivo que he visto en mucho tiempo»—. Nadie me había hablado de Lidia desde hacía más de un año y no me gusta comentar el tema delante de mis amigas. No quiero que nos vean. —Abrió la puerta de su casa y me animó a entrar. Se estaba mordiendo el labio y yo casi podía ver el revuelo de palabras que bullía en su cabeza en aquel momento—. Ha pasado mucho tiempo —comentó casi hablando para sí—. A veces tengo pesadillas en las que sueño que me he olvidado de ella. Pero, ya sabes, debe de ser uno de los típicos síntomas del duelo. El tiempo no parece tener tanto efecto sobre estas cosas.

Me quedé en silencio, con las manos cogidas por delante. No sabía qué decirle. Perder a tu mejor amiga por un suicidio debía de ser algo horrible. Después de tanto tiempo, casi podía sentir cómo Valeria se culpaba por no haber estado ahí.

Su habitación estaba en el piso de arriba, la primera puerta a la derecha. Solo pude echar un rápido vistazo a mi alrededor; la casa estaba pobremente decorada, con algún tiesto en las esquinas y un par de cuadros colgando de las paredes. Hacía ya tiempo que se habían mudado, pero parecía que aún tenían cajas por abrir. El cuarto de Valeria estaba decorado con lo justo: una cama, un armario, una cómoda y un escritorio. Me fijé en que no había ni una sola

huella de su vida anterior. Ni una foto, ni una carta, ni un adorno. Nada que le recordase su pasado.

Fue directamente hasta la cómoda y me preguntó, mientras rebuscaba entre lápices, papeles y trastos:

—Dime, ¿hay alguna razón por la que estés removiendo todo este asunto? Quiero decir, no sé si te habrás dado cuenta, pero haber hablado con Rebeca y ahora conmigo... Es meterse mucho en el tema. Y para enterarte de tanto habrás tenido que rebuscar bastante.

Me encogí de hombros. Yo también me había dado cuenta de que había estado más pendiente últimamente de la vida de Sofía que de la mía.

—Creo que Sofía quería que descubriera todo esto. Todavía no sé por qué.

—Yo no me fiaría de ella —murmuró Valeria en presente. Como si siguiera aquí.

—Bueno... —Me froté el cuello, un gesto que instintivamente me recordó a David y a sus mentiras—. Gracias a ella he aprendido mucho.

Pensé que no iba a responderme. Sacó con cuidado una hoja doblada en cuatro, que era tan fina que parecía que pudiera romperse con un solo soplo. Se quedó mirándola, pensando. En Lidia, quizás. En qué habría estado haciendo ahora. En qué habría sido de ella si no hubiera muerto. En qué podría haber hecho para evitarlo todo.

Me habló con la voz quebrada y haciendo un esfuerzo para no derrumbarse:

—Ten cuidado, porque a veces la destrucción se disfraza de amiga. Te deja con un sabor dulce y tentador en los labios, te hace creer que con ella serás feliz, y luego acaba convirtiéndote en cenizas. Mira a Lidia. Hizo caso a Sofía y ahora solo es polvo y huesos.

Tragué saliva. Valeria siguió sin mirarme. Sostuvo el folio entre sus manos y se sentó sobre la cama, cansada.

—¿Qué es? —pregunté acercándome a ella.

Los ojos de la chica se apagaban a medida que llegaba al final del escrito, saltando con rapidez de una línea a la siguiente. Noté que sus lágrimas volvían a nacer, como si todas las que había derramado tras su muerte no hubieran sido suficientes. Ella se las apartó con la manga de la camisa antes de darles la oportunidad de caer.

—Lidia vino a visitarme horas antes de su muerte. Por la mañana. Estuvo en mi casa y hablamos, aunque ella no tenía muchas ganas de quedarse conmigo. O de quedarse, simplemente. La notaba distinta, vacía... Como si no fuera capaz de sentir nada. Me abrazó y se fue. Yo no tenía ni idea de lo

que iba a hacer... —Suspiró, miró la hoja y la volvió a doblar, con cuidado—. Aquella noche me acosté tarde, y cuando me fui a dormir encontré esta nota suya debajo de la almohada. Me costó reconocerla, con la letra tan irregular, casi como si la hubiera escrito con la mano izquierda. Hoy es la primera vez que la leo sin llorar. Bueno, casi. —Dejó escapar una sonrisa amarga. Cogí el papel que me tendía, con miedo—. Cuando lo leí llamé a todo el mundo pero... Era demasiado tarde. Es como una despedida, lo que suelen llamar una carta de suicidio. —Chasqueó la lengua—. Dios, «suicidio» es una palabra tan horrible... Hace que la persona parezca culpable en lugar de víctima. Lidia murió de depresión, ¿lo entiendes? Ella no quería matarse, estoy segura. Todos se preguntaron «¿cómo pudo hacerlo?». Pero si alguien hubiera tenido la oportunidad de meterse en la cabeza de Lidia, aunque hubiera sido solo un minuto, entonces lo habría entendido. Y se habría asustado tanto como yo al comprender cuál es la auténtica pregunta: ¿cómo pudo aguantar tanto tiempo sin hacerlo? ¿Cómo soportó todo esto?

Se levantó de golpe y se puso erguida. Caminó con paso decidido hacia la puerta, dejándome a mí sentada sobre su cama, y volvió la cabeza para mirarme antes de salir.

—Esa carta ha pasado por muchas manos, como imaginarás. Fue necesaria para afirmar (como si hubiera dudas) que se trataba de un suicidio y no de un homicidio. Pero se la oculté a Rebeca y a Cris. No les habría ayudado en nada verla. —Cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra—. Tenerla todo este tiempo en mi habitación ha sido como vivir con un fantasma. Y no puedo ni quiero soportarlo más. —Se cruzó de brazos—. Léela si quieres. Luego puedes llevártela, romperla, lo que sea; ya me da igual. No quiero saber nada más de todo aquello.

Se marchó antes de que la viera llorar.

Desdoblé la carta de Lidia. Sentía que me estaba metiendo en algo muy ajeno a mí, muy íntimo, tanto como puede serlo una carta de suicidio destinada a tu mejor amiga. Pero quizás así podría saber de una vez si realmente fue Sofía quien la incitó a morir. La culpable de todo.

Todo.

Lidia tenía la caligrafía de una niña pequeña, redonda y fina. Aun así, la belleza de su letra se veía rasgada por el temblor de su pulso.

Querida Valeria:

Adiós.

He empezado esta carta muchas veces y creo que esta es la mejor manera. La gente normal dice «hola» cuando escribe cartas, ¿verdad? La gente normal.

No la gente que no tiene que estar aquí.

No quien acabó en este horrible y mancillado mundo por error, y no encontró una forma de salir de él hasta hoy.

He tomado una decisión, Valeria, y créeme que si he tardado tanto tiempo en decidirlo ha sido por ti. Porque te voy a echar de menos como a nadie. Y pasará el tiempo y seguiré acordándome de nosotras. Grabo mis promesas en el papel y firmo esto como si fuese un contrato infinito.

Ya sabes que hace tiempo que me apagué. Por eso espero que esto no te duela tanto, que ya lo veas venir.

Sé lo que vendrá después. Las lágrimas, el luto, el dolor, la angustia. Pero el tiempo lo cura todo, ¿no has oído esa frase cientos de veces? Será que al final quizás es cierta, para ti. Y, aunque sea inútil, no quiero que nadie lllore por mí. Porque estaré bien, estará mi padre cuidándome.

También sé que te vas a sentir culpable. ¿Culpable de qué, Valeria? Si la razón por la que he aguantado estos meses aquí es por ti, por ti y por Sofía.

Sé que todas miráis mal a Sofía desde que voy con ella, pero me ha enseñado mucho, ha estado ahí apoyándome y me entiende. Ella también lo ha pasado mal. Estos días ha estado insistiéndome, diciéndome que tuviera esperanzas, que las cosas iban a cambiar... Pero Valeria, lo hagan o no, ya me da igual. Echo de menos a mi padre. Quiero verle. Quiero estar con él. Era lo que más quería y se fue, y no puedo soportarlo.

Cuida de mi madre cuando yo no esté, aunque ella está ya rota y espera tanto como yo reunirse con mi padre. No creo que nada de esto le sorprenda.

Obviamente, no es solo por mi padre. Son cosas mías, tan mías que creo que ni tú podrías entenderlas, Val.

Sofía intentó ayudarme y apoyarme. Pero al final vimos que no podíamos con todo esto. Quiero descansar, queremos descansar, y ella tiene miedo de irse sola. La entiendo. Yo tengo a mi padre esperándome con los brazos abiertos, pero Sofía no tiene a nadie. Siente que tampoco hay nadie aquí. No es culpa vuestra. No lo es. Ya lo he dicho, solo queremos descansar.

Ya he vivido todo lo que podía vivir, y ahora os dejo para que vosotras seáis felices como yo no pude y viváis por mí. Haced las cosas bien, vosotras que tenéis la oportunidad. No os metáis en este hoyo.

En unas horas espero haberme ido. Aunque una parte de mí se quedará contigo, lo sabes, ¿verdad, Val?

Me da la sensación de que me quedan mil cosas por decirte, y sin embargo... He perdido la cuenta de las veces que he escrito esta despedida y no se me ocurre nada más.

No quiero que te sientas sola. No llores, no te sientas mal, te prometo que esto es lo que quiero. Ya lo he decidido y no hay marcha atrás.

Gracias por toda la luz y la vida que me has dado. Te quiero, Val, todo lo que yo no supe quererme.

Con un cariño infinito,

Lidia Guerrero

Dejé de leer la carta con un nudo en la garganta. Lidia no se extendía demasiado, pero no sabía qué esperaba leer. Quizás más desesperación, menos calma. Pero se la veía segura, decidida, llevando las riendas de la vida que aún le quedaba.

Al final parecía que Sofía no había tenido tanto que ver. Ella había conseguido las pastillas, pero Lidia quería irse. Había perdido la esperanza y le había hecho el «favor» a Sofía de morir con ella. El problema es que la

joven pelirroja realmente pensaba que su amiga merecía vivir, que todo mejoraría. Era ella la que quería marcharse, escribir el punto final; pero no se atrevía. Y eso fue el detonante de la decisión de la suicida: irse juntas. Acabar con todo de una vez, cuanto antes, sin pensar.

Ahí es donde cometió un error que desataría el hundimiento de Sofía, la muerte de Cristina, la separación de las cinco amigas.

Todavía no entendía por qué, pero toda aquella serie de desdichas acababa en mí. Yo, que meses antes era feliz, totalmente ajena a aquella historia. Yo, que mi único pecado había sido hablar con Sofía e invitarla a la fiesta de Clara. Yo, que me estaba destruyendo y todavía no sabía la razón.

Era más fácil culpar a Sofía, a su diario, a sus historias y sus palabras.

Eso es lo que habían hecho desde el suicidio de Lidia, pero no por ello era cierto.

Quizás todo lo que yo creía era falso. Quizás, al fin y al cabo, Sofía no había hecho nada; no era ninguna asesina, como todo el mundo pensaba.

Yo sola me había metido en aquel pozo, y no tenía ni idea de cómo salir de él.

No fui capaz de tirar o guardarme la nota de Lidia. Había demasiado sentimiento y dolor oculto entre líneas, y me parecía injusto quedármelo o arrebatarme a Valeria su único recuerdo.

La dejé sobre el escritorio y me alejé de aquella casa con la cabeza gacha, deseando poder alejarme también de toda esa historia.

Pero, quisiera o no, Sofía seguía conmigo.



Capítulo 19

El sol empezaba a ponerse por detrás de las montañas, tiñendo el cielo de color rosado. Todos mis compañeros se habían reunido en la plaza del pueblo para volver juntos al hotel antes de que anocheciera. Yo me había quedado apartada, sentada en un banco, esperando que el tiempo pasara para poder alejarme de aquel lugar. De todo. Solo quería apagarme, dormir, descansar. Pero el insomnio ya se encargaría de que hiciera lo contrario.

Clara estaba de pie junto a un grupo de gente, hablando, con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos cargados con bolsas de distintas tiendas. La echaba de menos, pero en el fondo sabía que ella estaba mejor sin mí.

A los pocos minutos vi aparecer una conocida cabellera rubia por una de las calles principales. Se había deshecho de su equipo de *snowboard*, sujetaba una bolsa y parecía estar buscando algo con la mirada. Me quedé mirándole, quieta, observando la expresión de su cara, su manera de andar, la forma en la que se apartaba el pelo de la frente.

Su rostro se iluminó al verme y se acercó a mí con una enorme sonrisa. Me besó cogiéndome de la cintura, con cuidado, como si fuera a hacerme daño. Antes no habría sido así.

—¿Qué tal el día? —Me encogí de hombros. Si él supiera...—. Tienes mala cara.

Me acarició la mejilla con el dedo pulgar, pero hice que se detuviera. Sus ojos chispeaban y parecía que me estuviera viendo por primera vez. Nunca dudaría de lo mucho que me quería, porque lo conocía demasiado bien como para no darme cuenta. Pero seguía sin entender cómo narices lo hacía, siendo yo el monstruo que era. Gorda, egoísta, estúpida, débil.

—Estoy bien —mentí—. Solo un poco cansada. Esquiar me agota.

Él no me creía, lo sabía. Aun así, suspiró y dirigió su atención a la bolsa que llevaba consigo. Al abrirla me llegó el dulce aroma a panadería. Me trajo recuerdos de aquellas mañanas en las que mi madre me llevaba a comprar pan y galletas recién sacadas del horno.

—He traído algo para ti. —Trató de contener la sonrisa—. Sé que siempre han sido tus favoritos y que te dio mucha pena cuando en la panadería dejaron de hacerlos.

Parecía un niño pequeño haciéndole un regalo a su héroe. Pero yo de heroína no tenía nada.

Sacó un rollito de canela de la bolsa, con azúcar glaseado por encima. Todavía estaba caliente, recién salido del horno, y el olor a canela no tardó en envolvernos. Al momento se me hizo la boca agua. David tenía razón: siempre había sido mi merienda preferida. Solíamos ir a comprar un par cada tarde a la salida del colegio, hasta que la única panadería de Ordana que los vendía cerró.

Maldita tentación.

—Gracias, David, pero... Ahora mismo no me apetece. —Intenté forzar una sonrisa.

—¿Es broma? Vamos, Sara, hace años que no tomas uno de estos... —En general, no había tomado nada dulce desde hacía meses, pero prefería que él no lo supiera.

—No tengo hambre —seguí intentando callarle—. En serio, déjalo, puedes tomártelos todos tú.

Di un paso adelante para acercarme a la multitud, pero David me detuvo cogiéndome del brazo.

—Espera. —Se puso frente a mí, me agarró de los hombros y fundió su mirada con la mía—. Sara, sé por qué haces esto y...

—No, no lo sabes. Ya te he dicho que estoy bien, ya he comido —«mentira»—, es solo que no tengo más hambre, ¿vale?

—Puedes tomártelo dentro de un rato.

—Frío no vale nada. Cómetelo tú y deja de darle tantas vueltas.

Sus ojos parecían estar suplicándome. Pero no podía permitirme tomarme esa bomba de calorías (o así lo veía en aquel entonces) después de haber pasado todo un día comiendo lo mínimo. Si lo echaba todo a perder con un par de mordiscos, sabía que la culpa acabaría conmigo.

—Sara, hazlo por mí. Por favor —insistió.

Aun así, aparté el rollo de canela y me alejé un poco más de él. No quería. No quería y nadie iba a hacerme engordar ahora, ni siquiera David.

—Déjalo estar ya, por Dios. Es solo una merienda, no una petición de mano.

—¡Joder, Sara! Es que es eso, solo es una merienda, ¿tanto te cuesta? —contestó exasperado. Su expresión había pasado de la tristeza a la furia en apenas unos segundos. Guardó el rollito de canela de nuevo en la bolsa.

—Entonces, ¿qué importa que no me la coma?

—¡Porque estás enferma, maldita sea! ¡Por eso importa! Quise creerte cuando dijiste que eran tonterías, que solo era una pequeña dieta. De verdad quise pensar que estabas bien y no... —Sacudió la cabeza, sin dejar de apretar los puños—. Solo quería una prueba de que no te pasaba nada, pero ni siquiera eres capaz de dármela.

Le cogí de los brazos, en un intento de que se relajara y los bajara. Por más que lo intentara, no podía enfadarse conmigo. Solo estaba decepcionado, desesperado. Me veía sufrir y no podía hacer nada. Yo seguía negándolo, él sabía que le mentía, y eso le destrozaba cada vez un poco más.

—Tendrás que fiarte de lo que digo.

Suspiró.

—¿Y todas esas veces que me he acercado a tu cuarto y me he alejado al oírte llorar? ¿Y todas esas horas que has pasado delante de la comida, sin atreverte a dar un bocado? Todas esas noches de insomnio, todo ese cansancio, todas esas sonrisas falsas. ¿De eso tengo que fiarme?

—David, se me pasará —insistí deseando que ojalá fuera cierto—. No quiero que te preocupes más, ¿vale? Son cosas mías, no tienen que afectarte a ti.

—Pero lo hacen. —Me cogió las manos y se acercó un poco más a mí—. Sara, creía que sabías que ahora estábamos juntos. En todo, para todo. Lo que te pase a ti me afecta a mí.

—No es justo. —Bajé la cabeza—. No quiero meterte en esto.

—Ya es tarde. Pero si pides ayuda...

Enseguida me aparté de él, dejándole con la frase en la boca. Erguí la espalda y levanté la barbilla, tratando de mostrar una dureza y una seguridad que no tenía.

—No voy a pedir algo que no necesito. ¿Lo entiendes?

Me dolía que pensara aquello de mí, precisamente él. Odiaba también ser tan inútil como para no haber sido capaz de ocultárselo mejor.

No podía soportar seguir escuchando sus verdades.

—Me voy —dije—. No quiero discutir más.

Pasé por su lado sin mirarle y me dirigí hacia el grupo de gente que ya empezaba a andar de vuelta al hotel. Con suerte no llegó a verme llorar.

Parecía que Sofía no estaba contenta con quitarme a Clara, sino que también quería que David se alejara de mí. Tenía el presentimiento de que iba a conseguirlo.

El autobús se puso en marcha de vuelta a Ordana a las siete de la tarde. El rumiar de mi cabeza no se había callado desde la discusión con David. Sentía que habíamos dejado demasiadas cosas por arreglar. Sabía que sus palabras eran una forma de demostrarme que estaba preocupado por mí, y en parte lo entendía, pero no quería que él sufriera más. No se lo merecía.

Me había convertido en una chica complicada, demasiado complicada. Adicta a los chicles, a los huesos y a las noches en vela. David había pasado de ser mi pareja a ser una especie de guardaespaldas, cuidándome, velándome en la distancia, impidiendo que volviera a encerrarme a llorar en mi cuarto. Eso, a la larga, acabaría destruyéndole a él también. Lo arrastraría a mi miseria, perdería su esencia, su sonrisa y sus ganas de vivir. Estaría tan pendiente de mí que olvidaría quién era él.

Paseé por el pasillo del autobús con la mochila en el hombro antes de que arrancara. Mis compañeros de clase parecían haber salido del parvulario, vitoreando y gritando desde los asientos del fondo para hacerse oír. El tutor se quedaba sin aire chillándoles que callaran, pero, como de costumbre, el murmullo siguió en aumento. Incluso se oía a la gente cantar desde atrás. Clara estaba allí, entre ellos, sentada junto a Silvia y lejos de mí.

En los primeros asientos encontré a David, que miraba distraído por la ventana, con los auriculares puestos y la mirada perdida.

Era el momento de poner las cosas en su sitio de una vez. Tenía que recordarme que lo hacía por él.

Le di unos golpecitos en el hombro para que se volviera hacia mí.

—¿Puedo sentarme? —pregunté y él asintió sin mirarme. Apagó la música justo en el momento en el que el autobús arrancó de camino a Ordana.

Estuvimos un buen rato en silencio, escuchando el ajetreo de los alumnos y el tráfico de la carretera. Me distraje jugueteando con las gomas de pelo que llevaba en la muñeca; las estiré hasta que cedieron y me golpearon la piel, dejándome marca. Como yo hacía con todo el que se me acercaba. Fue una manera de evitar entrelazar mis dedos con los de David, una costumbre que casi se había convertido en un acto reflejo.

Finalmente, respiré hondo y me dirigí a él:

—Tengo que hablar contigo —murmuré en un tono de voz más bajo de lo que pretendía. Con esa frase ya lo estaba diciendo todo.

Él levantó una ceja y se volvió hacia mí.

—¿Va todo bien? —dijo.

—No, por supuesto que no va bien. He estado dándole vueltas a esto mucho tiempo y... —No podía mirarle a los ojos. No podía ver su decepción,

su destrozo. Nunca pensé que le haría tanto daño a mi mejor amigo—. David, no te merezco.

Él parecía no entenderlo.

—Estás siempre ahí cuidándome —continué yo ignorando su cara de desconcierto—, siempre pendiente de mí. Siempre preocupado. Y no es justo, ¿entiendes? Soy una chica llena de problemas. Te quiero más de lo que he querido a nadie, y por eso sé que no deberías estar conmigo. Necesitas a una chica que te haga reír, olvidarte de todo, con la que puedas sentirte a gusto. Alguien con quien no tengas miedo de lo que pueda estar cruzando su mente. A la que no tengas que estar vigilando siempre, que te deje dormir por las noches. Y esa no soy yo.

No podía creer lo que le estaba diciendo. Contenía las lágrimas para no llorar delante de él, pero toda aquella situación me destrozaba. Sabía que jamás encontraría a alguien que me quisiera como David lo había hecho, pero él aún tenía mucho por vivir y muchas chicas que conquistar. Era el chico más increíble que había conocido, y se merecía ser feliz. Conmigo no podría.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó. Lo sabía, pero tenía miedo.

—No sé cuidar de mí, ¿cómo voy a hacerlo contigo?

—Pero esto no es solo una cuestión de cuidarme...

—Ya, ya lo sé. Créeme que lo he pensado mucho. —Suspiré cerrando los ojos—. No puedes seguir conmigo. Mereces algo mucho mejor.

—Sara... —Noté la sequedad en su voz, pero no me atreví a mirarle otra vez—. Sara, no digas tonterías. Te quiero. Te quiero muchísimo, y no me importa lo que te pase porque...

—Para —le corté. Solo entonces me di cuenta de que sus ojos, normalmente brillantes, se iban apagando y humedeciendo—. En serio, David, no quiero hacerte más daño.

Sentí que una lágrima resbalaba por mi mejilla y me maldije por ello. Le sujeté la cara con una mano, acariciándole con el pulgar. Sabía que el daño ya estaba hecho, pero era necesario.

David parecía desalentado. Roto, como si estuviera a punto de llorar. Tenía los labios abiertos, quizás a la espera de un último beso; los ojos acuosos y el cabello cayéndole por la frente.

—Te quiero —murmuré—. Por eso quiero que seas feliz. Y me conozco lo suficiente para saber que no podrás serlo conmigo.

Me acerqué al chico para darle un último beso en la frente. Él seguía inmóvil, aguantándose el llanto. Luego volví la vista hacia delante, apoyé la espalda en el respaldo y cerré los ojos.

El resto del viaje lo pasamos callados y dejamos que el peso del silencio nos envolviera. Desentonábamos en medio de aquella multitud de adolescentes fiesteros que cantaban canciones a pleno pulmón y hacían volar papeles por todo el autobús.

Fingí no oírle llorar y él hizo lo mismo conmigo.

Lo estaba pasando mal. Quería volverme hacia él, abrazarle y besarle, decirle que todo iría bien; pero no podía asegurarle nada. Quizás si hubiera sabido que nuestro último beso iba a ser el último le habría demostrado más. No me habría separado de él. Me habría aferrado a aquel momento con todo lo que tenía. Habría memorizado el sabor y la textura de sus labios, el calor de su abrazo, el aroma de su perfume, la forma que dibujaban sus comisuras en medio de aquel beso. Me habría demorado en el cosquilleo que crecía en mi estómago, en el tacto de sus manos subiendo por mi cuello, en el sonido de nuestros latidos. Si fuera por mí, habría immortalizado hasta el tiempo de aquel día.

Pero si algo tiene el pasado es que deja huellas que no pueden cambiarse. Deja promesas en el aire, sueños inacabados, recuerdos que no volverán a vivirse. Ahora David era uno más de ellos.



Capítulo 20

Lo primero que hice al llegar a casa fue caer rendida sobre la cama. Lloré hasta quedarme dormida, pero fue la primera vez en mucho tiempo que descansé. Me desperté despejada, sin sueño, con esa sensación tan agradable que te envuelve cuando duermes a gusto.

Aquella mañana estaba nerviosa. Llevaba cinco días sin pesarme, cinco días que podían ser decisivos. Me daba la sensación de que lo había hecho muy bien; ni un solo atracón —no como en Navidad—, practicando esquí la mayor parte de los días, haciendo ejercicio casi todas las noches y comiendo lo mínimo. Lo poco que había entrado por mi boca habían sido chicles, y algo de leche o de sopa. De vez en cuando, fruta; nada más.

Sabía que Sofía, haciéndolo así, había bajado de peso considerablemente. Y yo esperaba haberlo hecho también, aunque cada vez que me había mirado en el espejo de la habitación de Valdenares, el reflejo me había contestado que daba asco y que seguía estando demasiado gorda.

Dejé mi libreta en el lavabo, esperando poder apuntar un número más bajo. De lo que saliera en la pantalla dependería mi humor aquellos días.

Si había engordado, comería menos para adelgazar.

Si seguía igual, comería menos para adelgazar.

Si había adelgazado, comería menos para seguir haciéndolo.

Y todo aquello solo por la esperanza de mirarme al espejo algún día y no tener ganas de romperlo.

Me quité el pijama y me quedé en ropa interior. Miré la báscula con miedo, apreté los puños y me subí a ella. Cerré los ojos durante tres segundos y volví la vista abajo.

Tres números que no llegué a creerme: un cuatro, un siete, un punto, un seis.

Me bajé y me volví a subir, incrédula, pero la cifra seguía siendo la misma.

Imaginaba que habría bajado algo, pero ¿tanto? Mi cuerpo debía de haber notado el enorme cambio en mi ingesta. Pasar de comer cinco veces al día a un par pasaba factura, más de lo que yo pensaba. Y, aunque entonces no lo creyera, no había ningún beneficio. Había bajado de peso, pero también había aumentado mi cansancio, mi insomnio, mis dolores de cabeza, mi odio, mi

vello, mis pesadillas. Había perdido a mis mejores amigos, los había alejado de mí. Había perdido la poca autoestima que una vez tuve, pero estaba dispuesta a recuperarla con un par de kilos menos. Quería creer que todo aquello merecía la pena.

Di un paso hacia atrás, volviendo la cabeza hacia el espejo que había sobre el lavabo. Se me veían los brazos finos, pequeños. Las piernas débiles. Si me encorbaba se me notaban los huesos de la espalda y al inspirar aire se marcaban mis costillas. Aun así seguía sin ser suficiente, me seguía viendo toda esa grasa en la tripa. Seguía sintiéndome gorda.

Próxima meta: cuarenta y cinco kilos para dentro de un mes.

Con suerte menos.

Al volver de Ordana tuve que acostumbrarme a vivir de nuevo a escondidas. Tenía que librarme de la comida como fuera, y eso suponía librarse también de la mirada de mis padres. O quizás debería decir «de mi madre», solamente. Mi padre, como de costumbre, estaba demasiado ocupado yendo y viniendo del trabajo; pasábamos las noches juntos, hablábamos de cómo nos había ido el día o leíamos bajo la misma lámpara, nos dábamos las buenas noches y vuelta a empezar. Él no veía la ansiedad de las mañanas, cuando creía que no me daría tiempo a marcharme antes que mi madre. No estaba cuando me escabullía en medio de la noche para pesarme sin que nadie lo viera, ni oía los ruidos que provocaba cuando hacía ejercicio hasta que me temblaran las piernas. Tampoco se encontraba cuando llegaba a casa diciendo que ya había comido en el instituto, o cuando le decía a mi madre que iba a dar una vuelta y me escondía en un parque hasta que pasara la hora de comer.

Mi día a día se había vuelto una carrera a contrarreloj («Levántate antes de que suene el despertador y haz algo de ejercicio, baja a fingir desayunar antes de que lo haga mamá, dile a David que ya has cogido el bus y ve corriendo hasta el instituto, aguanta las clases aunque solo pienses en el hambre que tienes, corre a esconder la comida antes de que alguien se dé cuenta, vuelve a casa y enciértrate en tu habitación, huye de los espejos, quema las pocas calorías que has cenado, finge estudiar, intenta dormirte o mañana tendrás demasiado sueño para volver a empezar») y en medio de esa carrera mi madre era el mayor obstáculo. Había empezado a sospechar. Se sorprendía cuando tenía que comprarme una talla menos, controlaba los días que me iba a correr e insistía en que comiera en casa más veces de las que yo quisiera.

Nuestras conversaciones estaban plagadas de medias verdades. Sobre todo por mi parte.

—¿Cómo te lo has pasado en el viaje?

—No ha estado mal.

No, no estuvo mal. Estuvo peor.

—Supongo que aprendiste mucho, con tantas clases de esquí.

—La verdad es que sí, me he vuelto una experta. —Ensayé la más falsa de mis sonrisas, que pareció bastarle.

Sí, había aprendido mucho. Ahora sabía el número de calorías que quemaba esquiar y cómo saciar el hambre gracias al hielo.

—¿Y cómo llevas lo de David?

Me encogí de hombros.

—Era lo mejor, mamá. No sé, puede que a veces lo correcto sea no arriesgarse.

Era mejor que él viviera sin tener que cargar conmigo. Era mejor no arriesgarse a probar ese rollito de canela, porque habría podido acabar comiéndolo entero. Era mejor no arriesgarse a seguir queriendo a David, porque habría podido acabar enamorándome. O, peor, habría podido ser él quien se enamorara. Enamorarse de verdad, tanto que quisiera arreglar lo que me ocurría, sin darse cuenta de que ni siquiera yo sabía cómo hacerlo. Y, qué narices, tampoco es que yo quisiera acabar con ello. No quería engordar ni volver a comer como una cerda. Solo quería adelgazar y empezar a quererme... Aunque perder el miedo a comer también estaría bien. Pero sabía que no podía tener las dos cosas y, si tenía que elegir una, elegía reducir el número de la báscula.

—Todo irá bien, Sara —dijo mi madre. Se inclinó hacia delante para darme un beso en la frente. Solo entonces me di cuenta de que habían empezado a resbalar lágrimas por mis mejillas.

—Sí, ya.

Eso no era una media verdad; era una mentira en toda regla.

«No. Nada puede ir bien ya, mamá».

Pasaron las horas, las mañanas y las noches, las semanas. A medida que marzo se acercaba, la nieve empezaba a fundirse y los árboles volvían a florecer, pero yo seguía teniendo frío. Cada vez más. Aunque era una buena excusa para seguir llevando chaquetas a la hora de comer y poder esconderlo

todo en los bolsillos. La gente estaba tan metida en sus conversaciones que nadie veía a la chica que «comía» en silencio.

Mi humor siguió decayendo, al igual que mi peso. Cuanto más cerca estaban los cuarenta y cinco kilos peor me veía; sentía que no era suficiente. Adelgazaba en la báscula y engordaba en el espejo. Sabía que era algo ilógico, pero mis ojos no podían estar engañándome.

Mi cabeza sí.

Clara seguía alejada de mí, pero en el fondo lo agradecía. Verme mal solo le haría más daño a ella. Sabía que cuando me miraba ya no veía a Sara; veía a una Sofía con el pelo y los ojos oscuros. Y mucho más gorda, seguro.

Por otro lado, intenté retomar mi amistad con David. Porque si algo tenía claro es que a él no le podía perder. Ahora que no era mi novio —por mucho que siguiera doliéndonos—, él tenía más tiempo para cuidarse, estar con sus amigos y olvidarse de mí. Yo me ocultaba bajo sudaderas y pantalones anchos para que no viera mi deterioro, aunque sabía que no podría engañarle mucho más tiempo. Al igual que con mi madre, lo poco que comía lo hacía delante de él, para que estuviese tranquilo.

Y así todos felices, excepto yo.

Seguía hablando con Debra. Creo que poco a poco nos fuimos acercando más la una a la otra y acabé considerándola mi amiga. Sabía mi secreto y yo sabía el suyo, pero ninguna decía nada. De vez en cuando le levantaba las mangas para asegurarme de que todo iba bien, aunque muchas veces me tocaba curarle las heridas para que no se infectaran, o traerle tiritas de casa para tapárselas.

Si en ocasiones comía, lo hacía por ella. No me obligaba como hacían otros, solo intentaba hacerme entrar en razón. A veces lo conseguía, pero segundos más tarde ya me sentía culpable. Una culpabilidad que duraba horas, días enteros, que acababa con sesiones intensas de ejercicio hasta que las piernas me temblaban y me costaba mantenerme en pie. Y aun así aquella horrible sensación en el estómago permanecía.

Cada noche leía el diario de Sofía. Me alegraba mucho haberlo recuperado, porque con ella sentía que lo que hacía no era tan raro, que no estaba sola. A veces la leía y su comportamiento llegaba a parecerme normal. Estaba demasiado acostumbrada a su mundo y solía olvidarme de que, gracias a él, ahora ella estaba muerta.

Odiado diario:

Hoy se cumplen dos meses de la muerte de Cris.

Cincuenta y nueve días ya, y tendré que aguantar otros dos meses más en este lugar hasta que llegue el verano y pueda largarme del colegio.

Pero, por otra parte, no quiero que llegue el verano. Me da pánico. Me prometí estar delgada para entonces, pero ya empieza a hacer más calor y sigo dándome asco. Muchísimo. Los cuarenta kilos parecen estar tan lejos...

Rebeca aparenta estar bien. Bueno, todo lo bien que se puede estar cuando te anuncian que no vas a poder volver a andar en tu vida y pierdes a dos de tus mejores amigas en menos de un año. Pero ella es fuerte, fuerte y orgullosa, y podrá con todo esto. Espero. Hará nuevos amigos. Ya veo que habla mucho con el grupo de Irene, quizás le ayudan a superarlo.

Es bueno que se aleje de mí, supongo.

Si todo el mundo me odia, incluso yo misma, será por algo. Debo de estar maldita. Tendría que haberlo visto antes; desde que nací solo he traído problemas. Mi padre me odió por ser niña y castigó a mi madre por ello. Nunca me tuvo especial cariño. Además, que después mi madre fuera incapaz de tener más hijos empeoró aún más la relación de mis padres. Todo por mi culpa.

En preescolar siempre estuve sola. Un niño empezó a decir que las chicas pelirrojas eran brujas, brujas malas, y todo el mundo se alejaba de mí por miedo. Al final llegué a creermelo que de verdad había algo malo en mí.

Cuando pasé a primaria y conocí a Rebeca todo cambió para bien. Luego vino Cris, y después Lidia y Valeria. Éramos las cinco, inseparables y felices. No sé cuántas veces repetimos esa estúpida promesa de «amigas para siempre» en todos esos años.

Entonces... pensé que no era tan mala como yo creía. Que quizás todavía podían ir las cosas bien.

Hasta que alguien me llamó «gorda».

No lo estaba. No lo estaba, aunque ahora, con quince kilos menos, pienso que sí lo estoy. La gente lo dice para hacer daño, solo por eso. Ni siquiera tienen que verte; peses lo que peses te llamarán «gorda», porque saben que si eres una persona acomplejada te lo acabarás creyendo.

Como hice yo. A eso se le juntó todo el asunto del padre de Lidia, toda la inestabilidad familiar que había en casa, todo ese odio hacia mí misma que creía que había enterrado.

El resto es historia.

Nunca pensé que llegaría a este punto. Nunca pensé que las cosas serían como son ahora. Sin Cris, sin Lidia, con Rebeca en silla de ruedas odiándome y Valeria encerrada en casa llorando mientras lo empaqueta todo para largarse lejos de aquí, quién sabe adonde.

Antes de ayer hablé con ella por última vez. Me dijo que mañana se marchaba. Que sentía todo lo que había pasado, pero no podía soportarlo más.

Odio que aquella fuera nuestra última conversación, porque yo no estaba en condiciones de hablar con nadie. Estaba enfadada con el mundo porque mi madre me cebaba en casa y no estaba adelgazando todo lo que quería. Además, el verano se acercaba como una enorme sombra, amenazándome. No quería pantalones ni mangas cortas que enseñaran mis cortes. No quería que mi grasa se viera. Sigo sin quererlo.

No sé cómo la conversación acabó centrándose en mí, pero no para mal. Valeria parecía preocupada de verdad, por mí y por mi salud. Pero mi salud está perfectamente, si no ya estaría en un hospital. Además, es mi cuerpo, mi vida y mis decisiones, ¿qué más le da a ella?

Por otro lado me sigue pareciendo extraño que Val, al contrario que Rebeca, no parezca tenerme tanto rencor... Quizás sí que me culpa por lo de Cris, pero ella siempre me defendió con el asunto de Lidia y todavía no entiendo por qué.

Aunque, al fin y al cabo, tantos años siendo amigas deben de dejar algo de huella.

Me dijo que no me veía mejor, le dije que no lo estaba. Me preguntó: «¿Sabes qué pasará si sigues así?». Hubo un silencio incómodo, hasta que ella siguió: «Morirás».

Valeria todavía no se ha dado cuenta de que llevo demasiado tiempo muerta ya. Me encogí de hombros con toda la frialdad del mundo. Le contesté: «Me da igual. Me da igual morir si al menos muero delgada».

Aquellas palabras salieron de lo más profundo de mí. Era lo que de verdad pensaba, lo que sigo pensando y lo que me atormenta cada noche.

Pero lo peor fue la mirada que Valeria me dedicó después. Las lágrimas brotaron de sus ojos al instante, incapaz de aguantarlas. Mis palabras hicieron mella en el corazón de la chica como si le hubiera clavado un par de puñales.

Entreabrió la boca. El labio inferior le temblaba y parecía incapaz de decir nada.

Toda su cara era una mueca de dolor.

Por mí.

Por ver en lo que su amiga se había convertido.

Conocer las voces que yo oigo cada día, que ya son parte de mí, la destrozó todavía más.

Por un instante distinguí también el miedo en sus ojos. Solo entonces me di cuenta de que me había acostumbrado tanto a aquellos pensamientos que había olvidado lo aterradores que sonaban. Lo aterradores que son, en realidad.

Quizás sí que era buena idea que Valeria se alejara de aquí.

Todo el mundo debería distanciarse de mí. O, mejor, debería irme yo de una vez.

Ojalá fuera tan valiente.

Recuerdo perfectamente la semana que llegué a los cuarenta y cinco kilos.

El lunes me pesé, como de costumbre. Había dejado de hacerlo todos los días (mi madre empezaba a sospechar demasiado) para subirme a la báscula solo los lunes y los jueves. Los domingos salía a correr. Hacía ejercicio todos los días. Trasnochaba. Intentaba comer menos de 500 calorías al día.

En eso se había convertido mi vida.

Cuando vi el deseado número aparecer en la pantalla, me sentí vacía. Creo que es el adjetivo que mejor lo describe: vacía, decepcionada. De nuevo había alcanzado mi meta, el peso con el que pensaba que todo iría bien, con el que me vería preciosa, delicada y frágil. Sin embargo, me daba asco. Me tumbaba constantemente para rozar mis costillas con los dedos, con la esperanza de que esos huesos también se notaran al levantarme. Pero no lo hacían.

Supongo que había pensado que con perder ocho kilos sería suficiente, pero no. En realidad, me veía más gorda que al principio. Me miraba al espejo y recorría mis defectos uno por uno. Me sabía mis imperfecciones de memoria. Esa peca en la frente, esos granos, esos labios demasiado gordos, esa nariz demasiado grande, los dientes ligeramente separados, la sonrisa falsa, las ojeras permanentes, las uñas mal cortadas, el cabello demasiado fino, el vello en mis brazos, la palidez de mi piel, la grasa en mi tripa.

La mañana siguiente me desperté mareada. El lunes apenas había comido nada, cruzando los dedos para verme mejor si seguía bajando de peso. Llegué

a clase más pálida que de costumbre —que ya es decir—, y me senté en mi asiento, haciendo oídos sordos al griterío del aula. Solo oía el eco de las voces de la gente, como si tuviera los oídos obstruidos.

—Sara, ¿estás bien? —Levanté la mirada para dirigirla a la persona que acababa de hablarme.

Era Debra, que me miraba con el ceño fruncido. Puso una mano en mi frente para ver si tenía fiebre. Yo se la aparté con cuidado yforcé una sonrisa.

—Sí, no te preocupes. Solo un poco mareada.

—¿Has desayunado?

No contesté, pero ella lo entendió. Suspiró y fue a sentarse en su sitio, sabiendo que nada de lo que dijera iba a hacerme cambiar de opinión.

—Si te empiezas a encontrar peor dímelo y avisaré al tutor —me dijo antes de volverse. Yo asentí.

Pero no me dio tiempo a decir nada.

En medio de la explicación de la profesora, noté que la vista se me nublaba. Las letras a las que debía hacer caso empezaron a desenfocarse. Parpadeé un par de veces y entrecerré los ojos, suponiendo que la falta de sueño empezaba a pasar factura. Primero sentí un molesto martillazo en la cabeza, que fue aumentando, más y más, hasta que tuve la sensación de que iba a estallar.

El resto ocurrió muy rápido. Noté un gran peso encima de mí, como si una enorme roca me aplastara, y todo se volvió negro.

Lo peor fue el despertar. Empecé oyendo la voz de mi profesora de matemáticas, lejana, llamándome y murmurando palabras que no entendía. Luego sentí todo el peso de mi cuerpo cayendo y rebotando contra el suelo. Fue como si estuviera flotando en la nada y una cuerda me cogiera de la cintura y me estirara de vuelta a la tierra. Toda la fuerza de la gravedad me afectó de golpe.

Me sentí débil, como si no fuera dueña de mi cuerpo y no pudiera moverlo. Me pesaban los brazos, las piernas. Sentía que la cabeza estaba a punto de explotarme, otra vez.

Abrí los ojos después de un par de parpadeos. Era como si despertara de un sueño demasiado largo.

Mi profesora se volvió hacia mí al instante, mientras una sonrisa asomaba por su rostro.

—¡Sara! ¿Me oyes? ¿Te encuentras bien? —Se agachó para ponerse a mi altura.

Era una de las profesoras más jóvenes del colegio; tenía los rasgos dulces y me miraba como una madre primeriza que ve a su hijo caerse. Solo entonces me di cuenta de que ya no estaba en clase sino en el despacho de los profesores, tumbada sobre un sofá de terciopelo, con las piernas en alto y la cabeza apoyada en una almohada.

Aún no era capaz de incorporarme, pero hice un esfuerzo para volver la cabeza hacia el rostro de la mujer.

—¿Qué ha pasado? —pregunté. Tenía la garganta seca.

—Te has desmayado en clase hace un par de minutos. Estaba preocupada, Sara; un poco más y llamo a la ambulancia. —Suspiró y se pasó la palma de la mano por la frente—. ¿Estás mejor? ¿Sigues mareada?

—Un poco.

—Será mejor que llame a tu madre, entonces. Necesitas descansar.

A los diez minutos mis padres me recogieron del colegio. Nada más levantarme del sofá sentí que todo daba vueltas, pero conseguí llegar hasta el coche apoyándome en el hombro de mi padre. Me dejé caer en el asiento trasero, recosté mi cabeza en el respaldo y cerré los ojos. Antes de darme cuenta estaba dormida.

Cuando desperté de nuevo, me hallaba en mi dormitorio. Me encontré con el rostro de mi madre mirándome desde la esquina inferior de mi cama. Yo estaba tumbada sobre las sábanas, como si nunca me hubiera levantado para ir a clase.

—¿Te he despertado? —Me pasó la mano por la frente para hacerme caricias—. No sabes el susto que me has dado, Sara. ¿Estás mareada? ¿Quieres comer algo?

Lo que me faltaba.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien —dije, aunque no era del todo cierto. Intenté incorporarme, apoyando los codos sobre el colchón, pero nada más separarme de la almohada noté que todo empezaba a darme vueltas otra vez. Volví a caer sobre la cama con un suspiro.

—No, no lo estás —murmuró mi madre mientras me acariciaba el pelo.

Se levantó, cogió la sábana y me arropó con ella antes de darme un beso en la frente.

—Será mejor que mañana no vayas a clase, no sea que me vuelvas a dar un susto. Descansa, Sara. Te avisaré cuando sea la hora de cenar. Si necesitas cualquier cosa llámame, ¿vale?

Asentí. Mi madre salió de la habitación después de darme un apretón en la mano, sin relajar la sonrisa.

Me sentía prisionera en mi cuerpo. Era como si no fuera capaz de hacer nada; no podía moverme, no podía ni siquiera ponerme en pie. Estaba encadenada a mi cama, condenada a un reposo absoluto que no hacía más que ponerme nerviosa. Había miles de personas deseando estar en mi lugar: poder faltar al instituto, quedarse tumbada todo el día, solo moverse para comer.

Pero para mí aquello era un infierno. El instituto era la excusa perfecta para saltarme comidas, hacer ejercicio a escondidas en el baño, pensar planes y fijarme metas en clase, sin que mi madre me viera ni sospechara nada. Pero, ahora que era incapaz de estar de pie, ¿cómo iba a hacer ejercicio? ¿Cómo iba a esconder la comida?

Me entraron ganas de llorar solo de pensar en comer todo lo que mi madre me pusiera delante. Me daba pánico imaginarme el número que aparecería en la báscula la próxima vez que subiera... No podía ganar dos kilos en cuatro días, después de haber estado semanas matándome —nunca mejor dicho— para conseguir bajarlos.

Me cubrí el rostro con las manos.

Aprovechando que estaba sola en mi habitación, lloré de pura impotencia. Las lágrimas recorrieron mis mejillas igual que un río atravesando su valle, cayendo dulces hasta mis comisuras. Parecía que ellas fueran las que quisieran consolarme, acariciándome la piel cuando nadie más lo hacía.

Estaba sola. Ya no estaban ni David ni Clara, ni siquiera Debra.

Pero me bastó volver la cabeza hacia mi mesita de noche para darme cuenta de que había alguien que seguía conmigo, aunque se hubiera marchado meses atrás. Alargué la mano hacia el primer cajón, lo abrí y estiré los dedos para coger las hojas del diario de Sofía. Con un suspiro, las apreté contra mi pecho.

Si algo tenía claro es que ella no me iba a abandonar.

Ya no podía.



Capítulo 21

La primera noche fue la peor de todas.

Me quedé dormida sin darme cuenta, con los restos del cuaderno de Sofía entre mis manos. Mi madre me despertó cuando el cielo ya se había oscurecido y a través de mi ventana no se veían más que las estrellas. Su sonrisa logró animarme, y por un momento olvidé lo que pretendía. Me ayudó a sentarme en la cama, con las piernas estiradas y la espalda algo encorvada. Aún estaba mareada y me veía incapaz de andar, pero mi madre se alegró de que al menos pudiera quedarme sentada.

Luego me dio la espalda y cogió una bandeja que había dejado antes sobre la cómoda. La puso encima de mis rodillas y se sentó a mi lado.

Tuve que esforzarme por aparentar que todo iba bien, que los labios no me temblaban y que mis ojos no amenazaban con llorar.

La cena que hace un año me habría entusiasmado, ahora hacía que la ansiedad me embargara, que mil voces despertaran y gritaran al mismo tiempo.

No era nada del otro mundo: un vaso con agua, una tortilla francesa y cuatro lonchas de queso. Mi cabeza fue más rápida que yo calculando las calorías, y el número me pareció tan grande que me entraron ganas de apartar la bandeja de un manotazo. Pero mi madre no se movía, y algo me decía que iba a quedarse conmigo una hora si hacía falta.

Fue la primera vez que comer me hizo daño. Mi madre me metía la comida en la boca como a una niña pequeña, como si yo no fuera capaz. Pero es que, en realidad, no lo era. Apretaba la mandíbula cada vez que tragaba, creyendo que era veneno. Me daba la sensación de que podía sentir cómo cada trozo caía por mi garganta y llegaba hasta el estómago, que se hinchaba sin que yo pudiera evitarlo. Notaba la grasa acumulándose en mi tripa. Sentía que cada mordisco eran cien gramos más, y solo de pensarlo me daban ganas de romper a llorar.

Pero no lo hice. Intenté seguir el hilo de la conversación, asintiendo de vez en cuando e intercambiando algunas palabras, pero la mayor parte del tiempo era mi madre la que hablaba. Yo fingía escucharla, igual que fingía no estar viviendo un calvario.

No podía hacer otra cosa que no fuera tragar y aguantar el llanto.

La tortilla se acabó. Miré el plato, vacío, y sentí todos esos números dentro de mí. Números que se reflejarían después en la báscula, en mi odio, en mi humor. Mi madre me tendió un trozo de queso y aparté la cara automáticamente, mordiéndome el labio.

Ella levantó una ceja, extrañada.

—Sara, ¿pasa algo? —me preguntó todavía con la comida frente a mi boca.

—Es que no puedo más —contesté. La voz me temblaba y crucé los dedos para que pensara que era a causa de los mareos—. No tengo hambre.

—Solo te has tomado la tortilla...

—Pero es que tengo el estómago cerrado, mamá —insistí—. Debe de ser un virus o algo.

Suspiró y se dio por vencida.

—Bueno... Si en unos días no te encuentras mejor llamaré al médico. — Me puso una mano en la frente, como ya se había vuelto costumbre, para asegurarse de que no tenía fiebre. Después me acarició la mejilla, cogió la bandeja y se levantó—. Si luego tienes más hambre, me avisas.

Asentí con la cabeza.

Me desplomé contra la almohada en el instante en el que oí la puerta cerrarse tras mi madre. La habitación se quedó vacía, en un silencio solo interrumpido por el aullido del aire al otro lado de la ventana.

Ahora venía la peor parte: la culpabilidad. Me mordí el labio tan fuerte que acabé por hacerlo sangrar. Me erguí y puse los pies sobre el frío suelo, dispuesta a quemar toda esa maldita cena aunque tuviera que pasarme la noche haciendo ejercicio. Pero nada más ponerme en pie sentí que la habitación empezaba a girar, que perdía el equilibrio, y caí de nuevo sobre la cama. Grité de rabia. Pegué un puñetazo fuerte al colchón, y después esos golpes fueron contra mi abdomen, con la esperanza de que el dolor adelgazara.

Lágrimas de impotencia surcaron mis mejillas. Me sentía débil, estúpida, gorda. Quería golpearme hasta quedarme sin aire, llorar hasta que saliera sangre.

Al poco tiempo, cuando me sentí sin fuerzas para alzar el puño de nuevo, alcancé con el brazo los folios que componían el diario de Sofía. Estaba jadeando y me costaba leer bien. Sin embargo, pensé que ella me tranquilizaría un poco. Quizás me daba ideas para salir de esta.

Pero, en lugar de eso, me encontré con una respuesta que había dejado de buscar hacía mucho tiempo. Con algo que nunca habría esperado.

El diario se acercaba a su fin; la siguiente entrada estaba escrita un mes antes de su muerte.

Odiado diario:

Hoy he caído en la cuenta de que ya ha pasado mucho tiempo desde el inicio del curso. Pensaba que en este instituto todo cambiaría, que podría ser otra persona y empezar de cero. Pero nada ha salido como esperaba. Aquí nadie me odia, es verdad, pero tampoco me quieren.

En realidad ni me conocen ni quieren hacerlo.

Si preguntara a todos mis compañeros cómo me llamo, solo la mitad sabría responderme. Y seguramente sería por las pocas veces que el profesor ha dicho mi nombre en clase.

No es mi culpa. Yo intento hacer amigos, pero... Todos acaban alejándose de mí, como si vieran que hay algo que no encaja, algo que no es normal.

No lo entiendo. En otra época, Rebeca habría jurado que yo era preciosa, inteligente, guapa, que los chicos se quedaban embobados mirándome. Sin embargo, ahora que voy a una clase mixta, veo que ellos apartan la mirada con repugnancia al verme.

No me extraña que les dé asco, con lo gorda que estoy.

Y, aunque la gente no quiere saber quién soy, yo sí que intento saber quiénes son ellos; con quién debería juntarme y con quién no. Siempre he tenido el don de escuchar y observar en silencio. Es algo que se me da bien. Callar, clasificar la información, entender el lenguaje no verbal, los gestos, las miradas, y así conocer a las personas. Es una técnica que aprendí hace unos meses, ya que, al final, pasar tanto tiempo comparándome con los demás tiene sus consecuencias.

Esta clase está dividida en «grupos», igual que en mi antiguo colegio. Ahora que he crecido, me parece la mayor estupidez del mundo. Admito que en mis tiempos el grupo que formaba con Lidia, Cris, Valeria y Rebeca era totalmente cerrado, pero no lo creamos a propósito. Quiero decir, fueron unas amistades fortuitas que se fueron consolidando. Éramos muy distintas las unas de las otras y sin embargo...

Sin embargo estuvimos ahí hasta que todo se volvió negro.

Pero esto es distinto. Es tan estúpido... Nada más llegar te fichan: si te ven como una «empollona» te mandarán y marginarán con ese grupo, si tienes aires de liderazgo serás «popular»... Ni siquiera se esfuerzan en conocerte, y no te aceptan si no eres como ellos. Además, la gente le da demasiada importancia. He llegado a ver a niñas pequeñas llorando porque no forman parte del grupo de las más populares o vete tú a saber qué.

Lo bueno de esto es que es fácil diferenciar a las personas que merecen la pena. Voy a hablar de dos. Una se llama Celia. No sé su apellido, no lo recuerdo, pero sé que es una chica que no destaca mucho. No a los ojos de los demás. Los suyos son muy azules, y tiene el pelo oscuro. Parece tímida y le cambia la voz cuando habla en clase. La he visto pasar mucho tiempo con su amiga, Andrea. Suele ir solo con ella, pero cambia muchísimo: se vuelve más abierta, más alegre, siempre sonriendo y poniendo caras raras. Andrea siempre ríe más cuando está con ella, aunque luego parezca que se siente mal, como si no pudiera devolverle el favor. Porque parece que Celia no se siente del todo a gusto en su piel, por mucho que le encante bromear y hacerse fotos tontas. Y Andrea ya no sabe qué hacer para cambiarlo. Aun así, lo suyo es una de esas amistades que parecen milagros. Sé que la una y la otra están recordándose día sí y día también que lo bello todavía existe, que cada día vuelve a amanecer, que hay futuros por los que merece la pena luchar.

La segunda chica es distinta. Es una de esas que cuesta ver, que se funden en la multitud, pero que yo sé que son... especiales. De esta sí que recuerdo el apellido; se llama Sara. Sara Soler.

Ahogué una exclamación. Sentí que el corazón empezaba a latirme todavía más rápido. Había pasado tanto tiempo leyendo acerca de la vida pasada de Sofía, que encontrarme entre sus páginas ahora se me hacía extraño. Más cuando en aquella época yo apenas sabía quién era ella. La solía llamar «la pelirroja de la última fila» hasta que me aprendí su nombre. Quién me lo iba a decir.

Pasé la página para seguir leyendo, notando cómo un escalofrío me recorría la espalda.

Ella es diferente. Lo supe en el momento en el que la vi, porque parecía invisible para todo el mundo excepto para mí. En ocasiones siento que hay personas que brillan más que otras, y no son precisamente las que están siempre bajo los focos. No sabría decirte qué fue lo que vi en Sara... Normalidad. Sí, quizás eso. Una pacífica y armoniosa normalidad, una vida llena por delante. Vi cómo mira a sus amigos, cómo los quiere. Vi cómo lee libros y poemas a escondidas, cuando nadie la mira, y cómo pierde el bus aposta para pasear un rato con música de fondo. Vi cómo saludaba a un gatito perdido una tarde después de clase, cómo le hablaba y cómo sonreía y les sacaba la lengua a los niños del barrio. Lamentablemente, también la he visto mirarse al espejo en el baño de las chicas, poner una mueca y darse la vuelta. Entonces es cuando me lleno de rabia.

Otra chica con complejos. Otra víctima más. ¿No puede nadie quererse hoy en día? ¿Por qué ella no ve lo que yo veo, sin apenas conocerla? Si supiera lo bella que se hace ver, en realidad... Si ella lo supiera se comería el mundo.

Me pregunto si alguna vez alguien pensó eso de mí. Me pregunto si antes yo era bella y tampoco lo veía. No esa «belleza» de las modelos ni la que prometen los anuncios, no esa de las chicas que dejan a los hombres babeando detrás a su paso, no. La verdadera belleza, esa que te embarga al ver a una chica que destila vida por los cuatro costados.

He pensado que quizás podría hacer algo para que Sara y Celia se vieran como realmente son. Ser una heroína anónima por una vez.

Voy a escribirles cartas. Voy a intentar convertirlas en palabras. En realidad tengo que pensarlas mucho y escoger palabras que ellas crean, no solo un «eres preciosa» que borrarán de su memoria a los pocos días; como todo lo escrito en la arena, que enseguida se llevan las olas. Quiero creer que llegará el día en que amanezca y ellas se descubran, por dentro y por fuera. Porque personas como ellas son vida y son magia.

¿Sabes lo que más miedo me da, diario? Aparte de engordar, las calorías, la comida, el descanso, el reflejo y el plato, claro. Eso tú ya lo sabes. Me da miedo que, con la poca memoria que tengo, se me olvide escribírselas. O lo que es más probable: dárselas. Te parecerá una tontería, pero temo echarme atrás. Quiero hacer algo bueno por alguien por una vez, aunque sea algo muy pequeño. Y, con la memoria que tengo y lo estúpidamente vaga que soy, acabaré

retrasándolo como no me lo recuerde... Mi madre siempre dice que se hace notas para todo, se las pone en los sitios que frecuenta y así recuerda las cosas importantes. Yo voy a hacer lo mismo. Dentro de unas semanas, supongo, dejaré millones de notitas con «Celia ¿...?» y «Sara Soler» sueltas por mi habitación. Verlo en todos sitios me hará recordarlo, ¿no? Sus nombres en todas partes.

Celia.

Celia.

Celia.

Sara Soler.

Sara Soler.

Sara Soler.

Así veinte veces más.

...

Parece que esté loca.

Bueno, ¿parece? Soy una persona que cada día se odia un poco más, que no quiere hacer daño a los demás pero cada noche desea ver su sangre, que quiere ser puro hueso, que solo anhela desaparecer, que escucha música triste y dibuja cosas tenebrosas. Una persona así está loca, definitivamente.

Estoy loca, de verdad. De psiquiátrico. ¿Y por qué nadie se da cuenta?

Ahí acababa aquel día.

Aparté el diario con un suspiro, lo dejé reposar sobre mi barriga y esperé que toda aquella información nueva llegara a mi mente. Tardé un tiempo en atar cabos. Y la primera conclusión a la que llegué fue la más sorprendente y quizás la más dolorosa de todas: aquel diario nunca había sido para mí.

Sofía no quería que lo leyera. No quería que la conociera, ni que la descubriera; yo no entraba en sus planes. Aquella nota sobre el diario había sido un pequeño recordatorio de la carta que nunca me escribió. Las demás debieron de volar. O quizás no había más notas, y Celia ya había recibido su carta. En definitiva, todo había sido una confusión de sus padres: ellos pensaron que mi nombre sobre el cuaderno significaba que era un regalo, cuando en realidad había sido solo pura coincidencia.

De pronto me sentí una intrusa, y todavía más culpable. Estaba inmersa en los recuerdos de Sofía sin su permiso, hasta acabar viviendo su vida. Creía

que ella era mi amiga, pero aquello lo ponía en duda. En ningún momento quiso que tuviera su diario.

¿Qué pensaría ahora si me viera?

Ya era tarde. Apenas quedaban escritas un par de hojas más y luego, folios en blanco que nunca podría rellenar. El daño ya estaba hecho.

Los siguientes días fueron tan duros como el primero. Los mareos continuaron, pero nunca llegué a desmayarme, ya que mi madre supervisaba todas las comidas. Y la excusa de «no tengo más hambre» ya no le servía. Comía, mi mente me castigaba por ello y, en un intento de acallarla, pasaba la mayor parte del tiempo dormida. Al menos el insomnio había decidido darme unos días de vacaciones, pero con su marcha no llegaban más que pesadillas.

Una de aquellas noches me desperté agitada, con el pulso acelerado y la frente empapada en sudor. Me aparté las sábanas como buenamente pude, presa del calor. En aquel momento, la oscuridad de la habitación se vio interrumpida por el surco de luz que creó mi madre al entrar por la puerta. Llevaba una taza entre las manos.

—Sara, estabas gritando. —Se acercó a mi cama—. ¿Estás bien?

—Sí, sí... Era solo una pesadilla. Ni siquiera la recuerdo.

Me incorporé sobre el colchón, apoyándome en los codos. Mi madre inclinó la cabeza y me acarició la mejilla. Mis ojos todavía no se habían acostumbrado a la oscuridad y me costaba distinguir la expresión de su cara.

—Era lo que temía —susurró como si realmente hubiera alguien dormido en aquella habitación—. Por suerte te he traído el remedio de siempre: leche con cacao. —Dejó la taza sobre la mesita de noche, con una sonrisa—. ¿Quieres que te traiga galletas?

—No. Tengo el estómago cerrado a estas horas.

—Bueno, yo te dejo la leche ahí por si...

—No hace falta, llévatela —contesté quizás con demasiada brusquedad.

Alejé la taza unos centímetros de mí, como si tuviera vida y fuera capaz de volverse contra mí en cuanto me diera la vuelta. No quería ni verla.

—¿Estás segura, cariño? Siempre te ha gustado tomarte algo antes de dormir, y ya sabes lo bien que sienta la leche calentita a estas horas.

—Que no quiero nada, mamá.

—Lo he entendido. —Endureció su mirada y sus labios se convirtieron en una fina línea—. Pero te la voy a dejar por si vuelves a despertarte. La última vez te vino muy bien.

La última vez mis pesadillas me habían mostrado a Sofía muerta, no un sesenta en la báscula. La última vez había tomado aquella taza sin preocupación porque no la había asociado con números de tres cifras. Ni con gramos de más. La última vez no me había importado sentir el estómago lleno, cuando ahora esa era la causa de mis malos sueños. Habían pasado muchas cosas desde aquella vez.

—He dicho que no —insistí. Volví a empujar la taza.

—Sara, no seas cabezota. —Cogió la maldita leche y me la acercó a la cara, provocando un rugido en mi estómago—. Solo tómate un sorbito y ya está. Te sentará bien, hazme caso.

—¡Que no, joder! —Aparté la taza de un manotazo, y en un segundo toda la leche cayó sobre las sábanas. Mi madre se quedó inmóvil, con las manos en alto y la boca abierta. Tenía el camisón salpicado.

Respiró profundamente, haciendo tiempo para averiguar el porqué de mi comportamiento. Su silencio me dolió más que cualquier regañina.

—Lo... Lo siento —titubeé, consciente de lo que había hecho—. No quería...

—Déjalo —me interrumpió—. No querías tomarte la leche, ya lo he visto. Buenas noches, Sara.

Se levantó y se dio la vuelta sin dirigirme la mirada.

Aquel tazón de leche y la dureza de sus palabras me arruinaron la noche.

La pesadilla no terminó cuando desperté. Vista mi reacción, mi madre aumentó todavía más su vigilancia, aunque siempre manteniendo las distancias. No quería que volviera a ponerme así de nerviosa, pero tampoco iba a dejar que me saltara ni una sola comida. No necesitaba que hablara para saber todo eso. Su silencio dolía más, y ella lo sabía.

Aquellos días pidió permiso para no ir a trabajar y se quedó cuidándome. Torturándome, más bien: me hacía comer cada comida, tragar cada bocado. No tenía manera de escapar, encerrada en aquel cuerpo tan agotado que no era ni siquiera capaz de levantarse de la cama. Tan asqueroso que solo sabía engordar.

Mi madre no parecía entender el idioma de mis miradas:

«¿No te das cuenta de lo duro que es para mí?».

«No me parece que tenga buena pinta, deja de insistir».

«No quiero más comida en el plato, deja de preguntar».

«No tengo más hambre, deja de sospechar».

«Sé que lo haces con buena intención, mamá, pero tu pequeña no puede seguir siendo una gorda toda la vida».

Al cuarto día ya me empecé a encontrar mejor. Mi cara volvía a tener un poco de color y era capaz de quedarme sentada durante horas. Aun así, me horrorizaba pensar en el número que aparecería en la báscula si se me ocurría volver a subirme a ella.

Agradecí ser capaz de andar otra vez sin cansarme, estar de pie sin que todo diera vueltas, que el dolor de cabeza cesara. Sin embargo, no pude moverme mucho porque mi madre seguía al acecho, insistiendo en que descansara todo lo que hiciera falta.

Al final conseguí convencerla para que todo regresara a la normalidad y poder volver al instituto al día siguiente. Aunque con una condición.

—De acuerdo pero antes voy a llamar al tío Antonio, ¿te parece? —me dijo con el teléfono ya en la mano.

—¿Por qué?

—Ya sabes, es el médico de la familia. —Empezó a marcar su número—. Quiero que te haga un análisis de sangre para asegurarme de que todo va bien. No vaya a ser que tengas anemia o qué sé yo...

Alcé los ojos al cielo.

—Mamá, no te preocupes, ya estoy bien.

Pero aquello no evitó que mi tío apareciera horas más tarde.

Con el tiempo me di cuenta de que esa llamada ayudó a salvarme la vida. Aunque en aquel momento no fuera capaz de verlo y viviera ignorando todo el tormento que le sucedería.

Mi tío llegó, me dijo que estos días en cama me habían dejado mala cara —«y kilos de más» pensé—, tuvimos una conversación superficial y me sacó sangre en apenas un par de minutos. Las agujas no me asustaban, aunque la sangre sí lo hacía. Era consciente de que el dolor del pinchazo era momentáneo, y que al menos con aquel análisis mi madre estaría tranquila y feliz al ver que no me pasaba nada. Solo por eso merecía la pena.

Qué equivocada estaba.



Capítulo 22

A la mañana siguiente volví al instituto como si nada hubiera ocurrido, aunque la chica que ahora cruzaba la puerta principal distaba mucho de aquella que, días atrás, abandonaba el edificio sin ser capaz de mantener el equilibrio. Echaba de menos a esa chica. Quería recuperar esa fragilidad, esa ligereza en el cuerpo que acompañaba al vacío de mi estómago. Me daba igual desmayarme; al menos era una forma de saber que me despertaría un poco más delgada.

Pero ahora eso había quedado atrás. Sentía mi cuerpo cargado de energía otra vez. Veía cada mordisco que había tragado acumulado en mis muslos, en mis nalgas, en mi estómago, en mis brazos.

Evité a toda costa pesarme hasta que pasara una semana; era el plazo que me daba para remediar el destrozo de los últimos días. Además, solo pensar en subirme a la báscula me daba ganas de llorar. Tenía miedo de que el número fuera demasiado alto y la culpa demasiado grande.

Quería recuperar la rutina de bajar por las mañanas cuando mi madre ya no estaba en la cocina, fingir que había desayunado e irme a clase con el estómago vacío, pero aquel primer día me fue imposible. Más de 300 calorías entraron por mi garganta y se asentaron en mi estómago. No conseguí quitármelo de la cabeza en toda la mañana.

316, 316, 316.

Los pensamientos que abordaron mi mente fueron suficiente castigo. Por desgracia, aún no tenía las fuerzas necesarias para hacer ejercicio; pero no podía permitirme seguir con lo que había hecho aquellos días —es decir, nada—, o terminaría volviéndome una obesa.

Solo al cruzar las puertas del instituto me di cuenta de lo poco que deseaba estar ahí. Lo último que quería era que la gente viera cuánto había engordado. No quería oír los murmullos, las risas o las miradas de pena que acompañarían la noticia de que David y yo ya no estábamos juntos. No quería encontrarme con el chico al que había roto el corazón, a pesar de prometerme que nunca lo haría. Tampoco quería ver como la que antes había sido mi mejor amiga ahora no soportaba mirarme. No quería descubrir si Debra se había hecho daño en mi ausencia. En realidad, una pequeña parte de mí la envidiaba... Yo no era lo suficientemente fuerte para utilizar la cuchilla. Ella

sí que tenía un problema que merecía solucionarse. Los míos, a su lado, parecían solo cuentos.

Creé en mi cabeza un millar de escenas y momentos que podrían fastidiar aquel día, pero la realidad fue distinta.

Caminé cabizbaja por los pasillos hasta que un cuerpo chocó contra el mío, me hizo dar dos pasos atrás y me rodeó con los brazos. Levanté las manos en señal de defensa hasta que, una fracción de segundo más tarde, reconocí la fragancia que me envolvía. No fue difícil reconocer también al autor del abrazo; nadie más me hubiera hecho ruborizarme así. Me maldije por dentro, esperando que al separarnos no se notara. Sus brazos, a los que una vez llamé «hogar», ahora se me hacían extraños. Me quedé inmóvil, hasta que David se echó para atrás.

También tenía las mejillas sonrojadas, aunque supuse que se debía a la carrera que había dado para encontrarme. Ver una sonrisa tan sincera adornando su rostro no hizo más que partirme el corazón.

—Sara, qué bien que hayas vuelto. —Al parecer había repetido mi nombre mientras se acercaba, pero el rumiar de mi cabeza lo había mutado—. Te he estado mandando un montón de mensajes estos días. ¿No has visto el móvil? —Abrí la boca para contestarle, pero él continuó hablando, arremolinando las palabras unas con otras—. Bueno, quizás no han sido todos los días, pero... Una tarde llamé a tu casa y tu madre me cogió el teléfono. Me dijo que estabas mejor pero que todavía necesitabas descansar, así que pensé que visitarte no sería buena idea, y menos aún acribillarte a mensajes. Además, me di cuenta de que si mandarte treinta mensajes no había funcionado, tampoco lo haría enviarte el número treinta y uno.

Se calló de golpe. Fue como si el peso de todo lo ocurrido el día que dejamos atrás Valdenares nos azotara otra vez. Mi silencio le hizo darse cuenta de que ya no éramos los que habíamos sido; ya no podía cogerle de la mano sin un cosquilleo, ya no podía responderle con un beso, ya no, *ya no*.

Intenté devolverle la sonrisa, aunque los dos notamos esa grieta que habíamos dejado en el corazón del otro. Debía recordar que seguía siendo David y que me había prometido no perderle. Tenía que luchar para demostrar que podíamos seguir siendo los amigos que una vez fuimos. Solo necesitábamos tiempo.

Y romper ese nudo en el estómago, ese dolor en el pecho, esa cercanía que parecía prohibida, esos «ya no» que nos frenaban.

A pesar de las grietas, aquella breve charla con David ayudó a mejorar la mañana. Lo que no lo hizo fue la montaña de apuntes, deberes, exámenes y

trabajos que tenía que organizarme para la semana siguiente. Solo por eso deseaba no haber faltado a clase. Mis notas ya habían bajado bastante los últimos meses y no podía permitirme decepcionar más a mis padres.

Antes del descanso, unos golpes suaves en mi hombro interrumpieron mi lectura. Me volví, esperando encontrarme con una Debra curiosa o un David sonrojado.

Pero no. Clara me miraba, cabizbaja, con los labios torcidos y las manos entrelazadas tras la espalda.

—Hola —murmuró con un hilo de voz.

—Hola.

—Me enteré de lo que pasó. ¿Ya estás mejor?

Asentí con la cabeza. Ella sonrió. Fue una sonrisa sincera, de las que me había privado durante lo que me había parecido mucho tiempo. Daba la sensación de que se le escapara; sus comisuras estaban ligeramente curvadas y tenía los labios rosados. Ese simple gesto hizo que todo el peso que sentía que cargaba sobre mis hombros se aligerara un poco más.

—Me alegro mucho —dijo.

Sonó el timbre, la profesora de matemáticas entró en clase echando humo y Clara se vio obligada a volver a su sitio antes de que pudiéramos acabar la conversación.

Por un momento me dio la sensación de que todo iba bien.

Pero me equivocaba.

Llegué a casa más animada que por la mañana. David y yo habíamos cogido el mismo autobús para volver —habría sido demasiado sospechoso ir andando, por más que aquellas 316 calorías todavía martillearan mi cabeza— y habíamos recuperado esas conversaciones tontas que me recordaban lo mucho que le quería. Aunque ahora eran distintas: más que abrigarme, como lo hacían antes, eran cada vez más frías. Cada vez parecían más torpes, como si su única función fuera la de cubrir el silencio.

Todo el ánimo que David podría haberme dado se esfumó en el momento en el que entré por la puerta de casa.

Mi madre estaba sentada en un sillón del salón, encorvada hacia delante con las manos tapándole la cara. Lloraba en silencio mientras mi padre, de pie junto a ella, le acariciaba el cabello. Con la otra mano sujetaba el móvil por el que hablaba.

Ambos se volvieron para mirarme en cuanto me oyeron entrar. El rostro de mi madre parecía deformado, como si llevara horas llorando y las lágrimas le hubieran marcado la piel. Tenía los ojos rojos y la mirada apagada. Mi padre parecía haber envejecido años. Me miró con el semblante serio mientras se despedía:

—Gracias, Marisa. Ya hablamos. —Colgó.

Los dos me observaban conteniendo las lágrimas. Dejé la mochila tirada en la entrada y me acerqué a ellos.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, presa del miedo.

Mi madre se irguió y se colocó frente a mí. Su mirada estaba cargada de emociones: se mezclaban la decepción, la impotencia, la rabia, la tristeza y el dolor. Quise abrazarla y consolarla, pero algo me decía que ella se apartaría.

—Nos han dado los resultados del análisis, Sara —dijo con toda la templanza que pudo—. No creo que te sorprenda, pero... No han salido nada bien. Tienes niveles bajos de potasio, te faltan muchos nutrientes y... —Se tapó la boca con la mano, rompiendo a llorar.

Mi padre se acercó por detrás, le rodeó la espalda con un brazo y tomó la palabra:

—Antonio suponía que algo no iba bien y nos ha pasado con una compañera suya. Nos ha preguntado sobre tu comportamiento y ha deducido que...

—¡Dios! ¿Cómo he podido estar tan ciega? —explotó mi madre. Oírla me dolía. Sentí que todo mi cuerpo comenzaba a temblar, que las piernas me fallaban y que todo se desmoronaba—. ¿Por qué, Sara? ¿Por qué lo has hecho?

—Yo... Yo no he hecho nada... —conseguí decir con los puños apretados.

Mi mente temía lo peor. Y por una vez estaba en lo cierto.

—Cariño —mi madre se apartó las lágrimas con la manga—, nos han dicho que es muy probable que sufras un trastorno alimentario. Anorexia nerviosa.

No.

No, no, no.

Ahora lo tenía claro. No.

Anorexia es lo que tenía Sofía, lo que la había matado. Anorexia era pasar días enteros sin comer y estar en los huesos, pesar menos de cuarenta kilos. Anorexia era abrazar al váter más que a tus propios padres, vomitar todos los

días. Anorexia era estar en un hospital con un tubo metido por la nariz porque el simple contacto con la comida te daba náuseas.

O eso pensaba yo.

—¿Qué? —dije con la voz quebrada—. A mí no me pasa nada, mamá, eso no es cierto.

—Sara...

—Mamá, ¿no me ves? No estoy enferma. —Ella chasqueó la lengua y bajó la mirada al suelo, dejando que las lágrimas brotaran—. ¡No estoy enferma! —repetí, pero solo sirvió para que llorara más.

Mi padre se dirigió a mí y me puso las manos sobre los hombros, obligándome a dar media vuelta.

—Sube a tu cuarto, Sara. Creo que necesitas un tiempo para pensar.

Forcejeé, intentando que me soltara, pero sus dedos parecían estar anclados.

—¡Papá, no me pasa nada!

Él no pensaba lo mismo. Me acompañó hasta mi cuarto, dejando que sollozara durante todo el trayecto. Cerró la puerta tras de sí y yo caí sobre la cama, rota.

Rota como nunca me había sentido.

Decidí que dormir sería la única forma de escapar de mis problemas. No quería acercarme a la puerta y oír los susurros de mis padres. No quería que mi madre siguiera llorando. No quería salir y que me repitieran que iba a engordar. No podía hacerlo.

Después de aquella semana en casa me prometí que iba a acabar con esa mala racha. Estaba harta.

No más atracones.

No más caprichos.

No más excusas.

No más comida.

Estaba harta de ser gorda, de ser fea, de ser estúpida.

Patética. Asquerosa. Inútil. Un lastre.

Pero aquello iba a cambiar: me dije a mí misma que sería delgada. Sería preciosa. Sería perfecta. Sería frágil, como Sofía.

Todos aquellos planes se destrozaron con las palabras de mis padres. ¿No se daban cuenta de lo que hacían? ¡Hacerme comer ahora no me serviría de

nada! Solo haría que me sintiera peor; más culpable, más gorda. ¿Por qué no me dejaban en paz? ¿Por qué se esforzaban tanto en hacer que me odiara?

Yo solo quería querirme.

Sabía que con unos kilos menos lo conseguiría. Era lo único que se me daba bien ahora: adelgazar. Me daba igual el hambre que tuviera o el dolor que causara, en mi cabeza seguía retumbando aquel «quíete o muere en el intento».

A veces veía más sencillo lo último.

Quizás Sofía tuviera razón, y todo esto no fuera más que un suicidio a largo plazo. El dolor de ahora me daría la delgadez y la felicidad de después. O quizás solo acabara matándome, pero me di cuenta de que no me importaba. La paz con la que aceptaba esa posibilidad debería haberme asustado.

Abracé la almohada con más fuerza. Odiaba no poder dormir ni escapar de lo que se acercaba. No podía ser nada bueno.

Y, cuando pensaba que seguir despierta ya era demasiado duro, mi estómago rugió.

«Hambre, te has vuelto mi amante más fiel», pensé, cerrando los ojos y dejando correr las lágrimas. «Cada vez que pienso que te has ido, vuelves más fuerte que la última vez. Aunque he de admitir que quizás nuestra relación se está volviendo demasiado extrema... Necesitaría pasar un tiempo sola, sin el dolor que te acompaña. Pero no puedo negar lo que siento cuando estoy contigo. Me haces sentir tan preciosa... Sé que intento alejarte de mí, pero siempre acabo volviendo a tus brazos. Ya no sé quién soy sin ti. No quiero imaginármelo».

No sé si acabé durmiéndome o si maté las horas llorando, pero me vi obligada a levantar la cabeza en cuanto llamaron a la puerta.

—Sara, baja a cenar. —Mi padre no se atrevió a mirarme. Trató de controlar su voz para que sonara más como una orden que como una súplica.

Apreté los puños. Quizás tenía que aguantar el mal trago: cenaría con ellos, trataría de obviar los números en mi cabeza, les enseñaría mi mejor sonrisa y así verían que no me ocurría nada. La gente con anorexia no come, y yo todavía lo hacía. Todo el mundo sabe eso. Estaba demasiado gorda para estar enferma, además. No sé cómo mis padres podían creerse las palabras de aquella doctora que ni siquiera me había visto.

Nunca me había sentido tan incómoda como aquella tarde. Me sirvieron un plato mucho más cargado que de costumbre y los dos bajaron la vista, sin soltar una sola palabra. Comieron en silencio. Aun así, no pude evitar notar

cómo mi madre comenzaba a ponerse nerviosa y a lanzarme miradas molestas al notar que todavía no había cogido el tenedor.

Estuve cinco minutos (¿o fueron diez?, ¿quince?) inmóvil, con la mirada clavada en la comida. Me di cuenta de que no sabía cómo narices iba a comer y a actuar como si fuera normal a partir de ahora, cuando lo único que quería era purgar cada mordisco que tragaba y ser delgada, ser feliz. Nunca imaginé que terminaría así: incapaz de mover un músculo y aguantando las lágrimas al ver lo que antes había sido mi plato favorito.

Pero esa era mi última oportunidad de engañarlos, de enseñarles que estaba bien. Era la única forma que se me ocurría de evitar que me hicieran engordar.

Comí despacio, masticando setenta veces cada bocado. Con la mano que tenía libre agarré la grasa de mi estómago, odiándolo por hincharse así. Dejé que las uñas se clavaran en mi piel; ya me encargaría luego de que todo desapareciera. Podía bajar a la farmacia y comprar laxantes. Tomar pastillas dietéticas a escondidas. Podía pasarme la noche haciendo ejercicio. O intentar vomitar, aunque era tan inútil que todavía no lo había conseguido. Y dudaba que mis padres me permitieran entrar al baño después de comer.

Dejé el plato limpio, me eché hacia atrás y cerré los ojos sin parar de arañarme con fuerza el estómago. Solo entonces mi madre se animó a hablar:

—Mañana vendrás a comer a casa —sentenció—. Y dentro de un mes iremos al hospital para que te vean.

Traté de mantener la calma.

—Ya os he dicho que no me pasa nada, ¿es que no lo veis? —Empujé el plato hacia ellos, con más fuerza de la que habría querido.

—¿Vas a tirar el vaso hoy también? —Mi madre levantó una ceja. Fue suficiente para darme cuenta de que se refería al puñetero asunto de la leche.

Me crucé de brazos y noté cómo la rabia comenzaba a hervir en mi estómago. No había servido de nada tragarme aquel asqueroso plato: seguían convencidos de que su pobre hija estaba loca. ¿No se daban cuenta de que lo único que estaba era gorda?

—Me voy —dije levantándome de la mesa. No les di tiempo a replicar.

Corrí escaleras arriba y me encerré en mi habitación. Evité de nuevo los espejos, y mucho más la báscula. Podría haber llorado, podría haber empezado a dar vueltas y saltos por la habitación hasta caer exhausta, podría haber hecho algo de aeróbic o haber intentado deshacerme de esos gramos de más, pero la tristeza y la desesperación dolían demasiado. Me tumbé en la

cama y me dejé envolver por los brazos de Morfeo. Era mi única forma de escapar.



Capítulo 23

De nuevo, desperté deseando no haberlo hecho. Me cambié odiando mi cuerpo. Pasé los dedos por las marcas que habían dejado mis arañazos la noche anterior. Me miré al espejo solo para hundirme un poco más. Nunca en mi vida me había visto tan pálida, tan desgastada, tan cansada, tan vacía. Había desperfectos que no veía forma de arreglar. Podía adelgazar, sí, pero ¿qué iba a hacer con mi cara?

Ignoré a mis padres y ellos hicieron lo mismo conmigo. No hubo «buenos días» ni besos ni despedidas. Salí de casa sin haber dicho una sola palabra aunque, al final, mi madre destrozó el silencio y se atrevió a recordarme que me esperaba de vuelta a la hora de comer. Utilizó el mismo tono de voz con el que alentaría a un niño asustado.

Una oleada de frío me azotó nada más salir. Entrelacé mis brazos y aminoré la marcha, maldiciéndome por no haber cogido más abrigo. No supe si era el clima de marzo o si el frío nacía dentro de mí.

No llevaba más de cinco minutos andando cuando me di cuenta de que no quería llegar al instituto. ¿Para qué? No entendía una palabra de lo que explicaban en clase y mi cabeza estaba demasiado asustada pensando en números como para concentrarme. No quería que me vieran así... Tan gorda, tan descuidada, tan torpe. No quería meter la pata cuando me preguntaran los profesores ni tener que soportar las murmuraciones de mis compañeros. No quería estar cerca de David sabiendo que nos hacía daño a los dos. No quería que Debra insistiera en preguntarme qué había pasado. No quería recordar lo feliz que Clara debía de estar sin mí.

Así que, a medio camino, tomé la decisión de escapar. Nunca había faltado a clase, pero ¿de qué serviría que fuera ahora? Estaba demasiado cansada. Parecía que la cabeza iba a estallarme y me sentía muy débil. Ya no tenía motivos para seguir comportándome como la niña buena que obedecía a sus padres. Ellos iban a engordarme y a llevarme a un loquero, y yo lo estaba permitiendo como una estúpida. Si no quería ir a clase, por una vez iba a ser lo suficientemente valiente para escaquearme.

Cambié mi ruta y apresuré el paso, buscando con la mirada un lugar donde refugiarme. Pero ¿adónde iba a ir ahora? No quería estar en ningún sitio. No quería dormir ni quería estar despierta.

Acabé por pararme junto a un parque infantil. El cielo estaba nublado («gris», pensé, y el corazón se me encogió al recordar a David), dando un aspecto triste a los columpios vacíos. Parecía que hubiera acabado en el interior de una foto antigua. Dejé la mochila sobre un banco, me senté junto a ella y me abracé las piernas. Apoyé la cabeza sobre mis rodillas y cerré los ojos, deseando que aquello bastara para desaparecer. Pero ahí seguía el frío, seguía la culpa, seguía el miedo. Quise leer a Sofía y perderme entre sus páginas, pero había olvidado el diario en casa.

Me sentía tan sola que dolía.

Dos minutos después dejé de estarlo.

—Sara, ¿qué haces aquí?

—¿Qué haces tú aquí? —repliqué nada más levantar la cabeza.

¿Tenía que ser él? De todas las personas que vivían en Ordana, ¿tenía que encontrarme precisamente con él?

Llevaba una sudadera negra y el cabello revuelto cayéndole sobre la frente. Empezaban a asomar esos primeros rizos en la nuca que indicaban que era hora de cortarse el pelo. Tenía los labios entreabiertos y los ojos ámbar apagados por culpa del tiempo de aquella mañana. Se había puesto sus zapatillas favoritas y llevaba la mochila a la espalda, llena de chapas de esa serie que tanto le gustaba sobre alienígenas y viajes en el tiempo. En aquel momento odié reconocer todos esos detalles. Quería verlo como un chico más, no como David. Quería arrancar esa culpa que nacía en mi pecho, esa rabia de querer estar con él y a la vez no querer dañarlo.

—Me he acercado a tu casa para ir juntos a clase, pero cuando he llegado me han dicho que ya te habías marchado. Así que he corrido para alcanzarte.

—Se encogió de hombros—. Iba a saludarte, pero entonces te he visto cambiar de dirección y me ha entrado curiosidad. ¿Sara saltándose las clases? Eso tenía que verlo. ¿En qué momento me convertí en tan mala influencia? —Dejó escapar una sonrisa.

—Bueno, no te lleves tú todo el mérito. —Intenté sonreír yo también, pero me quebré en el intento—. Es solo que no quiero ir a clase, así que no voy a ir. Simple.

Me parecía todo demasiado irreal. David no quería alejarse de mí, a pesar de que aquella falsa cercanía nos hacía daño a los dos. Los dos sabíamos que la mejor forma de sanar, de cerrar aquella grieta, era la distancia; pero nos negábamos a que existiera la posibilidad de que decidiéramos no volver. Pensábamos que era mejor fingir que no había pasado nada. Obviar aquellas

conversaciones torpes y aquellos momentos en los que la imposibilidad de besarle sacudía todo mi cuerpo.

Si no hubiera sido tan tonta, habría aprovechado aquel viaje a Valdenares para estar con él. Le habría dado los mil besos que ahora tanto ansiaba, le habría recordado lo mucho que le quería y cuánto sentía que las cosas fueran a terminar así. Pero, en lugar de eso, había pasado aquellos días preocupándome por el número de calorías que metía en mi cuerpo.

Y para qué, si ahora mis padres se empeñaban en volverme una obesa.

—Sara, ¿me estás escuchando?

Sacudí la cabeza. Otra vez, fue como si me hubiera quedado encerrada en mi mente y no fuera capaz de percibir lo que ocurría a mi alrededor. Cuando quise darme cuenta me vi con las manos temblorosas bajo las mangas del jersey y con David inclinado hacia mí, ladeando la cabeza. Una gota fría cayó sobre mi mejilla y miré hacia arriba.

—Perdona, ¿qué?

—He dicho que está empezando a llover. —Se puso la capucha de la sudadera—. Me parece genial que no quieras ir a clase hoy, pero quizás lo de quedarse en este parque no sea tan buena idea.

—Me da igual mojarme.

—Ya, pero a mí no me da igual que te mojes. —Me agarró de la muñeca—. Venga, si no quieres ir al instituto al menos vente a mi casa. No habrá nadie hasta las cinco y... Bueno, tiene techo.

Me revolví un poco en el banco, todavía indecisa. David no dejaba de buscar mis ojos con los suyos.

¿Cómo decírselo?

¿Cómo decirle que estaba demasiado cansada, a pesar de haber dormido diez horas? ¿Cómo decirle que solo quería estar sola de una vez? ¿Cómo decirle que estaba harta de obligarme a sonreír? ¿Cómo decirle que, a pesar de quererle, necesitaba desesperadamente que se alejara de mí?

Y, por si las cosas no podían ir peor, la tristeza volvió a dolerme y empecé a llorar. Solo fueron un par de lágrimas, silenciosas, deslizándose con gracia por mis mejillas. A David no le pasaron desapercibidas.

—Sara... —murmuró acercándose más a mí—. ¿Estás bien? ¿Quieres hablar?

No, no estaba bien.

Quizás fuera eso lo que me llevó a asentir. Quizás una parte de mi subconsciente consiguió librarse de sus demonios y aprovechó esa pregunta

para que yo también lo hiciera. Una parte de mí que quería salvarse desesperadamente.

Quince minutos después estábamos en su apartamento.

La lluvia no había sido más que una excusa para sacarme de allí, porque no cayeron más de cuatro gotas. Aun así, el día se mantuvo nublado, acorde con mi estado de ánimo. Y quizás no cayó agua del cielo, pero sí de mis ojos.

La casa de David se me antojó un fantasma. Vi a aquella Sara del pasado —gorda, cómo no— tendida en el sofá, intentando calmarse mientras él le acariciaba el pelo. La vi encerrándose en el cuarto del baño y llorando, igual que lo hacía ahora, con la certeza de que jamás llegaría a ser delgada. Los vi a los dos abrazados, compartiendo el silencio; él envolviéndola con los brazos para evitar que se rompiera.

Meses después, ella estaba hecha trizas y él, aunque intentara ocultarlo, también.

—¿No te importa perderte las clases?

—Vamos, Sara, ni que fuera la primera vez. Además... Me importas más tú. —Le siguió un breve silencio, cargado de «ya no». ¿Tienes frío? —preguntó después, agarrando mis manos con las suyas. Solo entonces me di cuenta de que me temblaban.

—Un poco.

Levantó una ceja. Yo también me preguntaba cómo podía tener frío a aquellas alturas, cuando la gente empezaba ya a lucir su ropa de primavera. David se quitó la sudadera y se quedó en manga corta.

—Toma. —Me la tendió—. Anda, ve y siéntate en el sofá. Voy a hacer café, ¿quieres uno?

No, no, no, no, no. ¡Joder, no!

La sudadera resbaló de mis manos y cayó al suelo. Yo también me dejé caer, incapaz de contener los temblores, el frío, el llanto. David corrió a mi lado, y me rodeó con un brazo.

Y entonces le conté todo lo que me había callado en Valdenares.

O casi todo.

Las palabras salieron de mi boca antes de que yo pudiera evitarlo, como si desearan que por una vez alguien las escuchara. Solo recuerdo hablarle de que tenía miedo, mucho miedo, de que solo quería ser delgada y quererme, de que no podía comer ahora, no podía echarlo todo a perder. Se me atropellaban las palabras y hablaba con torpeza. Todo lo que pensaba se volcaba en mi voz,

sin filtros: «Estoy gorda», «no soporto seguir así», «Sofía es la única que me *entiende*». «Soy demasiado débil», «me he quedado sin excusas y nadie se cree mis “no tengo hambre”», «la culpa es tan grande que no me deja respirar». «Necesito adelgazar, necesito ser más guapa, necesito ser suficiente, ¿cuándo será suficiente?».

«No fui suficiente para quererte», fueron las palabras que guardé. No le hablé de la sensación de vacío que me embargaba aquellos días, como si echara de menos algo que nunca había sido mío. Tampoco le dije que últimamente veía cualquier objeto como una posible herramienta para acabar con todo, para dejar de sufrir. Ni que cada día era más difícil sacar fuerzas para quedarse.

Quizás Lidia tenía razón. Quizás esa era la única forma de descansar. Podía hacer como Sofía y morir delgada. Ya no me daba miedo morir ni acabar como ella; me consolaba. Estar muerta no dolía.

No había otro camino. Intentar recuperarme me parecía inútil y doloroso. ¿Para qué? Ahora veía lo que quedaba del mundo: nada más que dolor, maldad y codicia. Puede que algún día fuera feliz otra vez, puede; pero no quería. Solo quería desaparecer.

Pero era mejor que David no lo supiera. No serviría de nada. Ya me sentía demasiado culpable por el daño que le había hecho como para pensar en el daño que dejaría atrás cuando me fuera.

—¿No vas a decir nada? —dije cuando acabé de hablar. Sentía el recuerdo de las lágrimas pegado a mis mejillas.

Él se mantuvo cabizbajo, con los labios apretados.

—¿Qué quieres que diga? Sabía que estabas con todo ese rollo de la dieta, pero esto... —Sacudió la cabeza—. Es más de lo que puedo entender, Sara. No voy a decirte que eres preciosa, incluso aunque sepa que es cierto, porque para ti estas palabras ya no significan nada.

Silencio otra vez. Mi corazón no había parado de latir, cada vez más deprisa, como si acabara de correr una maratón. Sentía otra vez los músculos débiles, el cuerpo cansado.

—Pero quizás... Quizás si te dieras cuenta de cuánto he hecho por ti... —David cerró los ojos muy fuerte, y por un segundo pensé que iba a ponerse a llorar él también—. No es solo saltarme clases por ti; es estar siempre a tu lado, incluso ahora, solo por miedo a perderte. ¿Aún crees que no vales nada? ¿Crees de verdad que necesitas adelgazar, que así te querrás más? Siempre te puse a ti por encima de mí. Porque me sostienes, Sara.

»Así que, de verdad, no pienses que no eres suficiente. Y no olvides que solo ves lo que quieres ver. ¿Qué me dices de lo que tienes dentro? Olvida los problemas de una puñetera vez y date cuenta de lo que vuelve a una persona valiosa. No nacemos odiándonos; no estás hecha para eso. Y dejando de comer solo alimentas ese odio... —Suspiró, tratando de frenar el remolino de palabras que salían de sus labios—. Pero, diga lo que diga, yo no puedo salvarte. Es tu decisión. Tienes que cambiar, tienes que darte cuenta de qué camino estás eligiendo y...

—¿Salvarme? —dije con una risa rota. No quería salvarme. Simplemente, ya no quería *estar*—. Sé que todo esto puede haberte... impactado un poco, pero no creo que tengas que exagerar tanto. Solo quería desahogarme. No sé si te das cuenta, pero no es que esté drogándome ni nada por el estilo.

—Pero no estás haciendo caso a tus padres. Ellos solo quieren lo mejor para ti, Sara, y no sabes cuánto me alegro de que hayan hablado con esa psiquiatra porque...

—¡No voy a ir a esa estúpida psiquiatra! —Apreté los puños—. ¿No lo entiendes? No me van a ayudar nada; solo quieren que engorde.

—Te equivocas...

—No, eres tú quien se equivoca. No te he contado esto para que me vengas con discursos estúpidos que no sirven absolutamente de nada. No te he contado esto para que apoyes a mis padres...

—¿Entonces para qué, Sara? ¿Por qué me lo has contado? —soltó alzando el tono de voz.

Nunca había visto tanta rabia en sus ojos.

No supe darle una respuesta y bajé la mirada. Me daba rabia notar cómo mi cuerpo se sacudía, intentando librarse de todas las emociones que me arrollaban en aquel momento. Impotencia, rabia, desolación, miedo, culpa. Y, mientras, yo tenía que concentrar todos mis esfuerzos en no derrumbarme, David seguía la conversación con el semblante serio y el cuerpo en calma.

—Tienes que recuperarte —murmuró.

«Tengo que desaparecer».

—Si no es por ti, por nosotros, Sara.

«Ya no hay un nosotros, David. No hay nadie. No quiero a nadie».

Negué con la cabeza, despacio. El gesto no hizo más que enfurecer a David.

—No puedo creer que estés actuando así. No puedo creer que vayas a seguir así, haciéndonos tanto daño a quienes solo queremos lo mejor para ti. Es muy egoísta.

—¿Egoísta? —Mis manos temblaron más, mis lágrimas aguantaron menos—. ¿Egoísta? ¿Es que no te das cuenta de la horrible desesperación que debo de estar sintiendo como para pensar estas cosas? ¿No te das cuenta de lo que sufro? ¿De verdad te piensas que he elegido esto, que es tan fácil como «cambiar» de camino? Esto no es egoísmo, David. Es una cárcel.

—¿Te crees que eres la única que sufre? —Alzó el tono de voz—. Me prometiste estar ahí y me destrozaste, Sara. Te excusaste con tus problemas para dejarme solo, para utilizarme como hizo Clara. ¡Dijiste que no lo harías, joder! Nunca pensé que tú lo harías...

—¡Eso no tiene nada que ver con esto!

—¡Claro que sí! —David dio un golpe al suelo con el puño. Tenía los ojos humedecidos. A nuestro alrededor, todo parecía negro—. ¡Joder, Sara! Te dejas vencer en lugar de luchar. Decidiste marcharte en lugar de luchar por nosotros, y ahora decides rendirte por lo mismo. Cuando las cosas se ponen difíciles, dejas que todo te hunda y te rindes, sin más. Vas por el camino fácil. Haces lo que te hace sentir mejor, pero te importa una mierda dejar a los demás destrozados a tu espalda. Y, ahora que tienes la oportunidad de, por una vez, ahorrarnos el dolor de verte acabar como Sofía, sigues rindiéndote. Eliges la vía fácil, la que no te da miedo. Deja de ser tan cobarde.

Cada palabra cayó como una bofetada. Varias fueron golpes en el estómago, otras, arañazos en la piel o patadas por la espalda. Me sentí todavía más débil, más sola, más desesperada. Pero no más cobarde.

¿Quería verme tomar decisiones? ¿Quería que fuera valiente?

Quizás fuera lo suficientemente fuerte para hacerles un último favor y ahorrarles el dolor de seguir cargando conmigo.

—Lo siento —murmuré antes de ponerme en pie.

Porque en el fondo lo sentía. Sentía la rabia y la impotencia, sentía no poder evitar ser veneno y dañar a todo aquel que se atreviera a quererme. Sentía que era hora de arreglarlo.

Le devolví la sudadera y me fui hacia la puerta, sin volver la vista atrás.



Capítulo 24

Mis piernas me guiaron directas al séptimo piso. Al abrir la puerta de la azotea, una brisa de aire me recibió golpeándome la cara y erizándome el vello. Me detuve un momento, con las manos frías sobre el marco. Volví a ver aquellos fantasmas del pasado; una Sara que por un momento se dejaba llevar, los copos de nieve que caían sobre su nariz, el frío que no la inmovilizaba como hacía ahora. Los brazos de David rodeándola, su sonrisa; la falsa esperanza de que, por una vez, todo iba a ir bien.

Las lágrimas me dolían. Se clavaban en mi piel, frías como témpanos. El pelo me cruzaba la cara, pero no me importaba. En aquel momento no pensaba en nada, no quería ver nada, solo quería escapar. Huir. Lejos de mí, de esos recuerdos, de David, de mis padres, de todos.

Pero el dolor era como una sombra que me perseguía, que siempre estaba ahí por mucho que corriera. Ni siquiera a esa altura podía deshacerme de él.

Como si fuera una sonámbula, me deslicé despacio hacia el borde del terrado, igual que había hecho unos meses atrás. Oí el eco de esas voces del pasado, como si me susurraran de nuevo al oído:

«Cierra los ojos».

Y eso hice. Dejé que por un momento el mundo se volviera tan negro como yo lo sentía. Tanteé el aire con las manos y me agarré a la cornisa; pegué un salto para sentarme sobre ella, los pies todavía en el interior. El vértigo me obligó a abrir los ojos.

Oí la falsa voz de David junto a mi oído: «Cuenta hasta tres».

Me aparté el pelo de la cara. Estaba tiritando y, como ya era costumbre, no sabía si se debía al frío o al miedo. Tenía que ser lo primero; no podía ser tan cobarde.

«Uno...».

Los latidos de mi corazón repicaban en mis oídos y el viento parecía estar cantándome. Las lágrimas seguían empañando mis ojos, impidiéndome ver el paisaje que antaño me había parecido tan bonito. Ahora solo veía en blanco y negro.

Sentía que lo había perdido todo.

Había perdido la poca delgadez que una vez había tenido. Había perdido las ganas de quererme, las ganas de ver cómo todo cambiaba... Si alguna vez

lo hacía. Había perdido a Clara, después de tanto tiempo juntas. Había perdido a Sofía antes incluso de darme cuenta de que quería conocerla. David no me volvería a ver igual, él tampoco sería el mismo. Y había perdido todo lo que quedaba de la antigua Sara. Ya no era nadie; estaba sola, desorientada, vacía.

En aquel instante solo podía pensar que todo estaría mejor sin mí. Que Clara no tendría nada de lo que preocuparse, Debra mantendría su secreto a salvo, David podría encontrar a alguien mejor. Nadie me necesitaba.

«Dos...».

Además, estaba sola en esto. En los últimos días me había dado cuenta de lo poco que importaba. Nadie notaría mi ausencia. Ya lo había aprendido con Sofía: a la gente solo le importas cuando estás muerta o a punto de estarlo.

Giré las piernas hacia el exterior y sentí el peso de mi cuerpo tirando hacia abajo. Estiré el cuello lo suficiente para echar una mirada a la calle. Quizás no debí hacerlo. Siete pisos más abajo se extendía una carretera silenciosa y gris, sin vida.

Podría ser la solución que Sofía y Lidia buscaron aquella noche. Mi forma de escapar.

Bastaría un momento de desequilibrio o un empujón torpe para acabar cayendo de la azotea, pero mis manos parecían reacias a soltarse. Era como si alguna fuerza me retuviera, intentando que conservara la vida.

Luego estaba la voz que me empujaba a dar un salto adelante. Un solo salto y todo terminaría. Llegaría la paz, la luz. No sentiría nada, no tendría por qué llorar más. Merecía desaparecer de una vez.

Estaba decidida. No quería vivir más, no así. No quería verme engordar, ver cómo solo conseguía dañar a la gente a la que quería. No me quedaba nada. Apreté los puños, respiré hondo. Cerré los ojos.

En aquel momento no pensé en lo que pasaría después. No pensé en las manos temblorosas de mi padre cogiendo el teléfono con la fatídica noticia, en el grito desgarrador de mi madre al conocerla, en los ojos vacíos y las noches en vela que iban a pasar. No pensé en que David jamás sería capaz de volver a amar a nadie, en que acabaría siguiendo mis pasos de lo culpable que se sentiría y perdería toda esa luz que llevaba dentro. No pensé en cómo la noticia rompería a Clara, que jamás se perdonaría haberme dado la espalda. No pensé en toda esa gente que me conocía ni en la familia que lloraría mi pérdida. En Debra, volviendo a abrirse la piel para intentar aliviar con dolor el dolor de no haberme seguido. En mi pequeña prima Victoria, dejando un dibujo suyo sobre mi tumba y preguntándose por qué me fui. En mis abuelos

sin fuerzas para buscar una explicación. No pensé en esa vida que nunca viviría, ese marido que nunca me conocería, esos hijos que nunca tendría, esas ciudades que no vería, esa historia que no se escribiría.

«Tres».

—¡Sara!

Volví la cabeza hacia atrás a tiempo de ver cómo David entraba en aquel terrado con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué haces aquí? —grité. Él dio dos pasos hacia delante—. ¡Para! ¡No te acerques!

Me hizo caso, aún incapaz de reaccionar. Tenía las manos extendidas en el aire, como si tratara de aferrarme. Todo su rostro mostraba una terrible expresión de terror y, por un momento, pensé que iba a desmoronarse ahí mismo.

—No me muevo —gritó para hacerse oír. Trató de sacar fuerzas para hablar de donde no las había—. Sara, por favor, no...

Me di cuenta de que sus manos temblaban, igual que las mías. Sus mejillas estaban surcadas de lágrimas, igual que las mías.

—No debería haber dicho eso. No quería decir eso, yo... —siguió sin parar a coger a aire. Le interrumpí antes de que continuara:

—David, ya no importa. No importa nada. Déjame sola, por favor.

—Tú importas. —Dio un paso hacia delante. La expresión de desolación no desaparecía de su rostro, a pesar de que intentaba parecer seguro—. Me importas, Sara, y no solo a mí. Tu vida todavía te pertenece. Puedes... Puedes superar todo esto, dejar este dolor atrás. Sé que puedes hacerlo. Déjame ayudarte.

Por un instante me sentí incapaz de volver la vista al borde del terrado. Aún sentía mis pies balanceándose en el aire, pidiéndome caer.

—David, no quiero molestarte más. No quiero preocuparte y...

—¿Cómo no voy a preocuparme, Sara? —Su voz se quebró al decir mi nombre. Se llevó una mano al pecho y se encorvó hacia delante, al tiempo que daba un paso más. Se movía como si fuera él quien estuviera al borde del abismo—. Eres mi amiga. Eres mucho... mucho más que eso. Por favor, confía en mí. Solo una última vez. Olvida todo lo que he dicho antes, me he dejado llevar por la rabia y he dicho cosas que no sentía. —«Quizás ahora te estás dejando llevar por el miedo y tampoco lo sientes», pensé—. Pero no mereces nada de esto, ¿me oyes? Ven conmigo. Podrás con esto, Sara. Por favor... No tienes por qué hacerlo...

—No tienes ni idea de lo que es estar viviendo cada día una pesadilla y no encontrar una manera de despertar. Estoy cansada de verlo todo negro. Estoy cansada de que vivir cada día se haga más duro, cansada de sentirme sola —dije con un hilo de voz—. Solo quiero descansar.

Una ráfaga de aire provocó que me tambaleara, y David dio dos zancadas más hacia delante. Si estiraba lo suficiente la mano llegaría a tocarme, pero yo no se la cogería.

—Por favor, déjame sola. —Le di la espalda, pero no fui capaz de mirar abajo. En su lugar, dejé salir aquellas últimas lágrimas. Aún me sorprendía que me quedaran.

Y, a pesar de mi decisión, no fui capaz de soltar las manos.

«Tienes a Sofía esperándote al otro lado, ¿a qué esperas? Ella por fin es feliz, ¿no? Y quizás en el Cielo estés delgada. O quizás ahí no te importe no estarlo. Quizás no haya nada, quizás todo siga siendo negro, quizás...».

Volví la cabeza al darme cuenta de que David se había sentado a mi lado, con las piernas colgando sobre el vacío y la mirada clavada en la carretera de abajo. El aire mecía su flequillo, rubio ceniza, que parecía haberse aclarado en contraste con el gris del cielo que quedaba detrás.

—¿Qué estás haciendo? —dije siendo todavía más consciente del temblor de mi cuerpo. No quería oír la respuesta.

Él ni siquiera se volvió para mirarme.

—No voy a dejarte sola.

Con cuidado, se atrevió a soltar una de sus manos para colocarla sobre la mía. Tenía la piel fría y estaba temblando.

—¿Quieres acabar con todo esto? —dijo—. Adelante, pero no me dejes atrás. No podría vivir con ello.

Busqué su mirada, pero él se negaba a volverse. Noté la desesperación subiendo por mi garganta:

—No. No puedes hacer esto.

—¿Por qué?

—Tienes..., tienes que vivir. Tienes que hacerlo. Tienes mucho por delante; tus padres ni siquiera saben que estás aquí, no puedes simplemente... desaparecer.

—¿Y por qué tú sí?

Antes de que me diera cuenta mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—No puedo seguir aquí.

—Sí que puedes. Tú decides, Sara. Pero hagas lo que hagas, lo haremos juntos. —Se atrevió a sonreírme; nunca había visto una sonrisa tan rota—. No

pienso dejarte sola.

«Él no, él no, él no», se repetía en mi cabeza, superando por primera vez a los mil «gorda» a los que me había acostumbrado. Pelearme con la comida me parecía absurdo comparado con el dolor de arrebatarse a David de aquel mundo.

—No me puedes hacer esto...

—Solo quiero que entiendas lo que es tener lo que más te importa al borde de un terrado, Sara. —Él también estaba llorando—. Por favor, perdóname. Volvamos a casa.

Y cuando dijo «casa» pensé en los brazos de mi madre, en la forma en la que me acariciaba el pelo las noches que no podía dormir. Pensé en las tardes en las que zampaba rollitos de canela sin preocuparme, y los ataques de risa que acababan con dolor en el estómago. Aquellos días en los que no me importaba pasar la tarde tumbada, leyendo en mi habitación, esperando con impaciencia que llegaran Clara y David para salir a dar una vuelta. Los viajes en coche con las ventanillas bajadas, la música a todo volumen y mi voz cantando sin importar quién la oyera. Pensé en la calidez de los besos de David; en la sonrisa que una vez me devolvió el espejo, cuando me centraba más en la forma bonita de mi pelo o el moreno de mi piel, en lugar de en la grasa de mi estómago.

Quizás tenía que dar un paso atrás. Darme una última oportunidad.

Con más agilidad de la que esperaba, me bajé y me dejé caer de rodillas al suelo. David no tardó en rodearme con los brazos, abrazándome como si temiera que aún pudiera caerme.

Solo entonces fui realmente consciente de todo lo que acababa de suceder. Me pareció volver a vivirlo todo en tercera persona: la soledad del parque, mis llantos, la casa de David, mi desesperación, la huida, el dolor, el terrado, mi decisión, mi templanza. Iba a acabar con todo, a borrar del mapa como si jamás hubiera estado ahí.

Y, aunque aún sintiera aquel vacío en el pecho, no era la hora de marcharme.

—¿Podemos hacer como si nada de esto hubiera pasado?

—Ha pasado, Sara.

—No debería haberlo hecho.

—No debería haberte gritado así.

—Quizás sí que necesite ayuda y... Sé que he elegido siempre el camino fácil. Tenías razón. Solo que ese camino tampoco era fácil para mí, pero lo contrario me parecía impensable. Y... no quería ser una cobarde.

—No lo eres. Sigues aquí.

—Sigo atrapada.

—Ya te lo he dicho: es tu decisión salvarte. Y hoy lo has hecho...

—No, has sido tú. Si no hubieras subido al terrado, yo...

—Sara, no he hecho nada. Quiero que lo entiendas. No soy tu salvavidas. Solo..., solo te recuerdo lo que tu cabeza a veces olvida. Pero quien toma las decisiones eres tú, quien decide quedarse eres tú. Si hubieras querido morir, yo no habría podido pararte.

—Pero de verdad *quería* hacerlo. Yo... No sé lo que estaba pensando. No quiero volver a pensarlo.

—¿Ves cómo has sido valiente? Has vuelto. La fuerza la has sacado tú. Por eso confío en que seguirás haciéndolo.

—Voy a intentarlo, ¿sabes? Recuperarme. No me queda otra, en realidad... Aunque a veces pienso que no tengo nada de lo que recuperarme, que todo son tonterías mías.

—Las tonterías no llevan a nadie a una cornisa.

Silencio.

—Siento mucho haberte hecho pasar por todo esto.

—No lo sientas, no es culpa tuya. Cuando quieres a alguien te expones a que te hagan daño. Lo has oído mil veces porque es cierto, por muy triste que suene. Puede que te rompan el corazón, o puede que se lo rompas tú a ellos y no seas capaz de perdonártelo nunca. Lo primero es un riesgo, lo segundo es una carga. Pero tanto el riesgo como la carga son alas, ¿entiendes? Son un peso en nuestra espalda, sí, pero un peso que nos eleva. Un peso que merece la pena soportar. No cambiaría quererte por nada, Sara.

Más silencio.

—Gracias por quedarte conmigo.

—Gracias a ti por quedarte.



Capítulo 25

Aquella noche, aferrada a mis sábanas, me di cuenta de muchas cosas.

Negar que estaba enferma era el primer síntoma de que sí lo estaba. Solo una persona enferma se sentiría defraudada por estar «sana». Una parte de mí lo sabía desde hacía mucho tiempo, sabía que lo que hacía no era normal. Que cada vez entendía mejor a Sofía y me parecía más a ella. Las razones de Lidia para marcharse pasaron de parecerme desgarradoras a ser demasiado convincentes. Descansar, huir de todo lo que vendría después y no preocuparme más por el dolor que pudiera recibir o el dolor que causara. Parecía un buen trato.

Luego había otra parte dentro de mí que decía que todo lo que pensaba y todo lo que hacía no eran tonterías, que no era posible. Que había gente mucho peor que yo. Era la enfermedad la que me intentaba convencer de su inexistencia, pero yo no me daba cuenta.

Entonces llegó el miedo, aunque fue distinto a aquel que sentí en la azotea. Este me erizaba el vello como si fuera una caricia, pero no me empujaba a huir. Me recordaba que era normal tener miedo.

Mis padres sabían lo que me pasaba. Iban a llevarme al médico. Estarían pendientes de mí las veinticuatro horas del día, me harían comer de todo. Engordaría.

No, no podía permitirme aquello. Había perdido alrededor de diez kilos y no podía recuperarlos ahora, después de todo el esfuerzo, todos los golpes, las horas de insomnio y el hambre contenida. Solo de pensarlo aumentaban las ganas de que mis lágrimas me ahogaran.

«Quiero ser delgada», se repetía en mi cabeza sin que yo me diera cuenta. Pero, por una vez, decidí hacerle frente.

¿Cuántas veces había pensado aquello? ¿Cuántas veces lo había susurrado, como un rezo, mientras veía mi cena o me volvía hacia el espejo? ¿En cuántos folios lo había escrito? Ya no era capaz de distinguir aquellas metas que había tenido desde niña de los deseos que habían surgido a raíz del diario de Sofía. Pero al menos una cosa tenía clara: quería ser delgada.

O no.

No, eso no era lo que quería. Quería ser valiente, generosa, creativa, compasiva, abierta, auténtica, inteligente, fuerte, altruista, feliz. Quería ser

una hija de la que mis padres se sintieran orgullosos, una amiga leal y amable. Quería ser abogada algún día, y una esposa, y una madre. Y quería ser preciosa, sí; quería, casi con desesperación, ser realmente vista, ser conocida, y que entonces me encontraran preciosa. Y una parte de mí, en el fondo de mi corazón, sabía que esa belleza no tenía nada que ver con la delgadez. No quería ser delgada.

Era mi enfermedad quien quería que fuera delgada. Y era ella quien también quería que fuera débil, miserable, fría, mermada de energía y felicidad. Quería alejarme de todas las personas que me querían y de todo lo que una vez me había apasionado. Quería ralentizar mi corazón y apagar mis pensamientos y, al final, quería verme muerta. Igual que Sofía.

En aquel momento, decir «no quiero estar delgada» o «me da igual estar o no delgada» sonaba demasiado hipócrita. Pero tenía que empezar a repetírmelo, una y otra vez. Tenía que evitar que aquel trastorno me convenciera de que ser delgada era mi deseo, en lugar del suyo.

Las horas pasaban lentas como si fueran otra condena más. Me torturaba el tiempo, porque la única forma que tenía de matarlo era pensando. Y, cuando por fin pude parar de pensar en números, en la cantidad de kilos que engordaría, la cantidad de calorías que pretendían que comiera y la cantidad de asco que me daría, empecé a reflexionar sobre la culpa.

No solo la culpa que sentía por haberme dejado hacer ese análisis, o por haber arrastrado a David conmigo al terrado, o por haber provocado que mis padres se dieran cuenta de que algo fallaba. Tampoco la culpa que iba a sentir la mañana siguiente después de desayunar.

Me refería a aquella tendencia a pensar que todo sucedía por culpa de alguien.

Durante todo aquel tiempo, había dado por hecho que mi cambio, mi comportamiento, mi obsesión, había sido a raíz del diario de Sofía. Igual que Rebeca y Cristina pensaron que si Lidia se había suicidado había sido por culpa de la joven. Igual que la primera seguía creyendo que la muerte de Cristina también la había provocado ella. Pero, cuando lo pensaba en frío, me daba cuenta de que aquello no eran más que excusas. David tenía razón: al final no hay personas salvavidas ni asesinos. La fuerza nace en nosotros.

Cristina murió a causa de un accidente de tráfico. Que discutiera con su amiga no tenía nada que ver y, aunque no la hubieran llamado, la nieve habría estado igualmente ahí y las probabilidades de que el coche derrapara habrían sido las mismas. Sofía no era la culpable de la muerte de Cristina; no había empujado el automóvil ni dirigido el volante.

El caso de Lidia era más complicado. Pero después de la carta que Valeria me había enseñado quedaba claro que ella quería morir. Sofía solo le pidió que la acompañara, pero la idea de irse ya la tenía desde hacía mucho tiempo. Seguramente desde la muerte de su padre. Si Sofía no hubiera existido, Lidia se habría suicidado igual, quizás de otra manera y más pronto, o más tarde, pero la tristeza y el vacío que sentía habrían seguido ahí con o sin la chica pelirroja. Volví a recordar las palabras de David: «Si hubieras querido morir, yo no habría podido pararte».

Luego estaba yo, que por una parte negaba que me pasara algo, y por la otra culpaba al diario de mis problemas. Creía que habían sido sus palabras las que me habían empujado a pensar de aquella manera, a subirme a la báscula por primera vez, a cambiar de esa forma y destruirme. Y, en cierto modo, era verdad que el diario había sido una especie de detonante. Sin él, quizás no estaría donde entonces estaba. Pero no habría tardado mucho más. Mis complejos, mi inseguridad, mi miedo y mis ganas de estar a gusto conmigo misma habrían acabado destrozándome. Los carteles de la calle, las constantes comparaciones con las chicas de mi clase, las revistas y los anuncios de televisión me habrían convencido de que el problema estaba en mi cuerpo y no en mi cabeza. Los productos para adelgazar y todas las «dietas» de internet me habrían hecho creer que con unos cuantos kilos menos todo sería más fácil.

Y, con Sofía o sin ella, habría enfermado.

Una enfermedad, un accidente o una muerte no tienen por qué tener ningún culpable. Sofía no era una asesina, no quería hacer daño. Ni siquiera a sí misma. En realidad, acabó su vida con el deseo de ayudarnos a mí y a Celia, salvarse y vivir. Pero no había llegado a tiempo.

Recordándola e intentando no pensar en el incierto futuro que me esperaba, agarré el diario de nuevo. Solo me quedaba una entrada por leer, la que Sofía escribió una noche antes de morir. Su caligrafía parecía estar cargada de rabia.

Odiado diario:

¿Te das cuenta de cuánto tiempo ha pasado? ¿De todo mi esfuerzo, todas mis ganas, toda mi frustración, todo ese maldito odio que no se extingue? Pues bien, a pesar de todo eso, nada sirve.

Otra meta más. Debería estar contenta. Debería ser feliz, verme delgada, bonita. Pero es todo lo contrario... ¿Cuánto más tendré que adelgazar? El ayuno

duele, creo que no podré alargarlo más, por mucho que lo intente. Y a pesar de eso solo consigo bajar unos gramos. No sirve de nada. No sé si podré seguir aguantando, pero ya no tiene remedio...

No lo tiene.

Por mucho que pensara que sí.

Hace tiempo creía que yo tenía el control. En cualquier comida familiar comería normal para que no sospecharan y ya está. Solo serían un par de días con ejercicio de más, unas cuantas comidas saltadas. Quizás vomitaría una vez al mes si acaso, porque me habría pasado. Pero nada grave, pensaba, porque en cualquier momento podría ser la Sofía de siempre.

Estaba equivocada. Muy muy equivocada.

Hay un momento en el que te das cuenta de que ya no hay marcha atrás. Que no puedes volver; ni ahora ni nunca. Notas que estás aprisionada, que el miedo es demasiado fuerte y no puedes hacer nada para calmarlo. Absolutamente nada. Te consume. Cada bocado que no tomas es alimento para tus demonios. Te destruye física y psicológicamente. Te engaña, te hace ver cosas que no son y sientes que no puedes fiarte ni de lo que piensas. Ya no sabes quién eres, ya no controlas nada porque, de pronto, dejas de existir. Te vuelves los restos de lo que una vez fuiste. Nace otra persona; una consumida por la enfermedad, rota, prisionera, vacía.

Antes de que te des cuenta te tiene atrapada, y luego lo sientes.

Estás muerta.

Las palabras de Sofía me atravesaron como espadas. Sentí su dolor y su desesperación, la misma que yo pasé en la azotea.

Fue como ver mi propia tumba. Parecía que Sara ya no existía, que ahora solo era una esclava más de aquella enfermedad. Prisionera de números, cálculos y miedos, siguiendo el mismo camino que miles de jóvenes recorrían cada año, sin darse cuenta de que caminaban tonteando con la muerte.

Y recordé que yo no quería estar muerta; solo quería ser libre de lo que me atormentaba.

La primera noche me di cuenta de todo el daño que le había hecho a mi cuerpo. La piel seca, el dolor de estómago y la intolerancia a la mayoría de los alimentos; el cabello débil, el constante frío, la jaqueca permanente.

La segunda noche me di cuenta del dolor que soportaba cada día mi mente. Las voces insultándome, haciéndome sentir que no valía nada. La tendencia a llorar, a odiarme y a ver el lado negativo de todo lo que me sucedía. El miedo a cosas irracionales. Añorar a esa niña de trece años que no se preocupaba por nada.

La tercera noche fue cuando me di cuenta del sufrimiento de mis seres queridos. Les conté a Clara y a Debra todo lo que me pasaba, que al final sí que visitaría a un psiquiatra, y la primera rompió a llorar en mis brazos. Me pidió perdón por no haber estado ahí, una y otra vez. Me recordó que no quería verme desaparecer. Sus temores se habían vuelto reales y la impotencia de no poder ayudarme le corrumpía. No solo a ella; también a mi madre, que sollozaba cada vez que me miraba darle vueltas a la leche, sin atreverme a dar un sorbo.

La cuarta noche decidí que aquella enfermedad, disfrazada de inocencia, no iba a seguir destruyéndome. No iba a llevarme con ella igual que había hecho con Sofía, que solo ansiaba quererse.

Y aún sigo prometiéndome lo mismo cada amanecer.

«No voy a dejar que me venzas».



Capítulo 26

Un mes después

Sara calló.

El silencio envolvió la consulta, solamente interrumpido por el suave sonido del lápiz contra el papel.

Marisa Torres dejó de escribir y alzó la vista para contemplarla; la joven tenía el rostro contraído de tanto llorar y un pañuelo todavía en sus manos. Parecía consumida por el miedo.

Los padres de la chica habían abandonado la sala en el momento en que ella había empezado a contar su historia. Seguían aguardándola fuera, con los dedos cruzados y el ceño fruncido, esperando lo peor.

Cuando el peso del silencio se hizo demasiado grande, la doctora tomó la palabra:

—Bueno, Sara. Al principio me has dicho que toda la culpa la tenía Sofía, ¿no es así? —Ella asintió—. Pero luego parece que has rectificado. ¿Por qué?

Sara bajó la mirada de nuevo a sus manos. Respiró profundamente.

—Yo... Tenía miedo. —«Todavía lo tengo», calló—. No quería estar aquí. Y, de una forma u otra, todo empezó con Sofía. Me han arrastrado aquí por ella. —Sacudió la cabeza, consciente de sus palabras—. Hay veces en las que siento como si yo no fuera la que hablara, ¿entiende? Es cuando me doy cuenta de cómo estoy realmente. Mi mente me convence de que, si nunca hubiese conocido a Sofía, no habría pasado nada de esto. Y entonces la odio. —Apretó los puños—. Pero luego, cuando pienso con cabeza, veo que realmente ella no hizo nada. Al menos no a propósito. Nadie me apuntó con una pistola para que hiciera lo que hice. Sofía solo me dio algunas ideas, pero supongo que con el tiempo las habría acabado encontrando yo por mi cuenta. Ella nunca quiso hacer daño a nadie...

La mujer no hizo ningún comentario. Solo asintió con la cabeza y apuntó un par de cosas más en el folio que tenía sobre la mesa. Sara la vio redondear un número: su peso al llegar aquella mañana, poco después de que entrara en la consulta, cuando sus padres ya se habían marchado.

La calma que se creaba en la habitación cuando ambas enmudecían molestaba a Sara. Notaba la tensión en el ambiente, veía cómo los pensamientos de la doctora se hilaban, intentando sacar conclusiones y decidiendo su futuro. La espera se le hacía eterna y los segundos pasaban demasiado lentos. Quería acabar con todo ya, marcharse a casa. Deseaba no haber estado enferma nunca, pero ya no había vuelta atrás.

No esperaba oír las palabras que salieron de la boca de la psiquiatra.

—Sara, eres consciente de que no puedes continuar en un peso así, ¿verdad? No puedes esperar «arreglar» tu mente si no sanas tu cuerpo primero. Entiendo que ahora no lo entiendas, pero dentro de un tiempo verás que tengo razón. Hoy has tenido suerte. —Hizo una pausa, mostrándole una sonrisa ladeada que solo consiguió inquietarla más—. Hay una plaza libre en el hospital de día.

—¿Hospital de día? —repitió Sara. Había visto el letrero al entrar en la consulta, pero no sabía cuál era la finalidad de aquel sitio.

—Vendrás tres días a la semana, desde las nueve hasta las cinco. Desayunarás, comerás, merendarás y te irás. Los lunes tendrás sesiones con la psicóloga y terapia de grupo; los miércoles, meditación. ¿Qué te parece? —Sara se quedó muda—. ¿O prefieres que te ingresemos?

Ella negó con la cabeza, presa del miedo. Seguía sin creer que tuviera que quedarse en el hospital. Pensaba que estaba lo suficientemente bien, que la pesarían y la dejarían marcharse, pero estaba equivocada.

—Pero no estoy tan grave como para ingresar. —Se atrevió a decir, desesperada por que la psiquiatra cambiara de opinión—. Puedo recuperarme en casa, por mi cuenta.

—¿Estás segura? ¿Si ahora te dejara sola delante de un gofre, serías capaz de comértelo?

El silencio de Sara y la expresión de sus ojos fueron suficiente respuesta.

—He visto a demasiada gente pasar por aquí como para no reconocer cuando alguien se resiste a estar bien. Y estar bien incluye estarlo *físicamente*. —Suspiró un segundo, dejando sus papeles sobre la mesa—. Vamos a imaginar que un 90 por ciento de ti no quiere ponerse bien, ¿de acuerdo? Que prefiere quedarse en la comodidad de su enfermedad, sin nadie que le diga lo que ha de comer o el peso que debería recuperar. —La mirada de Sara se iluminó, a lo que la doctora respondió con una mueca—. Bueno, un 95 por ciento. Aún sigue habiendo un 5 por ciento de ti que está intentando protegerte. Ambas partes son reales. Ambas existen por una razón. Deja que las dos hablen, pero escucha más atentamente a ese 5 por ciento.

Sara se quedó de nuevo en silencio, mientras ambas partes hacían acto de presencia. La que la doctora decía que la salvaría era muy débil y también tenía miedo. Pero estaba ahí, en alguna parte de ella.

La doctora Torres levantó aún más las comisuras y echó una ojeada al reloj de su muñeca.

—Creo que llegas justo a tiempo para el desayuno. ¡Vicen!

La susodicha asomó por la puerta pocos segundos después de que la doctora la llamara. Era otra enfermera, distinta a la que había acompañado a Sara a la consulta. Tenía una expresión más amable, arrugas alrededor de los ojos de tanto reír, y su pelo, cobrizo y rizado, le llegaba hasta los hombros. Sara aún no lo sabía, pero Vicen era una segunda madre para quienes iban regularmente al hospital de día.

—¿Sí?

—Esta es Sara —dijo Marisa señalándola con una mano—, y hoy empieza en el hospital de día. ¿Te importaría llevarla a desayunar? Da igual que las demás ya hayan empezado. Yo me encargaré de abrirla una ficha.

Vicen asintió y abrió más la puerta, animando a la joven a acercarse. Le dedicó la primera sonrisa amable que había visto en todo el hospital.

Sara notó cómo las manos le temblaban y apretó más los puños. Se acercó a la enfermera casi sin creerse lo que estaba pasando. Caminaba despacio, como una sonámbula.

Siguió a Vicen fuera de la consulta sintiéndose igual que un preso en el corredor de la muerte.

Todos sus miedos parecían estar agazapados tras la puerta al final de aquel pasillo. La mujer que la acompañaba la abrió y Sara pudo ver el interior del hospital de día. Un gran ventanal en la pared de enfrente daba luz a la estancia; a la izquierda había doce sillones y, a la derecha, una estantería pegada contra la pared llena de cajas y papeles, libros, lápices, mandalas, dibujos a medio terminar y trozos de cartulina. Más al fondo, un escritorio de madera con un ordenador sobre él. En el centro había unas cuantas mesas colocadas en forma de media luna. Ahí esperaban siete jóvenes sentados con sendos desayunos, su enemigo, delante.

—Era Sara, ¿verdad? Siéntate aquí —le indicó Vicen, señalando la silla que se encontraba más cerca de la puerta. La joven se vio tentada de escapar, correr tan rápido como sus piernas se lo permitieran y huir de allí. Pero sabía que sería una imprudencia y que solo acabaría acortando su vida un poco más.

Obedeció a la enfermera y se detuvo a observar las caras de los demás pacientes —tan corrientes y cercanos que la palabra «paciente» le resultó

demasiado fría— mientras esperaba su infierno particular.

El dolor se manifestaba en sus rostros. Había una chica que daba la sensación de ser mucho más pequeña que las demás; tendría doce o trece años. También había una joven algo mayor que parecía rozar ya la treintena. Los demás eran adolescentes, igual que Sara, que como ella habían perdido mucho tiempo desgastándose por culpa de esa enfermedad.

Sara se fijó en sus caras, sintiendo que estaba observando su futuro. Primero miró a una chica que removía la leche, indecisa, sin atreverse a dar el primer sorbo y con la mirada perdida. Después, a otra que estaba masticando con los ojos cerrados, intentando no pensar y aguantándose las lágrimas. Por último —la más inspiradora de todas y probablemente la que llevaba más tiempo en aquel lugar—, una joven que comía despreocupada, acostumbrada a aquellos desayunos, mientras mantenía una jovial conversación con Vicen.

Sara soñaba con ser ella algún día. O mejor aún: soñaba con ser una más, alguien normal, fuera de aquellas paredes, fuera del hospital, lejos de sus demonios.

La enfermera dejó una bandeja frente a Sara con su desayuno. Ella tragó saliva.

—Tienes veinte minutos —le dijo. Después se apartó de ella y se sentó de cara a la mesa, observando a todos los jóvenes luchar.

Sara sintió un nudo en la garganta. Era una simple taza de leche, con cacao en polvo o café, a elección. Y, a su lado, un par de tostadas con mermelada de melocotón.

Le vino a la cabeza el recuerdo de aquella mañana, mucho tiempo atrás, antes de que su mente se contaminara. Su madre le había preparado unas tostadas y ella se las había tomado con mucho gusto, sin preocuparse, sin ni siquiera pararse a pensarlo. Incluso las había esperado con ilusión. Las cosas habían cambiado demasiado.

Ahora, lo que entonces había sido un regalo se había transformado en un castigo. Su cura era su mayor miedo.

Se sintió un soldado en primera línea de fuego. Notaba el apoyo de sus compañeras, luchando a su lado. Y, a pesar de eso, estaba sola.

Nadie podía ponerse en su lugar, nadie podía hacer aquello por ella. Tenía que recordar que aquella lucha era entre ella y la muerte, entre ella y la anorexia. Por mucho que le diera la sensación de estar haciéndose daño a sí misma, la que acabaría sufriendo sería la enfermedad.

Lloraba por su pasado, se enfrentaba al presente y ponía esperanzas en el futuro.

Cogió la primera tostada con las manos temblorosas.

Quería volver a ser Sara. Volver a ser la chica que reía de verdad, que sabía disfrutar de las pequeñas cosas y no tenía miedo de sí misma.

Quería hacer que se sintieran orgullosos de ella. Demostrarles a todos que, aunque hubiera caído en un pozo, podía volver a salir de él.

Quería quererse, y se había dado cuenta de que el camino que había estado siguiendo no era el correcto.

Quería luchar como Sofía no lo hizo y vivir todo lo que ella no pudo.

Quería ser libre.

Solo había una manera.

Le dio un fuerte mordisco a la tostada, ignorando el dulce sabor de la mermelada y conteniéndose para que las lágrimas no cayeran. Ella era mucho más fuerte que aquella voz que la atormentaba. Pero todavía tenía que darse cuenta.

«Esta es ahora mi guerra —se dijo—, y pienso ganarla».



Epílogo

Seis años después

Un día te verás rodeada de hambre y de números. Te darás cuenta de que ya nunca sales con tus amigos, de que pasas las noches de sábado haciendo ejercicio a escondidas hasta desmoronarte y midiendo tus muñecas.

Un día entrarás en la cocina y todo se volverá negro; caerás sobre tus rodillas y no serás capaz de levantarte. Has vuelto a caer cuando todo parecía ir bien. Y, cuando tus padres vuelvan a llamar a una ambulancia, llorarás; no porque te duela, sino porque las luces y el ruido se distinguen a distancia y tú nunca quisiste molestar a nadie. En Ordana los rumores corren; no los quieres decepcionar otra vez.

Las paredes blancas del hospital empezarán a parecerte un segundo hogar. Los análisis de sangre y las agujas que de niña tanto te asustaban se volverán tu rutina.

Aprenderás que no supiste lo que era la desesperación hasta que te encontraste encerrada junto a unas enfermeras, suplicándoles que te dejaran volver a casa.

Un día te encontrarás llorando por culpa de un plato de pasta, un batido o un trozo de pan. Y entonces te preguntarás en qué momento tu vida dejó de ser tuya.

Y los amigos que dejaste atrás pasarán sus noches en fiestas, bibliotecas, o cenando con sus parejas, mientras tú seguirás encerrada en tu cuarto, arañando

desesperada tu piel, dejando marcas rojas a lo largo del camino.

Un día te dirán que has ganado medio kilo y te quebrarás en mil pedazos.

Un día la ansiedad te ahogará y sentirás que te falta el aire, que el dolor es demasiado fuerte, que el futuro es demasiado oscuro.

Volverás a estar cansada de todo. Buscarás pastillas por toda la casa y escribirás cartas de despedida. Sentirás una falsa paz sabiendo que vas a acabar con todo, por fin. Y, cuando falles, volverás a sentirte agotada. Volverás a prometerte luchar.

Esta es tu cura.

Y no te creerás que llegará el día en que vuelvas a aliñar la pasta, en el que saldrás a comer con tu madre después del trabajo y pedirás una hamburguesa en lugar de una ensalada. No lo creerás, pero te enamorarás de aquel chico que te besa en la mejilla antes de que caigas dormida, y pasarás noches y noches bailando hasta la madrugada. Mirarás a tu alrededor un sábado cualquiera y verás a todas esas personas riendo, comiendo, sintiendo, aprendiendo, viviendo, besando. Y te darás cuenta de que tú también eres una de ellas.

Dejarás de ser esa chica que no aguantaba que le ofrecieran comida, la que lloraba cuando tomaba *pizza* dos noches seguidas o cuando comía una galleta de más.

Porque llegará el día en que dejarás de destruirte.

Un día te verás rodeada de atardeceres y viajes. Te darás cuenta de que tus amigos ríen contigo y que los días pasan tranquilos, entre libros y películas y paisajes y momentos que parecerán milagros.

Y ese día escribirás cómo hubo un tiempo en el que te sentías muerta.

Y cómo decidiste vivir.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Busqué una respuesta en los ojos de mi amiga, todavía fijos en el papel. Tenía los labios fruncidos y tamborileaba con los dedos sobre su muslo.

—¿Debra...? —la llamé.

—Sí, sí, estoy pensando. —Se frotó la barbilla—. Está bien, pero hay algo que no me acaba de convencer.

—Bueno, por eso te preguntaba. Aunque tampoco es que me lo vayan a evaluar ni nada. Solo es un ejercicio más. —Suspiré—. Espero que el último.

Alargué la mano hacia una de las magdalenas recién horneadas que nos había traído la camarera hacía dos minutos. Debra siguió sin apartar los ojos del relato, sin importarle los mechones de pelo que caían sobre su frente. Me acomodé en el asiento y la observé, sin más, esperando a que hablara.

Habíamos elegido una tarde bonita para vernos. El cielo estaba despejado y los últimos rayos de sol nos acariciaban la piel, a nosotras y a la pareja de ancianos sentados a nuestro lado en aquella terraza, a los niños que entraban en la cafetería en busca de la merienda y a la camarera que les devolvía la sonrisa al cruzarse con ellos. La primavera empezaba a acomodarse en Ordana. Se notaba en las mangas cortas y en la forma en la que las personas se apilaban bajo los rayos de sol. Se notaba también en Debra que, como no podía ser de otra forma, había vuelto a recogerse el pelo en un moño y se había deshecho de su chaqueta.

El sol también acariciaba el blanco de sus cicatrices. Hacía tiempo que habían empezado a parecer dibujos planos sobre su piel, vagos recuerdos de todo lo que había sufrido. Le gustaba recordarme que cada día estaban un poco más claras y un poco más cerca de desaparecer, aunque no tenía prisa. «Son cicatrices, Sara, ya no son heridas», decía. «Que la gente piense lo que quiera pensar; a mí no me importa. Sé que es mi pasado, y punto. Si quiero las escondo y si quiero las enseño. No me voy a avergonzar de ellas, al contrario: son cicatrices porque ahora ya no hay heridas. ¿No es eso motivo de orgullo? Joder, sueno como esos psicólogos de los que tanto me quejaba. Párame, Sara».

—Pero, a ver, vuelve a explicarme qué te ha pedido la médica esa. Tengo memoria de pez. ¿Tienes que escribirte una carta a ti misma y ya está?

—Solo me ha dicho que ahora que han pasado seis años desde que ingresé estaría bien que echara una última mirada atrás. Para ver cuánto he cambiado.

—Venga ya, con o sin psiquiatras de por medio nadie es igual que hace seis años —me interrumpió y yo puse los ojos en blanco.

—Pensé en escribirle una carta a la Sara de entonces. Pero, no sé, creo que no esperaba que saliera eso. Lo leo y me parece un poco... superficial. Es todo cierto, pero es superficial. Le cuento la verdad a medias.

—Ya veo.

Me encogí de hombros. Debra se quedó mirándome, entrecerrando los ojos.

—Supongo que me ha quedado mucho por decirle.

—Y tanto. —Se inclinó más hacia mí, devolviéndome el papel—. No me malinterpretes, está genial escrito y es real, pero ¿cómo no le dices a esa pobre Sara todo lo que has conseguido? Quizás estás ya tan acostumbrada que ni te das cuenta, pero te recuerdo que tienes una brillante carrera a la espalda y un pedrusco todavía más brillante en el dedo. —Reí ante su comentario, acariciando casi inconscientemente mi anillo—. Por ponerte un ejemplo, a esa Sara adolescente le encantaría oír: «Me he prometido con el Hombre Perfecto, acabé estudiando con Debra (que, por cierto, es genial), papá y mamá compraron un cachorro, conseguí un fantástico puesto de trabajo después de currármelo mucho, y ahora me pido estas deliciosas magdalenas de chocolate sin pensármelo dos veces». —Acompañó la última frase con un mordisco a la susodicha magdalena.

Mi sonrisa se ensanchó, aunque el vacío que había dejado volcar aquellas palabras sobre el papel seguía latente.

—Si lo cuentas así parece todo tan sencillo... Mi vida no es todo color de rosa, Debra. Y lo sabes mejor que nadie. —Ella torció la sonrisa; una mueca que hacía cada vez que daba la razón a algo a regañadientes—. Pero aun así estoy muy orgullosa de donde he llegado y, sí, animaría a mi yo del pasado a seguir luchando pasara lo que pasara. Lo bueno va a llegar, pero ella tiene que estar aquí para verlo. —A veces se me olvidaba que esa «ella» era yo, y que no hacía tanto tiempo pensábamos igual—. No sé, pero si hubiera leído esto años atrás me habría costado creerlo.

—Puede. Quizás ahí está el problema, lo que te decía que no me acababa de convencer. Es como si le contaras el principio y el final, sin más. Además, es muy poco personal. ¿De verdad hablarías así a tu yo de diecisiete años?

Me encogí de hombros, otra vez.

Debería haberle contestado y haber llenado aquel silencio, pero estaba demasiado perdida en mis recuerdos. Intenté volver a ver a la chica que había entrado en el hospital de día llena de miedo. A la inestable, sensible, alterada

Sara que llegaba a casa cada tarde, o que se escapaba al terrado de David cuando sentía que las voces de su cabeza gritaban demasiado alto. La veía tan pequeña, tan ingenua... Fingía tener confianza en sí misma e intentaba ayudar a sus compañeros sin ser consciente de que antes tenía que salvarse a ella.

Y luego estaba yo, que por fin era capaz de mirarme a los espejos con la barbilla alzada. No había sido un proceso fácil ni rápido, pero estaba cerca de acabarlo. Había aprendido que la vida estaba más allá del cuerpo que me sostenía.

El recuerdo de Sofía cruzó mi mente como un centelleo. Hacía mucho tiempo que su historia y su delgadez habían dejado de parecerme envidiables, y ahora solo me provocaba pena. Pena porque no se dio cuenta de que no podía volver atrás; de que, una vez que dejabas que la enfermedad te controlara, solo existían dos caminos. Y ella había elegido el equivocado. Se me empañaban los ojos al recordar el fatídico destino que habían tenido Lidia, Cristina y Sofía. No iba a ser la primera vez que levantaba la vista al cielo y le pedía perdón por haberla dejado marchar.

—Debra, ¿alguna vez has pensado cómo serías si nada de esto te hubiera pasado? —dije volviendo la mirada a sus antebrazos. La pregunta pareció pillarle por sorpresa—. ¿Cambiarías tu vida por una en la que nunca te hubieras hecho daño?

La chica pestañeó un par de veces y echó la espalda hacia atrás. Dos segundos después, como si su cabeza acabara de procesar la información, frunció el ceño y abrió la boca, sin decir nada. La cerró de nuevo, indecisa, hasta que volvió a hablar:

—Sí. Bueno, no. O sí... ¡Ay, no sé! —Se cruzó de brazos, sacando morros como si fuera una niña pequeña. Se le marcaban los bíceps de la fuerza que hacía—. Por una parte te diría que sí, claro. Joder, lo pasé mal. Muy mal. ¿Quién va a querer vivir eso *a propósito*? —Sacudió la cabeza y pasó de una mano a otra el café que había dejado enfriarse sobre la mesa—. Pero por otro lado... Me ha dado cosas buenas. Me acercó a ti, por ejemplo, ¿te acuerdas? —Su mirada se nubló un momento, pensando en la Debra y la Sara de seis años atrás. Tan distintas, tan vulnerables. Las dos empeñadas en encontrar quiénes eran, mientras se ocultaban tras la máscara de quiénes *debían* ser—. Y, de un modo u otro, forma parte de la persona que soy hoy. Aun así... No sé, Sara, quizás no merezca la pena. Si me dieran la oportunidad de borrarlo todo no dudaría ni un segundo.

Alcé una ceja, incapaz de esconder la sorpresa de su respuesta.

—¿Y esa cara? —Debra se inclinó hacia delante—. ¿Tú no?

—Lo he pensado muchas veces, ¿sabes? Y cada vez estoy más convencida de que no viviría mi vida sin un trastorno alimentario. No me mires así —atajé, con una sonrisa—. Sí, una enfermedad mental es un infierno, un demonio invisible que solo tú conoces y del que solo tú puedes salvarte. Nunca lo he pasado tan mal como el tiempo en el que estuve enferma. Y sé que se trata del mismo trastorno que acabó con Sofía y con la vida de muchísimas personas más. No le deseo esta enfermedad ni al peor de mis enemigos. No estoy diciendo que prefiera una vida con ella. Solo digo que, ahora que echo la vista atrás, me doy cuenta de que no sé quién sería hoy si no hubiera pasado por todo esto.

—Sara —dijo Debra tajante—. Seguirías siendo Sara. Una Sara feliz que jamás habría sufrido así.

—¿Seguro? —Negué con la cabeza—. No lo sabré nunca. Solo sé que en esta vida todos tenemos que cargar con nuestra cruz; para algunos es una enfermedad, para otros es la muerte, la pobreza, el hambre, la guerra, la familia, la soledad... Y para mí lo fue aquel trastorno. Pero estoy orgullosa de poder decir que, como todo lo malo que vino después, fui capaz de sobrevivir a ello. Y, Dios mío, Debra, no sabes lo eterno que se ha hecho. No veía nunca la luz... Pero entonces echaba la vista atrás y me daba cuenta de que, paso a paso...

—O, mejor dicho, mordisco a mordisco —me corrigió ella. Alargó la mano para rodear mi muñeca.

—Sí, mejor. —Le devolví la sonrisa—. Me di cuenta de que, mordisco a mordisco, me había alejado mucho más de lo que creía de la persona enferma que fui. Los cambios no se notan de la noche a la mañana, y era precisamente eso, la falta de resultados, lo que más... me desesperaba.

—Conozco esa sensación. Piensas: «¿Para qué voy a seguir esforzándome si todo va a seguir mal?». Hasta que un día te despiertas y te das cuenta de que no está todo *tan* mal. Y ni siquiera recuerdas cuándo empezaron a cambiar las cosas.

Asentí con la cabeza, sintiéndome afortunada de contar con una amiga que me entendiera tan bien. Quizás eso también era un aviso que tenía que darle a la Sara del pasado: «Aquellos que te han prometido estar siempre se marcharán, pero estarás bien. A veces cada uno tiene un camino distinto, y hay que agradecer que en algún momento nos encontráramos. Además, estate atenta a las personas que conocerás por casualidad. No te creerás cómo pueden acabar las cosas».

—Sara, te has vuelto a embobar. —Debra chasqueó los dedos frente a mi nariz—. Me tienes que decir todavía por qué serías tan tonta de volver a vivir tu vida con un trastorno alimentario, que por ahora no has hecho más que irte por las ramas.

La fulminé con la mirada y cogí aire.

—Porque, a pesar de todo lo que sufrí, estoy orgullosa de poder decir que mi cruz me ha traído más cosas buenas que malas. Creo que todo depende de cómo veamos las desgracias que nos vienen. Yo aprendí de esta. Entré siendo una chica sin nada de autoestima y con el futuro borroso, y salí sabiendo lo que era quererse, cuidarse; lo que era dejar marchar a todo aquel que te hiciera daño, fuera amigo o familia; lo que era vivir sin la constante presión de satisfacer a los demás. Aprendí a luchar por mí, a creer en mí. Aprendí también que todo lo malo pasa, incluso cuando parece imposible. Solo tienes que esperar a que se calme la tormenta.

Pegué un sorbo a mi café, esperando que Debra tomara la palabra, pero se quedó callada. Por su expresión no sabía si mis palabras la habían convencido o no.

—Lo que quiero decir es que quizás, sin un trastorno alimentario, no habría aprendido a quererme —continué al ver que no contestaba. Parecía decidida a dejarme terminar aquel monólogo—. Sí, no me odiaría como lo hice, pero pasaría toda la vida en ese estado de «indiferencia», haciendo caso a las dietas de las revistas y escondiendo mi cuerpo en verano. Sin llegar a odiarme, pero tampoco a quererme. No vería la belleza de las pequeñas cosas, ni serías mi amiga, ni me habría atrevido a bailar delante de todos en aquella fiesta, ni a bañarme en el río, ni a reír a carcajadas en medio de la biblioteca. —Debra trazó una sonrisa al recordar aquel día—. Sería distinta. Y habría cargado una cruz diferente también, porque nadie se salva de las desgracias. Aunque quizás esa no la hubiera superado, no lo sé. Pero no cambiaría la persona que soy ahora por nada.

Acabé mi discurso pegando un último mordisco a la magdalena. Debra se quedó mirándome como si fuera la primera vez que me oía hablar, con los ojos entrecerrados. Me pareció ver un amago de sonrisa naciendo en su comisura.

—Sara, explícame por qué narices no le has escrito todo esto a tu yo del pasado. Creo que sabes de sobra lo que necesita escuchar.

Debra y yo seguimos en la cafetería hasta que anocheció. Justo cuando íbamos a despedirnos se le ocurrió que podríamos cenar en el nuevo restaurante italiano que habían abierto en la avenida central. Así que fuimos, comimos hasta sentir que no quedaba espacio para el postre, y luego nos quedamos a escuchar a la banda que celebraba la inauguración del restaurante. Acabé bailando hasta que me dolieron los pies y, cuando dio la una, cogí un taxi de vuelta al apartamento.

Me quité los zapatos para no hacer ruido y me deslicé de puntillas hasta la habitación. Mi prometido dormía con la cabeza apoyada en una de sus manos y la cara vuelta hacia mi lado de la cama. La luz del salón se colaba por la puerta, dibujando una franja clara sobre su piel. No pude evitar sonreír al verlo.

Por un momento pensé en acurrucarme con él, todavía vestida de calle, y dormirme agarrada de su mano y sintiendo su respiración en mi nuca. Pero entonces recordé la conversación de aquella tarde con Debra, y supe que aquella noche no podía terminar sin que cerrara, por fin, ese capítulo de mi vida.

Tenía que despedirme de la Sara de seis años atrás. Tenía que advertirle y animarla y enseñarle.

—Veo que la charla se ha alargado un poco. —Me sobresalté al oírle; creía que estaba dormido. Cuando me volví lo encontré mirándome con los ojos entrecerrados y una sonrisa, todavía debatiéndose entre la vigilia y el sueño—. ¿Habéis estado hablando de vestidos de novia hasta tan tarde?

—Y de tartas y flores y demás cursilerías. —Puse los ojos en blanco. Me senté a su lado en la cama y le aparté el pelo de la frente, pasando después los dedos por los rizos de su nuca. Necesitaba otro corte de pelo—. Siento haberte despertado.

Él se encogió de hombros, todavía tumbado.

—No iba a dormir tranquilo hasta que llegaras.

—¿Puedes aguantar unos minutos más solo en la cama?

Me miró de reojo y arqueó una ceja.

—Solo si me prometes que no vas a darte a la fuga. —Ahogué una risa y me incliné para besarle.

—Voy a escribir un rato.

—¿Escribir? ¿Escribir, *escribir*? —Asentí con la cabeza—. Hace mucho que no lo haces.

—Lo sé. Tengo que recuperar las viejas costumbres. Me ayudaba mucho más de lo que creía.

Cerró los ojos, disfrutando de mis caricias. Cuando dormía volvía a tener aquella cara de niño con la que le había conocido, años atrás.

—Pues ve. Escribe sobre nosotros.

—Eso siempre.

Le di un beso en la frente y salí de la habitación para dejarle dormir. Agarré una vieja libreta y me recosté en el sofá, dejándola sobre mis piernas. Estuve más tiempo del que me gustaría admitir jugando con el lápiz entre mis manos, hasta que, con un suspiro, me decidí a volcar todo lo que había acumulado aquellos años.

Todo.

Te veo, pequeña.

Ojalá pudiera decir que estoy a tu lado, pero no puedo volver atrás. Estoy muy lejos, a seis años de distancia, pero te veo.

Te veo todas esas noches llorando contra la almohada, intentando no despertar a tus padres. Te veo levantarte con determinación, mostrar tu sonrisa más valiente cuando te sirven el desayuno y tratar de contagiar a todos un positivismo que en realidad no sientes. Te veo correr de nuevo a tu habitación, encerrarte dando un portazo, derrumbarte contra el suelo y dejar que las lágrimas empapen tus mejillas. Y tus dedos. Y tus labios. Te veo alzar la mirada al cielo, entrelazar tus manos trémulas y pedirle a Dios que te dé la fuerza que necesitas para no herirte más. Eres demasiado pequeña para estar viviendo esto...

Sé que ahora no me creerás, pero los demás no te ven rota. Hay quien te ve como una chica valiente solo por seguir intentando serlo, día tras día. Tus padres ven en ti a una joven fuerte y brillante; tus amigos, a una persona en la que pueden confiar. ¿No ves todo el bien que haces? ¿No ves cómo llenas de esperanza a aquellos que siguen atrás? ¿No ves el amor que das y el valor que tienes?

Sé que te tienes miedo, sé que te odias, sé que piensas que fuiste una estúpida por caer en esto, sé que te maldices por ser una carga para los demás, sé que muchas veces te preguntas si todo este dolor merecerá la pena algún día. Conozco cada una de las palabras que han cruzado tu mente, y no hay nada que me dé más rabia y pena. No tendrías que estar sintiendo esto. No tendrías que estar sufriendo por sobrevivir un día más. Tendrías que salir a comerte el mundo como las demás chicas de tu edad...

He visto las cosas que has hecho, las cosas de las que te avergüenzas, las cosas que no querías hacer, pero estabas demasiado asustada para dejar de hacerlas. He visto todo el daño que le has hecho a tu cuerpo. Pequeña, ¿aún no sabes que no necesitas destruirte para ser valiosa? Por favor, créeme cuando te digo que no encontrarás la belleza así, ni tampoco paz o control. E, igual que admiras un paisaje sin fijarte en sus imperfecciones —en las hojas que el árbol no tiene o las irregularidades de las montañas—, ¿por qué no te admiras a ti así? Los dos habéis surgido de las mismas manos. Eres bella solo porque existes, porque estás aquí, porque tienes una razón.

Ojalá pudiera estar contigo y abrazarte en esas noches que pasaste sola. Ojalá te hubiera podido decir que no tienes la culpa de nada de lo que ha pasado. Que no mereces sufrir así. Por favor, perdónate por el daño que te has hecho y sigue andando hacia delante.

Llegarás, te lo prometo. Empezarás a sanar. Primero tolerarás este dolor y luego desaparecerá. Dejarás de sentirte tan perdida. Solo aguanta, aguanta un poco más. Quiero que seas capaz de contar tu historia al mundo, que descubras cuántos corazones has tocado sin saberlo. Por favor, no dejes de luchar.

No dejes de luchar incluso cuando te sientas sola. Porque llegará un día en el que no te sentirás enferma, pero tampoco curada. No habrá nadie más a quien contarle lo que te ocurre, ni nadie se sorprenderá cuando empieces a llorar —otra vez— por culpa de un helado. Sentirás que nadie te hace caso solo porque ya no te estás muriendo.

Y, sí, te tentará la posibilidad de volver atrás. Dejar de luchar, sin más, y rendirte a los brazos de aquel trastorno. Es la vía fácil. ¿Para qué esforzarte por comer tú sola, cuando puedes volver a ingresar en el hospital y tener a dos enfermeras pendientes de todo lo que haces veinticuatro horas al día? ¿Para qué llorar por un corazón roto o una mala nota cuando puedes hacerlo por un yogur o un kilo de más? ¿Para qué ocupar las horas vacías en aquella tierra de nadie, cuando puedes volver a llenar tus días de planes de dieta, análisis de sangre, calorías diarias y paredes blancas? Sería tan fácil como dejarse morir un poco, lo suficiente para que vuelvan a ingresarte, y dejar que se ocuparan de ti.

No te voy a mentir: el hospital es un lugar seguro y cómodo, donde no tendrás que lidiar con tus emociones o los problemas de tu vida.

Solo que eso no es vida.

No quieres despertarte dentro de cincuenta años y darte cuenta de que no has vivido; que nunca te casaste ni te graduaste ni conseguiste el trabajo de tus sueños ni viajaste a la otra punta del mundo, porque estabas demasiado ocupada preocupándote por una *pizza* o por el tamaño de tus muslos.

Y, sí, han pasado seis años y siento que escribo esto para las dos.

Pequeña, cuando cruces ese desierto, esa tierra de nadie, esos largos años en los que te sentirás en una cuerda floja, sigue luchando. No estás sola, ¿sabes por qué? Porque te tienes a ti. Te tendrás siempre a ti.

Tendrás que aprender a confiar en ti, a cuidarte como cuidarías a un niño, a perdonarte. Tendrás que aprender a celebrar las pequeñas victorias incluso cuando los demás estén cansados de escucharte. Tendrás que aprender a dejarte sentir. A llorar cuando lo necesites y a no negarte nunca un día malo. Tendrás que aprender a animarte, a escribirte —ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y pedirte que nunca dejes de hacerlo—, a descubrirte.

Ese será tu tiempo de sanar.

Porque, antes, durante y después, ten presente que si la dejas vencer, la anorexia arruinará tus días. Arruinará tus navidades en familia, tus cumpleaños, tus tardes en el café con las amigas, el día de tu boda, la relación con tu pareja; te hará perder a tus amigos, tu confianza, tu pelo, tu autoestima, tus ganas de salir adelante, tu futuro, tu vida.

Pero está en tus manos cambiarlo. Puedes hacerlo, te lo prometo. Recuperarás a tus amigos. Llegarán muchos que no te esperas. Te enamorarás, y tu pareja amará tu cuerpo tanto como tú. Tu familia sonreirá al verte repetir el postre. Cocinarás tartas de cumpleaños y te chuparás los dedos con la masa que sobre. Te mirarás al espejo y sonreirás.

Pero te llevará tiempo. No puedes adelantarte ni volver atrás. No puedes evitar las curvas del camino, los días buenos, los días malos y los días en la tierra de nadie. Tienes que permitirte un tiempo para curarte.

Pero sé que lo conseguirás y saldrás más fuerte de todo esto.

Vive, Sara. Te prometo que no hay nada que merezca más la pena.

(Y sigue manteniendo cada día nuestra promesa:
«No voy a dejar que me venzas»).



Nota de la autora

Antes de nada, quiero aclarar un par de cosas acerca de la novela. En mi cabeza, tanto Sofía como Sara son dos chicas de muy baja estatura —así las tenía a mi altura— y, por lo tanto, sus pesos son todavía más bajos de lo normal. Sara empieza la novela estando en un peso sano para su altura, cincuenta y tres kilos, pero pido, por favor, que nadie utilice este número como referencia. Solo una pequeña parte de la población consigue tener ese peso (e incluyo aquí también los demás pesos que aparecen en la novela) y estar física y mentalmente sano. Cada persona y cada cuerpo es diferente. Si te preocupa tu peso acude al médico, pero recuerda que tu salud no la determinan los kilos que peses.

Y no hará falta que lo diga, pero Sara y Sofía son dos chicas enfermas. Su cerebro está enfermo y, por la naturaleza propia de la enfermedad, su cuerpo acaba pagándolo también. Comprended que los pensamientos de ambas no son reales ni buenos; son una distorsión de la realidad. No están gordas, comer bien no te va a hacer engordar (de verdad, tu cuerpo sabe lo que hace), comer más de lo normal un día —o dos, o tres— no va a hacerte ganar peso ni te convertirá en peor persona, comer tarta o un rollito de canela o un sándwich no te hace ser una persona menos sana, las calorías de los alimentos son energía, no el enemigo; necesitas energía y comida para vivir y funcionar bien. Si Sofía y Sara pensaban lo contrario era porque estaban enfermas. No es normal pensar así. No es normal tener miedo a comer (o, por lo menos, es tan normal como lo sería tener miedo a respirar), y mucho menos querer morir.

Por eso tengo que decirte, querido lector, que esa última carta no era solo para Sara.

La primera mentira que te hará creer una enfermedad mental es que no la tienes. Pondrá excusas para convencerte, como «no estoy lo suficientemente enfermo», «no estoy lo suficientemente delgado», «es una mala época, se me pasará», «es solo una dieta, solo estoy siendo sano», «pararé cuando lle gue a mi meta», «no es para tanto, hay días en los que estoy bien», «no quiero molestar a nadie», «no quiero ser una carga».

Si estás constantemente preocupado por la comida, o conoces a alguien que lo esté, siempre pensando en tu cuerpo; si tienes miedo a ganar peso, o si te encuentras continuamente nervioso, ansioso, irritable, inestable,

depresivo... Entonces no es solo una dieta, ni una fase, ni un juego. No es salud, es todo lo contrario. No es normal dejar de comer, no es normal vomitar o hacer ejercicio compulsivamente, no es normal odiarte.

Llegará un día en que el silencio te hará más daño y, por primera vez, querrás responder con sinceridad a ese «¿qué tal?». Puede que entonces pienses que no estás tan mal, que hay gente que lo ha pasado peor que tú. Puedes pensar que tu historia no importa comparada con las tuyas. Puede, incluso, que tu mente susurre que *solo quieres llamar la atención*. No dejes que tu enfermedad te frene. El dolor no se puede medir, no tienes que llegar a cierto nivel o número para merecer ayuda o amor. Nunca tengas miedo de no ser suficiente. Tu voz importa y hay gente que quiere escucharte.

No importa si llevas sintiéndote así menos de un mes o más de dos años, no importa tu peso o el color de tu piel, no importa tu sexo o de qué familia vengas. Tu sufrimiento es válido. No te creas las mentiras que te dice el trastorno y pide ayuda.

Decir «no estoy bien» no significa que seas una carga; significa que eres humano. Sé que da mucho miedo y que no es nada fácil. Puede que te avergüences y no quieras hablar de ello, o que tus seres queridos no sean capaces de ver el problema. Pero, si sientes que hay algo en ti que va mal, dilo. Hazte oír.

Nada de lo que ha pasado es tu culpa.

No estás solo.

No somos débiles por pedir ayuda.

Por favor, si estás pensando en contar lo que te ocurre, hazlo. Elige salvarte.

Y, si nunca has sufrido un trastorno alimentario o cualquier otra enfermedad mental, apoya a todos los que sí, sin importar si «parece» o no que están bien. A veces lo único que necesitan es alguien que les recuerde que no se van a marchar.

Teléfono gratuito de apoyo e información sobre los trastornos de la conducta alimentaria: 900 60 50 40

Entidades que forman parte de FEACAB (Federación española de ayuda y lucha contra la anorexia y la bulimia):

[http: // feacab.org/asociaciones-feacab/](http://feacab.org/asociaciones-feacab/)



Agradecimientos

Me llevaría otra novela entera dar las gracias a todas las personas que se lo merecen, así que perdonad si esta vez soy breve. Ya sabéis que, por mucho que ahora lo deje por escrito, no voy a dejar de daros las gracias, día tras día, por todo lo que me habéis dado.

No hay nadie que merezca más un «gracias» que mi madre, Beatriz. Y, a la vez, no hay nadie a quien esa palabra se le quede más corta. Gracias a ella estoy donde estoy y soy lo que soy. Me enseñó que ser valiente a veces significa pedir ayuda. Que era humano llorar y sentir, y necesitar a otras personas. Me enseñó a vivir otra vez. Gracias por nuestras citas, por acariciarme las noches que no podía dormir cuando tenía cinco años (y también cuando tuve dieciocho), por ser paciente conmigo y darme razones para no rendirme. Gracias por creer en mí, mamá. Gracias por salvarme.

Gracias también a mi familia, a mi padre Enrique y a mi hermana Patricia, porque cuando estamos juntos me siento en casa. Segura. Gracias por cuidarme y quererme tanto. Y Patri, perdóname por ser una hermana mayor tan pesada. Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti.

Gracias a Sevi, otra vez, aunque me escuchará decirlo mil veces más. Si sigo aquí es por él, si creo en mí es por él, si esta novela se ha escrito es por él. Gracias por ser mi «musa», por soportar mis mensajes aleatorios esperando que me inspires, por permitirme inmortalizar nuestra historia, por haberte vuelto mi diario, mi voz, mi apoyo. Gracias por enseñarme a ser gris.

Gracias a don Jorge y a Chus por haber creído en esta novela antes incluso de que yo lo hiciera. A José Pedro por seguir creyendo, y a mis editoras Isabel y Lucía, por haberlo hecho todo posible.

Gracias a Celia por ser la amiga que no se ha ido (y no se irá). Gracias a Sara, a María y a Alejandra por su incansable fe en mí; no os imagináis todo el apoyo que me habéis dado. Gracias a Irene, a Javi y a Adriana, mi segunda familia. Gracias a Silvia por todo lo que me has enseñado y por ser tan buena amiga. Gracias a Ana por las bandas sonoras, los pequeños detalles y, sobre todo, por todo lo que no necesitamos decirnos. Gracias a Laura porque nos hemos visto cambiar y volver a vivir (*fuimos frágiles, pero somos fuertes*). A Lucía por toda la valentía que ha demostrado y el honor que es poder llamarla amiga. Gracias también a Esther, Ainhoa, Alba, Laura, Aitana, María, Sole, Aída, Amparo, Elena, Carmina y esas cincuenta personas que me ayudaron

tanto en su día, permitiéndome estar aquí hoy. Y, cómo no, muchísimas gracias a Vicen, porque sus enseñanzas se me quedarán guardadas para siempre.

También gracias a Cristina, sin la que no sé quién sería hoy. No quiero saberlo.

Gracias, mil gracias, a Araceli, por esas conversaciones que me hacen pensar, por abrirme tanto los ojos, por ayudarme a mejorar —en muchas más cosas de las que cree—, por haberme enseñado tanto. También a Adriana (Puc, siempre serás Puc) por toda su ilusión y su apoyo, por todas esas ganas de viajar y vivir que me ha dado.

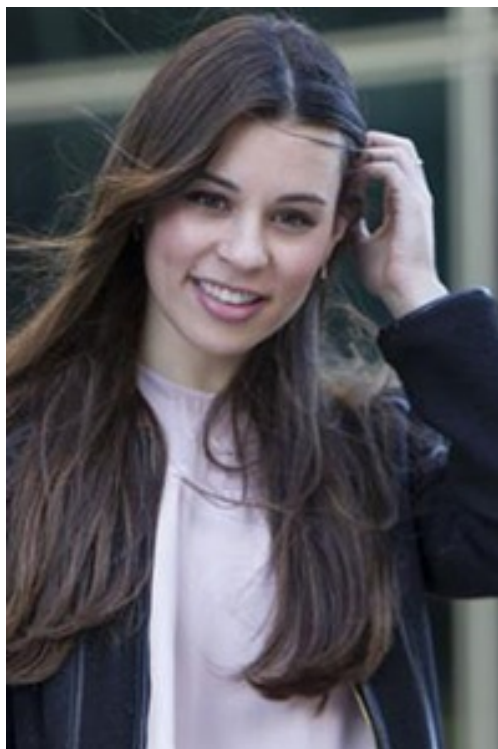
Por sus ánimos y por ser tan geniales, doy las gracias a todas las personas que leyeron ese primer borrador, hace ya más de dos años. Tengo guardados cada uno de vuestros mensajes. Y a muchos he de deciros: gracias por salvaros.

También gracias a todas las personas que lo leerán, a todas las que están haciendo esto posible. La próxima vez que entre en una librería, ya no susurraré «algún día». Después de tantos años con este sueño, tengo la sensación de que «gracias» es una palabra muy pequeña para todo lo que siento.

Y, por último, aunque siempre vaya primero, gracias al que siempre ha estado conmigo por dejarme tocar tantos corazones. Gracias por llegar al mío.

Gracias por tanto.





BEATRIZ ESTEBAN nació en Valencia en 1997 y en 2019 se graduó en Psicología en la Universidad de Valencia. Compagina los estudios de un Máster de Psicología, con su carrera de escritora, y su trabajo como lectora editorial, además de impartir charlas sobre literatura y salud mental tanto en institutos como en universidades.

En 2017 publicó su primera novela, *Seré frágil*, que dos años antes había resultado finalista en el Premio Literario Jordi Sierra i Fabra para Jóvenes. En 2018 ganó la segunda convocatoria del Premio Ripley de Ciencia Ficción y Terror con el relato *Niña caducada*.